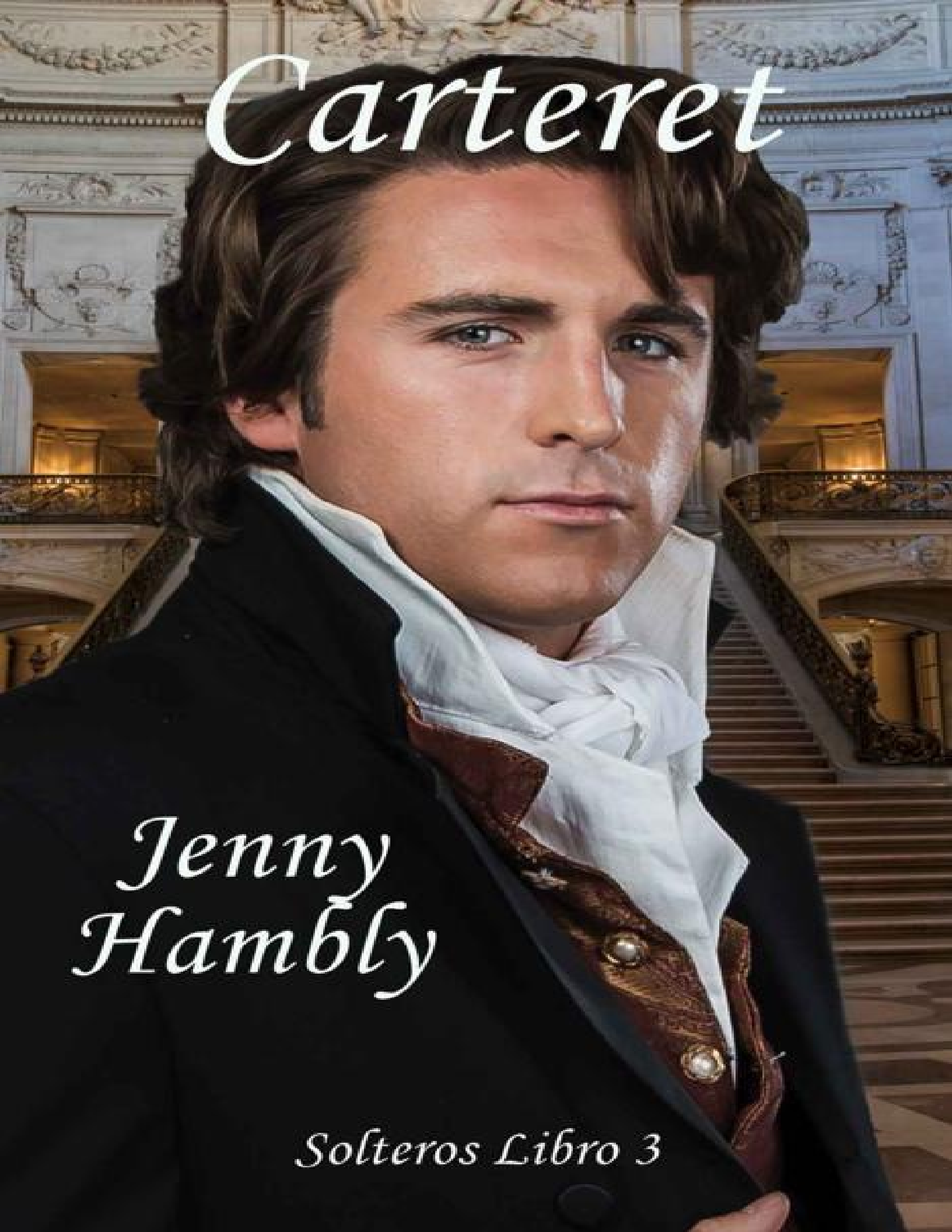




Carteret

*Jenny
Hamblly*

Solteros Libro 3

CARTERET

UN ROMANCE DE LA REGENCIA

SOLTEROS LIBRO 3



JENNY HAMBLY

Traducido por
L M GUTEZ

Copyright © 2024 por Jennifer A Hambly

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

El derecho moral de Jenny Hambly ha sido reconocido.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que no sean claramente de dominio público son producto de la imaginación de la autora o ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Gracias, Dave, por llevarme por todo el país en mis viajes de investigación. Norfolk fue una sorpresa encantadora. Me pregunto adónde te arrastraré la próxima vez.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)

[Otras Obras de Jenny Hambly](#)

[Acerca del Autor](#)

CAPÍTULO 1



Laurence Westerby, el quinto vizconde Carteret, bajó cansado del carruaje. Llevaba cinco días de viaje y entró con cierto alivio en la que, en su opinión, era la posada más cómoda que Stamford podía ofrecer. Era muy conocido en The George y, aunque la posada estaba siempre llena, el propietario le aseguró que llevaba dos días reservándole un salón privado en espera de su llegada.

—Gracias, Skelton. Tres días de lluvia incesante dificultaron un poco mi avance. ¿Ha llegado ya Faden con mi carruaje?

—Sí, milord —confirmó el casero—. Llegó ayer. Si desea subir a su salón, le traeré un refrigerio mientras su ayuda de cámara desempaqueta su maleta.

—Una copa de clarete sería perfecta —dijo Laurence, con una gentil sonrisa—. Pero llévalo a mi habitación junto con un poco de agua caliente, ¿quieres? Cenaré dentro de una hora.

Cuando se hubo lavado y cambiado de ropa, Laurence se dirigió al salón destinado a su uso. Se alegró de ver que había un fuego encendido y las cortinas cerradas, pues agosto se acercaba rápidamente a su fin y un frío otoñal acompañaba al ya cercano crepúsculo. Estiró las piernas, las cruzó y se reclinó, cerrando los ojos.

El pequeño suspiro que se escapó de sus labios no fue de satisfacción. Aunque su riqueza le permitía darse todos los caprichos y su círculo de amistades era amplio, había empezado a sentirse insatisfecho con su suerte. Si hace cinco años alguien le hubiera sugerido que sería el último de sus amigos en casarse, se habría mostrado incrédulo.

Mientras que él se había creído locamente enamorado de una joven y gentil dama, sus amigos habían estado persiguiendo mujeres de muy distinta calaña. Fue una suerte que su primer amor, Diana Ramshorn, lo rechazara. Se había sentido atraído por una belleza vivaz pero frágil que había despertado todos sus instintos caballerescos y no había deseado otra cosa que protegerla de cualquier mal. Cuando ella lo había rechazado por un hombre de mayor rango, después de haberle hecho creer que su cortejo prosperaría, se había vuelto cínico. Al reencontrarse con Diana esta temporada, se había dado cuenta de que nunca habrían encajado y por fin había dejado atrás el rencor que sentía hacia ella.

Sonrió con ironía. Hacía años que se consideraba el tipo más sensato y hacía tiempo que había dejado de pensar en tontas fantasía románticas; sin embargo, recientemente se había visto envuelto en dos episodios eminentemente románticos. Ciertamente, ninguno de los dos había tenido que ver con su propio corazón, pero habían culminado en que su mejor amigo, Allerdale, y el primo de dicho caballero, Charles Bassington, se convirtieran en inquilinos de por vida.

Sin embargo, ambos episodios lo habían dejado conmovido. Ser testigo del vínculo tan grande que había surgido entre Allerdale y la señorita Edgcott lo había desconcertado. Se había alegrado

mucho por su amigo, pero había sentido algo muy parecido a la envidia. Había vuelto a sentirla cuando asistió a la boda de Charles y su ahora esposa, lady Selena.

Negó con la cabeza con pesar. Al ayudar a Charles a que pudiera comprender los verdaderos sentimientos que tenía por la joven a quien conocía desde que era una niña, había jugado un juego peligroso. Las atenciones que había tenido hacia lady Selena habían sido lo bastante notorias como para despertar los celos de Charles, pero tal vez también le habían dado motivos para pensar que podría proponerle matrimonio. Laurence torció los labios. No había ningún tal vez, eso le había quedado claro cuando ella le había insinuado que aceptaría con agrado su propuesta.

Una vez me dijo que había sufrido una decepción amorosa, lord Carteret. Espero que esta circunstancia no le impida buscar la felicidad con otra. Tal vez alguien que también haya sufrido de tal manera y que, por lo tanto, estaría dispuesto a conformarse con la simpatía y el respeto.

Laurence abrió los ojos y buscó la copa de vino que tenía junto al brazo. Charles habría estado en problemas si no hubiera estado a la altura; su sentido del honor bien podría haberlo impulsado a proponerle matrimonio, y aunque en principio estaba bastante de acuerdo en que la simpatía y el respeto eran bases sólidas sobre las que construir un matrimonio, sin duda se habrían visto seriamente socavadas al saber que su novia estaba profundamente enamorada de otro.

Se levanto cuando se abrió la puerta y dos criados entraron apresuradamente llevando varias fuentes. Al sentir el aroma de la carne asada, asintió con la cabeza, cruzó la habitación hasta la mesa situada frente a la ventana y cogió el cuchillo de trinchar. Cortó dos gruesas rodajas de ternera, mientras fruncía ligeramente el ceño.

Había aconsejado a lady Selena que no se instalara todavía, confiando en que Allerdale sería capaz de hacer entrar en razón a su primo. Estaba agradecido de que lo hubiera hecho, pero la felicidad exuberante y pura que había caracterizado el breve compromiso de Charles y Selena, y la conexión más reservada pero poderosa entre Allerdale y su nueva novia le habían hecho cuestionarse su propia voluntad de sentar la cabeza. Sin embargo, su vigésimo noveno cumpleaños era inminente y sabía que debía pensar seriamente en casarse. Tal vez la próxima temporada conociera a una dama capaz de traspasar su famosa barrera.

Se detuvo mientras se llevaba el tenedor a la boca cuando se abrió la puerta. Una dama vestida con una capa negra, con la capucha recogida, entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí con extremo cuidado. Apoyó la oreja en ella un momento y luego soltó una risita, emitiendo así un agradable sonido.

Laurence se levantó y le ofreció una reverencia.

—¿En qué puedo servirla, señora?

Ella se detuvo y se llevó la capucha un poco más hacia delante para que su rostro permaneciera escondido.

—Perdóneme, señor. No escuché ningún ruido y supuse que esta habitación estaba vacía.

Su voz era tan baja y melódica como su risita.

Una pequeña sonrisa rozo los labios de Laurence.

—¿Tiene el hábito de escuchar a través de las cerraduras?

—Creo que no, señor. Soy demasiado alta; sería muy incómodo —dijo con ligereza.

Se dio cuenta de que su misterioso visitante era, en efecto, alto. Él estaba un poco por encima de la estatura media para un hombre, pero le pareció que ella era tan solo una cabeza más baja, si acaso.

—Lo dejo para que pueda continuar con su cena —se giró después de decir estas palabras y abrió la puerta de golpe, asomando la cabeza por el hueco. Laurence no pudo evitar sentirse intrigado por su comportamiento furtivo.

—¿Está segura de que no hay nada que pueda hacer por usted, señora?

Ella echó la cabeza hacia atrás tan deprisa que su capucha se deslizó, revelando una masa de cabello brillante de color caoba. Empujó suavemente la puerta y volvió a ponerse la capucha antes de darse la vuelta. Laurence sintió cierta decepción; había esperado ver si su rostro era tan seductor como su voz.

Se quedó mirándolo unos instantes y, aunque él no podía ver sus ojos, sintió que estos lo evaluaban. Cuando levantó una ceja de manera inquisitiva, ella asintió y se acercó a él, con movimientos rápidos y pasos largos y elegantes.

—Confiaré en usted, señor. Si de verdad desea ayudarme, le ruego que niegue haberme visto. Como, de hecho, no la había visto, esta petición no era onerosa.

Pasó junto a él, abrió las cortinas y se sentó en el asiento de la ventana. Meciéndose en este, levantó los pies y se ciñó la capa.

—Descúbralas detrás de mí, por favor.

La miró por un momento, ansioso por tirar de aquella capucha.

—Deprisa —murmuró ella, con un tono apremiante pero sereno.

Al escuchar voces en el pasillo, cerró las cortinas, se sentó rápidamente y cogió el tenedor preguntándose en qué lío se estaba metiendo. La mujer encapuchada no parecía tener miedo, pero sí mucho interés en evitar a alguien.

La voz agobiada del casero atravesó la puerta cerrada.

—Corredor de Bow Street o no, no tiene derecho a molestar a mis invitados. Este salón está reservado para el vizconde Carteret, y sé con certeza que está solo y cenando. No querrá que lo molesten.

Laurence masticó lentamente un bocado de carne. Ella no era una criminal, ¿verdad? Solo había vislumbrado unos centímetros de su vestido de batista verde oscuro y, aunque estaba un poco embarrado en el dobladillo, al igual que sus botas, no había duda de la calidad de estas prendas ni de su voz perfectamente modulada.

La respuesta del corredor fue tranquila pero intransigente.

—No hay necesidad de que te pongas nervioso; si todo es como dices, no lo retendré más de un momento.

La voz de Skelton subió otro tono.

—Le digo que él es un caballero muy correcto y que nunca cenaría a solas con una dama en su salón privado a menos que fuera pariente suya.

—Y yo le digo que la vi desaparecer en esta habitación al llegar a la parte superior de la escalera.

Las voces se callaron, y Laurence escuchó un ruido sordo que provenía de detrás de las cortinas. Ser perseguido por un corredor no había afectado aparentemente el apetito de su fugitiva. Aunque admiraba su despreocupación, no podía evitar pensar que una respuesta tan prosaica demostraba una notable ausencia de sensibilidad.

De pronto, la puerta se abrió de par en par, y ambos hombres entraron tambaleándose y unidos en un abrazo. El casero era el más alto de los dos y tenía buena forma, pero el corredor era un hombre corpulento y decidido. Laurence vio enrojecer su rostro poco agraciado mientras plantaba las piernas y resistía el intento del casero de sacarlo de nuevo de la habitación.

—Ya basta —las palabras, aunque pronunciadas en voz baja, hicieron que los hombres se

separaran de inmediato. Los miró con frialdad y desinterés mientras recuperaban el aliento—. Espero que haya una buena razón para esta interrupción; tu comida es excelente, Skelton, pero se está enfriando rápidamente.

—Haré que traigan más, señor. Intenté detenerlo...

—Eso he escuchado —su mirada se dirigió hacia el corredor por un momento. Su abrigo azul estaba cubierto de barro. Estaba abierto y dejaba ver un chaleco amarillo que se ceñía sobre una barriga impresionante. Encima llevaba un pañuelo mugriento cuyos bordes lucían muy desgastados—. Me parece que ha venido de Bow Street.

El corredor se llevó la mano al sombrero. El fieltro estaba descolorido en algunas partes y uno de los bordes se enroscaba como una hoja de otoño disecada. Le quedaba fatal, ya que casi cubría sus ojos pequeños y afilados. Se lo quitó e hizo una reverencia.

—Así es, señor. Estoy apresando a una dama y me pareció verla entrar en esta habitación.

Laurence cogió una lanza de espárragos con el tenedor y dijo despreocupadamente:

—Como ve, se equivoca. ¿Puedo preguntarle por qué busca a esta dama? ¿Es peligrosa?

Le dio una mordida a la succulenta verdura mientras los ojos del corredor recorrían todos los rincones de la habitación y fruncía el ceño. Sacó un pañuelo del bolsillo de su abrigo y se secó la frente.

—En cuanto a eso, señor, no sabría decirle, pero su pariente cree que se ha vuelto loca, y desde luego es astuta. ¿Quién sabe lo que una mujer desquiciada es capaz de hacer?

Según su criterio, la dama no le había parecido loca, sino inusualmente serena, y no le gustaba la mirada del hombre que tenía delante.

—No tengo ni idea de lo que podría hacer, ni quiero saberlo. Lo que sí deseo es que se marche y continúe su búsqueda. Espero, sin embargo, que lo haga de un modo menos torpe. ¿Por qué no se limitó a mostrarle a Skelton su orden?

—Porque no tiene una —dijo el casero, cruzándose de brazos y mirando al huésped indeseado como si fuera una cucaracha—. Lo pillé subiendo por las escaleras traseras.

Laurence frunció el ceño.

—Qué situación tan irregular. ¿Cuál es su nombre? Conozco bien a sir Nathaniel Conant y le preguntaré la próxima vez que lo vea cómo es que un hombre no puede disfrutar de una comida caliente después de un largo día sin ser interrumpido groseramente por uno de sus alguaciles especiales, uno, además, que no tiene autoridad para interrumpir a nadie.

En realidad, nunca había tenido ocasión de conocer al magistrado, pero, como esperaba, sus palabras lograron afectar al corredor. El intruso empezó a jugar con su sombrero, retorciéndolo por el borde.

—Lo que ocurre, su señoría, es que trabajo a título privado...

—Así que no viene de Bow Street —dijo Laurence con frialdad—. ¿Es usted siquiera un corredor?

El hombre empezó a retroceder hacia la puerta.

—Ya no, ahora no trabajo para nadie.

—Entonces es un impostor y un mentiroso, y todavía no me ha dado su nombre.

—No hay necesidad de disgustos, señor. Es de interés público que encuentre a esta mujer...

—Querrá decir que es de su interés encontrarla, si es que acaso existe. Me inclino a pensar que es producto de su imaginación y sospecho que está loco, señor.

—¡Eso sí que no! —protestó el hombre.

—En cualquier caso, abandonará esta habitación y esta posada o haré que le arresten por alterar el orden público y agredir a Skelton.

El hombre echó un último vistazo a la habitación.

—Muy bien, señor, pero no me culpe si es asesinado en su cama.

—Conténtese con saber que si tal ha de ser mi destino, difícilmente podría hacerlo.

El hombre salió dando pisotones de la habitación, casi chocando con una criada que llevaba una bandeja. Skelton se apresuró y la cogió mientras una tarta de ciruela damascena, una botella de vino y una copa amenazaban con deslizarse de ella.

—Venga, Milly. Tráele a su señoría algo caliente...

—Eso no será necesario —dijo Laurence—. Ya he sufrido suficientes interrupciones y pido que no se me moleste durante el resto de la tarde. Puedes enviar a alguien a recoger la mesa por la mañana.

Skelton comenzó a descargar la bandeja.

—Como desee, milord.

—Gracias, y asegúrese de que ese entrometido abandona el lugar, ¿quiere?

El casero sonrió.

—Será un placer, señor. Haré que dos de mis muchachos lo echen si es tan tonto como para quedarse por aquí.

—Sí, creo que será lo mejor —coincidió Laurence—, él reduce el nivel de su fino establecimiento.

Esperó hasta que el casero se hubo ido por un minuto o dos, y luego se puso de pie, diciendo en voz baja:

—Creo que es seguro salir ahora, milady.

La figura embozada abandonó el asiento de la ventana y corrió las cortinas tras de sí. Su estómago volvió a rugir mientras lo hacía.

—Creo que será mejor que me acompañe a cenar —dijo irónicamente. Como ella no respondió, añadió—. Ese bribón parecía un tipo astuto. Espero haber hecho lo suficiente para disuadirlo, pero no apostaría una gran suma a ello. Le sugiero que le dé tiempo para que se canse de merodear en las sombras antes de marcharse.

Su intrusa pareció tomar una decisión repentina. Se dirigió a la chimenea y sacó un reticule del bolsillo de su capa antes de despojarse de ella y arrojarlo sobre el respaldo de una silla. Llevaba un vestido de cuello alto y manga larga. Esta modesta prenda no hacía concesiones a la moda actual; no estaba adornada con cintas, volantes o faralás, y la falda era inusualmente ancha. Sin embargo, no podía ocultar por completo su curvilíneo cuerpo.

—Ciertamente tengo mucha hambre, como atestiguan los ruidos poco propios de una dama que salen de mi estómago. Pero, por favor, deme un momento para domar mi rebelde cabello —rebuscó en su reticule y sacó unas horquillas antes de mirarse en el espejo, con una mirada de consternación humorística—. Oh cielos, luzco bastante salvaje.

La mirada de Laurence se posó en los gruesos mechones que se le habían escapado. Le llegaban casi a la cintura.

—No se sienta obligada a hacerlo solo porque estoy aquí; tiene un cabello precioso —se sorprendió al escuchar sus pensamientos salir de sus labios.

—Sí —aceptó ella, con cierta seriedad, mientras empezaba a enroscar los mechones en el gran nudo que llevaba en la nuca—, es mi mejor rasgo —una sonrisa se dibujó en los ojos que se encontraron con los suyos en el espejo—. Parece que el casero no lo conoce tan bien como cree, señor. No sólo me ha invitado a cenar con usted, sino que quiere que me siente a la mesa mientras luzco así, y sin embargo creo haber escuchado que lo describieron como un caballero muy correcto.

—Se me considera así —admitió, observando los intentos de ella por contener sus mechones rebeldes—. Pero me encuentro en territorio desconocido.

Ella apartó su mirada de él.

—Yo también, señor.

Era plenamente consciente de la intimidad de la situación y, al darse cuenta de que la estaba mirando de un modo muy poco caballeroso, apartó los ojos de la impresionante mujer que tenía delante. No era una belleza etérea como lo era Diana, ni tenía la vulnerabilidad de lady Selena; de hecho, no poseía ninguno de los atributos que hasta entonces le habían atraído. No había nada delicado en sus rasgos; sus labios eran más carnosos de lo que estaba de moda, sus pómulos prominentes proyectaban una sombra en los huecos que había debajo, y su barbilla era firme. En lugar de curvarse con delicadeza, sus cejas se enarcaban sobre unos ojos castaños enmarcados por espesas pestañas negras. Era un rostro fuerte, con carácter e inquietantemente sensual.

—Ya está —dijo—, tendrá que bastar.

Laurence le acercó una silla antes de trincharle con pericia una loncha de ternera. La colocó, junto con algunas verduras en el plato que le habían traído para el postre.

—Gracias —dijo, con una pequeña sonrisa en los labios—. ¿No le da miedo estar a solas con una mujer desquiciada?

—No más de lo que usted parece estarlo ante la perspectiva de cenar a solas con un completo desconocido.

—Ah —dijo, tragando apresuradamente un bocado de comida—, pero sus acciones hablan de su carácter, señor. Es usted tranquilo, ingenioso y todo un caballero. Manejó al señor Chubb de manera magistral —soltó una carcajada—. Su nombre es muy apropiado, ¿no cree?

—Si ese es su nombre, ciertamente —murmuró—. ¿Podría saber su nombre, señora?

Ella sonrió un tanto apenada.

—Se ha ganado mi confianza, señor, pero me resisto a dárselo. Además, dudo mucho que volvamos a vernos, así que es totalmente innecesario.

—No obstante, me gustaría saberlo —dijo en voz baja—. Me parece que usted me lleva ventaja, ya que Skelton mencionó mi título al señor Chubb antes de que entraran en la habitación.

Sirvió un poco de vino en la copa que le había traído la criada y se lo entregó. Ella bebió un sorbo, pensativa.

—No lo he pillado, pero llegaremos a un acuerdo. No me diga su título, sino sólo su nombre, y yo le diré el mío. Será escandalosamente atrevido por nuestra parte, por supuesto, pero al fin y al cabo ya hemos cruzado los límites de lo que es propio.

Laurence no se sorprendió al escuchar su lenguaje poco femenino; de algún modo parecía sentarle bien.

—Todos se refieren a mí por mi título, incluso mis amigos más íntimos.

—¿Todos? —dijo, con una divertida mirada desafiante—. ¿Incluso su madre y sus hermanas?

—Mi madre no, por supuesto, y mis hermanas tampoco. Son unos cinco años mayores que yo y no parecen comprender el respeto que se me debe ahora que soy el cabeza de familia —dijo, con un tono lastimero desmentido por su sonrisa cariñosa—. Sin embargo, si alguien externo a la familia lo hace, Anne se ofende mucho. No obstante, todos los demás me llaman por mi título.

—Muy bien —dijo, encogiéndose de hombros—, señor y señora, así será.

—Laurence —se encontró diciendo, preguntándose de pronto cómo sonaría su nombre en sus labios.

—Laurence —repitió lentamente.

Cuando su tono cálido y rico envolvió cada sílaba, sintió que su corazón latía un poco más rápido. Como no confiaba en que su voz mantuviera su habitual nivel de calma, se limitó a enarcar una ceja.

—Cassandra —dijo ella.

CAPÍTULO 2



Cassandra puso mala cara.

—Nunca me ha gustado ese nombre, pero ahora lo detesto rotundamente. Mi destino parece reflejar el de mi tocaya.

No se sorprendió cuando su muy correcto caballero se atragantó con un bocado de guisantes y se vio obligado a escupirlos. El tenue color de sus mejillas denotó su mortificación. Se dio cuenta de que no estaba jugando limpio, pero la tentación de sacarle de sus casillas era irresistible.

—No lo digo literalmente, por supuesto —dijo ella, compadeciéndose de él—. No he roto ninguna promesa ni me han arrancado mi virtud, y desde luego no puedo predecir el futuro, por desgracia, pero es sólo que nadie creerá lo que digo, o si lo hacen, pensarán que estoy loca.

Su salvador recuperó la ecuanimidad con decepcionante rapidez.

—Veo que es usted una buena conocedora de los clásicos. ¿Qué es lo que no creen? ¿Y por qué el señor Chubb la está buscando?

Cassandra suspiró.

—No estoy segura de que deba decírselo; no me gusta el papel de damisela en apuros y prefiero seguir siendo una dama misteriosa.

Tiró de la tarta de ciruela hacia ella, cortó un trozo y lo mordió.

—Oh —dijo, cerrando los ojos—, está deliciosa. Tiene que probarla.

—No me gustan los dulces. Ahora, ¡deje de tergiversar!

Sus ojos se abrieron de golpe al escuchar sus exasperadas palabras.

—No es dulce, sino deliciosamente ácido. Estoy seguro de que le gustará.

Sus labios temblaron.

—¿No cree que merezca algún tipo de explicación?

Puede que la tarta no fuera dulce, pero la sonrisa que acompañó a estas palabras sí lo era. La sorprendió y la desconcertó un poco. Cuando su salvador se apartó unos mechones sueltos que le habían caído sobre la frente, se dio cuenta por primera vez de que su cabello no encajaba con su elegante vestimenta y su porte digno; era un poco largo y, al parecer, lo había dejado caer a su antojo. La incongruencia le pareció intrigante.

A decir verdad, había sentido un poco de inquietud al darse cuenta de que el salón estaba ocupado por un caballero, pero se había desvanecido rápidamente al saber a qué se enfrentaba. Su tranquila e imperturbable aceptación de la intrusión la había impresionado. Sus modales habían sido excelentes, aunque un poco rígidos, y su mirada directa. Había escuchado con gran aprecio cómo él despojaba rápida y eficazmente al señor Chubb de sus pretensiones. La única vez que le había dado motivos para dudar de él había sido cuando la había halagado por su

cabello, pero ella se había dado cuenta inmediatamente de que él estaba más sorprendido que ella y eso la había divertido. Sin duda, el hecho de encontrarse a solas con una mujer extraña y de calidad lo había desconcertado un poco más de lo que quería demostrar.

Laurence pareció tomar su silencio como una señal de aquiescencia. Se levanto y volvió a llenar las copas.

—¿Deberíamos retirarnos al fuego, donde podemos estar cómodos?

Cuando ambos estuvieron sentados en los amplios sillones, Laurence bebió un sorbo del líquido rubí en su copa, esperando pacientemente a que ella lo iluminara. Un silencio expectante se interpuso entre ellos, sólo roto por el ocasional crepitar y salpicar del fuego. Al encontrarse bajo la mirada de un par de ojos fríos y penetrantes, bajó la vista mientras pensaba qué decir. Sentía que tenía una especie de obligación para con él, pero se resistía a compartir su historia con un extraño; un extraño, además, que podría no aprobar sus acciones, o no creerlas. Ni ella misma se lo creía.

—Muy bien —dijo con ligereza—. El villano de la pieza le ha prometido al señor Chubb una jugosa recompensa si puede encontrarme y devolverme al hogar de mi familia.

—Ya me lo imaginaba. ¿Dónde está tu casa, Cassandra?

—Muy lejos de aquí —respondió evasivamente.

Él frunció el ceño.

—¿Me dirás al menos de quién huyes y por qué te consideran loca? Quizá pueda ayudarte más o al menos ofrecerte algún consejo.

Fue su turno de sentir un momento de exasperación; ¿era su abuelo el único hombre que había pisado esta tierra que pensaba que una mujer era perfectamente capaz de tomar sus propias decisiones? Rápidamente aplacó su impaciencia, consciente de que estaba siendo poco razonable y él muy amable. No era culpa de Laurence que las experiencias recientes hubieran puesto a prueba su carácter alegre.

—Es muy considerado de tu parte, Laurence, pero no creo que realmente piensen que estoy loca, y ya estoy harta de recibir consejos. Soy perfectamente capaz de hacerme cargo de mis propios asuntos, sabes.

Él dejó su copa y cruzó las piernas, ofreciéndole de nuevo aquella dulce sonrisa.

—Entonces satisfaz mi curiosidad.

Era bastante ridículo, reflexionó, que una mujer de su edad pudiera sentirse tan afectada por una sonrisa.

—Mi historia es tediosa, aunque estoy disfrutando inesperadamente de mi pequeña aventura —soltó una risita—. Hay algo bastante estimulante en enfrentar tu ingenio contra el de otra persona, pero no pienso permitir que el señor Chubb vuelva a encontrarme.

La sonrisa de su compañero desapareció, sus ojos se entrecerraron y apretó los labios.

—¿Pretendías que te encontrara?

—Que me siguiera; estaba actuando como señuelo mientras mi criada cumplía mis órdenes.

—Eres una imprudente, Cassandra.

No sabía por qué se sentía decepcionada; después de todo, esperaba su desaprobación. Se levantó, cogió su capa y dijo con frialdad:

—No creía que lo fuera, pero debo admitir que me siento entusiasmada, así que quizá lo sea. A ti te lo parecería, por supuesto.

Laurence se puso de pie, con una mirada apacible. Le quitó la capa, pero no la ayudó a ponérsela.

—Te pido disculpas; no me corresponde juzgarte en tan poco tiempo. Por favor, siéntate.

Intentaré no ser tan desagradable.

La mueca triste de sus labios y la burla que vio en sus ojos la convencieron de hacerlo.

—Acepto tus disculpas. Comprendo que mi comportamiento debe parecer extraordinario, pero también lo son mis circunstancias.

—Quizás podrías explicármelas un poco más claramente.

Decidiendo que era mejor que la colgaran por oveja que por cordero, fue directamente al meollo de la cuestión.

—Mi primo desea casarse conmigo, aunque el porqué es un misterio; no soy particularmente rica ni hermosa, y ciertamente no le he dado ningún incentivo, lo que es más, él me desaprueba enormemente.

—Me sorprendes.

Ella se rio, porque esta vez sus palabras fueron pronunciadas con un humor muy sutil.

—Estás escapando de un pretendiente no deseado, entonces —continuó—. ¿Por qué era necesario que huyeras? ¿No podías simplemente rechazarlo? Después de todo, nadie puede obligarte a casarte.

—No, no puedo —dijo con firmeza—, pero el perro impertinente hizo todo lo posible por forzar un matrimonio. Cuando rechacé su oferta, con mucho más tacto del que generalmente se me atribuye, tuvo la audacia de besarme justo cuando su madre entraba en la habitación.

—Ah, es tu Ajax —murmuró Laurence—. Qué tipo tan despreciable. Eso debe haber sido incómodo.

—Fue extremadamente incómodo —dijo secamente—. Su madre lanzó un grito de victoria casi histérico y empezó a felicitarnos.

—¿Puedo preguntarte cómo te libraste de la situación?

Su voz adquirió un tono severo.

—Le dije que nada me convencería de casarme con su lamentable excusa de hijo, que era un gusano, un idiota, un cabeza de chorlito, oh, y un montón de otras cosas.

—Qué vocabulario tan extraordinario tienes, Cassandra —dijo, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Quizá no fue muy bueno de mi parte, aunque quise decir cada palabra. Pero la señora Fenton no es como su hijo; es una mujer extremadamente nerviosa y siempre está ansiosa por complacerlo. Sin embargo, las palabras salieron antes de que pudiera controlarme lo suficiente como para moderar mi respuesta. Mi abuelo me educó —explicó, suavizando su tono de voz—. Él era un hombre muy sencillo.

—Creo que le tenías cariño.

—Le quería —dijo, simplemente—. Sólo tenía seis años cuando mis padres y mi hermano se ahogaron en un accidente de barco, y él fue como un padre para mí.

Sus ojos se apartaron de los de ella y se pasearon por sus facciones.

—Sospecho que eres sólo unos años más joven que yo, y sin embargo estoy seguro de que nunca te he visto en la ciudad.

—Nunca he estado en Londres. Para cuando tuve edad suficiente para una temporada, mi abuelo había sufrido su primera crisis y, aunque se recuperó, sabía que si yo no estaba allí para vigilarlo, no haría caso de las observaciones del médico y se tomaría las cosas con más ligereza.

Se llevó la copa a los labios y se sorprendió al descubrir que estaba vacía. Laurence se inclinó hacia delante y volvió a llenarla.

—Supongo, entonces, que el primo que desea casarse contigo es su sucesor, ya que te ha echado de tu casa.

—Sí, es un primo lejano. Mi abuelo sólo empezó a hacer averiguaciones para descubrir al siguiente sucesor cuando quedó postrado en cama. Hasta entonces, nunca pudo creer que estaba gravemente enfermo. Se descubrió que su heredero era uno de una pareja de gemelos. Afortunadamente, sólo pudieron encontrar al que era mayor por media hora. Era el supervisor de una plantación en Jamaica —suspiró—. El abuelo se estaba muriendo rápidamente cuando lo descubrimos, pero se alegró cuando recibió una carta de F... mi primo, con una miniatura adjunta. Sus palabras fueron respetuosas y su imagen agradable —soltó una risa seca—. El artista había hecho un retrato competente, pero había imbuido su rostro de una benevolencia que él no posee; sus facciones son más bien duras e implacables. No sé si fue por falta de habilidad o para complacer a su modelo, pero me inclino a pensar que fue por lo primero —se inclinó un poco hacia delante y sus ojos se iluminaron de pronto—. Se necesita una gran precisión visual y un tacto delicado para retratar el carácter de alguien en una miniatura.

Su compañera sonrió enigmáticamente.

—¿Eres una mera crítica o tienes alguna habilidad en ese sentido?

Ella se rio, un poco cohibida.

—Bueno, no me gusta presumir, pero como es el único talento real que poseo, no voy a disimular. Me consideran muy dotada para este arte —poniéndose en pie, busco el reticle que todavía reposaba sobre la repisa de la chimenea y saco algo de él, apretándolo con la mano—. No podía dejar esto; es todo lo que tengo ahora para recordar a mi abuelo —extendió la mano y lentamente la abrió, dejando ver el retrato de un caballero de cabello blanco dentro de un marco ovalado de plata.

Laurence descruzó las piernas y se sentó, cogiéndolo de sus manos. Sus dedos le hicieron cosquillas en la palma de la mano, provocándole un agradable cosquilleo. Cassandra se sentó en el borde de la silla y observó su rostro mientras él veía el retrato con una intensidad silenciosa que la inquietó un poco. No estaba acostumbrada a sentirse insegura de sí misma, pero en aquel momento la asaltó la duda. ¿Podrían haberse equivocado su abuelo y su institutriz? Tal vez a un hombre experimentado, que se movía en los círculos más exclusivos, su trabajo le parecería aficionado en extremo. Inspiró cuando él levantó los ojos y la miró. Su expresión era adusta pero, cuando habló, su voz fue sincera.

—Un caballero de edad avanzada, con un lado travieso a juzgar por el brillo de sus ojos, pero con una mandíbula que sugiere una vena obstinada. Tienes mucho talento, Cassandra. Es exquisito.

Se sintió absurdamente complacida por su elogio, pero nunca había sabido aceptar los cumplidos con gracia y se apresuró a pronunciar un discurso que desviara su atención hacia sus defectos.

—Gracias, aunque no puedas saberlo, lo capta antes de que su salud desmejorara. Debo admitir, sin embargo, que me quedo corta cuando intento pintar un paisaje. Puedo retratar con precisión lo que tengo delante, pero nunca estoy satisfecha con el resultado. Puedo retratar la escena, pero no la atmósfera que quiero captar. Es muy molesto.

—Quizá te interesen más las personas que los paisajes —sugirió.

—¡No! —protestó, levantando las manos—. Eso es lo más desconcertante de todo. Sí me interesan las personas, por supuesto, pero generalmente las que son... era... mi deber proteger. Siempre he sentido afinidad con la naturaleza. Quizá sea porque he vivido todo el año en el campo —se sonrojó, un poco avergonzada por esta revelación, y su mirada bajó hacia el fuego. No sabía que había en el hombre que tenía delante que la hacía revelar mucho más de sí misma de lo que era su costumbre—. Perdóname, estoy divagando. Mi abuelo pensó que si mi primo

estaba acostumbrado a dirigir una plantación, tendría las habilidades necesarias para asegurar la continua prosperidad de D... de nuestra finca. Admito que él esperaba que llegara a haber una unión entre nosotros —dio un sorbo a su vino—. El abuelo murió seis meses antes de que llegara mi primo, y me alegro de ello.

—¿Crees que se habría sentido decepcionado de él?

Ella levantó la vista.

—Sin duda alguna. Intenté enseñarle nuestros métodos; al fin y al cabo, había trabajado estrechamente con nuestro alguacil durante años, pero no quiso tomarse en serio los consejos de una simple mujer. Afirmó que estaba encantado de apoyarme, que le había prometido a mi abuelo que lo haría, pero que yo debía limitar mis intereses a la casa y dejarle la hacienda a él.

—No era una petición irrazonable —dijo con una sonrisa compungida.

—Lo sé —soltó una carcajada—. Baste decir que no apruebo sus métodos ni sus maneras en lo que respecta a mí, la hacienda o la casa.

—En efecto, debe de haber sido difícil ceder el control después de haber estado tanto tiempo al mando, pero es comprensible que tu abuelo deseara que ese matrimonio sucediera. Sería muy ventajoso para ti; tu futuro estaría asegurado, y seguirías siendo la señora de tu propia casa.

—Ventajas que mi primo, su madre, el vicario y su esposa se han empeñado en recodarme, repetidamente —dijo con fatiga.

—Si el vicario lo aprueba, no puede ser tan malo.

Ella esbozó una débil sonrisa, pensando en cómo un toque de humor iluminaba sus ojos.

—¿No puede serlo? Podría haber considerado el matrimonio si hubiera demostrado ser un hombre íntegro, pero no lo es. Al principio, le di el beneficio de la duda. Después de todo, su vida fue casi tan difícil como la mía. Tuve en cuenta su carácter inseguro y su ignorancia, pero luego les hizo la vida tan difícil a nuestro mayordomo y a nuestra ama de llaves que se vieron obligados a marcharse. Tenían la intención de retirarse, pero se les debería haber permitido irse en el momento que ellos decidieran y no porque se cuestionara cada uno de sus movimientos y se revisaran constantemente sus cuentas, como si sospechara que se llenaban los bolsillos a su costa. Estaba rodeada de criados extraños, y no creo que hubiera seguido siendo dueña de nada. Puede que haya encantado al vicario y a su esposa, presentándoles sólo su lado agradable, pero el otro es frío, sin humor y tiránico. Parece que, a la vez, se siente fascinado y repelido por mí. Soy demasiado vivaz, expreso mis opiniones de manera muy directa, mi caminar es varonil y mi ligereza excesiva.

Los labios de Laurence se torcieron en una sonrisa que parecía más bien una mueca.

—Y a pesar de esta lista exhaustiva de defectos, ¿desea casarse contigo?

En sus ojos brilló un destello de diversión.

—Tiene en cuenta mi crianza como huérfana y está seguro de que la suya, en dado caso que él me guíe, atenuará los graves defectos de mi carácter. Le complace aliviarme de las cargas que nunca debieron recaer sobre mis hombros y está seguro de que, una vez casada e inmersa en los deberes domésticos y la maternidad, aflorarán mi feminidad y la delicada sensibilidad que deberían regirme.

—¡Santo Dios! No me digas que así es como te lo propuso.

Se le escapó una carcajada.

—No sé cómo evité reírme a carcajadas; su propuesta fue demasiado ridícula para ponerla en palabras. Fue hasta que me puso las manos encima y me besó que salí disparada hacia él —bebió otro sorbo de vino—. Empiezo a pensar que es mi primo quien está trastornado. Sólo espero que el señor Chubb sea discreto. A mi abuelo no le habría gustado que ningún escándalo estuviera

relacionado con nuestro nombre —su mirada volvió al fuego—. No tengo parientes cercanos y llevaba unos días preguntándome adónde podría ir, y entonces recibí una carta de mi antigua institutriz, una mujer maravillosa. Le tengo mucho cariño; ha seguido siendo mi compañera desde que dejé la escuela. Me dejó a regañadientes hace tres años para vivir con su hermana viuda y enferma—levantó la vista y su mirada se tornó oscura—. Fue algo terrible. El marido de su hermana había sido asesinado en la calle por un vulgar ladrón —se estremeció involuntariamente—. Lo habían degollado de la manera más cruel, por lo que no es de extrañar que la conmoción sumiera a la pobre mujer en una profunda depresión de la que nunca se recuperó. Louisa decía en su carta que la señora había muerto hacía unos tres meses y le había dejado la casa en la que vivían. El momento de su misiva parecía propicio.

—Esa mañana entré en discusión con mi primo porque me informó de que ya no debía cabalgar sola, ni siquiera por la finca. Cuando le dije que no toleraría semejante intromisión, me dijo fríamente que se vería obligado a despedir a cualquiera de los mozos de cuadra si iba en contra de su voluntad. Dijo que la misma suerte correría cualquiera que me permitiera ir a cualquier parte en el carruaje sin su chaperón o el de su madre. Era intolerable.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo, con un tono un tanto serio—. Indignante. ¿Te dio alguna razón para este comportamiento irrazonable?

—Dijo que tenía el deber de cuidarme y que debía tener en cuenta mi seguridad, a pesar de que ya no soy una niña, sino una mujer de veintiséis.

Laurence apoyó la barbilla en una mano, con una mirada pensativa.

—¿Le habías dado algún indicio de tu intención de marcharte?

—Sí, unos días antes. Me informó en la mesa del desayuno que una casa no podía tener dos amas y que su madre daría sus órdenes al ama de llaves a partir de ahora. Yo sería su dama de compañía hasta que me casara con él, momento en que las riendas de la casa volverían a ser mías. Le informé de que nunca me casaría con él y estuve totalmente de acuerdo en que una casa no podía tener dos amas y que, como soy bastante capaz de mantenerme a mí misma si no soy despilfarradora, empezaría a buscar a mi alrededor otro lugar donde vivir.

De pronto se incorporó de un salto.

—Oh, por eso intentó prácticamente hacerme prisionera; no deseaba que tuviera la oportunidad de hacer ningún arreglo. Me preguntaba por qué el señor Penwith, mi abogado, no había contestado a mi carta en la que le pedía que me visitara, pero sería lógico que mi primo la hubiera interceptado. No había asimilado eso, sólo sabía que no podía pasar otra noche bajo el mismo techo que él. Mi primo se había llevado a su madre de compras cuando llegó la carta de mi institutriz, y mi criada y yo hicimos apresuradamente las maletas y nos escabullimos por una puerta lateral. Caminamos cuatro millas hasta la posada más cercana y alquilamos un carruaje. El señor Chubb nos alcanzó esta tarde en Grantham.

La mirada de Laurence se había vuelto severa.

—Tu primo, Cassandra, deshonor el nombre de caballero.

—Es despreciable —una mirada de desconcierto cruzó su rostro—. ¿Por qué está tan decidido a tenerme? No puede querer una esposa que lo desprecia.

—Parece creer que puede doblegarte a su voluntad —su voz fue áspera—. Algunos hombres disfrutan ejerciendo su poder sobre otros.

—Él no tiene poder sobre mí. Cuando haya llegado a la seguridad de mi institutriz, escribiré a mi abogado y le explicaré detalladamente la situación. Le pediré que se encargue de que me envíen el resto de mis cosas. Es un hombre honrado y sé que me prestará toda su ayuda—miró el reloj de la chimenea—. Ahora, ya tienes mi historia, y debo irme.

Laurence levantó una mano para detenerla.

—No toda tu historia. Tengo curiosidad por saber cómo escapaste del señor Chubb cuando te atrapó por primera vez.

La ira se reflejó en sus ojos.

—Teníamos la intención de continuar nuestro viaje en carruaje y habíamos salido a dar un paseo para estirar las piernas antes de que nos encerraran de nuevo. Cuando regresamos a la posada, lo encontramos esperándonos en el salón privado que yo había alquilado. Nos hizo el *honor* de presentarse antes de blandirnos una pistola, diciendo que si seguíamos sus órdenes, no nos haría daño. Dijo que mi primo estaba tan preocupado por mí que había ofrecido una generosa recompensa por mi regreso. Me quedé estupefacta de que mi primo llegara tan lejos, y el señor Chubb interpretó mi estupefacción como miedo de doncella, creo. Tenía un carruaje esperándonos, pero cuando subimos a él, yo ya había recuperado la lucidez. Cogí la mano de mi criada y salimos corriendo. Después de todo, no iba a dispararme. ¿Qué ganaría con ello? Además, había demasiados testigos.

Laurence la miró, con el ceño fruncido.

—¿Os persiguió?

—Oh, sí, pero era día de mercado y los caminos estaban atestados de carretas y ganado. Su carruaje no le útil y se vio obligado a seguirnos a pie. Mi criada me dijo que tenía un tío que tenía una posada no lejos de aquí y que podía estar segura de que nos mantendría a salvo. La envié de regreso para que buscara nuestras cosas y le dije que nos encontraríamos allí —su enfado desapareció y la diversión ocupó su lugar—. Mientras tanto, le causé muchos problemas al señor Chubb.

—Casi empiezo a sentir lástima por él —murmuró Laurence.

Cassandra soltó una risita.

—Como no podía ser menos. Agradezco que mi caminar *sea* varonil...

—A mí no me lo parece —dijo, inexpresivo—, te mueves con gracia.

Ella se atragantó con el vino y agradeció que él le ofreciera un pañuelo para secarse los ojos.

—Estamos en paz —dijo cuando se hubo recuperado—. Pero dejando de un lado las bromas, siempre hago que mis vestidos sean más anchos de lo que está de moda para no tropezar a cada paso, y hoy he tenido motivos para estar agradecida por ello. El señor Chubb puede moverse con una rapidez sorprendente para alguien tan corpulento, pero yo no tuve ningún problema para mantenerme delante de él. Alquilé un caballo y él entró corriendo en el establo, con el rostro sonrojada y su respiración agitada, mientras yo salía trotando. Él también alquiló un caballo, por supuesto.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Laurence.

—Hubiera dado algo por verlo.

—S-sí —jadeó ella—. ¡No sé si sentí más pena por él o por su caballo!

—Su corcel sacó lo mejor de él, creo —dijo secamente—, a juzgar por el barro de su abrigo.

Cassandra volvió a secarse los ojos con el pañuelo.

—No pude resistir la tentación —dijo mientras seguía riendo—, le llevé un corto trecho campo a través y se cayó en el primer seto.

—Me lo imagino. ¿No temías que pudieras matarlo?

—No, elegí un seto especialmente bajo. Lo dejé revolcándose en el barro y regresé al camino, me encargué de que devolvieran al caballo en una posada y vine el resto del camino hasta Stamford en carruaje, como había planeado en un principio.

La expresión de Laurence se tornó seria.

—Has estado jugando con fuego, Cassandra. No subestimes al señor Chubb; puede que se haya vuelto terriblemente corpulento, pero era un corredor de Bow Street y estaba acostumbrado a detener a personas mucho más peligrosas que tú. Si esta habitación hubiera estado vacía como suponías y él te hubiera descubierto aquí sola, no habrías vuelto a escapar tan fácilmente.

—Tal vez no —concordó—. Admito que no esperaba que viniera a por mí tan pronto. Tenía la intención de caminar las últimas millas hasta nuestro punto de encuentro, atajando por los campos para disminuir la posibilidad de que alguien me viera, pero entonces lo vi venir por la calle detrás de mí y entré en esta posada.

Laurence se puso en pie con determinación.

—Creo que lo mejor será que te acompañe hasta tu criada. Estoy seguro de que el señor Chubb estará merodeando por aquí.

—Es muy probable —dijo con pesar—, parece ser un hombre muy decidido.

—Entonces, ¿acepta que te acompañe? —dijo, tendiéndole la capa.

Ella sonrió agradecida.

—Sí, gracias. Estoy cansada de este juego del gato y el ratón.

CAPÍTULO 3



Cuando Laurence empezó a envolver a Cassandra con la capa, se lo pensó mejor y volvió a quitársela. Ella lo miró por encima del hombro, con una interrogante en sus astutos ojos.

—Creo que debo separarte temporalmente de tu capa —dijo—. Le pediré a mi mozo de cuadra que se la ponga y salga a dar un paseo. Esperemos que el señor Chubb esté ahogando sus penas en una de las muchas tabernas que hay en esta ciudad, pero si *sigue* rondando cerca, será mejor que nos deshagamos de él antes de irnos.

Se volvió, con una sonrisa aprobatoria en su rostro.

—Una idea sensata —se rio suavemente—. Menuda sorpresa se llevará si aborda a tu hombre.

—Obtendrá más de lo que espera, ciertamente, conociendo a Fadon —dijo secamente, doblando la capa sobre su brazo—. No tardaré más de unos minutos; prométeme que no desaparecerás mientras yo no esté.

—Lo prometo, palabra de dama. Ahora que he cenado y me he sentado junto al fuego, me siento bastante soporífera, y la idea de recorrer unas millas a través de campos embarrados a la luz de la luna no me parece muy atractiva.

A diferencia de ella, él reflexionó mientras bajaba corriendo las escaleras trasera que conducían hacia el patio del establo, aunque ella parecía no ser muy consciente de ello. Ciertamente la encontraba seductora y podía entender fácilmente la atracción que sentía por ella su pariente. Sin embargo, no podía entender su deseo de dominarla, o de someter la viveza de su rostro y apagar para siempre su espíritu. No eran sus rasgos llamativos los que la hacían bella, sino la vitalidad que los iluminaba. Si su primo se saliera con la suya, la convertiría en una escultura viviente; los ángulos y planos de su rostro seguirían llamando la atención, pero la esencia de la mujer se perdería. Era impensable que algo así estuviera permitido.

La tarde había avanzado considerablemente y los únicos signos de actividad en los establos procedían de las habitaciones superiores. La luz parpadeaba en las ventanas y el murmullo de una conversación bajaba por las escaleras. La fortuna le favoreció y encontró a su mozo de cuadra revisando los caballos por última vez antes de acostarse.

Fadon preparó rápida y eficazmente el carruaje y lo sacó al patio, pero sus labios se fruncieron y su expresión se tornó severa cuando su amo le pasó la capa y le explicó lo que deseaba que hiciera. Se la puso de mala gana y la aseguró con el broche. Era un hombre pequeño y enjuto, bastante más bajo que Cassandra, y la prenda se arrastraba por los adoquines.

—No es lo ideal —admitió Laurence—, pero si te mantienes en las sombras, es de esperar que cualquier discrepancia pase desapercibida.

El mozo sacudió la cabeza con desaliento.

—Lo he visto convertirse de un niño a un hombre, milord, y nunca he sabido que se haya visto envuelto por nada que no fuera bueno.

Una extraña sonrisa se dibujó en los labios de Laurence.

—Siempre he sido un perro aburrido, ¿verdad?

—Lo que siempre ha sido, señor, es un hombre honorable y un buen amo. Estoy seguro de que no es asunto mío en que aprieto está usted metido, pero esta capa le pertenece a una dama, y si algo fuera a meterlo en problemas, ¿sería una de ellas!

Laurence no sabía cómo su mozo había llegado a esa conclusión, ni tenía tiempo o ganas de averiguarlo.

—No estoy metido en ningún aprieto, Fadon, ahora ponte la capa; tu rostro amargado me está dando indigestión —su entonación entrecortada le dio a entender al mozo que estaba decidido—. Camina hacia la ciudad y desaparece por unas cuantas calles laterales, de modo que estés lo suficientemente lejos de la vía principal. Si te siguen, preferiría que no te dejaras atrapar, pero si es así, ten cuidado; el hombre que te persiga tendrá una pistola.

El mozo entrecerró los ojos y curvó los labios.

—Eso cambia las cosas. No soy partidario de la violencia contra las mujeres, por muy problemáticas que sean. No me atraparé, de eso puede estar seguro, y si va a amenazarme, se arrepentirá.

—Buen hombre —dijo, y comenzó a caminar por el patio.

—¡Milord! —gritó suavemente—. Al menos dígame adónde va.

Laurence miró hacia atrás, sonriendo con pesar.

—¡No puedo; ni yo mismo lo sé! Ahora, ¡vete!

El mozo se colocó la capucha de la capa y se apresuró a salir del patio, murmurando en voz baja mientras lo hacía.

Laurence subió las escaleras de dos en dos, pero su prisa no se debía al temor de que Cassandra faltara a su palabra y huyera, estaba seguro de que no lo haría, sino por su impaciencia por alejarla de la posada y del señor Chubb. Había creído su historia, sobre todo porque ella se había mostrado reacia a compartirla. Había hablado de forma comedida, con palabras ocasionalmente acompañadas de diversión, enfado o exasperación, pero sin la histeria que cabría esperar de una mujer en su situación. Pero su valentía podía ser su perdición; él no creía que ella fuera consciente del peligro que corría.

Solo se le ocurrían dos razones para explicar el comportamiento de su primo: él había desarrollado una obsesión enfermiza por ella, o el matrimonio debía proporcionarle alguna ventaja que Laurence todavía no sabía. En cualquier caso, no creía que fuera a renunciar fácilmente a la persecución, por lo que era vital que el menor número posible de personas pusiera los ojos en su fugitiva. Podía ser cierto que Cassandra no podía ser obligada por ley a tal unión, pero si su primo la tenía bajo su poder, quién sabe qué presiones ejercería sobre ella, especialmente en una casa que había sido despojada de sirvientes que pudieran deberle lealtad.

No fue inmediatamente al salón, sino que se dirigió a su habitación para informarle a Salop, su ayuda de cámara, que iba a visitar a un amigo y no deseaba que lo esperase despierto.

—Muy bien, milord —dijo el caballero, un poco regordete y de cara redonda, mientras recorría con la mirada la vestimenta de su amo. Aparentemente satisfecho con lo que veía, continuó acomodando una pequeña pila de paños listos para la mañana.

A diferencia de Fadon, Salop no lo conocía desde que se había montado en su primer poni, y Laurence nunca había apreciado tanto el desinterés del hombre por sus actividades.

Cuando entro en el salón, la sonrisa tranquilizadora que había en sus labios se desvaneció. Se

detuvo justo delante de la puerta, y la decepción ahogo la agradable sensación de anticipación que había sentido ante la perspectiva de volver a estar en la alegre compañía de Cassandra. La habitación estaba vacía. Al parecer la palabra de una dama no valía nada. Sus labios se curvaron en una media sonrisa burlona y un brillo cínico intensificó su mirada.

—¡Idiota! —murmuró, pensando que hacía mucho tiempo que una mujer, por atractiva que fuera, no lo engañaba, aunque en este caso sólo podía perjudicarse a sí misma. Incluso si Cassandra escapaba del señor Chubb, recorrer kilómetros en el aire húmedo y fresco sin su capa la expondría al riesgo de enfermar. Estaba a punto de girar sobre sus talones e ir tras ella cuando las cortinas se abrieron de golpe.

—¡Usted es muy poco amable, señor! —dijo Cassandra, levantándose rápidamente del asiento y caminando hacia él—. Me pareció prudente ocultarme hasta que regresaras.

—Lo fue —dijo, sintiendo un alivio desmesurado tomando en cuenta el tiempo que llevaba conociéndola—. No me refería a ti, sino a mí mismo.

Ella se detuvo ante él y sus ojos brillaron al comprender el significado de sus palabras.

—Eres un tonto si pensabas que faltaría a mi palabra.

Su indignación le arrancó una sonrisa.

—No lo pensé hasta que vi que la habitación estaba vacía. Debería haber supuesto que estabas detrás de las cortinas, por supuesto.

—Bueno, creo que podrías haber considerado la posibilidad, en todo caso —dijo ella con más suavidad. Su enojo desapareció y la consternación brilló en sus expresivos ojos—. Oh, que zorra soy. Después de todo, no me conoces y has sido tan amable al ofrecerme tu ayuda. El abuelo siempre decía que mi orgullo me traería problemas si no tenía cuidado. Me vendría bien que me abandonaras a mi suerte —extendió su mano—. Perdóname.

Que criatura tan voluble era, pensó Laurence mientras estrechaba sus largos y afilados dedos con un ligero apretón antes de posar la mano de ella sobre su brazo.

—No hay nada que perdonar. Ahora, ven. No debería haber dejado a los caballos solos por tanto tiempo.

Llegaron al patio sin ser vistos. La ayudó a subir al carruaje antes de subirse él mismo y sacar una manta de debajo del asiento.

—Abrígate con esto. No querrás coger un resfriado.

Ella se lo cogió y le dijo en voz baja:

—Gracias. Lo haré para complacerte, pero nunca estoy enferma, ¿sabes?

Él podía creerlo. Incluso después de las pruebas y ajetreo de su día, su rostro no mostraba signos de palidez, al contrario, un tinte suave y sonrosado infundía sus mejillas.

—¿Adónde? —dijo él con ligereza.

—Al León Rojo en West Deeping. ¿Lo conoces?

Laurence condujo sus caballos a través del arco y giró hacia el camino principal.

—Nunca he visitado la posada, pero el pueblo está a unas cinco millas al este de aquí. Es un lugar pequeño y soñoliento y te vendrá bien por esta noche.

Cruzaron el puente que cruzaba el río Welland y giraron a la izquierda por un camino más pequeño, dejando pronto atrás el pueblo. La luna estaba casi llena e iluminaba fácilmente el camino.

—Tienes facilidad con las manos—dijo Cassandra con aprobación—. Mi abuelo fue un buen conductor en su época.

—¿Y tú también eres una buena conductora? —preguntó, frenando a sus caballos al llegar a una curva cerrada.

—Yo diría más bien competente. Generalmente prefiero montar a caballo; es más práctico y eficiente en el campo —suspiró—. Echaré de menos a Blaze, mi yegua.

Laurence escuchó el tono melancólico en su voz.

—Cuando escribas a tu abogado y le pidas que te envíe tus cosas, ¿por qué no le pides que te envíe también tu caballo?

—Tal vez lo haga —dijo, dándose ánimos—, pero no tengo ni idea de si habrá establo suficiente para ella, ni de cuánto tiempo me quedará. Louisa mencionó que otra de sus hermanas había venido a vivir con ella y no estoy nada segura de cuánto espacio tiene, aunque la hermana viuda que murió estaba casada con un comerciante de vinos y licores, así que imagino que será de un tamaño razonable —sonrió con cariño—. Pero aunque no lo sea, confío en que me darán una cálida bienvenida.

—¿Fue como una madre para ti? —preguntó con delicadeza.

Cassandra lo miró rápidamente, y sus dientes blancos brillaron en la oscuridad mientras reía.

—Oh, no. Vino con nosotros cuando yo tenía catorce años y sólo es siete años mayor que yo. Es una amiga muy querida y tengo muchas ganas de volver a verla.

Laurence creyó comprenderla.

—Supongo que habrás echado de menos la compañía femenina y me sorprende que no contrataras a otra compañera después de que ella te dejara.

—No veía la necesidad. Nunca hemos recibido muchas visitas. Hay muy pocas familias en la vecindad inmediata, y después de que mi abuelo se pusiera muy enfermo, no hubo lugar a dudas. Cuando murió, supe que la madre de mi primo vendría a vivir a la mansión para darme respetabilidad. Además, nunca me ha gustado la cháchara intrascendente de la que disfrutaban la mayoría de las damas que he conocido, y desde luego no habría soportado que me sometieran a ella cuando era... bueno, no del todo yo misma.

No del todo yo misma. Era una forma tan moderada de describir el dolor que debió de haber sentido cuando murió el hombre que había sido como un padre para ella. De algún modo, le conmovió mucho más de lo que podría haberlo hecho cualquier efusión de emoción.

—¿No te sentías sola?

—Un poco —admitió—, pero siempre tenía mucho que hacer, y era sólo después de cenar que sentía de manera particular la pérdida de mi abuelo —el tono melancólico volvió a escucharse en su voz—. Solíamos jugar al ajedrez, al chaquete o a las cartas cuando él se encontraba bien o discutíamos asuntos de la hacienda; si no, yo le leía.

Parecía una vida muy monótona para una joven tan inteligente y vivaz. Algo de lo que pensaba Laurence debió de reflejarse en su rostro, porque ella dijo:

—Estoy segura de que todo te debe de parecer muy aburrido, pero yo no era infeliz.

Él notó que ella negaba la *infelicidad* en lugar de afirmar la *felicidad*. La diferencia podía ser sutil, pero él la comprendía perfectamente.

La miró con curiosidad.

—¿Acaso *no* hubo ningún chaval que intentara ganarse tu aprecio?

—El joven coadjutor parecía muy enamorado de mí cuando vino por primera vez hace unos cinco años y puede que lo intentara, pero el pobre hombre desarrolló un terrible tartamudeo cada vez que estaba en mi presencia, así que es difícil de decir —soltó una risita—. Pero es el señor Rutherford quien más se acerca a su descripción. Se creía un galán muy fino.

Su atención volvió al camino cuando salieron del pequeño pueblo de Tallington y llegaron a otra curva.

—¿Una opinión que no compartes, Cassandra?

—Yo pensaba que parecía un pavo real; llevaba los chalecos más sorprendentes bajo un abrigo azul muy ajustado, que admitiré que le quedaba admirablemente bien en los hombros, pero el efecto quedaba bastante arruinado por sus piernas enjutas y su extraño cabello de punta.

—Yo pienso —dijo, mirándola mientras el camino se volvía recto—, que lucía el estilo conocido como el *frightened owl* o quizá el *windswept* —sonrió cuando los labios de Cassandra se entreabrieron y jadeó de sorpresa—. Cualquiera de los dos le habría llevado a él o a su ayuda de cámara mucho esfuerzo y tiempo.

—No tengo paciencia con esas tonterías —dijo con cierta severidad—. ¿Por qué demonios querría alguien parecer un búho asustado o como si hubiera estado en un vendaval?

—Debo admitir que nunca he sentido la tentación de lucir ninguno de los dos estilos. Pero creo que los jóvenes que desean insinuar tener un alma torturada o una naturaleza rebelde suelen favorecer ese aspecto desaliñado.

—Que fue torturado, bien puedo creerlo —dijo secamente—. Se movía como si estuviera sufriendo, pero su carácter rebelde no puedo permitirlo; en cuanto sus padres se enteraron de su interés, le prohibieron acercarse a mí —sonrió—. Les estuve excesivamente agradecida.

Él enarcó una ceja.

—¿Y este joven árbitro de la moda se sometió dócilmente a su decreto?

—Oh, sí. La familia no llevaba mucho tiempo en el vecindario; su padre es un nabab y compró la mansión del señor Ripley cuando éste murió. Era soltero y buen amigo del abuelo, pero sus parientes no quisieron vivir en Derbyshire y por eso vendieron la hacienda. El señor Rutherford le dio a su hijo una pensión muy generosa. Comprendo perfectamente por qué la amenaza de su suspensión tendría un efecto tan grande sobre él; sólo su guardarropa debe de haberle costado una pequeña fortuna y ¿cómo lo mantendría sin fondos?

Sus palabras estaban llenas de ironía, lo que Laurence interpreto como un indicio de desprecio por semejante fruslería más que de disgusto por haber sido abandonado tan rápidamente.

—¿Puedo preguntar por qué la consideraron inadecuada? No es raro que una familia que ha hecho su fortuna en el comercio desee establecer a su hijo como un caballero casándolo con una dama de la nobleza, después de todo.

—Sí, pero no a la tierna edad de diecinueve años con una mujer tres años mayor que él, con una modesta dote y sin pretensiones a la moda ni conexiones importantes. No puedo culparlos por su consternación, sino sólo por su suposición de que yo podría sentirme tentada por un joven chaval inmaduro con predilección por escribir poesía execrable.

Como Laurence había sido igual de culpable de este crimen aparentemente atroz cuando se había creído enamorado de Diana, no pudo evitar sentir cierta simpatía por el joven señor Rutherford. Sin embargo, nunca había sido tan tonto como para exponer sus escritos de aficionado ante ella. En retrospectiva, se dio cuenta de que probablemente le habrían gustado y sólo podía alegrarse de que su modestia y su natural reserva se lo hubieran impedido. Podría haber inclinado la balanza a su favor, y ahora estaría atado de pies y manos a una bonita viuda que necesitaba un flujo constante de adoración si no quería caer en depresión.

La dama sentada a su lado contrastaba con ella; de hecho, era lo opuesto. Se reía de los cumplidos como si fueran una gran broma, en parte porque no se los creía y en parte porque no los deseaba. Carecían de importancia para ella, ya que no se definía por parámetros tan triviales como la belleza.

—Supongo que fuiste objeto de sus esfuerzos creativos.

Se rio tan fuerte que salieron lágrimas de sus ojos.

—Me han comparado con Afrodita, Atenea y Artemisa; no en el mismo poema, como comprenderás.

El joven chaval no había carecido por completo de sentido común. Puede que le hubiera dedicado poesía a una mujer a la que claramente no le apetecía, pero al menos había elegido mujeres poderosas para sus comparaciones en lugar de delicadas flores o elementos naturales como el sol o las estrellas. Al analizar a estas tres diosas y sus esferas de influencia, Laurence pudo entender perfectamente el pensamiento del joven; ella tenía elementos de todas ellas y era igual de intocable. Su confianza la rodeaba como un escudo, y sería un hombre muy valiente el que intentara romper su barrera.

—Habría sido una hazaña impresionante si él lo hubiera conseguido —murmuró.

—¡Habría sido una maraña de tonterías aún más desesperada que sus esfuerzos habituales!

Laurence la miró con cierta severidad, y ella pareció adivinarlo porque dijo con más suavidad:

—No tienes por qué pensar que hice trizas sus esfuerzos, porque no lo hice. Me divertía y me exasperaba por momentos y tenía suficiente vanidad femenina como para alegrarme de que le convencieran de que renunciara a su interés antes de que descubriera que yo tenía muchos defectos —sonrió con pesar—. La verdad es que no creo que sea en absoluto adecuada para el matrimonio; pasaría por encima de cualquier alma gentil y me pelearía de sol a sol con cualquiera que tuviese un carácter dominante.

Laurence estaba de acuerdo con ella. No podía imaginarse a Cassandra sometiéndose dócilmente a los deseos de su marido si no coincidían con los suyos. Al parecer, su abuelo había dado rienda suelta a su carácter enérgico y había fomentado en ella un nivel de independencia que había disfrutado muchísimo. Tal vez no había sido prudente por su parte. Estaba acostumbrada a vivir la vida a su manera, pero no la habían dejado lo suficiente para seguir haciéndolo, al menos no al estilo al que estaba acostumbrada. El viejo hombre se había dado cuenta claramente al final, pero depositar sus esperanzas en un pariente lejano sin saber a ciencia cierta si era un marido adecuado, había sido como jugar con fuego.

Cogieron una bifurcación y llegaron a West Deeping. Las cabañas de piedra caliza bordeaban la calle desierta, y el León Rojo no tardó en aparecer. Era un establecimiento de tamaño modesto con un granero anexo. La planta baja estaba a oscuras, pero se percibía una tenue luz tras las cortinas corridas del primer piso.

—Oh —exclamó Cassandra, sorprendida—, ya estamos aquí, y tú has aprendido mucho de mí, pero yo nada de ti.

—Mi historia es anodina y mi futuro predecible —dijo con una sonrisa—, a diferencia del tuyo.

Giró hacia un pequeño patio. Había establo suficiente para unos cuantos caballos y un carruaje, pero no más. Todo esto era bueno, ya que sugería que la posada no solía alojar a viajeros que pernoctaban.

Cassandra lo miró especulativamente.

—Creo que hay más en ti de lo que parece, Laurence, pero si no deseas participar en un intercambio justo, es tu prerrogativa.

Él escuchó el resentimiento en su voz.

—Volveré mañana por la mañana con tu capa y os acompañaré a ti y a tu doncella a vuestro destino. Entonces podrás preguntarme lo que quieras.

Sus ojos brillaron con picardía bajo sus cejas arqueadas.

—Eres generoso al concederme tan amplio margen.

—Puede que te haya dado permiso para hacer preguntas, Cassandra, pero no te he prometido responderlas —dijo en voz baja.

Una puerta que daba al patio se abrió de repente y por ella se precipitó una mujer joven y atractiva, con la capota ladeada y los ojos azules muy abiertos.

—Oh, señorita Cassandra —exclamó —, ¡está a salvo! ¡Ha tardado tanto en llegar que creí que ese gordo loco había conseguido atraparla!

Cassandra se despojó de la manta, bajó del carruaje sin dificultad y estrechó las manos de su criada entre las suyas.

—¿Tan poca fe tienes en mí, Grace?

—Oh, no, señorita —dijo ella, mirando a su ama con ojos de adoración—. ¡Sé que eres capaz de todo!

Laurence se sorprendió tanto por la informalidad de este saludo como por la joven que supuso era su criada. Habiendo crecido en un hogar con tres mujeres, tenía cierta experiencia con las criadas de las damas. Por lo general, se enorgullecían de su propio aspecto y del de su patrona, y siempre eran excelentes costureras. Grace llevaba un vestido de muselina que había sido arreglado por dedos inexpertos. El dobladillo irregular se arrastraba un poco por el suelo, las mangas se habían acortado demasiado, de modo que quedaban a unos cinco centímetros por encima de las muñecas, y no dejaba de tirar del vestido, el cual se deslizaba una y otra vez de sus hombros regordetes. ¿Acaso el primo de Cassandra se había deshecho también de su criada personal, obligándola a contratar a una de las criadas de la casa? Laurence fue consciente del creciente deseo que tenía de conocerlo.

Un hombre alto y de porte digno entro por la puerta con paso más pausado, y cogiendo un farol por delante. Lo siguió una señora de mediana edad muy pulcra. Se inclinó ante Cassandra y le dijo con deferente cortesía:

—Bienvenida a mi humilde morada, señorita Fenton. Es para mí un placer y un privilegio ofrecerle cobijo durante esta noche.

La dama que estaba a su lado inclinó la cabeza.

—Aunque no solemos alojar huéspedes, puede estar segura de que podemos ofrecerle todas las comodidades, señorita.

—Ellos son mis tíos —dijo Grace con orgullo—, el señor y la señora Blinksop. Solían ser mayordomo y ama de llaves en una de las grandes casas de por aquí, así que se sentirá como en casa, señorita.

Si Cassandra sintió alguna molestia por el hecho de que su criada hubiera revelado su nombre, no lo demostró, sino que dijo con una cálida sonrisa:

—Os pido disculpas por venir aquí de una manera tan escandalosa y no puedo agradecerlos lo suficiente vuestra hospitalidad.

—Somos nosotros quienes debemos darle las gracias, señorita —dijo el señor Blinksop—, por cuidar tan bien de mi sobrina —sonrió irónicamente—. No podríamos estar más orgullosos de que haya ascendido al puesto de dama de compañía, pero somos muy conscientes de que aún no ha adquirido todas las habilidades que generalmente se consideran necesarias para un puesto tan elevado.

Grace se sonrojó ante la primera parte de este discurso, pero al concluirlo bajo la mirada hacia su vestido con cierta consternación.

—Considero que un corazón fuerte y la lealtad son mucho más importantes que la habilidad con la aguja y el hilo. El último logro generalmente se puede aprender, las dos primeras cualidades no.

—Muy cierto, señorita —dijo él.

—¿Para quién trabajaba? —preguntó Laurence, pensando que el señor Blinksop le resultaba vagamente familiar.

El hombre miró hacia el carruaje y levantó el farol para ver mejor a su ocupante. Se inclinó.

—Lord Carteret, qué placer volver a verlo.

Los años que llevaba trabajando como mayordomo avalaban al señor Blinksop y en su rostro no se apreció ni rastro de sorpresa ni de excesiva curiosidad. Parecía tener ventaja sobre Laurence.

—No me sorprende que no me recuerde, señor. Creo que solo nos visitó una vez. Mi antiguo amo era Sir Marcus Trent. Creo que fue hace dos años cuando asistió a una partida de caza en Frognall Hall.

—Por supuesto —dijo Laurence—, siento no acordarme de usted.

—¿Por qué debería? Me enorgullezco de no olvidar nunca una cara, señor, atributo que cabe esperar de cualquier buen mayordomo, pero difícilmente puede esperarse que recuerde a todos los criados que se cruzan en su camino. Como probablemente sabrá, Sir Marcus cayó en desgracia por un raspador un año después de su visita, tras cuyo triste suceso decidí retirarme del servicio y casarme finalmente con la señora Blinksop —la miró con cariño—. Lo habría hecho antes, pero Sir Marcus no aprobaba que su personal doméstico se casara.

La señora Blinksop se acercó un poco.

—Me temo que no tenemos más habitaciones libres, señor, pero puedo despertar al mozo de cuadra para que cuide de sus caballos y le ofrezca algún refrigerio.

Los modales y la actitud de los propietarios de la posada eran mejores de lo que Laurence podría haber esperado, y no tuvo ningún reparo en dejar a Cassandra a su cuidado.

—Gracias, señora Blinksop, pero ahora que he entregado a mi pasajera, debo regresar a Stamford. Volveré por la mañana, pero mientras tanto tenga la certeza de que dejo a la señorita Fenton en buenas manos.

Cassandra volvió al carruaje.

—Gracias por todo lo que ha hecho por mí esta noche, lord Carteret. Le estoy realmente muy agradecida.

Laurence descubrió que prefería el sonido de su nombre en sus labios. Se inclinó y tomó la mano que ella le tendía, con una mirada un tanto burlona.

—Siempre he sido amable con las damiselas en apuros.

CAPÍTULO 4



Cassandra observó cómo Laurence hacía girar hábilmente su carruaje en el patio, lo cual no era poca cosa en un espacio tan reducido, y una sonrisa divertida se dibujó en sus labios. ¡Una damisela en apuros, desde luego! Pero cuando salió trotando hacia el camino, dejó escapar un suave suspiro. Tal vez fue el hecho de que se llamaran por su nombre de pila lo que la hizo sentir que perdía a un amigo. Apenas conocía a este hombre, pero en cierto modo sentía como si lo hiciera, pero la verdad era que, aparte de saber que tenía hermanas, sabía muy poco, salvo que era ingenioso, caballeroso y sensato. No dudó ni por un momento de que podía confiar en él o de que le gustaría volver a encontrárselo, pero sabía que no lo haría.

Ella no era tan imprudente como él suponía, y ahora que había tenido tiempo de pensar en todo lo que había sucedido aquel día y en los últimos meses, se dio cuenta de que su primo estaba jugando un oscuro juego. No entendía muy bien cuál era su propósito al querer casarse con ella, pero no dudaba de que tuviera uno. Si estaba dispuesto a hacerla prisionera en su propia casa, por no hablar de enviar al señor Chubb tras ella, era más peligroso de lo que había supuesto en un principio. Estaba segura de que Laurence no la traicionaría intencionadamente, pero podría conducir al señor Chubb hasta ella sin darse cuenta. No esperaría a que la acompañara por la mañana, sino que se marcharía temprano y dejaría una nota de disculpa.

La señora Blinksop la sacó de su ensueño.

—Entre, señorita. He enviado a Grace a preparar té y la chimenea está prendida en el salón.

Siguió a sus anfitriones escaleras arriba y entró en una acogedora habitación. Las sillas estaban tapizadas en chintz floral, al igual que las cortinas, la mesa brillaba después de haber sido pulida y el suelo estaba cubierto en gran parte por una gruesa alfombra de Aubusson.

—Qué habitación tan bonita —dijo, acercándose al fuego y calentándose las manos.

La señora Blinksop sonrió, claramente satisfecha.

—Gracias. Sir Christopher Trent fue muy generoso con nosotros cuando llegó a la baronía. Insistió en que nos lleváramos algunas de las piezas que llevaban años languideciendo en los desvanes.

—Me alegro de que pagara sus años de servicio con gratitud y generosidad —se apartó del fuego—. No sé cuánto te ha contado Grace...

—No se moleste en dar explicaciones que deben ser dolorosas para usted, señorita Fenton —dijo el señor Blinksop con gravedad—. Grace ha compartido con usted todo lo que ha creído conveniente y tenemos una comprensión razonable de su difícil situación. Puede estar segura de que contará con nuestra ayuda y discreción.

—Es usted muy amable —dijo Cassandra, aliviada por su tacto.

—Es usted quien es amable, señorita Grace nos informó de que usted la empleó como su

criada personal después de que Sir Francis llegara a la conclusión de que había demasiados criados en la mansión Darley y decidiera que sus servicios ya no eran necesarios.

—Las criadas van y vienen, pero Grace ha estado con nosotros desde que quedó huérfana de niña. Nunca sentí la necesidad de tener una criada personal, pero si necesitaba ayuda para vestirme, recurría a Grace. No podía permitir que la despidieran tan sumariamente. La honestidad y la lealtad merecen su recompensa.

—Ella es ciertamente leal —dijo la señora Blinksop—. Le escribimos el año pasado y le ofrecimos un hogar con nosotros, pero ella no quería dejarla, señorita, no en su momento de dolor.

—No lo sabía —dijo, sorprendida—. Quizá aquí sería más feliz.

—No la abandonaré, señorita. No en un momento como éste —dijo Grace, entrando por la puerta con la bandeja del té, mientras tensaba la barbilla.

—Muy bien —dijo su tío—. Quédate con la señorita Fenton, al menos hasta que se instale.

—Me parece bien —dijo Cassandra—, pero volveremos a discutirlo cuando el futuro sea más certero.

No fue hasta que se habían hecho los preparativos para la mañana y la señora Blinksop la había arropado personalmente en una cama muy cómoda que los pensamientos de Cassandra volvieron a Laurence. Su reticencia no era como la de su primo, fría como el hielo y con un toque condescendiente, sino la de un hombre que se tomaba muy en serio su dignidad, no porque fuera demasiado orgulloso, sino porque había aprendido a guardarse sus sentimientos y pensamientos para sí mismo. Y, sin embargo, había habido momentos en los que había visto a un hombre muy diferente, y sus fríos ojos grises se habían iluminado con diversión y habían pasado del color apagado de una mañana invernal al de un lago cuando un rayo de sol atraviesa las nubes y brilla sobre su superficie.

Y luego estaba su sonrisa. Tenía muchas. A veces sus firmes labios se curvaban con ironía, a veces se inclinaban hacia arriba levemente de manera irónica, pero de vez en cuando sonreía de la manera más amable, y en esos momentos ella pensaba que sería difícil negarle algo. No era propio de ella ser tan susceptible al encanto masculino, aunque tenía que admitir que no había tenido mucha experiencia al respecto. Su abuelo había sido un hombre bastante fanfarrón, de buen humor pero brusco, y sus conocidos masculinos, pocos.

Suspiró y se estiró; había tenido un día largo y mañana sería otro. Debería olvidarse de él. Él tenía una vena caballeresca que sugería que se sentiría atraído por una mujer que necesitara su protección, y ella un espíritu independiente que no se dejaría domar. Eran completamente incompatibles, y si ella se había sentido inusualmente femenina cuando él había insistido en que se envolviera en la manta para protegerse del frío aire vespertino, sabía que esa solícita actitud pronto la exasperaría, del mismo modo que la falta de aprecio por su parte lo consternaría. Llegada a esta conclusión, se acostó de lado y se quedó dormida.

Grace entró en la habitación poco después de las seis con un vestido redondo de color lavanda colgado del brazo.

—He quitado el barro del otro vestido, señorita, pero pensé que hoy preferiría llevar éste.

—Sí —dijo, somnolienta—, con mi spencer púrpura. Sería prudente cambiar mi aspecto.

—Mi tío ya ha ido a Market Deeping a alquilarnos un carruaje.

Para cuando hubieron desayunado, el carruaje estaba esperando en el patio. El señor Blinksop entró en el salón.

—He enviado a nuestro mozo de cuadra a hacer un recado, señorita Fenton, pero no tardará, así que será mejor que baje ahora.

—Por supuesto —dijo, levantándose de la mesa—. Todo está listo.

—Le he dicho que su nombre es señorita Tatler, sólo dígame al postillón dónde debe ir.

Cassandra se acercó y le tendió la mano. Él levantó una ceja pero la cogió.

—¡Señor Blinksop, ha sido usted un troyano! Si quiere que le diga nuestro destino, lo haré.

—No, no —dijo rápidamente—, es mejor que no lo haga. No puedo decirle a nadie lo que no sé. Grace me escribirá cuando estéis a salvo, estoy seguro.

La criada se acercó y sorprendió a su tío dándole un fuerte abrazo. Él se quedó quieto un momento y luego le dio unas torpes palmaditas en la espalda.

—Pórtate bien, Grace. Aquí hay un hogar para ti si alguna vez lo necesitas. A la Sra. Blinksop siempre le viene bien que le echen una mano.

—Por supuesto que me vendría bien —dijo ella, entrando en la habitación, con una cesta en el brazo—. Coge esto, Grace, así no tendréis que parar a por refrigerios por el camino.

Grace cogió la cesta y besó la mejilla de su tía. Cassandra pudo ver que, por mucho que la criada deseara quedarse con ella, estaba contenta de conocer a su familia.

Tardaron diez horas en completar el viaje. Durante el camino se detuvieron para descansar sus doloridas extremidades dos veces en las ciudades por las que pasaban, trasladándose a una posada diferente y alquilando un nuevo carruaje cada vez. Se acercaban las cinco cuando llegaron en la entrada de la casa Tremlow, a las afueras del pueblo de Thornham, en Norfolk. Era un edificio de tres plantas de atractivas proporciones, construido al estilo tradicional de muchas de las casas de campo cercanas. El tejado brillaba al rojo del sol de la tarde y se reflejaba en el pedernal redondeado que formaba el cuerpo de la casa.

—Parece sacada de un cuento de hadas —dijo Grace.

—Espero que uno feliz —dijo secamente.

Fue sin duda felicidad lo que Cassandra sintió cuando la puerta principal se abrió y la señorita Louisa Thorpe entró en el pequeño porche. De estatura media, llevaba un peinado hacia atrás que le daba un aspecto severo. Su vestido marrón oscuro tenía más bien un tinte oliva y sus rasgos eran agradables. Habrían sido fácilmente olvidables de no ser por sus penetrantes ojos verdes. Se abrieron de par en par al ver la cabeza de Cassandra asomando por la ventanilla abierta del carruaje, y en ellos se reflejaron sorpresa y alegría.

Al acercarse rápidamente, Cassandra empujó la puerta del carruaje y casi cayó en los brazos de la mujer. Al nunca ser víctima de un exceso de sensibilidad, se sorprendió al sentir un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos.

—Louisa —murmuró al oído de su amiga—. Cuánto me alegro de verte. Perdóname por haber llegado sin previo aviso.

—Mi amor —dijo la señorita Thorpe—, eres más que bienvenida. Ojalá hubiera podido ir a verte cuando murió Sir Thomas, pero la enfermedad de Clara me lo impidió, y luego me escribiste que tu primo y a su madre podrían llegar en cualquier momento.

Su voz tranquila tranquilizó a Cassandra.

—Tengo tanto que contarte, mi querida amiga.

—Sí —dijo, cogiéndole las manos y dirigiéndole una mirada penetrante—, pero ya habrá tiempo para eso cuando hayas descansado. Luces inusualmente cansada.

—Estoy un poco cansada —admitió.

Grace había bajado del carruaje detrás de ella y estaba metiendo la mano para coger sus maletas.

—Supongo que le duele la cabeza, señorita —dijo—. Sería un milagro que no fuera así después de haber sido zarandeada todo el día por los caminos más espantosos —se giró y casi

tropezó. La reverencia que intentó ofrecer a la señorita Thorpe se vio obstaculizada por su largo vestido.

—Ah, Grace —dijo Louisa—, me alegro de volver a verte —mientras el carruaje se alejaba, miró el maletín y la valija que llevaba la criada y luego se dirigió a Cassandra—. ¿Es este todo tu equipaje, querida?

—Es todo lo que podíamos cargar —explico Grace cuando notó que su ama no contesto de inmediato.

—Entiendo —dijo con calma.

—Por supuesto que no lo haces —dijo Cassandra, suspirando.

Su amiga la cogió del brazo y la condujo hacia la casa.

—Mientras mi criada te prepara una cama y Grace desempaca tus cosas, te acostarás en mi habitación. Tienes media hora antes de la cena y no hace falta que te cambies de vestido.

Cassandra no solía descansar durante el día, pero ahora que Grace y ella habían llegado a salvo a su destino, se sentía intensamente cansada. Apenas fue consciente de lo que estaba a su alrededor mientras Louisa la conducía a un frío pasillo y subía unas escaleras hasta el primer piso. Comenzó a escuchar un extraño zumbido a través del cual escuchó vagamente a su amiga dirigir a Grace a otra habitación más adelante en el pasillo.

—Aquí estamos, querida —dijo la voz distante—, recuéstate y estate tranquila y pronto te recuperarás.

Se acostó obedientemente en la cama a la que la habían conducido y escuchó distraídamente la voz de Louisa mientras se acercaba a la ventana y corría las cortinas. No pudo concentrarse en lo que decía pero, no obstante, encontró su suave voz relajante. De pronto, sus ojos ardieron de cansancio y sus pesados párpados se cerraron.

Cuando se despertó, ningún rastro de luz se filtraba a través de las cortinas. Giró la cabeza y vio que había un fuego encendido en la rejilla y que Louisa estaba sentada junto a él costurando el vestido de Grace a la luz de una vela.

—Vas a forzar tu vista —murmuró somnolienta.

Louisa levantó la vista, sonriendo con la mirada.

—Mejor eso a que Grace se rompa el cuello tropezando con él.

Cassandra apoyó los pies en el suelo y soltó una risita.

—Es muy torpe con la aguja, pero no es porque no quiera aprender. ¿Qué hora es?

—Alrededor de las nueve.

Cassandra se sobresaltó.

—¿Tan tarde? Deberías haberme despertado.

—Tonterías. Tu aventura fue demasiado agotadora, querida. Ven, siéntate conmigo.

Quitó un paño de muselina de un plato que había sobre la mesa a su lado, revelando pan con mantequilla, una gruesa loncha de jamón y un pastel de miel. Mientras Cassandra degustaba su cena con agradecimiento, Louisa cruzó la habitación hasta una bandeja de plata situada sobre una prensa de ropa y les sirvió a ambas una copa de vino.

—Ahora podemos cenar tranquilas. Grace ya ha explicado lo esencial de tu historia, pero creo que su indudable devoción por ti puede haberla llevado a exagerar un poco.

Sin embargo, cuando Cassandra hubo terminado su relato, se vio obligada a reconsiderar esta opinión.

—El comportamiento de Sir Francis es bastante inexplicable, a menos que se haya enamorado desesperadamente de ti o que tú tengas algo que él desee —dijo pensativamente—. Si se trata de lo primero, ha intentado ganarse tu afecto de la manera más extraña, y si se trata de lo

segundo, no se me ocurre qué puede ser. Una dote de cinco mil libras, aunque no es una mísera, no basta para explicar hasta qué punto ha llegado. Ha heredado un patrimonio rentable, en gran parte gracias a ti, mi amor, y por eso no puede necesitarlo.

—Si está enamorado de mí, es contra su voluntad —dijo con cierta aspereza—. Él desea cambiar todo lo que soy, y no puedo pensar en algo de lo que poseo que él pudiera codiciar.

—Es de lo más desconcertante —convino Louisa—. Si Sir Thomas me hubiera escuchado cuando le rogué que me dejara llevarte a Bath o a Brighton, habrías tenido la oportunidad de ampliar tus amistades y conocer a un caballero respetable —suspiró—. Te quería mucho, pero era muy egoísta en ese aspecto. No podía soportar separarse de ti.

—Ni yo de él —dijo con firmeza—. ¿Cómo iba a dejarle si yo era todo lo que tenía?

—Tus sentimientos te hacen honor, querida, pero mira a dónde te ha llevado tu sacrificio.

—¡Louisa! —Cassandra protestó—. ¡Me sorprende que te atrevas a hablarme así cuando tú rechazaste una oferta de matrimonio antes de venir a mí y luego te dedicaste a cuidar tu hermana! ¡Es el colmo!

—Muy cierto. Y me sentí bastante avergonzada por rechazar al señor Brampton. Se pensaba que, al ser yo la hija de un vicario, sería perfectamente adecuada para casarme con un clérigo. Supongo que con el tiempo me habría acostumbrado a su nariz bulbosa —dijo rumiando—, y sus ojos protuberantes, aunque eran un poco alarmantes, no eran un impedimento para casarme con él, pero aunque se puede decir que fue muy superficial por mi parte, la verruga de su barbilla no lo era.

Cassandra olvidó su indignación y se echó a reír a carcajadas.

—Oh, Louisa, cómo te he echado de menos. ¿Era realmente tan feo?

—Oh, sí —dijo, con un brillo en los ojos—. Un hombre no puede hacer nada para cambiar su aspecto, por supuesto, y si tiene un carácter atractivo y un buen corazón, esos defectos en su apariencia pueden pasarse por alto, pero el señor Brampton tenía un orgullo desmesurado por su posición y una actitud prosaica. Era un hombre de lo más objetor y resulta que no he acabado siendo una empleada, como predijo mi padre, sino que ahora soy la dueña de mi propio establecimiento gracias a Clara.

Cassandra se inclinó hacia delante y cogió la mano de su amiga.

—Querida Louisa, ni siquiera te he dado el pésame por tu pérdida. Perdóname.

—No hay nada que perdonar —dijo inmediatamente—. No lo quiero. Contigo, al menos, no necesito fingir que sentía afecto por ella. Su muerte fue una liberación para las dos. Era una mujer difícil, pero no le habría deseado un final tan doloroso y prolongado ni a mi peor enemigo —le devolvió el apretón reconfortante—. Soy yo quien debe darte mi pésame, pues has perdido a alguien muy querido y ahora también has perdido tu hogar.

Cassandra no soportaba que tocaran sus heridas y retiró la mano diciendo bruscamente:

—No necesito la compasión de nadie. Al igual que tú, pensé que la muerte de mi abuelo fue una liberación misericordiosa; su último ataque lo dejó completamente indefenso. Además, no estoy en una situación desesperada. No soy indigente y si me gusta este lugar, tal vez alquile una casa en los alrededores.

—Sólo si deseas ofenderme profundamente —dijo, con una mirada desafiante.

—No puedo abusar de ti indefinidamente.

—¿Abusar de mí? No será tal cosa. Aunque mi hermana mayor, Emma, vive conmigo, padece sordera y a veces está muy metida en su propio mundo. Estoy muy contenta de poder ofrecerle un hogar porque la amo demasiado. Mi hermana Jane era muy buena con ella, pero su familia ha aumentado tanto que no podía permitirse mantenerla. Tu compañía será muy

bienvenida para ambas, te lo aseguro. Puedes considerar la casa Tremlow tu hogar tanto tiempo como desees, y como un regalo para tu orgullo, incluso dejaré que nos ayudes con su mantenimiento.

—Gracias. Seré útil, por supuesto. Si hay algo que pueda hacer por ti, no dudes en decírmelo.

—Hay algo, ahora que lo pienso —dijo, sus ojos se entrecerraron mientras una pequeña sonrisa traviesa se dibujaba en sus labios—. Me has hablado mucho de tu primo y me has pintado un retrato colorido e incluso divertido del señor Chubb, pero no has dicho nada en absoluto del caballero que te llevó a West Deeping. Puedes satisfacer mi curiosidad si deseas complacerme.

Cassandra se sintió consternada durante un momento. Había omitido este episodio de su historia, no porque temiera la desaprobación de su amiga, una de las razones por las que Louisa y ella siempre se habían llevado bien era su aparente incapacidad para escandalizarse por algo, sino porque poseía una extraña habilidad para adivinar los pensamientos tácitos de alguien.

Louisa era la menor de cuatro hijas de un vicario de recursos moderados. Había sido una incorporación inesperada a la familia, que llegó en un momento en que sus padres no tenían ni la disposición ni la energía para criar a otro hijo. Su hermana mayor tenía veinte años cuando nació y se había ganado el sustento cuidando de ella. Louisa nunca había mencionado antes que Emma era sorda, pero tal vez eso explicaba la facilidad de su amiga para entender lo que no se decía. No es que tuviera nada que ocultar, por supuesto, pero había disfrutado mucho de su tiempo con Laurence y por alguna razón deseaba reservarse para sí misma su encuentro clandestino. Desde luego, no deseaba que Louisa le imbuyera unos tintes románticos tan absurdos como innecesarios, pero había que decir que, a pesar de su serena sensatez, Louisa no podía creer que Cassandra no tuviera ni el deseo ni el temperamento para casarse.

Su divertida voz irrumpió en su ensueño.

—Debo decirte, querida, que es inútil que lo evadas. Grace lo mencionó, ¿sabes? No recordaba su nombre, pero se refería a él como un fanfarrón muy listo que se vestía muy bien.

Cassandra sonrió.

—Lord Carteret es ciertamente inteligente, pero de un modo comedido y digno. Yo no lo habría calificado como un fanfarrón. Todo en él es pulcro sin ser ostentoso, bueno, casi todo; su cabello está un poco desordenado, pero de alguna manera le sienta bien. Es inteligente y muy caballeroso, aunque un poco reservado, pero cuando baja la guardia puede ser divertido y encantador.

—Ah, así que bajó la guardia contigo. Muy prometedor.

—No es nada prometedor, Louisa —dijo con un tono un poco brusco—. Creo que cuando no nos estábamos molestando mutuamente, nos llevábamos bastante bien, pero es muy poco probable que volvamos a vernos. Aunque casi desearía que lo hiciéramos; dejé mi capa en su poder y, como no me cabía una pelliza en el bolso, sólo llevo conmigo mi spencer. Es perfectamente adecuada para un buen día, por supuesto, pero como pretendo explorar esta zona a pie, desearía tenerla todavía. Le ordenó a su mozo de cuadra que se la pusiera para despistar al señor Chubb y alejarlo de la posada, y luego me llevó amablemente a West Deeping.

—Puedes coger prestado algo mío, por supuesto, pero seguramente lord Carteret te la devolverá cuando tenga la oportunidad.

—No puede. No sabe dónde estoy y por esa razón me sorprendería que lo hiciera.

Su amiga sonrió de manera enigmática.

—Pero te han ocurrido tantas cosas asombrosas recientemente, mi amor, que no me sorprendería en absoluto que sucediera otra.

CAPÍTULO 5



Cuando Laurence regreso a The George, descubrió que Fadon había sido seguido por el señor Chubb, pero que lo había eludido con éxito.

—Estaba esperando en una puerta al otro lado de la calle, pero si deseaba pasar desapercibido, debería haber intuido que no debía llevar un chaleco amarillo —dijo mordazmente el mozo.

—Me temo que el señor Chubb pudo haber perdido su equipaje temprano en la mañana. ¿Tienes la capa?

—Se la traeré, señor.

El mozo desapareció en los establos, regresando momentos después. Laurence frunció el ceño al ver el barro y sólo Dios sabía qué más cubriendo generosamente los últimos centímetros de la prenda de lana.

—No lo pude evitar —dijo Fadon—. Ha llovido tanto últimamente que las callejuelas están sucias.

—Haz lo que puedas para limpiarla, ¿quieres? Se la devolveremos a su dueña por la mañana.

—Muy bien, señor.

El tono inexpresivo del mozo y su semblante repentinamente pálido le dieron a entender que no estaba de acuerdo esta forma de proceder.

—Realmente debemos hacerlo, ¿sabes? —dijo suavemente.

—Supongo que sí —dijo Fadon a regañadientes—, pero debo admitir que esperaba que su participación en este turbio asunto hubiera terminado, milord. Si me da la dirección de la dama, puedo entregársela a primera hora de la mañana.

La inflexión que puso en la palabra “dama” sugería que la consideraba cualquier cosa menos eso.

—Este *asunto* puede ser turbio, Fadon, pero la dama de calidad en cuestión no lo es. Te ruego que lo recuerdes.

Estas palabras pronunciadas en voz baja hicieron callar al mozo de cuadra.

—Y mi participación en esto —añadió—, terminará cuando esté seguro de que ella está a salvo.

—Sí, señor —dijo mansamente—. ¿A qué hora debo tener listo el carruaje?

—A las ocho. Buenas noches, Fadon.

—Buenas noches, señor —murmuró el mozo mientras veía a su amo alejarse y fruncía el ceño. Al cabo de un momento se volvió hacia los establos murmurando para sí—. Si es una dama de calidad a la que está o en plena noche, estamos en problemas.

Habría sido difícil encontrar una mayor disparidad de sentimientos que la que existía entre el

amo y el mozo de camino a West Deeping a la mañana siguiente. Mientras Fadon se consumía en la melancólica reflexión de que su amo estaba a punto de poner su cabeza en una soga de la que no habría escapatoria, Laurence era consciente de que por sus venas corría una oleada de alborozo.

Se le escapó una suave risa al darse cuenta de que semejante emoción era más propia de un joven tímido que de un hombre de veintinueve años. No se había sentido tan atraído por una mujer desde que se enamoró del rostro angelical de Diana, y su lado más sensato sabía que Cassandra no era una esposa más adecuada para él que ella. Las dos mujeres eran tan diferentes como la noche y el día, pero sería igual de desgastante el ser constantemente desafiado y provocado que complacer las necesidades de una mujer que constantemente necesitaba de su aprobación y adoración.

Sin embargo, en aquel momento no era su lado más sensato el que le hablaba, y no podía evitar desear pasar un poco más de tiempo en compañía de Cassandra.

Estaba claro que el señor Blinksop le había estado buscando, pues en cuanto detuvo a sus caballos frente a la posada entró en el patio y lo invitó a pasar un momento a la sala del café.

El mozo de cuadra, un joven de rostro fresco y mirada tanto sorprendida como asombrada, salió corriendo de los establos y se quedó junto a los caballos como si no supiera qué hacer. Sólo esperó a que Fadon le dijera en voz baja que no comentara nada acerca de su misión, bajó y siguió al señor Blinksop hasta la posada.

—Sería mejor, señor Blinksop, que encontrara la manera de librarse de su mozo de cuadra hasta que hayamos abandonado el lugar.

—Eso no será necesario, lord Carteret —dijo el hombre con gravedad, conduciéndolo a una sala de café vacía.

—Estoy seguro de que es un buen muchacho —dijo con suavidad—, pero creo que sería prudente hacerlo. Cuanta menos gente vea a la señorita Fenton, mejor.

El señor Blinksop le lanzó una mirada recelosa.

—Estoy totalmente de acuerdo. Y de hecho lo envié a hacer un recado antes de que la señorita Fenton y mi sobrina partieran hace hora y media.

La decepción y una extraña sensación de traición compitieron por la supremacía en el pecho de Laurence.

—¿Partieran? —dijo sin comprender—. ¿Pero cómo es esto posible? La señorita Fenton sabía que yo tenía la intención de llevarla sana y salva con su antigua institutriz.

—Eso es cierto, señor, y admito que yo estaría más tranquilo si ella hubiera esperado a que usted lo hiciera, pero se mantuvo firme en la idea de que ya lo había molestado bastante.

—Ya veo —dijo, con un tono inexpresivo y serio.

Parecía que la atracción había sido sólo de su parte. Debería mandar a Cassandra al diablo y seguir su camino. Pero incluso mientras este pensamiento de ira inexplicable pasaba por su mente, se encontró diciendo:

—¿Adónde ha ido? Si no está demasiado lejos de mi camino, me gustaría asegurarme de que ha llegado.

—Es muy generoso de su parte, señor, pero no sé a dónde ha ido.

Laurence pareció escéptico y dijo fríamente:

—¿Espera que crea que no tiene conocimiento del destino de su sobrina?

El señor Blinksop podría haber puesto objeciones a su tono de no haber cruzado de repente por su mente la sospecha de que el vizconde estaba profundamente enamorado. Había llegado a la posada con un energético caminar y un aura de expectación a su alrededor. El señor Blinksop

no se extrañó de ello; la señorita Fenton era una dama de lo más inusual. Sin ser en absoluto arrogante, imponía respeto. Sus modales despreocupados y su confianza hablaban de su calidad, y su aspecto, aunque no era convencionalmente bello, atraía las miradas y las retenía.

Sospechaba que, como verdadero caballero que era sin duda lord Carteret, habría ayudado a cualquier dama que lo hubiera necesitado, pero había algo en la rigidez con la que se paraba y en la mirada atenta de sus ojos que sugería que se estaba restringiendo moderadamente, como si reprimiera alguna emoción fuerte. Estas reflexiones permitieron al señor Blinksop responder en un tono más suave de lo que podría haberlo hecho en otras circunstancias.

—Así es, señor, porque es la verdad. Grace, a su debido tiempo, me escribirá para informarme de ello, lo que me recuerda que la señorita Fenton me pidió que le entregara una carta. Si me disculpa un momento, iré a buscarla.

Para cuando el señor Blinksop regreso con la carta, Laurence había logrado controlar su decepción y logro ofrecerle una sonrisa.

—Gracias —dijo, guardándose la misiva en el bolsillo y cogiendo su tarjetero—. Aquí tiene mi dirección. Tal vez me haga el favor de avisarme cuando tenga noticias de su sobrina. Habiéndome interesado por los asuntos de la señorita Fenton, estaría más tranquilo si supiera que han llegado a una conclusión satisfactoria.

—Desde luego, señor.

Laurence asintió secamente y se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo al llegar a ella.

—La señorita Fenton ha hecho gala de una cautela que no le atribuía, y que incluso es digna de reconocimiento, pero no veo razón alguna para que no me informe de donde procede.

El señor Blinksop esbozó una sonrisa de alivio.

—En eso, al menos, puedo ayudarlo. Darley Manor se encuentra a unas millas al norte de Matlock, en Derbyshire. Sir Thomas Fenton era un buen hombre, y es una lástima que no pueda decirse lo mismo de su sucesor, Sir Francis Fenton.

Laurence se dirigió a Market Deeping en un estado de profunda abstracción. Se detuvo allí para desayunar y envió a Fadon a hacer algunas averiguaciones discretas sobre la señorita Fenton. A pesar de lo poco entusiasta que fue al aceptar esta tarea, Laurence sabía que si había alguna noticia de ella, la descubriría.

Aunque ansiaba con leer la carta, termino de comer antes de sacarla y desdoblarla lentamente.

Laurence,

¿Estás muy enfadado conmigo? Supongo que sí, pero no deberías estarlo. Me ha venido muy bien hablar las cosas contigo, y espero que te agrade que me haya tomado a pecho tu consejo sobre el señor Chubb. No volveré a cometer el error de subestimarle. Aunque creo que ha sido muy caballeroso por tu parte ofrecerme tu escolta para el resto de mi viaje, creo que será mejor que la rechace. Se me ha ocurrido que si alguien me viera partir contigo en tu carruaje, podrías conducirlo involuntariamente hasta mí y eso sería algo muy fastidioso.

Siempre te agradeceré la ayuda que me prestaste; si yo no era precisamente una damisela en apuros, era sin duda una dama desesperada.

Soy consciente de que, al escribirte, estoy violando una vez más los límites de lo que es correcto, pero creí que debía darte alguna explicación. Sospecho que una vez que te hayas recuperado del disgusto de ver frustrados tus deseos, te alegrarás mucho de librarte de mí. Yo, por mi parte, lamento haber perdido la oportunidad de hacerte todo tipo de preguntas que podrías o no haber respondido.

Cassandra

Sus labios se torcieron en una sonrisa irónica ante este último comentario. No estaba alegre de librarse de ella, pero como las preguntas de Fadon no daban resultado, se vio obligado a aceptar que tendría que confiar en la promesa del señor Blinksop de escribirle cuando tuviera noticias. Continuó su viaje sintiéndose extrañamente decaído, pero el amplio cielo abierto y el paisaje suavemente ondulado de su condado natal, Norfolk, no pudieron evitar levantarle un poco el ánimo.

Eran casi las seis cuando entró por la puerta de Westerby. La casa había sido de origen isabelino, pero su abuelo la había transformado en una mansión palladiana, y poco quedaba de la casa original. A su vez, su padre había ampliado el recibidor, elevando el techo y añadiendo una serie de columnas de mármol calculadas para inspirar a cualquier visitante la dosis necesaria de temor y respeto. Aunque su padre estaba muy satisfecho con el enorme espacio, a Laurence siempre le había parecido opresivo y siempre que podía entraba en la casa por una puerta más pequeña.

Habría conducido su carruaje hasta las caballerizas, como de costumbre, de no haber visto que las enormes puertas de roble estaban abiertas de par en par y que los escalones que conducían a la terraza con columnas estaban repletos de criados que esperaban para recibirlo. Levantó una ceja, ligeramente sorprendido. Puede que a su padre le gustaran esas demostraciones, pero él no, como bien sabía Needham, su mayordomo.

Fadon había guardado un respetuoso silencio durante la mayor parte del día, sabiendo que no debía tratar de sacar a su amo de su abstracción, pero ahora dijo bruscamente:

—No se enfade, señor. Si usted no sabe lo que se merece en su cumpleaños, hay otros que sí.

—Eso parece —murmuro, deteniendo sus caballos y entregándole las riendas al mozo.

No pudo evitar reflexionar que tenía muchos criados para una casa que solo visitaba de vez en cuando, prefiriendo pasar el tiempo en la ciudad o visitando amigos. Tras la muerte de su madre, tres años atrás, había pensado brevemente en envolverla en fundas y reducir el personal, pero había decidido no hacerlo. Habría sido la venganza perfecta contra su padre, por supuesto. Había invertido gran parte de su vida y mucho dinero en hacer de Westerby un lugar tan grandioso como fuera posible. Puede que sólo fuera un vizconde, pero parecía decidido a que su residencia y sus terrenos fueran tan grandiosos como los de cualquier duque. Sin embargo, no lo había hecho a expensas de su fortuna. Comprendía el valor de sus tierras y, como conocía a Coke de Holkham, se había asegurado de que sus mayordomos estuvieran al tanto de los últimos métodos de cultivo.

Sin embargo, Laurence no había optado por una venganza tan insignificante. Ello se debía en parte a que era consciente de que no era fácil conseguir empleo en el distrito, y en parte a que sus hermanas sentían un gran afecto por su hogar familiar. En consecuencia, tenían una invitación abierta para visitar Westerby siempre que les apeteciera, tanto si él estaba presente como si no. Lo hacían con frecuencia, sobre todo en los meses de verano, ya que deseaban que sus hijos disfrutaran de los vastos terrenos y del aire marino.

Al bajar del carruaje, el mayordomo de cabello blanco se acercó con una pequeña sonrisa de bienvenida en los labios.

—Esperábamos que llegara esta tarde, milord, y estábamos seguros de ello cuando su ayuda de cámara llegó con su equipaje hace una hora. Espero que haya disfrutado de su estancia en Northumberland.

—Si, mucho —dijo, con una gentil sonrisa—. Me complace verte con tan buen aspecto, Needham —se volvió hacia su ama de llaves—. Señora Webb, debo disculparme por no haber podido enviar información más precisa sobre la hora de mi llegada.

El ama de llaves tenía un exterior imponente que podría haber mantenido a las criadas bajo control, pero Laurence sabía que encubría un corazón bondadoso, al menos hacia él. Él siempre había inspirado un afecto en los criados que no creía merecer plenamente. Tal vez fuera porque nunca dejaba de agradecerles cualquier servicio que le prestaran por trivial que fuera, a diferencia de su padre, quien apenas los notaba a menos que estuviera disgustado.

La señora Webb le hizo una reverencia, cuya rigidez se debía a un poco de artritis y no a una reprimenda hacia él.

—Por supuesto que no podría, señor —dijo, suavizando su mirada—. Nuestro país puede ser superior a la mayoría de los demás por todo lo que puedo descubrir, pero no se puede negar que el tiempo y el estado de las carreteras son impredecibles.

—Así es —murmuró, inclinándose un poco más hacia ella—. No es mérito mío, señora Webb, pero me temo que no puedo recordar todos los nombres de las criadas que me esperan para saludarme.

—Eso, milord, no es de extrañar. Al menos tres de ellas son nuevas, y si las otras han llamado su atención, me gustaría saber por qué —su tono severo se suavizó y le dedicó una sonrisa de complicidad—. No se preocupe, señor, se los presentaré a todos.

Fue escoltado escaleras arriba y para cuando hubo aceptado las felicitaciones de las criadas, los lacayos, los jardineros y el personal del establo, y de dirigir alguna pregunta general a cada uno de ellos, habían transcurrido unos quince minutos. Solo el personal de cocina estaba ausente, pues la señora Webb les explico que se sentirían mortificados si quemaban la cena de su señoría. Él sólo podía estar agradecido por su diligencia.

Por fin entró en el recibidor respirando aliviado, con los ojos fijos en las baldosas de mármol teñidas de rosa. Quizá ahora podría relajarse. La perspectiva de pasar su cumpleaños solo en los elegantes aposentos de su casa familiar no le atraía demasiado. Pediría que le sirvieran la cena en el modesto salón que formaba parte de su suite de habitaciones e invitaría a su primo y mayordomo, Alfred Westerby, a acompañarlo si estaba presente. En tiempos de su padre, era una antesala sin carácter situada junto a un pequeño estudio privado, con sillas incómodas dispuestas alrededor y familiares de rostro adusto que miraban desde los oscuros retratos que cubrían las paredes. Este esquema tan poco inspirador estaba calculado para que cualquiera que tuviera la desgracia de ser convocado a una audiencia privada temblara de miedo, por supuesto.

Laurence había enviado a esos familiares al desván sin ningún remordimiento de conciencia, los había sustituido por paisajes de la zona realizados por artistas de la Escuela de Pintores de Norfolk, había cubierto el suelo con una colorida alfombra y lo había amueblado con cómodos sofás y una mesa diseñada para dar de comer a no más de cuatro personas. Como una puerta hábilmente disimulada en una esquina daba a unas escaleras de servicio que salían a un pasillo muy próximo a las cocinas, no tuvo que temer que su comida llegara fría.

Ya había cruzado la mitad del pasillo y sus pasos resonaban en la cavernosa sala cuando el pianoforte que se encontraba en un rincón cobró vida de pronto y lo hizo sobresaltarse. Rápidamente levantó la vista y descubrió que había un pequeño grupo reunido a su alrededor.

Dos señoras de unos treinta años, con el cabello de un tono castaño poco llamativo, se separaron del grupo. Ambas eran más bien bajas de estatura y sus eran rasgos idénticos.

—¡Laurie! Casi te habíamos dado por muerto —dijo una.

—Cecy —dijo, cogiendo las manos que le ofrecieron y sonriéndole con verdadero afecto—. ¿Es a ti a quien tengo que agradecer mi comité de bienvenida?

—No, querido hermano —dijo la otra dama, con una mirada tan penetrante como imprecisa era la de su hermana—. Sabes muy bien que Cecy es demasiado descerebrada para organizar una

recepción así.

—Tal vez —convino él, soltando las manos de Cecy y besando obedientemente la mejilla que le ofreció. La sonrisa permaneció en su mirada, pero añadió secamente—. Y demasiado bondadosa.

—Te dije que podría no gustarle, Anne —dijo ella, frunciendo el ceño—. Nunca le ha gustado la fría magnificencia del salón.

—Oh, deja de preocuparte, hermana —dijo Anne, pero no con impaciencia, mientras sus ojos interrogaban a Laurence—. Sería muy descortés por su parte quejarse cuando nos hemos tomado tantas molestias para hacerlo un poco menos imponente —puso una mano en el brazo de su hermano e hizo un gesto con la otra—. Mira, Laurie.

Laurie esbozó una sonrisa lenta e incrédula cuando miró a su alrededor por primera vez. Las enormes columnas estriadas habían sido cubiertas de vegetación y las estatuas clásicas colocadas a intervalos por la sala habían sido vestidas con ropas modernas. Una de ellas llevaba un chaquetón con capa y un sombrero de castor en la frente; otra llevaba un vestido de muselina y un sombrero de paja adornado con flores, pero pensó que su favorita era la que lucía una capota de lana, una camisa áspera y unos calzones color beige al estilo de un jardinero. Llevaba una azada en el brazo.

Sus ojos se dirigieron involuntariamente al retrato que colgaba sobre la puerta del ala oeste. La orgullosa mirada de su padre parecía clavarse en él. Le ofreció una pequeña reverencia y una sonrisa cínica.

—Se horrorizaría, por supuesto —dijo Cecy, con voz un poco ansiosa.

—Bastante apoplético —dijo Anne—, pero no hay necesidad de que luzcas tan preocupada, Cecy; su retrato difícilmente puede reñirnos —volvió los ojos apenados hacia su hermano—. No es como que alguna vez nos haya reñido; no le interesábamos, y estoy muy agradecida por ello. Eras tú quien se llevaba la peor parte de sus regaños. ¿Recuerdas, Laurie, la vez que te reprendió de manera bastante cruel, tenías doce años, creo, dijiste que te gustaría pintar bigotes negros en todas sus preciosas estatuas?

—No, ¿lo hice? —dijo, ligeramente horrorizado—. Sólo puedo alegrarme de no haber cedido ante el impulso. Puede que sólo sean imitaciones, pero son muy bonitas.

—Oh, tú nunca lo habrías hecho, por supuesto —dijo Anne—, y nosotras tampoco. Pero no creí que te molestara nuestra pequeña bromita.

—En absoluto —dijo—. Tengo la intención de dejarlas como están.

—Laurie —dijo Cecy, soltando una risita—, ¿lo dices en serio?

A Anne no le hizo tanta gracia.

—Será mejor que no. No lo habría sugerido si hubiera pensado que lo haría. ¡No puedes decirlo en serio, hermano!

—No, supongo que no —dijo, un poco apenado—. Si alguno de nuestros vecinos viniera a visitarnos, se formaría una opinión muy extraña de mí.

Anne parecía aliviada. Cada una de las hermanas lo cogió de un brazo y lo condujo hacia el piano, y su diversión se desvaneció al ver a una bella desconocida tocándolo. Ella era muy joven por lo que tal vez no hacía mucho que había salido de la escuela. Unos rizos oscuros enmarcaban un rostro en forma de corazón y, cuando ella alzó brevemente la mirada hacia él, vio que eran grandes y de un suave tono marrón. Le sonrió temblorosamente y luego se mordió el labio al equivocarse con una nota, volviendo a posar los ojos en las teclas.

—No hace falta que pongas esa cara —murmuró Anne—. No soy casamentera; ni siquiera sabíamos que volvías a casa hasta que llegó tu carta. La señorita Reynolds es algo así como una

prima de mi marido y ha venido a pasar unas semanas con nosotros. Es una chica encantadora.

Tres caballeros estaban agrupados alrededor del piano, pero dos de ellos se acercaron a estrecharle la mano. Lord Malmsy, marido de Anne, rondaba los cuarenta años. No era apuesto; su nariz era más bien delgada y puntiaguda, pero sus labios estaban bien moldeados y sus ojos contenían una gran cantidad de humor. Su padre había considerado que, al casarse con un conde, Anne se había superado a sí misma.

No había tenido tales ambiciones para con Cecilia. Siempre había estado acostumbrado a decir que Anne poseía toda la inteligencia, mientras que Cecelia sólo contaba con su buen carácter. No había dudado en aceptar la oferta que le había hecho el señor Trevor Pellow. El hecho de que no tuviera un título era lamentable, pero su familia y su fortuna respetables. Como ninguna de las dos muchachas destacaba por su belleza, había sentido cierto orgullo de que hubieran conseguido marido en su primera temporada. Sin embargo, este orgullo se debía más a su propia importancia que a un sentimiento paternal hacia ellas.

El señor Pellow, un hombre callado y libresco, que ahora rondaba los cuarenta años, era considerablemente mayor que Cecy, y si bien esto había preocupado un poco a lady Carteret, pronto se había dado cuenta de que un matrimonio así podía ser acertado para una muchacha que no sólo era olvidadiza, sino que parecía carecer de cualquier todo de experiencia.

—Buenas noches, Carteret —dijo lord Malmsy—. Tus hermanas y los niños se han divertido mucho con los preparativos para tu llegada, mientras Pellow y yo hemos estado vaciando el lago de truchas.

—Me alegro de que todos se hayan estado entreteniendo tanto—dijo, estrechando la mano que el hombre le ofreció antes de volverse hacia el señor Pellow.

Como este caballero no era conocido por sus tendencias deportivas, Laurence podría haber sentido cierta sorpresa al escuchar que había pasado la tarde pescando, pero una larga, si no íntima, relación con él le proporciono la respuesta a este enigma.

—¿Distanciándote de la escena del crimen? —dijo con una leve sonrisa divertida.

—En efecto —reconoció el señor Pellow, con una sonrisa irónica—. Debo admitir que me da cierto reparo que se falte tan poco al respeto a tan bellas representaciones de la antigüedad —miró amablemente a su esposa, quien parecía un poco avergonzada—. No hay necesidad de que te preocupes, querida. Si a tu hermano le divierte, ¿qué tengo yo que decir al respecto? Y al menos es Dionisio el que se ha disfrazado de jardinero. Muy acertado.

Aunque no había un gran parecido entre Laurence y sus hermanas, Cecy compartía la misma dulce sonrisa. Se la dedicó a su marido diciendo:

—Bueno, eso es lo que yo pensaba. No recordaba quién debía ser, pero el racimo de uvas que sostiene parecía sugerir una conexión con la tierra.

—Y vino —dijo el tercer caballero, acercándose ahora a ellos y tendiéndole una copa a Laurence.

El señor Alfred Westerby rondaba los cuarenta años y su rostro era aguileño. Era primo segundo de Laurence y se parecía mucho a su bisabuelo. El padre y el abuelo de Alfred se habían dedicado a la iglesia, pero él no tenía ningún deseo de predicar ni ninguna inclinación militar, por lo que se había dedicado a la abogacía. Su intención, sin embargo, siempre había sido administrar la propiedad de algún caballero. En su opinión, era lo más parecido a tener la suya propia.

Como no conocía al cuarto vizconde Carteret antes de solicitar el puesto de administrador, se había considerado muy afortunado de haber conseguido el puesto en Westerby, la sede de sus antepasados, a pesar de que su padre nunca le había hablado bien de su primo. Sin embargo, si

bien el vizconde había sido un amo exigente, al menos no había sido nada avaro y le había pagado muy bien por su trabajo, además de darle unas habitaciones en la parte trasera de la casa, en la planta baja del ala oeste, junto a las oficinas principales.

Laurence siempre había tratado a Alfred con una consideración que su padre nunca había aprobado. Aquel caballero había considerado que, como jefe de su casa, estaba siendo muy generoso al proporcionarle al hijo de su primo un medio para ganarse la vida, lo cual no quiere decir que hubiera seguido haciéndolo si no se hubiera dado cuenta pronto de sus capacidades y no hubiera estado seguro de que nadie podría velar mejor por sus intereses que un Westerby, pero el hombre era demasiado arrogante como para tratarlo más que como a un pariente pobre.

Laurence había estado en su último año en Oxford cuando Alfred había alcanzado el puesto de administrador y le había parecido deplorable tratar a alguien por cuyas venas corría la misma sangre que él y que, además, era ocho años mayor que él como a un mero empleado y no como a un miembro de la familia. Enarcó una ceja altiva y dijo con tono frío:

—Bueno, Westerby, ¿y qué quieres dar a entender semejante vandalismo? Creía que se suponía que tú cuidabas de mis bienes.

El señor Westerby sonrió.

—Y así lo hago, como estoy deseando mostrarte... con todo lujo de detalles.

—Sí, pero no mañana ni pasado mañana —dijo Anne con firmeza—. Debemos insistir en tener a Laurie para nosotros durante un tiempo, Alfred —sus ojos pasaron de él y hacia la señorita Reynolds vacilando un poco insegura junto al piano.

—Ven aquí, niña —le dijo.

Laurence observó que era esbelta y de aspecto delicado, que parecía flotar sobre las baldosas más que pisarlas, y le pareció un poco mayor de lo que había supuesto en un principio. No estaba muy seguro de que lo había llevado a esa conclusión, tal vez fuera que, aunque parecía extremadamente tímida, incluso ahora tenía la mirada baja, se desenvolvía bien y se movía con seguridad.

—Aquí está lord Carteret, mi hermano, señorita Reynolds.

Ella hizo una profunda reverencia y lo miró a través de sus largas y rizadas pestañas.

—Milord.

—Señorita Reynolds —dijo, cogiéndole la mano y ayudándola a levantarse—. Sólo soy un vizconde, ¿sabe? no hay necesidad de tratarme como a la realeza.

Ella se sonrojó y tartamudeó,

—Oh, n-no, es sólo que su casa es tan fina, tan grandiosa...

Él le sonrió amablemente.

—No pensaría eso si hubiera estado alguna vez en Carlton House o en el Pavilion de Brighton.

Ella pareció recobrar la compostura.

—Entonces me alegro de no haber visitado ninguno de los dos lugares, señor. Creo que me sentiría abrumada.

—Entonces no estaría sola —le aseguró—. He conocido a más de una dama que se ha desmayado debido al calor. Al Príncipe Regente le aterroriza coger un resfriado y por eso no consiente que se abra ninguna ventana, por mucha gente que se agolpe en sus habitaciones.

Una pizca de picardía apareció en sus ojos.

—¿O que se vistan sus estatuas?

Se le escapó una suave carcajada.

—Desde luego que no.

CAPÍTULO 6



A Cassandra le encantó descubrir que la casa Tremlow poseía establos de un tamaño razonable. Como por el momento sólo estaban ocupados por dos caballos, un bólido y un carruaje, no perdió tiempo en escribir al señor Penwith, pidiéndole que dispusiera que le enviaran su ropa y su caballo, y que hiciera los arreglos necesarios para que le fuera posible sacar los fondos que pudiera necesitar de un banco de King's Lynn. A partir de entonces, se acostumbró a una cómoda rutina en Tremlow.

Se levantaba temprano y salía a pasear, cada día explorando un nuevo camino. El gran jardín trasero de la casa daba a un arroyo que desembocaba en un estuario. Un puente de madera cruzaba el arroyo y, al otro lado, senderos estrechos y ligeramente elevados conducían a un pequeño puerto, dunas de arena y playas solitarias o serpenteaban por marismas que, a primera vista, parecían desoladas, pero que, al examinarlas más de cerca, revelaban una gran variedad de aves. Ovejas y alguna que otra vaca pastaban, aparentemente contentas con la escasa vegetación. Caminara por donde caminara, Cassandra tenía una sensación de amplitud, de cielos inmensos que se extendían en todas direcciones y sentía como si pudiera respirar libremente por primera vez en meses.

Cuando regresaba a la casa, desayunaba con Louisa y su hermana. Emma era una mujer menuda, de cabello blanco y una actitud ausente, pero cuando centraba su atención en Cassandra, la miraba fijamente, centrándose con frecuencia en sus labios.

Pronto había descubierto que Emma tenía un don extraordinario: podía entender gran parte de lo que decía una persona por el movimiento de sus labios. No había nacido sorda, sino que se había quedado sorda tras un grave caso de sarampión cuando estaba en sus veintes. Louisa sólo había tenido nueve años y seguía en gran parte a su cuidado, y habían inventado un nuevo juego. Emma escribía una palabra y luego le pedía a Louisa que la dijera varias veces hasta que asociara el movimiento de su boca con esa palabra. No era un arte perfecto y había pizarras y tizas en casi todas las habitaciones de la casa Tremlow en caso de que ocurriera un malentendido o si la amable dama simplemente se cansaba demasiado. Requería mucha concentración por su parte y si una conversación se alargaba demasiado o se volvía demasiado rápida, se replegaba en sí misma. Su forma de hablar ya no era tan clara como antes, pero era perfectamente comprensible una vez que uno se acostumbraba a su falta de expresión.

Como Emma era una excelente costurera, se había acordado de que tomaría a Grace bajo su tutela. Le daba clases durante una hora después del desayuno, mientras Louisa y Cassandra discutían las tareas que tenían asignadas para el día. Éstas no eran onerosas, ya que Louisa empleaba, además de a la señora Larkin, su cocinera y ama de llaves, una criada de lavandería, una criada de cocina, dos criadas, el señor Cooper, un hombre fornido que combinaba las tareas

de mozo de cuadra y jardinero, y un lacayo. Louisa, que había sido educada para ser ahorradora, se sentía claramente un poco culpable por el lacayo.

—Debo admitir que William es una extravagancia para una casa tan pequeña —le dijo Louisa—, pero puedo permitírmelo y, después de todo, hay que tener a alguien que abra la puerta y vaya a buscar el correo.

Cassandra no lo consideraba una extravagancia sino una necesidad y no dudó en decirlo.

—Aparte de todo lo demás, puede acompañarte cuando desees ir de compras, pues creo que debe de estar a cierta distancia de la ciudad más cercana.

—Lo está. Una vez cada dos meses hago el viaje a King's Lynn para adquirir las pocas cosas que no puedo comprar en los pueblos cercanos, pero son dos horas y media de ida y dos horas y media de vuelta en carruaje.

Era en King's Lynn donde el señor Tremlow había llevado a cabo sus negocios, circunstancia que llevó a Cassandra a preguntarse por qué había decidido vivir en un lugar tan remoto. Durante el desayuno de su cuarta mañana en la casa, expresó su pensamiento.

—Debo admitir —dijo Louisa—, que no estoy completamente segura de por qué construyó una casa aquí. Sin embargo, me alegro de que lo hiciera, porque aunque los sirvientes que contrató en un principio no se adaptaban al lugar y se marcharon poco después de su muerte, alegando que era un lugar extraño donde extrañas luces y ruidos flotaban sobre el pantano, yo nunca he experimentado nada ni remotamente extraño —se rio—. Supongo que alguien del pueblo les habrá metido esas ideas en la cabeza, intentando hacer de ellas una broma. Debo admitir, sin embargo, que Clara se había vuelto extrañamente nerviosa y se sobresaltaba con sólo escuchar el ulular de un búho. El señor Tremlow parece haberla vuelto tristemente nerviosa.

—Me pregunté si tendría ambiciones de establecerse como caballero, pues compró algunas tierras. Pero la granja Willow Tree está a seis millas de distancia y, por todo lo que pude averiguar por Clara, pasaba poco tiempo aquí o allí. Alquiló otra casa cerca de su almacén en King's Lynn y pasaba allí la mayor parte de la semana.

—Pobre Clara —murmuró Cassandra.

—¡Es una bruja!

Cassandra miró a Emma, sorprendida.

—¿De verdad era tan mala?

La señorita asintió y, una vez aclarado su punto de vista, pareció perder interés en la conversación, centrándose de nuevo en su desayuno.

Cassandra volvió su mirada risueña hacia Louisa, esperando que compartiera su diversión ante este arrebato, pero aunque sonrió, sus ojos contenían simpatía.

—Clara nunca fue amable con Emma, sobre todo después de que perdiera el oído, pero no puedo evitar sentir lástima por ella. Me contó en una de sus muchas amargas peroratas que cuando quedó claro que no iba a tener un hijo, el señor Tremlow no fue amable con ella. Era demasiado aficionado a su brandy y, cuando estaba borracho, no dudaba en hacerle saber de su última amante y enunciar todos sus encantos mientras exponía las carencias de Clara.

La risa en los ojos de Cassandra desapareció, el asombro y luego el desprecio ocuparon su lugar.

—¡Qué despreciable!

—Y cruel —añadió—. Se casó con él por su riqueza, por supuesto, y no se la puede culpar por ello; siempre habíamos tenido que escatimar y ahorrar, pero creo que hizo un mal trato. Después de que él muriera, descubrió que su negocio no era tan rentable como ella esperaba, y aunque cuando lo vendieron ella vivía muy cómodamente, no le pareció suficiente para

compensar los años de miseria que había soportado junto a él.

—No, esperaría que no. ¿Qué pasó con la granja?

—Se la quedó por consejo del señor Rythorne, el abogado de la familia que se ocupaba de los asuntos del señor Tremlow.

Cassandra dejó el tenedor y sus ojos brillaron de interés.

—¿Así que tú, Louisa Thorpe, eres terrateniente?

—Sí, supongo que lo soy.

—¿Cuánto dinero te reporta la granja al año?

Louisa mencionó una cantidad que a Cassandra le pareció insignificante. Frunció el ceño.

—¿Cuántos acres tiene?

—Creo que alrededor de cuatrocientos acres.

—Entonces el alquiler debería ser mucho mayor.

—¿Debería? No sé nada de esas cosas. El señor Rythorne siempre me ha parecido tan solícito y respetuoso en las pocas ocasiones en que me he reunido con él que me he sentido segura de poder dejarlo todo en sus manos.

Cassandra se mostró entusiasmada, viendo por fin una forma de ser realmente útil a su amigo.

—Puede que no sea una experta en cortar y arreglar flores, pero sé de gestión de tierras. Tengo que ver esta granja.

Louisa sonrió irónicamente.

—Sabía que no pasarían muchos días antes de que ayudarme en el jardín se convirtiera en un fastidio.

—No es eso, precisamente. He disfrutado de unas vacaciones encantadoras, te lo aseguro, pero ya sabes lo mucho que me gusta estar ocupada.

—Yo sé lo mucho que te has visto obligada a estar ocupada —dijo su amiga con delicadeza.

—No me he visto obligada. —dijo con convicción—. Me he enamorado del campo, pero hay tan pocas cosas que hacer que imagino que con el tiempo me aburriré. ¿Es eso suficiente para ti, Louisa?

Su amiga se rio.

—Por el momento, sí. Estaba bastante agotada cuando Clara murió, ¿sabes? y me dejado llevar estos últimos meses por una vida de ocio.

Cassandra sintió un momento de remordimiento. Puede que no hubiera elegido vivir una vida de ocio, pero podría haberlo hecho si lo hubiera deseado. Sonrió irónicamente al pensar que el señor Rushby, su alguacil, habría sido más feliz si ella hubiera elegido una vida así en vez de supervisarle en lugar de su padre. Louisa no se había permitido el lujo de elegir, sino que se había resignado a una vida de servicio y, por muy alegremente que lo hubiera hecho, tenía todo el derecho de disfrutar sus circunstancias más favorables y la oportunidad de vivir según sus propias condiciones.

—Lo comprendo, por supuesto, y espero que hayas aprovechado el tiempo para disfrutar de tu afición por la pintura.

—Lo he hecho —admitió—. El vicario me visitaba con frecuencia antes e inmediatamente después de la muerte de Clara, y durante una de nuestras conversaciones me confesó que le gustaría hacer un retrato en miniatura de su esposa. Como no abundan los artistas en los alrededores, me ofrecí a hacerlo —asumió un aire de superioridad—. Y eso dio lugar a dos encargos más: uno del médico y otro de un granjero local —sonrió—. No soy tan hábil como tú, querida; en tu caso, el alumno superó con creces al maestro, pero no creo que mis esfuerzos

fueran despreciables.

—Por supuesto que no lo fueron. Pero, Louisa, no necesitas pintar por dinero, ¿verdad? Eso no es llevar una vida de ocio.

—Tal vez anhelo fama y fortuna —dijo mientras guiñaba un ojo.

Cassandra se rio.

—Entonces deberías apuntar un poco más alto. Pídele al médico o al vicario que mencionen tu excelencia cada vez que visiten una de las grandes casas de por aquí, eso podría servir.

Louisa sonrió.

—Conozco mis limitaciones. Si me llega algún encargo de ese tipo, te lo haré llegar.

—No los aceptaría —dijo altivamente, antes de añadir en tono dramático—. ¡Vender mi alma por unas guineas sería una profanación de mi arte!

—Pero un don no compartido es un don malgastado.

—Sé seria por un momento, querida —dijo, soltando una risita—. ¿De verdad pretendes dedicarte al retratismo?

—Claro que no. No le cobré al vicario; el retrato fue mi forma de agradecerle sus frecuentes visitas a Clara. Creo que la reconfortó un poco. Me resultaba un poco difícil decepcionar a los demás, además, era algo que hacer mientras estaba de luto por mi hermana, pero he hecho saber que no aceptaré más encargos —su expresión se volvió más seria—. A veces ayudo en la escuela dominical del pueblo, pero lo que realmente me gustaría hacer es montar una escuela de verdad. Hay un granero en ruinas al otro lado del pueblo que sería el lugar ideal, pero se necesitaría mucho dinero para comprarlo y reconstruirlo.

—¿Más de lo que puedes permitirte?

—Creo que sí. Tal vez tenga que lamerle las botas a alguien de la alta burguesía local, después de todo.

—O tal vez no, si consigues un precio justo por tus acres. Creo que deberíamos visitar la granja Willow Tree; ya es hora de que conozcas a tu inquilino, Louisa.

Esperando sólo a que Louisa le diera instrucciones a la señora Larkin, partieron en el carruaje.

—Yo conduciré —dijo Louisa, cogiendo las riendas, las cuales Cassandra había cogido automáticamente—, para que así puedas mirar a tu alrededor.

Cassandra obedeció y miró a su alrededor, pues cuando había alquilado su última carruaje en King's Lynn en su viaje a Norfolk, había estado demasiado cansada para hacerlo. Una vez que se adentraron un poco en el interior, fueron recibidas por un paisaje de suaves curvas que parecía extenderse kilómetros en todas direcciones, y descubrió que el cielo seguía siendo inmenso lejos de la costa, sólo interrumpido por ocasionales tramos de bosque, granjas de tejados rojos o algún que otro molino de viento. Pronto se dio cuenta de que esto se debía a la ausencia de colinas o montañas en la región. Algunos habrían pensado que esto hacía que la vista fuera aburrida y poco pintoresca, pero a ella le gustaba bastante. Tal vez se debiera a que era un paisaje tan diferente al de Derbyshire.

—Esta es una excelente tierra de labranza —dijo finalmente, señalando hacia los campos.

Algunos estaban todavía llenos de trigo dorado que ondeaba con la suave brisa, pero en otros había gran actividad, con grupos de hombres, mujeres y niños ocupados en el agotador trabajo de recoger la cosecha. Los hombres caminaban unos junto a otros blandiendo las guadañas, otros rastrillaban los tallos formando montones y las mujeres y los niños ataban el trigo suelto en gavillas.

—Me confunde aún más el alquiler ridículamente bajo que el marido de tu hermana le exigía

a su inquilino.

—Tal vez, al ser comerciante y no agricultor, ignoraba el verdadero valor de sus tierras —sugirió—. Yo no tenía ni idea, después de todo, y debo suponer que el señor Rythorne también lo desconocía.

Cassandra soltó un bufido muy poco femenino.

—Tu ignorancia es comprensible, mi amor, pero la suya no puede pasarse por alto tan fácilmente. Es su deber saber de esas cosas.

La granja Willow Tree se encontraba entre los pueblos de Sedgeford y Fring y estaba dividida por el río Heacham, en el que abundaban los árboles que daban nombre a la granja. Cassandra frunció el ceño mientras avanzaban por un sendero hundido que estaba cubierto de hierba en el centro, pero lleno de surcos polvorientos a ambos lados, como si lo utilizaran con frecuencia carretas muy cargadas.

—¿Amor mío? Luces muy seria —dijo Louisa—. Hasta que este camino nos llevó por debajo del nivel de los campos, había estado admirando los hermosos prados salvajes —sonrió irónicamente—. Incluso sentí el impulso de correr a través de la alta hierba y acostarme entre las flores silvestres que quedaban. Ojalá hubiera venido a verlas hace un mes, cuando estaban en su mejor momento.

—Sí, son muy bonitas —murmuró distraídamente.

—¿Pero? —preguntó Louisa, percibiendo la inquietud de su amiga.

Cassandra la miró con preocupación.

—No debería quedar tanta tierra como prados o pastos vacíos; ésta es tierra cultivable. Tal vez tenga sentido cerca del río en caso de inundación, aunque he observado suficientes zanjas de drenaje como para pensar que alguien alguna vez supo lo que hacía, pero no tiene sentido que haya acres y acres abandonados de esa manera. Quienquiera que cultive estas tierras no las está aprovechando al máximo. ¿Y has visto el enorme campo en el que debían de estar pastando al menos diez caballos?

—Sí. Pero una granja necesita caballos, ¿no?

—Por supuesto, para arar, recoger las cosechas y transportarlas. Ahora deberían estar trabajando, no comiendo.

—Quizá el señor Moore ya haya recogido la cosecha.

A medida que el camino se inclinaba suavemente hacia arriba, había en efecto algunas pruebas de que un gran campo de quizás ocho acres había sido cosechado recientemente, y otros dos tenían montones de heno secándose al sol, pero había muchos que yacían en barbecho o en los que la cosecha de trigo era escasa y aún verde como si se hubiera plantado demasiado tarde.

—Es como si —dijo Cassandra lentamente—, quienquiera que se haya hecho cargo de la granja hubiera mordido más de lo que podía masticar. Tal vez se haya mudado de una propiedad más pequeña y no tiene los recursos o la habilidad para hacer rendir tantos acres. No es de extrañar que no pueda permitirse cobrar un alquiler adecuado. Si el señor Rythorne fue el responsable de encontrar al inquilino, ha vuelto a demostrar su incompetencia. Mi abuelo siempre exigía referencias y pruebas de que el solicitante tenía suficiente experiencia, así como capital para semillas, equipo y demás, antes de concederle el arrendamiento de una de sus granjas.

El camino las condujo a una imponente granja de tres plantas. En otro tiempo debió de presentar un aspecto muy respetable, pero ahora estaba tristemente descuidada. Echó un rápido vistazo y notó que faltaban varias tejas y que una de las ventanas inferiores estaba sellada. Estaba rodeada de jardines, que en otro tiempo habían tenido algún tipo de patrón, pero que ahora sólo

se distinguían por los arbustos crecidos.

Louisa hizo una mueca.

—Vaya, parece que soy tan poco rigurosa como mi inquilino es un granjero.

Cuando se detuvieron frente a la casa, un gato negro que estaba sentado en un escalón del porche siseó y huyó al abrirse la puerta. Salió una señora de cabello canoso y entrecerró los ojos al observar a sus visitantes; no estaba claro si era por sospecha o por el sol que la iluminaba directamente. La intensa luz no la favorecía, resaltando su piel arrugada, la cual estaba marcada con manchas marrones.

—Buen día —dijo Louisa agradablemente—. He venido a ver al señor Moore. ¿Es usted su esposa?

—Lo soy. ¿Y quién es usted?

—Soy la señorita Thorpe, su casera, señora Moore —dijo con una sonrisa compungida—. Siento no haberla visitado antes, pero he estado de luto por mi hermana y apenas me estoy haciendo a la idea de mis nuevas obligaciones.

—No tiene por qué preocuparse por nosotros, señora. Isaac trata con el señor Rythorne. Los negocios es mejor dejárselos a los hombres.

Louisa recorrió la casa con la mirada.

—Me pregunto si en verdad tiene razón. Me parece que hay reparaciones que necesitan hacerse aquí, señora Moore. ¿Su marido le ha informado al señor Rythorne de ello?

—No hace falta —dijo, un poco a la defensiva—. Se harán pronto. Isaac se encargará de ello.

—Ya veo. Sin embargo, me gustaría discutirlos con él.

La señora Moore se cruzó de brazos y levantó su barbilla puntiaguda.

—No está aquí.

—No, parece que no. ¿Dónde puedo encontrarlo?

La señora asintió en la dirección por la que habían venido.

—Está ayudando al señor King con su cosecha. No volverá hasta el anochecer.

—Uno podría pensar que estaría mejor atendiendo su propia granja —dijo, con un tono un poco severo. Se estaba cansando de la hostilidad apenas velada de la señora Moore, tan poco educada como imprudente, teniendo en cuenta que su futuro y el de su marido estaban en sus manos.

Cassandra no aprobaba la actitud de la señora Moore más que la de su amiga, pero una equidad innata la hizo decir:

—Es común que los granjeros se ayuden mutuamente durante la cosecha, ya sea con equipos o con mano de obra.

La señora Moore sonrió con cierta amargura, pero su boca se tensó cuando Cassandra añadió:

—De hecho, tiene usted tantos caballos, señora, que me sorprende que no los hayan enviado a tirar de los carretas.

—A Isaac le gustan los caballos.

—Claramente, ya que a juzgar por los campos de heno y la cantidad de pasto que tienen para pastar, diría que son lo máspreciado de esta granja.

—No es ningún crimen cuidar a los animales de Dios —dijo con beligerancia.

Dándose cuenta de que esta charla no iba a ninguna parte y de que la mujer no tenía intención de ofrecerles hospitalidad alguna, Cassandra dijo:

—No, desde luego que no. Que tenga un buen día, señora.

—Quizá tenga la dicha de conocer a su buen marido en otra ocasión —dijo Louisa con fría cortesía.

La mujer dio un paso atrás y dijo:

—Cuidado por dónde vais.

Mientras el carruaje se alejaba, Cassandra miró por encima del hombro, frunciendo ligeramente el ceño, pero la puerta de la granja ya se estaba cerrando. Sabía que las últimas palabras de la señora Moore eran una manera común de despedirse, pero la manera en la que las había dicho las había hecho sonar casi como una amenaza.

CAPÍTULO 7



Laurence había pasado unos días sorprendentemente agradables. Sus hermanos eran de lo más amables y parecían decididos a hacerlo rememorar los mejores recuerdos de su infancia. Como los gemelos se habían casado a los dieciocho, estos recuerdos no se extendían mucho más allá de sus trece años.

Había sido pequeño para su edad y extremadamente delgado, una circunstancia que le había granjeado el cariño de su madre y hermanas, pero que había inspirado en su padre un disgusto que poco había hecho por ocultar. Había observado el afecto con que su esposa y sus hijas trataban a Laurence con resentimiento, pero el temor secreto de que su enclenque hijo no sobreviviera hasta la edad adulta había hecho que no se entrometiera. Para cuando Cecelia y Anne se casaron, Laurence ya había sobrevivido a varias enfermedades a lo largo de su infancia y el vizconde se dio cuenta de que su hijo era más fuerte de lo que parecía. Lo había enviado a Eton con pocos reparos, insistiendo en que volviera a Westerby en las vacaciones, con la idea de anular los años de influencia femenina y poner su propio sello en el muchacho.

Y así Laurence se había sido acosado tanto en la escuela como en casa. En la escuela, había estudiado los puntos débiles de los matones y había encontrado la forma de aprovecharlos al máximo, logrando por lo general una venganza satisfactoria sin que se dieran cuenta de que él era la mente detrás de su ruina. Había sido más difícil lidiar con esto en Westerby.

Había hecho todo lo posible por complacer a la figura paterna distante que apenas conocía, aplicándose a todos los logros que su padre admiraba, convirtiéndose, con el tiempo, en un consumado jinete, un excelente esgrimista y un buen tirador. Si su progreso en estas actividades hubiera sido supervisado por un padre cariñoso, podría decirse que había disfrutado de una educación idílica, pero su padre estaba lejos de ser cariñoso. Los impresionantes logros académicos de Laurence y su aptitud para la pintura no habían impresionado al cuarto vizconde, sino que habían reforzado la imagen de su heredero como un enclenque soñador al que había que educar. Aunque había llenado su casa de esculturas y pinturas, sus elecciones se debían a su deseo de sobresalir e impresionar a sus conocidos, no a un interés genuino.

Nada de lo que su hijo conseguía era suficiente. Con frecuencia se burlaba de Laurence si este se caía de un caballo, diciendo que a un muchacho tan delgado nunca se le debería haber dado la oportunidad de montar en primer lugar o si volvía a casa con su bolsa de caza a no más de la mitad de su capacidad.

El chico sensible pero alegre que habían conocido sus hermanas desapareció al ocultarse tras una barrera en cuanto aprendió a guardarse para sí sus pensamientos y sentimientos. Cualquier muestra de emoción por su parte sería juzgada como poco viril y daría lugar a unos azotes. Su madre sólo había intervenido una vez y se había ganado una bofetada en la cara y la indicación

de ir a visitar a sus hijas. Lo había hecho con frecuencia, en parte porque habían tenido cinco hijos entre los dos en otros tantos años, y por otro lado, no podía soportar ver a su hijo siendo tan maltratado, pero se sentía impotente porque no podía hacer nada al respecto.

Cuando Laurence cumplió dieciséis años, igualaba a sus coetáneos en estatura, aunque no en corpulencia, y cuando abandonó Oxford era más fuerte que la mayoría de ellos y un excelente boxeador. Su padre suavizó su actitud, pero el daño ya estaba hecho. Laurence optó por vivir en la casa de Londres durante unas cuantas semanas del verano, sabiendo que era improbable que su padre abandonara Westerby a menos que se discutiera un proyecto de ley en el cual estuviera especialmente interesado, cosa que era cada vez más rara. Prefería residir en Westerby y que sus amigos fueran a visitarlo.

El vizconde no había puesto objeciones ante la predilección de su hijo por la metrópoli; sabía que era gran amigo de lord Allerdale, hijo del marqués de Brigham, y no podía sino sentirse gratificado por la conexión de su hijo con una familia tan noble.

Si Allerdale ya había adquirido fama de ser un poco salvaje, se contentaba con saber que todo hombre debe adquirir un poco de experiencia, así como sembrar un poco de avena silvestre, antes de aprender el negocio de sus propiedades. Pero cuando, unos meses antes del vigésimo tercer cumpleaños de su hijo, recibió la visita de un viejo amigo y descubrió que, aunque a veces veía a Laurence en compañía de su amigo, era más frecuente que lo encontrara con un grupo de pintores y escultores en los lugares menos recorridos, se dirigió inmediatamente a la ciudad. Llegó a Grosvenor Square sin ser anunciado ni esperado, y le dio a su hijo una furiosa arenga sobre la ingratitud y la franca deslealtad de los hijos, que ignorando su deber, se entregan a actividades que no honran a sus familias ni ayudan a mantener a las numerosas personas a su cargo que dependen de ellos para asegurar su presente y su futuro.

Por mucho que Laurence estuviera resentido con su padre, no podía negar que sus quejas eran justas y podría haberle pedido perdón si su madre, quien el vizconde creía que estaba con Anne en Malmsy Park, pero que en realidad había estado viviendo con Laurence durante algunas semanas, no hubiera entrado en ese momento en la habitación. El hombre se había enfadado y la había culpado por la debilidad de su hijo. La habría golpeado, pero Laurence se había interpuesto en su y le había cogido el brazo con fuerza. El vizconde no había tardado mucho en darse cuenta de que no podía resistir la fuerza de su hijo. Teniendo en cuenta sus muchas animadversiones sobre la enclenque complexión de Laurence cuando era niño, algunos habrían pensado que esto al menos habría provocado en él cierta admiración, por pequeña que fuera, pero no fue así.

Sabiendo perfectamente que no podía herir físicamente a su hijo, había recorrido toda la casa en busca de sus obras artísticas. Las encontró en el invernadero de la parte trasera y ordenó que destruyeran todo. Se vio recompensado con el placer de ver brevemente reflejado el horror en el rostro de Laurence y la más dudosa satisfacción de hacer que su esposa cayera en una prolongada depresión. Sin embargo, esta victoria había sido efímera, ya que poco después de haber presenciado la destrucción del arte de su hijo, el hombre había sufrido un ataque y al día siguiente lo habían encontrado muerto en su cama. El médico que lo había atendido no tenía ninguna duda de que la causa de su fallecimiento era un paro cardíaco.

La pesada carga de responsabilidad que tan inesperadamente recayó sobre Laurence lo pilló desprevenido, pero una mezcla de deber y culpa había hecho que guardara los pinceles y el cincel y se dispusiera a comprender sus obligaciones. Sin embargo, Westerby aún hacía que su estado de ánimo decayera y era raro que sus visitas durasen más de unas pocas semanas.

Sus hermanas lo sabían y lo lamentaban. Esperaban que Laurence recordara tiempos más

felices, y así ver más allá de los años de miseria que había soportado y empezara a sentir cariño por su hogar. Así que saquearon los desvanes y encontraron los veleros de madera que habían utilizado para competir en el lago, encontraron una vieja cometa y un juego de tejos.

Estas actividades se adaptaban perfectamente a sus cuatro sobrinos, cuyas edades oscilaban entre los once y los catorce años, y Laurence no podía evitar ver en ellos un reflejo de su propio yo infantil. La señorita Reynolds disfrutaba de estar sentada bajo un árbol con sus hermanas, observándolas con una suave sonrisa en los labios, permitiendo que Phoebe, la niña más pequeña de Cecy, de diez años, se sentara a su lado.

Esta joven damisela parecía adorar a la señorita Reynolds, cosa que no sorprendió a Laurence. No solo era extraordinariamente atractiva, sino que parecía estar siempre de buen humor, y una vez que ella logró vender su timidez, él había descubierto más de una vez un brillo travieso en sus ojos. Pero se había dado cuenta de que cada vez que intentaba conocer su opinión sobre algo, ella le devolvía la pregunta, esperando a escuchar sus pensamientos antes de ofrecer los suyos. Cuando lo hacía, su opinión coincidía siempre con la de él. Esto no le sentaba bien; su padre había esperado lo mismo de su madre, ya que odiaba que le llevaran la contraria en cualquier cosa, pero él no era esa clase de hombre.

El único tema sobre el que la señorita Reynolds no dudó en dar a conocer sus pensamientos fue Westerby. Comentó inmediatamente acerca de la elegancia de una habitación en la cual no había entrado antes, resaltando la riqueza de la decoración, la magnificencia de un mural o el buen gusto con que estaban dispuestos los muebles. Laurence, quien no era tonto, no tardó en darse cuenta de que probablemente se fue a la cama soñando con convertirse en la dueña de semejante establecimiento. No la culpaba por ello; como hija del primo de lord Malmsy, era de alta alcurnia pero su fortuna insignificante, y ¿qué muchacha no soñaba con encontrar a su media naranja?

Pero incluso mientras se le ocurrían estos pensamientos eminentemente razonables, inmediatamente le vinieron a la mente tres damas que no se habían dejado llevar por tales consideraciones. Aunque la señorita Edgcott había sucumbido finalmente a los encantos de su amigo Allerdale, ciertamente no había estado a la caza de un marido, pero entonces había tenido una considerable fortuna propia, al igual que lady Selena, quien había puesto la mira en el primo de Allerdale, el hijo menor de un barón. La señorita Reynolds no se encontraba en una situación tan afortunada, y tampoco la tercera dama en la que había pensado.

Había estado demasiado ocupado durante el día como para pensar a menudo en Cassandra, pero cuando se encontraba entre la vigilia y el sueño, su imagen se presentaba ante él, sus ojos reían y la escuchaba decir: *Por supuesto que he llegado a salvo. ¿Dudabas de que lo haría?* De algún modo, no lo dudaba, pero su mente se tranquilizaría cuando recibiera una carta del señor Blinksop asegurándose.

Su mente iba a liberarse de cualquier preocupación antes de lo que esperaba. Le había prometido a su primo que ese día le dedicaría toda su atención y, tras una ajetreada mañana revisando solicitudes para la próxima vacante de una de sus granjas, cabalgaron juntos para ver la propiedad en cuestión. Marcaba el límite de su finca por el oeste y mientras acercaban con sus caballos para ver la eficiencia con la que se estaban cosechando los campos, no pudo evitar reflexionar que era una pena que fuera a perder a uno de sus arrendatarios más fiables y experimentados.

—El señor King cree que está listo para emprender un proyecto más grande —explicó Alfred—. Debo admitir que estoy de acuerdo con él y esperaba que pudiéramos adquirir la granja vecina, la cual está abandonada y claramente por encima de las capacidades de su arrendatario, el

señor Moore. Entonces quizás podríamos haber persuadido al señor King para que se quedara, pero cuando me acerqué al señor Rythorne, quien es el abogado de la propietaria, me aseguró que ella nunca la vendería.

—¿Ella? —preguntó; había captado su atención—. Había pensado que un tal señor Tremlow era el dueño de las tierras.

—Lo era, pero murió hace unos tres años y su viuda lo heredó. Sucumbió a una enfermedad hace unos meses y ahora pertenece a la señorita Louisa Thorpe, su hermana.

Habían estado cabalgando lentamente hacia la granja del señor Moore, y ahora se detuvieron y observaron la hierba que les llegaba hasta la cintura cubierta de flores silvestres.

—Ya veo lo que quieres decir. Algo tiraba de los bordes de la mente de Laurence. ¿Por qué resonaban de algún modo las circunstancias que Westerby le había explicado?

—¿Conoces a la señorita Thorpe?

Alfred alzó sus cejas.

—No, no la conozco. No pude acercarme a ella directamente. Por un lado, es una mujer, y por otro, está de luto por su hermana.

Laurence parecía divertido.

—Admito que tu segunda objeción es ciertamente un factor a considerar, pero dejando eso de lado, ¿es tu falta de conocimiento sobre cómo hacer una presentación lo que te impide hacer un acercamiento directo, o tu renuencia a hacer negocios con una mujer?

—Bueno, las dos cosas —admitió—. Estaría en desventaja desde el principio; no podría hacer un trato tan complicado.

Los ojos de Laurence se posaron un momento en el apuesto semblante de su primo.

—Y sin embargo, Westerby, no puedo evitar sentir que si decidieras ejercer tu nada desdeñable encanto, podrías conseguirlo.

—Me sentiría como si me estuviera aprovechando de ella —protestó—. Qué poco caballeroso sería utilizar tales tácticas contra una solterona que probablemente no tiene ni idea de los negocios. Me asombra que sugieras algo así.

—No he sugerido que intentes estafarla —dijo con delicadeza— Simplemente persuádela para que ceda la tierra. Le ofrecerías a su agente un precio justo, por supuesto —sus ojos volvieron a la vista que tenía ante él—. Aquí hay trabajo por hacer, y empleo muy necesario para media docena de hombres por lo menos. No puedo imaginar por qué nuestra solterona está tan decidida a aferrarse a la granja, a menos que haya alguna razón sentimental para ello. Si ese es el caso, no debes presionarla, e incluso puedes. Me darle algún consejo. Me parece que ni su inquilino ni su abogado se estén preocupando demasiado por sus intereses.

Un remolino de polvo en la distancia captó la atención de Laurence y sus ojos se entrecerraron al ver un carruaje acercándose a ellos. Estaba demasiado lejos para distinguir los rasgos de las dos damas que transportaba, pero el porte de una de ellas y el verde oscuro de su vestido le resultaban familiares. De repente le vinieron a la mente las palabras de Cassandra sobre su institutriz-compañera. *Me dejó renuientemente hace tres años para vivir con su hermana viuda y enferma.*

—Creo —dijo, sus palabras mucho más lentas que el latido de su corazón—, que estamos a punto de conocer a la señorita Thorpe.

Alfred lo miró con cierto asombro.

—¿Cómo es posible que sepas eso si nunca la has conocido?

Laurence sonrió, pues a medida que el carruaje se acercaba, la idea de que se estaba haciendo ilusiones quedó firmemente descartada. Las cejas arqueadas, los pómulos esculpidos y la

deliciosa boca de Cassandra eran inconfundibles.

—Llámalo una corazonada —dijo en voz baja, encaminando a su caballo hacia el punto donde el camino hundido se encontraba con la carretera.

La señorita Thorpe conducía y, como estaba concentrada en el brusco giro del camino hacia la carretera, no los percibió de inmediato. Cassandra sí. Sus ojos se abrieron de par en par y un destello de sorpresa, seguido rápidamente por algo que se parecía mucho al placer, apareció en ellos. Extendió una mano y la puso sobre el brazo de su compañera, murmurando algo indistinguible.

El carruaje se detuvo y la señorita Thorpe volvió la cabeza, con una mirada llena de interés.

Él se quitó el sombrero de la cabeza y se inclinó.

—Buenos días, señorita Fenton. Me alegro mucho de volver a verla.

—Y yo de verlo a usted, lord Carteret. Sin embargo, no esperaba tener el placer. ¿Se está hospedando en la zona?

—Mi tierra termina donde empieza esta granja.

—No lo sabía.

—¿Cómo iba a hacerlo? No creo que hayamos tocado el tema de mi casa la última vez que te vi.

Cassandra se volvió hacia su acompañante.

—Ella es la señorita Thorpe, mi muy buena amiga.

—Ah, señorita Thorpe —dijo, inclinando su sombrero hacia ella. Observó que llevaba un vestido azul oscuro, por lo que aparentemente ya no estaba de luto—. Mi primo y yo estábamos hablando de usted. Le presento al señor Westerby, mi administración.

Alfred se inclinó, dirigiéndole una mirada penetrante. Habría sido comprensible que la dama se sintiera avergonzada al descubrir que dos extraños caballeros habían estado hablando de ella, pero no mostró ningún signo de incomodidad, pues sus muy bellos ojos, sólo mostraban sorpresa y una pizca de diversión.

—Buenos días, señor —dijo con calma—. Me parece muy extraño que mi nombre haya estado en boca de alguno de vosotros. Espero que queráis satisfacer mi curiosidad —su inquisitiva mirada se posó de nuevo en Laurence—. No se me ocurre por qué yo debería haber llamado su atención, señor, a menos que quizás, el señor Rufford, el vicario de Thornham le haya hablado de mí.

—No, no fue así. ¿Debería haberlo hecho?

—No, no. Es sólo que pinté un retrato en miniatura de su esposa, y quedé tan complacido que se lo mencioné a otras personas quienes poco después me buscaron. Sin embargo, él sobrevaloró mi habilidad, así que me alegro de que no lo haya hecho.

—Estoy seguro de que, si el señor Rufford está satisfecho con su trabajo, usted debe tener mucho talento, señorita —dijo con suavidad.

Una mirada de cómica consternación cruzó su rostro.

—No debe pensar que estaba buscando cumplidos, señor, porque ciertamente no era así.

Cassandra se rio.

—¿Conoce siquiera al señor Rufford, lord Carteret?

Él sonrió irónicamente.

—Pues no —admitió—, fue durante otro asunto de negocios donde surgió el nombre de la señorita Thorpe, pero no podemos discutirlo en el camino —se volvió hacia la dama—.

¿Podemos visitarla mañana, señorita?

—Por supuesto. Nos encontrará en la casa Tremlow, a las afueras de Thornham.

Él volvió a inclinarse y sus ojos se detuvieron en Cassandra.

—Le traeré su capa, señorita Fenton.

—Gracias —dijo, con una mirada risueña—. Mi equipaje aún no ha llegado, y me alegraré de tenerla.

Laurence las vio alejarse hasta que desaparecieron en un recodo de la carretera.

—Qué providencial —dijo Alfred, mirando atentamente a Laurence.

—Sí, ¿verdad? Dime, Westerby, ¿era la señorita Thorpe lo que esperabas?

Alfred sonrió.

—En absoluto.

—Pensé que te habría sorprendido. No es una belleza, pero tampoco la describiría como una solterona.

—No, desde luego que no —convino—. Creo que su hermana era bastante mayor y había supuesto, erróneamente, que tenían una edad similar.

—No tienes por qué preocuparte —le aseguró, mirándolo divertido—, ella no se enterará de tu calumnia por mis labios.

—Gracias —dijo, su tono lleno de ironía—. Y aquí estaba yo, temblando de miedo por si lo hacías —sus ojos se entrecerraron—. Supongo que no te importará decirme cómo es que tiene la capa de la señorita Fenton.

Dándose cuenta de que no decir nada sólo llevaría a Alfred a especulaciones no deseadas, dijo con suavidad:

—No hay ningún misterio. Conocí a la dama cuando venía hacia aquí y la llevé en mi carruaje durante unos kilómetros cuando descubrió que no había ningún vehículo disponible para alquilar con ese fin. No me di cuenta de que había dejado su capa hasta mucho después.

El escepticismo brilló en los ojos azules de Alfred, pero éste se limitó a decir:

—Ya veo —el encuentro fue doblemente providencial, entonces.

—Como digas —murmuró, instando a su caballo al trote—. ¿Pero quién soy yo para cuestionar los designios del destino?

CAPÍTULO 8



—C reo —dijo Louisa cuando desaparecieron de la vista de los caballeros—, que no le has hecho justicia a lord Carteret. Hablaste de su dignidad, su reserva y sus modales, pero no mencionaste su noble frente, su firme mentón...

Cassandra lanzó una mirada medio tanto divertida como exasperada a su amiga.

—No pienses en distraerme, Louisa. Debías de saber que vivía en algún lugar de los alrededores y, sin embargo, ni me lo dijiste ni me advertiste de que era muy probable que me lo encontrara.

—Era más una posibilidad que una probabilidad. Su casa familiar, Westerby, se encuentra a unas nueve o diez millas de Thornham, y como yo no me muevo en los círculos más importantes, nuestro encuentro con él era una posibilidad muy remota.

—Sí, ese es un razonamiento muy bueno —dijo secamente—. ¿No pensaste que me habría gustado ser informada de ello?

—Pues sí, se me ocurrió, pero no volviste a hablar de él después de aquella primera velada, por lo que apenas he tenido oportunidad de hacerlo —respondió, imperturbable ante el tono acerbo de su amiga—. Y como parecías decidida a mantener en secreto tu paradero hasta que al menos tuvieras noticias de tu abogado, cosa que aún no tienes, no vi que sirviera de nada informarte de ello inmediatamente. Sin embargo, lo habría hecho cuando estuvieras instalada, y pretendía sugerirte que le escribieras a lord Carteret para informarle de tu paradero y que pudiera devolverte tu capa.

No dudó, al menos, del último comentario. Habiendo lamentado durante tanto tiempo que Cassandra no hubiera tenido oportunidad de conocer a ningún caballero apto, era natural que Louisa hubiera deseado que renovara su amistad con un apuesto vizconde.

—Sin embargo, puedes estar segura de que no lo habría hecho —dijo con firmeza—. Haberle causado tantas molestias habría sido ridículo e impropio, por no mencionar que me habría importunado. Me sorprende que lo sugieras.

—¡No te sorprende en absoluto!

Cassandra vio la mirada divertida en los ojos de su amiga y sonrió renuientemente. Era consciente de lo inusualmente remilgada que había sonado y sólo podía alegrarse de que Louisa no fuera plenamente consciente de que sus modales habían sido inexistentes en su primer encuentro con Laurence, porque eso habría hecho que su pequeño discurso fuera aún más absurdo. Si hubiera sabido que iba a volver a verlo, habría sido más circunspecta.

—Y si te asaltaban tales reparos, yo podría haberlo hecho en tu lugar —añadió Louisa—, siendo una solterona empedernida.

—Sólo eres una solterona por la falta de oportunidades —dijo con severidad.

—Olvidas al señor Brampton —murmuró, cabizbaja—. Es muy poco amable por tu parte pasar por alto la única propuesta de matrimonio que he recibido.

Cassandra soltó una risita, sin inmutarse.

—Por la falta de una oportunidad razonable, entonces.

La diversión desapareció de los ojos de Louisa.

—Lo mismo podría decirse de ti, querida, y es bastante sorprendente que alguien tan hermosa, vivaz y enérgica como tú se convierta en una solterona.

—¡Tonterías! —exclamó—. No soy hermosa; es sólo tu parcialidad la que te hace pensarlo. Sin embargo, aceptaré la vivacidad y la energía, y eso evitará que me marchite, sino que me convierta en una solterona con una espléndida excentricidad y una total despreocupación por lo que puedan decir de mí. Serías una esposa mucho mejor que yo, Louisa. Siempre eres tan calmada y eficiente que debes poner orden en el hogar de cualquier hombre, y sin embargo tienes tanto humor e ingenio que él nunca se aburriría de ti. Tal vez tú deberías poner la mira en lord Carteret.

Louisa rio y dijo, como si estuviera muy impresionada:

—Por supuesto que debería. Tengo mucho que ofrecerle, después de todo.

—Tienes más que yo. Eres dueña de tu propia casa, tienes un estilo de vida bastante cómodo y tienes algunas tierras que, si no me equivoco, serían una muy buena adición a las de lord Carteret.

—Oh, así que ese es el asunto que él y su administrador querían discutir conmigo. No entendía de qué iban —le dirigió una mirada triste a su compañera—. Admitiré que la perspectiva de que dos caballeros tan atractivos nos visitaran, superó momentáneamente mi curiosidad sobre qué razones podrían tener para hacerlo.

Cassandra soltó una risita.

—Me preguntaba si te has fijado en lo apuesto que es el señor Westerby. Uno casi podría haber pensado que era él quien era el vizconde; no puedes haber pasado por alto el aspecto aristocrático de su semblante. Esa nariz aguileña es impresionante, y sus ojos casi como los de un halcón.

Tuvo la satisfacción de ver como un leve rubor aparecía en las mejillas de su amiga y soltó una risita.

—Parece que no eres tan anticuada después de todo, querida.

—Ser una solterona no me hace insensible —dijo en tono de reproche, pero con una mirada un tanto avergonzada. Sin embargo, esta no duró mucho. Se le escapó una carcajada—. Creo que el señor Westerby es incluso más sensato que lord Carteret. Parecía muy disgustado cuando el vizconde mencionó que habían estado hablando de mí.

—Sí, yo también lo pensé. Pero no te dejes engañar, Louisa. Cuando te visite mañana lo hará pensando en los intereses de lord Carteret. Por supuesto, intentará persuadirte para que dejes ir la granja, pero no sucumbas ante sus argumentos, al menos no inmediatamente.

—¿Pero por qué no? —preguntó, con el ceño fruncido—. Ya hemos establecido que no sé nada de agricultura, y el capital que produciría podría ayudar mucho a financiar la escuela que me gustaría construir.

—No cabe duda de que serviría para *algo*, pero no bastaría para mantenerla ni para pagar a los maestros que debes emplear. Piensa en esto, mi amor, la granja que actualmente sólo te da cincuenta libras al año, podría fácilmente, si se restaurara y se instalara un inquilino decente, darte alrededor de cuatrocientas al año. Eso os proporcionaría tanto a ti como a Emma unos ingresos seguros que, sumados a vuestros otros recursos, os asegurarían total comodidad en el

futuro.

—¿Tanto? —jadeó.

—Al menos esa cantidad. La granja es más grande que la casa Tremlow y el terreno es excelente. Te sugiero que escuches cualquier propuesta que pueda tener el señor Westerby, pero que uses su experiencia a tu favor. Pídele que te explique por qué la granja le interesa tanto a lord Carteret y cuáles son, en su opinión, los defectos del señor Moore; será mejor que tengas una opinión distinta de la mía. Sin embargo, no te comprometas a nada. Si decides conservar la granja, al menos sabrás qué esperar de tu próximo inquilino, y si decides venderla, tu aparente renuencia a hacerlo puede hacer que consigas un precio más alto. Apartaré a lord Carteret para que podáis hablar sin ser molestados —se le escapó una carcajada—. De lo contrario, tu habitual sentido común podría verse alterado por los argumentos de dos caballeros tan *atractivos*.

—Tonterías —dijo con firmeza—. Hoy me ha pillado un poco por sorpresa, pero puedes estar segura de que es muy poco probable que me deje influir por un rostro tan atractiva como el suyo. No obstante, será mejor que distraigas a lord Carteret, ya que el señor Westerby podría hablar con más libertad si no él está presente. Mantendré a Emma a mi lado, por supuesto, para que su recién descubierto respeto por las propiedades quede satisfecho.

Sin embargo, fue más bien lord Carteret quien distrajo a Cassandra. Se levantó incluso más temprano de lo habitual tras haber pasado una noche en vela. Laurence se había entrometido en sus sueños, pero no era la única ni la principal causa de su inquietud. Esperaba tener ya noticias del señor Penwith, y su silencio la preocupaba. Necesitaba su ropa, añoraba su caballo y, sobre todo, deseaba el consuelo de saber que alguien que, estaba segura, velaba por sus intereses y los protegería, era plenamente consciente de su situación.

Incapaz de deshacerse de su inquietud y no teniendo ningún asunto que atender, recogió las pinturas de Louisa e indicó al somnoliento lacayo que la acompañara con un caballete y un taburete. Él la siguió a través de la verja que daba al arroyo, cruzó el puente de madera y recorrió un sendero que serpenteaba por la marisma. Una brisa enérgica hacía ondear nubes grises sobre el cielo y la niebla matinal creaba una atmósfera inquietante, que se amplificó cuando un grito agudo y penetrante rompió el silencio y un aguilucho lagunero surgió de la niebla, planeando justo por encima de la altura de los cañaverales.

Llegaron a otro curso de agua que cortaba un canal a través de los matorrales de la marisma antes de abrirse paso inexorablemente hacia el mar. Una vez que el lacayo hubo arreglado las cosas a su gusto, ella le indicó que se fuera. Sacó los pinceles, el agua y las pinturas de su bolsa, vació su mente y se sentó un momento a contemplar el paisaje. Decidió que sería demasiado ambicioso intentar inmediatamente algo a gran escala, así que dividió rápidamente su papel en tres secciones. En la primera, trató de captar una sección del río que tenía delante, bordeada por los largos juncos; en la segunda, un destello del sol que se asomaba bajo el borde oscuro de una nube; y en la última, los colores cambiantes del mar. Sólo entonces colocó una nueva hoja e intentó captar toda la escena.

Como siempre, en las raras ocasiones en que se permitía este capricho, se quedó completamente absorta en su tarea. Era difícil, ya que la luz cambiaba constantemente, pero poco a poco el viento amainó y el cielo se calmó. El sol se ocultó por completo, salvo por un borde dorado y ardiente, pero sus rayos encontraron grietas en la masa oscura que lo rodeaba, proyectando haces de luz suave y difusa hasta la superficie del mar. Cuando Cassandra bajó por fin el brazo y observó su obra, sintió la familiar sensación de decepción. Su pintura era precisa, pero no había logrado captar el dramatismo de la escena.

Suspiró pesadamente y se levantó, murmurando:

—¿Por qué siempre se me escapa algo?

—¿Puedo?

Volvió la cabeza rápidamente, abriendo la boca mientras gritaba de sorpresa al encontrar a Laurence a su lado. Él enarcó una ceja, y ella asintió con la cabeza, apartándose un poco para que él pudiera ocupar su lugar frente al caballete. Cuando cogió el pincel, ella se dio cuenta por primera vez de lo torneada que era su mano. Él se puso a trabajar rápidamente, aclarando los rayos de luz aquí, oscureciendo el cielo allá y añadiendo sutiles matices de color al agua. No tardó más de diez minutos en transformar su cuadro de ordinario a sublime.

Ella lo miró con admiración, mientras sonreía con pesar.

—¿No te dije que tenías talentos ocultos, Laurence? No sé si sentirme agradecida o desdichada por tu intervención.

Él frunció el ceño y sus ojos parecieron reflejar las nubes sobre ellos.

—¿Por qué desdichada?

—Porque has conseguido en unos instantes lo que yo he intentado durante años. Nunca seré más que competente.

—Eres muy dura contigo misma —dijo con dulzura—. Tu cuadro era muy bueno y, como has visto, sólo necesitaba unos retoques. Además, tu comparación no es justa, Cassandra. Este es mi país, por lo que tengo afinidad con él, y también me he beneficiado de la enseñanza de algunos buenos maestros.

Empezó a recoger sus cosas.

—No importa —dijo con seguridad—. Estoy bastante segura de que tienes un don que no se puede enseñar.

—Eso pensé una vez —murmuró él, cerrando el caballete, metiéndolo bajo su brazo y cogiendo su taburete—. Pero aunque tengo cierta habilidad para pintar paisajes, nunca he intentado hacer un retrato, y estoy seguro de que no podría igualar tu destreza.

Se rio de su cumplido.

—Ahora ambos estamos tan metidos en nuestra propia presunción que no podemos decir nada más sobre el asunto.

Comenzaron a caminar de regreso a un paso lento, muy poco natural para ambos.

—Llegas antes de lo que esperaba. ¿Está el señor Westerby conversando con Louisa? Te advierto que la he alertado y le he dicho que no acepte vender la granja.

—Entonces lo has adivinado —dijo, mientras una sonrisa irónica curvaba sus labios.

—Me parece que sí. ¿Qué más podría él querer de Louisa?

—Nada, por supuesto —reconoció—. ¿De qué es exactamente de lo que la has alertado?

—Capitular con demasiada facilidad sobre un tema del que sabe poco, para empezar.

—Hiciste bien en hacerlo —reconoció—. Pero te aseguro que el señor Westerby nunca la presionaría indebidamente. Espero que no lo creas así.

—No lo creo —dijo, soltando una risita—. Al menos no en el sentido que sugieres. Pero no sería la primera dama en sucumbir ante encanto de un caballero.

Lo miró y lo vio hacer una mueca de dolor.

—¡Laurence! —exclamó, frunciendo el ceño—. ¿No me digas que le pediste que utilizara tácticas tan deshonestas? No lo habría pensado de ti.

—A Westerby le pareció tan reprochable como a ti —dijo con ironía—. Pero no debes pensar que mi intención era que engañara a la señorita Thorpe de algún modo. Esa tierra se está echando a perder, y tengo un inquilino muy bueno que desea ampliar su propiedad. Me pareció que tal vez todos nuestros intereses podrían verse beneficiados.

Cassandra no podía criticar su lógica, pero no podía aprobar su táctica.

—En ese caso —dijo con cierta aspereza—, debería haberse dirigido al señor Rythorne.

—Lo hizo —dijo con frialdad—. Y le dijo que no la vendería bajo ninguna condición. Por eso animé a Westerby a que se acercara a ella directamente, pero sólo para persuadirla de que le convendría vender un activo que parecía interesarle poco, no para hablar de condiciones. Si ella estaba de acuerdo, él habría ultimado los detalles con su agente. No veía por qué iba a querer quedarse con la propiedad, a menos que tuviera algún apego por ella, y le di instrucciones para que no la presionara si ése era el caso e incluso para que le ofreciera algún consejo.

Cassandra sintió que la invadía una oleada de alivio. Pensar que había juzgado mal a Laurence le había causado cierta consternación. Se detuvo de repente y perdió un poco el equilibrio al intentar esquivar una babosa que se cruzaba en su camino. Laurence soltó enseguida el taburete y la cogió del brazo, estabilizándola. Habían llegado a un punto en el que el sendero era muy estrecho, delimitado a ambos lados por charcos de agua salobre, por lo que ella se encontró prácticamente pegada a él, sólo su bolsa los separaba. Sus ojos se encontraron y se sostuvieron, los de ella muy abiertos y los de él ligeramente entrecerrados.

—Gracias —dijo, un tanto jadeante—. Pensarás que es extremadamente remilgado de mi parte, pero no soporto herir a ninguna criatura inofensiva, por muy desagradable que sea.

De repente, una bandada de gansos se alzó al vuelo, lanzando fuertes graznidos como si aprobaran lo que acababa de decir. Laurence la soltó y se inclinó para recoger el taburete.

—Estás llena de sorpresas, Cassandra. Sólo puedo alegrarme de que no vieras al señor Chubb como una criatura inofensiva.

No era el señor Chubb quien ocupaba el primer lugar en su mente, y murmuró distraídamente:

—Sólo herí su orgullo.

Laurence hubiera seguido caminando, pero ella lo detuvo al tocar suavemente su brazo.

—¿Dijiste que el señor Rythorne le informó a tu administrador de que Louisa no vendería la granja bajo ninguna condición?

—Sí —respondió, mirándola atentamente—. ¿Fui mal informado?

—Desde luego que sí —dijo bruscamente—. Él no le informó nada acerca del tema. Cuando Louisa me informó de que el señor Moore apenas pagaba poco más que un mísero alquiler, cosa que ella ignoraba, le propuse que fuéramos a ver la granja. Ya me había formado una opinión desfavorable de su agente por haber hecho un trato tan malo y, cuando vi por mí misma lo mal gestionada que estaba la tierra, mi opinión fue aún peor. ¡Pero esto lo supera todo! Las primeras acusaciones en su contra *podrían* atribuirse a la incompetencia y la ignorancia, supongo, pero ni siquiera informarle a Louisa de la petición del señor Westerby habla de prepotencia y un desinterés total por sus deseos, por decir poco, y de una práctica dudosa, en el peor de los casos, aunque no puedo ver inmediatamente cómo podría beneficiarse de sus acciones.

—Tal vez Westerby...

—Supongo que ése es tu apellido —lo interrumpió.

—Sí, y el nombre de mi casa.

—¿No te parece un poco extraño llamar a tu administrador también por ese nombre?

—No, ¿por qué habría de serlo?

Ella vio que él fruncía el ceño y dijo rápidamente:

—No me hagas caso, siempre he tenido el defecto de decir lo que pienso.

—Puedes hacerlo siempre conmigo.

—Es una suerte que adoptes ese punto de vista —dijo irónicamente—, porque ciertamente

parece que lo hago. Sólo que al principio me pareció extraño llamar a la madre de mi primo, la señora Fenton, aunque no lo hice durante mucho tiempo, ya que ella me rogó que la llamara tía.

Laurence se estaba acostumbrando al rápido cerebro de Cassandra, que saltaba de una cosa a otra, y no perdía el hilo de su conversación original.

—Ya veo. Lo que iba a decirte era si te gustaría que le pidiera a mi primo que hiciera algunas averiguaciones discretas sobre el señor Rythorne.

—Sí, gracias —dijo, sonriéndole con pesar—. Parece que no podemos reunirnos sin que yo esté en deuda contigo.

—La deuda no será tuya, Cassandra, sino de la señorita Thorpe. Sin embargo, si deseas agradecerme mi tan pequeño favor, hay algo que podrías hacer por mí.

Ella le miró con recelo.

—Soy yo quien ahora está en guardia, señor, tras haber visto un lado más despiadado de tu carácter.

Sus labios se curvaron en la suave sonrisa que la noche anterior había invadido sus sueños.

—No debes sentirte obligada a hacer nada por mí, Cassandra; es un placer servirte. Pero admito que me gustaría mucho que accedieras a hacer un retrato en miniatura de cada una de mis hermanas. Se quedarán en Westerby una semana más o menos. Mi padre nunca encargó un cuadro de ninguna de ellas, y me gustaría tener su retrato en mis habitaciones privadas.

Caminaron más deprisa mientras empezaban a caer unas gotas de lluvia. Cassandra no pudo evitar sentirse halagada por su petición, y su interés se despertó.

—Son gemelas e idénticas en apariencia, aunque en cuanto hablan no cabe duda de quién es quién. Poder plasmar sus singularidades en un retrato sería mucho pedir; no esperaría que lo hicieras. Si quisieras, podrías coger el retrato de una y hacer una copia; no quisiera robarte demasiado tiempo.

—Pero no lo haré —se apresuró a decir, ahora realmente interesada—. Eso no sería posible. No sólo sería tratarlas como una sola persona y no como entidades separadas, sino que no me agradaría. Mi temple está a la altura, señor, y acepto el reto de producir dos retratos que sea capaz de distinguir.

CAPÍTULO 9



Cuando llegaron al puente, la lluvia arreció con fuerza y el hilo de agua que corría bajo ellos empezó a burbujear. Laurence miró río arriba y vio el arco de ladrillo de la alcantarilla que desviaba el agua bajo el jardín de la casa Tremlow. Se alegró de ver que era de un tamaño generoso, pues aunque el arroyo parecía benigno, sabía que se llenaría mucho más con la marea alta y se convertiría en un torrente en primavera. Una vez cruzado el puente, corrieron la corta distancia que los separaba de la casa. Cassandra no acobardó por el chaparrón, sino que levantó momentáneamente la cara y se rio, deleitándose en él en lugar de mostrar la consternación que Laurence podría haber esperado. Él también agradeció el frescor de la lluvia cayendo por su rostro, porque lo reconfortaba.

Cuando Cassandra tropezó y él la atrajo hacia sí, de modo que sus ojos grandes y sorprendidos quedaron a escasos centímetros de los suyos, sintió el impulso de besarla. No había cedido, por supuesto. Años de practicar el autocontrol le habían servido de mucho, y el estridente ruido de los gansos al levantar el vuelo lo había hecho recobrar el sentido, si no por completo, al menos en parte.

Le habían interesado las revelaciones que había dicho sobre el señor Rythorne y se había sentido impresionado por el resumen que había hecho de su actuación, pero en todo momento había sido consciente de que debía encontrar una excusa razonable para volver a verla. Ella le intrigaba como ninguna otra mujer lo había hecho nunca. No deseaba que la protegieran ni la mimaran, sino enfrentarse a cualquier desafío que le planteara la vida, y sin embargo no soportaba pisar una babosa, no porque retrocediera ante la horrible perspectiva de sentir al invertebrado aplastarse bajo su pie, sino porque no deseaba hacerle daño.

Era franca, su rostro un era libro abierto, y él estaba seguro de que nunca recurriría a astutas artimañas femeninas para salirse con la suya o ganar una pelea. Al contrario, era reconfortantemente directa. Tampoco estaba tan arraigada a sus opiniones como para no escuchar una explicación con la mente abierta y luego, al cuenta de que se había equivocado, sonreír de una manera tan apenada que uno no podría seguir ofendido, o al menos, él no podría.

Sin embargo, no estaba seguro de que fuera prudente seguir conociéndola. Su energía y rápida inteligencia lo animaban, su rostro lo hipnotizaba y su figura hacía correr la sangre por sus venas, pero sospechaba que vivir con ella sería agotador. Cuando se había imaginado casado con Diana, la había imaginado como una presencia amable y previsible en su casa. Algo le decía que Cassandra pondría su mundo de cabeza. No llevaba más que unos días en Tremlow House y ya se estaba inmiscuyendo en los asuntos de la señorita Louisa Thorpe.

La capota de Cassandra y el pelliza que le había prestado Louisa habían evitado que se empapara, pero Laurence no había tenido tanta suerte. Había dejado el sombrero en la mesa de la

entrada y, para cuando entraron corriendo en el pasillo empedrado, su cabello estaba mojado, su abrigo pesado y le goteaba agua por la punta de la nariz.

—Oh, cielos —jadeo Cassandra, quitándose rápidamente la capota y la pelliza y dándoselas al lacayo—. Debes quitarte ese abrigo inmediatamente Lau... lord Carteret —sus labios se curvaron—. No me gustaría que cogiera un resfriado.

—No, desde luego —dijo Louisa, saliendo del salón. Cogió la pelliza de las manos del lacayo—. Le pediré a la señora Larkin que cuelgue esto en la cocina, tú lleva a lord Carteret a la antigua habitación del señor Tremlow, William, y búscale una toalla y uno de los abrigos del señor Tremlow —miró a Laurence—. Está de suerte, señor. Mi hermana dejó su habitación prácticamente como estaba, y yo aún no había decidido qué hacer con sus cosas. Su sugerencia de que las quemara me pareció un desperdicio.

—Difícilmente me moriré por una gota de lluvia, señorita.

—No, supongo que no —dijo con calma—. Pero como difícilmente podrá irse hasta que amaine un poco la lluvia y no querrá sentarte con tan solo su camisa o seguir goteando agua por toda la casa, creo que es lo más sensato, ¿no le parece?

Laurence miró un poco apenado el charco que se formaba a sus pies.

—Tiene razón, por supuesto, señorita Thorpe.

Alfred se detuvo en la puerta del salón, con una leve sonrisa en los labios ante este magistral manejo de la situación.

—Le ayudaré. Puede que necesitemos a dos de nosotros para quitarle el abrigo.

Los condujeron a una habitación muy masculina, con muebles oscuros y toscos, más prácticos que elegantes. Como el abrigo de Laurence estaba hecho a su medida y ahora se le pegaba como una segunda piel, Laurence sí necesitaba la ayuda tanto del lacayo como de Alfred.

—Llevare esto abajo para que se seque junto al fuego de la cocina, señor —dijo el lacayo, pasándole una toalla—. A menos que desee que le ayude a vestirse.

—Gracias, William, pero eso no será necesario. El señor Westerby hará todo lo que yo necesite.

Señaló con la cabeza una puerta que presumiblemente daba a un vestidor.

—Muy bien, señor. Hay muchos abrigos ahí. Adelante.

Laurence se secó la cara con la toalla antes de frotarse enérgicamente el cabello con ella. Como no parecía haber un peine sobre el tocador, pasó sus dedos por él. Alfred había desaparecido en el vestidor, pero no tardó en volver con un abrigo verde en una mano y una camisa en la otra.

—Con el abrigo será suficiente, la camisa no es necesaria. La mía sólo está un poco húmeda y se secará enseguida.

—¿Está siendo remilgado? —dijo, sonriendo.

—¿Te pondrías la camisa de un muerto, Westerby?

Alfred dejó caer la camisa sobre una silla.

—No, quizá no.

Laurence se quedó mirando el abrigo, con el ceño fruncido.

—¿No es lo bastante elegante para usted?

Una sonrisa amable se dibujó en el rostro de Laurence.

—Digamos que no es lo que yo habría elegido, pero no era el abrigo en lo que estaba pensando. Eras tú.

—Oh, cielos. ¿Y qué es lo que he hecho para hacer que frunza tanto el ceño?

—Nada en absoluto, querido amigo. ¿Cuánto hace que nos conocemos?

—Ocho años.

—Sí, supongo que debe ser así —murmuró—. No sé por qué, pero nunca antes se me había ocurrido lo extraño que es dirigirme a ti por mi nombre. Como eres mi primo...

—Primo segundo —lo corrigió.

—No discutamos. Como eres mi primo, y el más íntimo conocido de mi familia después de mis hermanas, creo que te llamaré Alfred de ahora en adelante, y tú puedes, por supuesto, llamarme Laurence.

—¿No Laurie? —dijo Alfred, con una sonrisa en los ojos.

Laurence parecía dolido.

—Ciertamente no Laurie, así como yo no te llamaré Alfie. Aborrezco los nombres en diminutivo, por desgracia, es un hábito que no puedo quitarles a mis hermanas. Ya es bastante malo que haya comenzado a llamar a Cecelia Cecy, pero ella lo quiere así, y pensándolo bien, le sienta mejor.

—Oh, estoy de acuerdo —dijo, ayudándole a ponerse el abrigo—. Hay algo bastante serio en el nombre Cecelia. Y Cecy tiene muchas cualidades admirables, pero una mentalidad seria no es una de ellas.

Cuando Laurence se volvió, tirando del puño de una de las mangas, Alfred dijo:

—Será un honor que me llames Alfred. Ciertamente eres el mejor de mis parientes, y sólo lamento que la desavenencia entre nuestros padres me impidiera conocerte antes.

—Pero si no hubiera sido por la desavenencia entre nuestros padres, quizá nunca hubiera tenido la oportunidad de conocerte, Alfred —dijo Laurence en voz baja—. Dudo que él me hubiera alentado a conocer a mis primos del campo y estoy seguro de que te contrató sólo para molestar a tu padre.

Alfred sonrió.

—Lo sé, y lo conseguí de manera admirable. Papá estaba indeciso entre el deseo de que conociera Westerby y el resentimiento por estar en deuda con su primo. Pero esa generación se ha ido, y nosotros lo haremos mejor.

—Espero que ya lo estemos haciendo mejor.

—Desde luego que sí, pero si te quedaras en Westerby más de un par de semanas seguidas, creo que podríamos hacerlo aún mejor.

—Quizás lo haga —dijo distraídamente—. Me pregunto qué causó la desavenencia entre ellos.

Los labios de Alfred se torcieron.

—Supongo que no debería sorprenderme que no lo sepas. Tu padre poseía cierta soberbia.

—En su mayor parte errónea —dijo secamente—, pero continúa.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo? —dijo en voz baja.

—No te preocupes. No me sorprenderá, te lo aseguro.

—Muy bien. Se enamoraron de la misma mujer, aunque no al mismo tiempo.

Laurence dejó escapar una risa seca.

—Seguramente te equivocas. Mi padre no conocía el significado de esa palabra.

—Odio contradecirte, Laurence, pero al parecer sí lo sabía. Conoció a mi madre cuando ella se presentó ante la sociedad. Era una mujer hermosa pero extremadamente tímida, y tu padre se le propuso matrimonio al final de la temporada. Ella lo rechazó y fue llevada a casa después de tal ignominia. A mi madre la mandaron con su tía la temporada siguiente, cuando su hermana fue presentada ante la sociedad, y dio la casualidad de que su tía vivía en la misma parroquia que mi padre. Él se enamoró de ella y ella de él.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¡Debió de ser un duro golpe! Mi padre nunca habría entendido cómo pudo ella elegir una casa parroquial en vez de Westerby, ni hablar de un vicario en vez de un vizconde.

—En efecto. Tu padre le propuso matrimonio a tu madre la temporada siguiente.

—Pobre mamá —dijo en voz baja—. Sabía que él nunca la amó, por supuesto, lo suyo fue un matrimonio a base de conveniencia, una cuestión de deber.

—Es muy cierto. Él y mi padre habían intercambiado cartas de vez en cuando, pero después del matrimonio, cortó la conexión por completo, y la familia de mamá también la rechazó, aparte de su tía, quien sí aprobó el matrimonio. Pero eran felices, Laurence. Nunca hubo un malentendido entre ellos. Deseo que hubiera sido lo mismo para tus padres.

—No más que yo. Me sorprende que te atrevieras a venir a Westerby, pues no me imagino que él te invitara porque aún tuviera algún sentimiento persistente hacia tu madre.

—No lo pensé así. Mi padre me habló de su historia cuando yo ya estaba decidido a venir. Pero de alguna manera sentí que era mi destino hacerlo, y debo admitir que aunque tu padre mantuvo cierta distancia conmigo, me trató de manera justa —sonrió irónicamente—. Creo que ayudó el hecho de que yo fuera la viva imagen de su abuelo y no de mi madre. Pero ven, las damas se preguntarán por qué razón nos demoramos tanto.

Mientras caminaban hacia la puerta, Laurence dijo:

—¿Has persuadido a la señorita Thorpe para que venda la granja?

Alfred sonrió irónicamente.

—Te dije que sería difícil tratar con una mujer. Hizo demasiadas preguntas sobre mi historia, sobre por qué deseabas comprarla y sobre las deficiencias que yo había observado en la propiedad. Y todo el tiempo estuve distraído por la mayor de las señoritas Thorpe. Me observaba tan de cerca que pensé que era la más estricta de las chaperonas a pesar de su aspecto tan benévolo. Pero entonces la señorita Louisa me explicó que era sorda y que observaba mis labios para averiguar mis palabras. Una hazaña extraordinaria, ¿no te parece?

—En efecto, lo es. No te habrás enterado, entonces, de que el señor Rythorne nunca le informó a la señorita Louisa Thorpe de tu petición.

Alfred había abierto la puerta, pero se detuvo al escuchar esto.

—Qué extraño.

—Empiezo a pensar que el hombre es más que extraño, primo, y te encomiendo la tarea de hacer algunas averiguaciones discretas.

Ambos salieron al descansillo.

—Será un placer. La señorita Louisa es encantadora y divertida, aunque un poco charlatana, y desde luego no merece que alguien abuse de ella de ninguna manera.

Laurence sonrió.

—Creo que puedes achacar su locuacidad a la señorita Fenton. Le había advertido a su amiga que no se dejara persuadir, y sospecho que le sugirió que te hiciera todo tipo de preguntas.

—Me alegro mucho de que haya encontrado algo a su medida —dijo Louisa cuando entraron en el salón—. ¿Puedo ofreceros un té o preferís una copa de vino? Parece que tenemos suficiente de este último.

—Una copa de vino sería muy bien recibida —dijo Laurence—, gracias.

—Yo beberé una taza de té —dijo Alfred.

Louisa sirvió el té y Cassandra el vino. Ella le acercó la copa a Laurence, murmurando suavemente mientras se la entregaba:

—Ahora entiendo por qué has tardado tanto. ¿Es el búho barrido por el viento o el búho

asustado?

Los ojos de Laurence brillaron de diversión, pero su voz, muy seria, respondió en voz baja:

—Creo que he creado un nuevo estilo, Cassandra. Lo llamaré el desaliñado.

Levantó la vista sorprendido cuando la pequeña dama de cabello blanco, quien había estado muy concentrada en sus puntadas cuando él había entrado en la habitación, se echó a reír.

—Creo que no le han presentado a la señorita Emma Thorpe —dijo Cassandra, conduciéndolo a través de la habitación—. Emma, él es lord Carteret.

Le ofreció una elegante reverencia y ella sonrió y asintió, antes de volver su atención al amplio volante que estaba colocando en un vestido de satén gris pálido.

—Emma es...

—Sorda, lo sé. Es una dama extraordinaria.

—Sí, y muy amable. Está añadiendo un doble volante a uno de los vestidos de Louisa para que yo pueda usarlo.

—Ah, sí, tu equipaje aún no ha llegado. ¿Todavía no sabes nada de tu abogado?

—No, y admito que me preocupa un poco.

—Debe ser un gran inconveniente para ti, pero él no puede haber recibido tu carta hasta hace unos días, y si temes ser descubierta creo que podría ayudarte. No pude encontrar ni rastro de ti en el camino, y Fadon, mi mozo de cuadra, aunque es discreto, fue sutil y minucioso en sus averiguaciones.

Ella le sonrió agradecida.

—Eso es muy reconfortante. Gracias —cuando comprendió el significado de sus palabras, añadió con picardía—. ¿Así que me buscó por el camino? A pesar de su amabilidad, pensé que no le gustaría ver frustrados sus deseos.

—Sí, eso decías en tu carta —respondió con indiferencia.

Ella alzó las cejas.

—Veo que no quiere admitirlo, señor, pero espero que al menos reconozca que no soy tan imprudente como pensó al principio y que soy muy capaz de hacerme cargo de mis asuntos.

—Ciertamente mostraste un poco de cautela, que aunque innecesaria, fue, al menos, efectiva.

A juzgar por el brillo de indignación en sus ojos, Cassandra no estaba del todo satisfecha con esta respuesta.

—Cassandra —dijo Louisa de repente—. Sé que deseabas que fuéramos a King's Lynn a ver al señor Rythorne, pero el señor Westerby no cree que debamos acercarnos a él antes de haber hecho algunas averiguaciones.

—Entonces no lo haremos. Será mejor que sepamos con qué y con quién estamos tratando.

—Es usted muy lista, señorita Fenton —dijo Alfred con aprobación.

Laurence vio la mezcla de diversión y desafío en la mirada que Cassandra le dirigió, pero no mordió el anzuelo, limitándose a sonreír débilmente y decir:

—Parece que ha dejado de llover, así que debemos seguir nuestro camino —se volvió hacia Louisa—. Gracias por su hospitalidad, señorita Louisa. Me gustaría tener la oportunidad de devolvérsela. Me gustaría mucho que vinieran a almorzar a Westerby mañana. Enviaré el carruaje por vosotras, por supuesto.

—Estaremos encantadas de ir. Cassandra me ha dicho que le gustaría que pintara a sus hermanas gemelas, y cuanto más tiempo pase en su compañía, más fácil será la tarea.

—Estoy de acuerdo —miró a Cassandra—. No traiga sus pinturas mañana, señorita Fenton. Que esta sea sólo una oportunidad para que conozca a mis hermanas.

—Tengo mi propio carruaje, lord Carteret —le informó Louisa—. El señor Cooper o William

son perfectamente capaces de conducirlo, así que no hay necesidad de que envíe el suyo.

—Lo haré, de cualquier manera. El mío es más grande, bastante cómodo, y mi cochero tiene experiencia. Lo encontraréis más cómodo.

CAPÍTULO 10



El carruaje de Laurence no fue el primer vehículo en llegar a Tremlow House al día siguiente. Las damas acababan de levantarse de la mesa del desayuno cuando se escuchó el inconfundible crujido de las ruedas sobre la grava.

—¿No dijo lord Carteret que esperara a su cochero a las doce, querida? —dijo Louisa, mirando hacia la ventana.

Cassandra se acercó rápidamente y se asomó al exterior.

—¡Es la carreta de un mensajero! —exclamó—. ¡Por fin ha llegado mi equipaje!

Salió corriendo de la habitación y se hizo a un lado mientras dos hombres entraban tambaleándose por la puerta principal sometidos al peso de un gran baúl.

—¿lo subo a su habitación, señorita Fenton? —preguntó William.

—Sí, gracias —dijo con impaciencia—, y avísale a Grace de que probablemente estará muy ocupada, ¿quieres?

—Por supuesto, señorita —le tendió una carta—. Acabo de volver del pueblo. Esto llegó ayer, pero de alguna manera se extravió.

Sonrió al reconocer la pulcra mano del señor Penwith.

Uno de los hombres bajó la parte del baúl que cargaba y metió la mano en el bolsillo de su abrigo.

—Eso me recuerda que me dijeron que le diera esto, señorita Fenton —dijo, mientras le entregaba una carta sin ninguna dirección escrita en ella.

—Bueno, vaya multitud de riquezas son mías esta mañana —dijo alegremente.

Se dirigió rápidamente al pequeño salón de la parte trasera de la casa, deseando leer sin interrupciones. Como el señor Penwith era la única persona que podría tener necesidad de escribirle y conocía su dirección, solo podía imaginar que se había dado cuenta de que había omitido algo en su primera misiva y por eso le había enviado otra, aunque le parecía un poco extraño que la enviara junto con su equipaje. Si su suposición era correcta, sería sensato leer la que William le había dado primero. Rompió rápidamente la oblea, la desdobló, y sus ojos devoraron las ordenadas filas de palabras.

Mi querida señorita Fenton,

Puede imaginarse lo perturbado que me sentí al recibir su carta; su contenido parecía tan fantasioso que tuve que leerla dos veces antes de poder creerlo. Sir Francis siempre me había parecido un hombre muy sensato en las pocas ocasiones en que me había reunido con él, que si hubiera sido cualquier otra persona la que hubiera hecho tales afirmaciones en su contra, habría dudado de ellas.

Usted, sin embargo, siempre ha tenido una rapidez mental muy superior a la de casi

cualquier otra dama que conozco, y una fuerza de carácter que me impidió dudarle. Inmediatamente me di cuenta de que, para que usted abandonara su hogar tan precipitadamente, debía de estar sometida a una gran presión. Puede estar segura de que visité a Sir Francis a la primera oportunidad y le pedí una explicación.

El encuentro fue, como puede imaginar, bastante incómodo. Tal vez fuera lógico que se molestara por mi indagación sobre su comportamiento, y puede estar segura de que así fue. No repetiré lo que pasó entre nosotros, pero le aseguro que me abrió los ojos. Sin embargo, creo que conseguí que se diera cuenta de lo erróneas que habían sido sus acciones. Sin embargo, no creo que estuvieran motivadas por alguna malicia hacia usted, sino que fueron más bien los impulsos de su naturaleza autocrática.

Como sabe, su abuelo deseaba que se llevara a cabo ese matrimonio, y Sir Francis sintió claramente que era su deber casarse con usted, aunque, si no me equivoco, no fue sólo eso lo que lo impulsó. Hubo una luz tan extraña en sus ojos mientras hablaba de usted que estoy seguro de que sus sentimientos, cualesquiera que fuesen, también estaban comprometidos. Sin embargo, no hay diferencia, ya que él no es el hombre que su estimado abuelo hubiese deseado para usted, y así se lo dije. Esto no le sentó nada bien, y me sorprendería mucho que no me sustituyera inmediatamente.

No diré nada más sobre el tema por ahora, aparte de que estoy agradecido por haber persuadido a Sir Thomas de que al menos considerara la posibilidad de que usted y su primo no fueran compatibles, pero preferiría discutir éste y otros asuntos con usted en persona. Debo admitir que me sentiré más feliz una vez que haya comprobado por mí mismo que usted se encuentra bien, aunque como sé lo estimable que es la señorita Thorpe, no tengo ninguna duda de ello. Puede esperarme a finales de la semana que viene y, como no conozco el país, le agradecería que me reservara habitaciones en una posada apropiada.

Su mozo de cuadra está haciendo todo lo posible por llevarle a su caballo y debería llegar en los próximos días. Debo decirle que espera quedarse con usted, ya que Sir Francis lo despidió sumariamente cuando insistió en que fuera él quien le entregara la yegua. Me tomé la libertad de proporcionarle una montura, ya que su primo se negó a permitirle que se llevara alguno de los caballos de sus establos y difícilmente le será útil sin ella. No sé cómo tratan a los criados en Jamaica, pero sus maneras no servirán aquí. Eso también se lo dije a él, y dejo a su imaginación concebir como respondió a mi impertinencia.

Puede estar segura de que no revelé su paradero a su primo, y tampoco lo harán los mensajeros que he empleado. No creo que deba temer que Sir Francis vuelva a atentar contra su libertad. Ahora que sé cuál es la situación, no puede esperar ganar nada con una acción tan precipitada.

La señora Fenton se reunió con nosotros antes de que me fuera de Darley. Parecía muy interesada en saber que estabas bien y feliz y me pidió que te enviara sus mejores deseos. Me parece que fue sincera. Creo que habría dicho más, pero su hijo la hizo callar.

Quedo a sus órdenes,

Señor Lionel R Penwith

—¿Va todo bien?

Cassandra levantó rápidamente la mirada y le sonrió a Louisa, quien había asomado la cabeza por la puerta.

—Sí, creo que sí. Mira, léelo tú misma. Me interesará mucho lo que puedas leer entre líneas, si es que hay algo.

—Por supuesto —dijo, entrando en la habitación y cogiéndosela.

Cassandra abrió la segunda misiva y enseguida se dio cuenta de que no era del señor Penwith. Era muy corta y difícil de leer. Las letras eran erráticas, como si las palabras se hubieran escrito apresuradamente o la mano del escribiente hubiera temblado.

Mi querida niña,

Lamento mucho que hayan hecho que abandonaras tu casa. Hiciste muy bien en irte, y sólo puedo lamentar no haber tenido la oportunidad de verte en circunstancias más felices, y también no haber tenido el valor de protegerte como debería haberlo hecho.

Señora Maria Fenton

—Bueno, esto parece bastante directo —dijo, devolviéndole la carta—. A él no le agrada Sir Francis más que a ti. Me parece interesante la referencia a sus sentimientos; *cualesquiera que fuesen*, es una manera peculiar de expresarse. Tal vez quiera sugerir que su afecto no es tan intenso. El único otro punto de interés es el negocio que podría querer tratar contigo. Me parece que como desea discutirlo en persona y no a través del correo, debe ser de cierta importancia.

—Supongo que desea discutir mis planes futuros y si sería o no más conveniente tener un agente más cerca. Aunque si puede conseguirme la facilidad de hacer uso de un banco de King's Lynn, preferiría seguir contando con él —frunció el ceño y le entregó a su amiga la otra carta—. Lee esto, si quieres. Vuelvo enseguida.

Entró en el pasillo y descubrió allí al hombre que buscaba.

—¿Cómo es que has venido a traerme esa carta? —le dijo bruscamente.

El hombre se sobresaltó y se quitó el sombrero ante ella.

—Espero haber hecho bien en traerla, señora. Nos dieron instrucciones de no mencionar nuestro destino, pero no vi nada malo en llevar la carta de la dulce dama. Parecía muy nerviosa, pero me miró con ojos tan tristes que no pude decirle que no.

—Ya veo —dijo, pensativa—. Hiciste bien en hacerlo, por supuesto. Sólo me preguntaba cómo había ocurrido.

—Sentí lástima por ella —dijo, abruptamente—. Apenas me dio las gracias, salió el tirano que al parecer es su hijo y le dijo de la forma más mordaz que volviera a meterse en casa. No es de mi incumbencia, por supuesto, pero yo diría que usted está mucho mejor ahora que ya no vive con él, señorita.

—Sí, creo que tienes razón —murmuró—. Si esperas un momento, iré a buscar mi reticule.

Frunció el ceño.

—Si está pensando en darme una moneda, desearía que no lo hiciera, señorita. Ya hemos sido ampliamente recompensados por nuestros servicios.

Cassandra pareció sorprendida.

—Qué detalle.

El hombre sonrió.

—El señor Penwith tiene una gran participación en la empresa, señora, y dejó muy claro que no debíamos aceptar nada más de lo que ya se nos ha pagado. Ahora, será mejor que nos pongamos en marcha si no le importa; aún nos quedan algunas millas que recorrer este día.

—Entonces me despido sin más que mi agradecimiento.

—Y lo aprecio mucho, señorita —dijo, asintiendo y tocando su sombrero de nuevo.

—Esto —dijo Louisa cuando Cassandra volvió a entrar en la habitación—, *sí* es intrigante. ¿Cuáles son esas circunstancias más felices de las que habla? ¿Por qué no tuvo el valor de protegerte? ¿Y de qué exactamente debería haberte estado protegiendo?

—¿No es obvio? —dijo, suspirando.

—Tal vez.

Cassandra estaba ausente.

—Empiezo a pensar que no he tratado a la señora Fenton como debía. Era una dama bastante agradable cuando llegó por primera vez a la mansión Darley, pero muy pronto quedó claro que apoyaría a su hijo en cualquier locura que este deseara cometer. Y entonces su comportamiento se volvió cada vez más errático, en un momento simpatizando conmigo y en otro instándome a no provocar a Francis y a entender que él era más sabio. Me pareció que sufría de los nervios, y confieso que empecé a considerarla de lo más molesta.

—Sí —dijo, con una sonrisa comprensiva—, a cualquiera le resultaría molesto ese comportamiento. Lo comprendo perfectamente, por supuesto. Clara también sufría de eso.

—Pero tú, mi amor, estoy segura, demostraste mucha más paciencia que yo. Empiezo a pensar que no eran solo los nervios, o al menos, que Francis era la causa de ellos. Sus palabras, escritas con una mano tan inestable y contrita, me hacen pensar que nunca la conocí realmente —comenzó a pasearse por la pequeña habitación con pasos apresurados—. ¡Oh, Louisa, creo que está asustada de él, y soy yo quien debería haberla protegido!

—Estaba claramente alterada cuando escribió la carta —dijo, con calma—. Por lo que me has contado, a tu primo no le gusta que lo frustren y por eso imagino que puede haberse enfadado cuando vio que se llevaban tus cosas de la casa, pero no veo cómo podrías haber hecho algo para protegerla. Lamento decir que Sir Francis me parece un matón, y ese tipo de caballero, como sabes, sólo puede ser castigado por alguien con más poder que él. Lo siento mucho por su madre, pero si hubieras intentado interponerte entre ellos, creo que sólo le habría traído más problemas. Un matón siempre se desquita con quien percibe como el blanco más débil, pero ahora que tú, que al parecer eras la mayor causa de su descontento, no de manera intencional, debo añadir, has desaparecido de la escena, es muy posible que él recupere su temple y la señora Fenton, sus nervios.

Cassandra dejó de caminar.

—Puede que tengas razón. Una o dos veces reprimí a Francis por la forma en que le hablaba a su madre, pero ella me suplicó que no lo hiciera.

—Ahí tienes, entonces —dijo, poniéndose de pie—. Vamos, debes querer aprovechar la oportunidad de ponerte un vestido nuevo ahora que han llegado tus baúles, y si no te das prisa, el carruaje de lord Carteret llegará antes de que estés lista.

Cassandra acortó la corta distancia que las separaba y abrazó brevemente a su amiga.

—Siempre has tenido el don de hacer que el día más oscuro parezca más luminoso.

Louisa soltó una pequeña carcajada.

—Ahora eres tú quien sufre de los nervios, querida. Este no es un día oscuro. La carta de la señora Fenton te ha inquietado un poco, eso es todo.

—No, por supuesto que no es un día oscuro —dijo Cassandra, riendo un poco cohibida—. Sólo quería decir que siempre puedes levantar mi ánimo incluso cuando estoy de los nervios.

—Bueno, cuando tu mozo de cuadra llegue con tu caballo, podrás salir a montar para aliviar cualquier inquietud que sientas, y eso te hará mucho bien.

Sus ojos se iluminaron.

—Muy cierto, y no sabes cuánto lo estoy deseando.

Cassandra no había sido capaz de explicarle a Louisa sentimientos que ella misma no tenía del todo claros, pero una sensación muy real de inquietud se había apoderado de ella cuando había leído la carta de la señora Fenton. Aunque se había sentido indignada por el comportamiento cada vez más despótico de Francis a medida que pasaban las semanas en Darley, nunca le había tenido miedo, y no se le había ocurrido que su madre pudiera sentirlo

hasta que había leído esas breves líneas. Pero, pensándolo bien, le pareció que debió de haber malinterpretado ciertas cosas. A veces, la señora Fenton se había mostrado tan nerviosa con Cassandra como con su hijo y, desde luego, *ella* nunca había hecho nada para asustarla. Si Louisa tenía razón y habían sido los frecuentes enfrentamientos entre ella y Francis los que habían causado la falta de armonía entre todos ellos, seguramente dicha señora podría ahora sumirse en las tareas domésticas que tanto le gustaban y reanudar la aburrida pero apacible vida que parecía anhelar.

Entró en su habitación y encontró a Grace mirando por la ventana. Parecía extrañamente distraída y no se dio cuenta inmediatamente de que ya no estaba sola.

—¿Grace? ¿Qué es lo que encuentras tan interesante en el jardín?

La muchacha dio un respingo y volvió su rostro sonrojado hacia su ama.

—No estoy segura de lo que era, señorita, pero creo que podría haber sido un gato.

Cassandra la miró fijamente.

—¿Y resulta que este gato mide más de metro ochenta, tiene una mata de cabello castaño rizado y responde al nombre de señor Cooper?

Grace suspiró.

—Oh, señorita. Él es tan fuerte y atractivo —soltó una risita—. Parece más bien un león que a un gato.

—Sí, bueno, te sugiero que lo trates como tratarías a un león en una casa de fieras. Puedes mirarlo tanto como quieras, pero nunca te acerques demasiado o puede que consigas más de lo que esperas.

—Sí, señorita —dijo obedientemente.

Para cuando Cassandra se hubo puesto un vestido blanco de muselina de jaconet, una pelliza gris abierta de tela *sarsnet* francesa y una capota de paja satinada con tres hileras de cinta de raso gris en la coronilla, estaba en un mejor estado de ánimo.

—Oh, señorita Cassandra, está usted preciosa.

Cassandra se rio.

—Gracias, Grace. Es muy agradable tener algo que ponerme que no sea mi vestido de batista verde o de seda lavanda. Tú, por otro lado, debes de estar tan contenta como yo de que por fin hayan llegado mis cosas, ya que has tenido mucho trabajo manteniendo lavado y planchado un guardarropa que sólo constaba de dos vestidos.

Grace se sonrojó.

—No fue ninguna molestia, señorita. Pero ahora que han llegado sus otros vestidos, tengo intención de poner en práctica algunas de las cosas que me ha enseñado la señorita Thorpe y renovarlos un poco.

—¿Ah, sí? —dijo, sin que estas noticias le inspiraran un gran entusiasmo.

Grace pareció desanimarse un poco ante su tono dubitativo.

—La señorita Thorpe dice que mi habilidad con la aguja ha mejorado mucho.

Cassandra no pudo soportar que su más fiel sirvienta luciera tan abatida y dijo con más entusiasmo:

—Muy bien, entonces. Estoy deseando ver el resultado de tus esfuerzos.

Grace se animó de inmediato, y Cassandra se consoló pensando que no importaba si hacía algunos añadidos interesantes a uno o dos de sus vestidos, ya que, después de todo, ¿quién los vería?

Cuando bajó las escaleras, el carruaje ya había llegado y tanto Louisa como Emma la esperaban en el recibidor. Cassandra había esperado que Emma se negara a acompañarlas, pues

rara vez salía más allá de la casa o del jardín, pero se alegró de que esta vez fuera diferente. Sabía que no era bueno para ella vivir encerrada y apenas ver otros rostros que no fueran los suyos. Sonrió al ver la gran cesta que llevaba. Estaría llena de sus labores de costura, sin duda, un refugio seguro al que retirarse si se sentía abrumada por la situación.

Se había puesto lo que Cassandra sospechaba que era su mejor capota sobre sus mechones blancos y la había adornado con unas plumas de avestruz teñidas de azul oscuro que iban a juego con su pelliza. Puede que la señorita Emma Thorpe fuera sencilla y tuviera más de cincuenta años, pero no se podía negar que tenía muy buen gusto, lo que, unido a su habilidad con la aguja, garantizaba que no sólo luciera siempre arreglada y pulcra, sino también elegante. Habiendo tenido bajo su cargo a Louisa en sus años de formación, no era de extrañar que esta dama también tuviera un cierto estilo discreto.

Durante los días en que Cassandra había residido en la casa, no había optado por exhibirlo, sino que se había vestido muy sencillamente, ocupada por poco más que la jardinería y las tareas domésticas. Pero se dio cuenta ahora de que, mientras ella se arreglaba para su próxima visita, Louisa también lo había hecho. Nunca la había visto tan elegantemente vestida. Sin ser hipócrita, Louisa sólo había pasado tres meses de luto por una hermana por la que sentía poco afecto, y ahora llevaba una pelliza verde, que combinaba perfectamente con sus ojos, sobre un vestido de muselina de color junquillo. Su peinado, habitualmente severo, se había suavizado para dejar que algunos mechones rizados le cayeran sobre las orejas. Parecía más joven que su edad y, en su opinión, bastante atractiva.

—Vaya, y qué elegantes lucimos todas —dijo sonriendo.

—En efecto —dijo Louisa—, no creo que desentonemos en Westerby, por muy grande que sea.

—¿Y es grande? —preguntó, asintiendo hacia William a modo de agradecimiento mientras él abría la puerta del carruaje.

—Eso dice la señora Larkin —dijo, una vez que todas estuvieron cómodamente sentadas—, pero me atrevo a decir que resultará ser como cualquier otra mansión.

Cassandra parecía divertida.

—Hablas como si hubieras estado en una veintena de casas de ese tipo. Veo que ahora que eres una dama de importancia, pretendes darte aires de grandeza.

Louisa adoptó lo que imaginaba que era la pose altiva de una dama de primera fila, levantando un poco la barbilla y abriendo mucho los ojos, pero no lo consiguió y tan solo parecía sorprendida.

Cassandra se echó a reír.

—No, querida, no lo lograrás.

Louisa lo aceptó de buen grado, sonriéndole a Emma, quien había soltado una carcajada.

—Bueno, he estado en tu casa, querida, y la mansión Darley no era de un tamaño insignificante.

—No, era un revoltijo de habitaciones. De alguna manera no me imagino a lord Carteret en semejante madriguera de conejos.

Louisa, que no había perdido el tiempo en compañía del señor Westerby, dijo:

—Ah, pero es el quinto vizconde, y por muy pulcro y sobrio que sea, no se puede suponer que sus antepasados fueran iguales.

Completaron su viaje en poco más de una hora y se entretuvieron creando para Laurence una hueste de excéntricos parientes que habían añadido cada uno un ala nueva a la casa, decorándola a su propio estilo, que iba del gótico al chino. Emma no tardó en desistir de seguir su rápida

conversación, pero sonrió amablemente y sacó algo de tejido de su cesta.

Cuando el carruaje atravesó dos puertas de hierro forjado, se quedaron en silencio, mirando con gran curiosidad por las ventanillas.

Condujeron durante algún tiempo por una suave pendiente con bosques extendidos a ambos lados y, cuando finalmente salieron de entre los árboles, vieron un vasto parque frente a ellas y una enorme manada de gamos pastando. Más allá, un césped cuidadosamente segado ascendía en suave pendiente hasta una gran fuente, con cuidados parterres situados a ambos lados, y más allá se encontraba la casa. No era exactamente como ninguna la había imaginado. Aunque tenía la pulcra fachada palladiana que Cassandra había esperado, era de una escala que ella no había imaginado. La parte central de la casa, de tres plantas y con una larga columnata al frente, habría sido impresionante por sí sola, pero estaba unida a otras dos alas del mismo estilo, de dos plantas.

Ambas damas estaban demasiado sorprendidas como para expresar inmediatamente sus sentimientos, lo que tal vez fuera mejor, ya que diferían ampliamente. A Louisa le parecía un lugar magnífico, pero no lo habría cambiado por su actual establecimiento ni aunque le hubieran ofrecido la oportunidad de hacerlo. Dudaba mucho que hubiera una habitación acogedora en la casa. Cassandra, aunque nunca había deseado ser la señora de un establecimiento tan grande, aprobaba lo que veía; todo hablaba de un orden y una simetría que ella admiraba. A menudo había deseado poder rediseñar la mansión Darley, pero aunque la finca estaba bien administrada, no habría podido permitirse hacer tal mejora y nunca habría podido someter a su abuelo a semejante alteración. Además, por mucho que se le hubiera permitido llevarlo a cabo, siempre había sabido que la casa nunca sería verdaderamente suya, y ¿quién era ella para hacer cambios radicales que tal vez no fueran del agrado del nuevo propietario?

Cuando el carruaje se detuvo en la amplia explanada de grava frente a la casa, Emma asintió con aprobación y dijo:

—Muy bonito.

Las miradas de Cassandra y Louisa se cruzaron y estallaron a carcajadas.

CAPÍTULO 11



En el lado sur de la casa, una entrada menos imponente sorteaba el gran recibidor y algunas de las habitaciones más grandes de la planta baja. La intención inicial de Laurence había sido que sus invitados fueran admitidos por allí. Era el camino más directo al salón sur, donde la familia se reuniría ese día. Estaba situado en la parte trasera de la casa y daba a los jardines. El conjunto de habitaciones se encontraba en un ala original de la casa que no había sufrido grandes remodelaciones, aunque las pequeñas ventanas de cuarterones habían sido sustituidas por otras de guillotina. Habían sido los dominios de su madre y eran las menos imponentes de las habitaciones públicas de la gran construcción que era Westerby. Sin embargo, cuando su hermana Anne lo escuchó dar estas instrucciones a Needham, protestó:

—No querrás que tus invitados sientan que los consideras indignos de que los hagas pasar por la puerta principal, Laurie —sus ojos brillaron con humor travieso—. Además, ¡siempre me parece tan revelador ver cómo reaccionan los extraños ante nuestro gran esplendor!

—Me pregunto entonces, ¿qué opinas de la reacción de la señorita Reynold al respecto? —dijo secamente, pues aquella dama no estaba presente en ese momento.

Anne suspiró.

—Debo admitir que la excesiva admiración de Kitty me está cansando un poco, pero es joven y esta tan ansiosa por complacer a todos que debe haber sido así. Esperaba que su mezcla de timidez y deferencia te hubiera complacido.

—Y sin embargo, querida hermana —dijo en voz baja—, me aseguraste que no estabas haciendo de casamentera cuando llegué.

Anne hizo una mueca.

—Hay una gran diferencia entre hacer de casamentera y simplemente asegurarme de que una dama se cruce en tu camino. ¿He hecho algún esfuerzo extraordinario para ponerla en tu camino?

—No —reconoció—, pero sólo porque, sospecho, sabes que no habría forma más segura de tenderme una trampa que por la espalda.

Ella rio, admitiendo que había acertado.

—¿Te gusta, Laurie?

—No tanto como para casarme con ella —dijo, con firmeza.

Anne lo aceptó de buen grado.

—Entonces no hay más que decir sobre el asunto. Pero permite que tus invitados vean algo de la casa, te lo ruego. Por difícil que fuera la relación que compartiste con papá, no puedes negar que te dejó un hermoso legado. Creo que nunca lo has valorado tanto como deberías, lo cual es muy desconcertante teniendo en cuenta que solías disfrutar mucho de la pintura y la escultura. No puedes negar que has heredado una abundancia de buenos ejemplos de ambos aquí

en Westerby.

—Una sobreabundancia —dijo secamente.

—¿Cómo puedes decir eso? Todos los que han tenido el privilegio de ver nuestra colección la han admirado enormemente.

—Mi querida Anne, si mostrara las habitaciones a las que te refieres, a mis invitados, parecería como si estuviera presumiendo de mi importancia.

—Tonterías —protestó—, estoy segura de que los agasajaría. Si la señorita Fenton es hija de un baronet, me atrevo a decir que no se sentirá abrumada por ello, y dará a las otras dos solteras algo de qué hablar durante algún tiempo.

Laurence era plenamente consciente de que su importancia era mucho más vital para su hermana que para él mismo y de que ella deseaba que sus invitados se sintieran, si no abrumados, al menos convencidos de que, aunque sus modales eran modestos, era un caballero de primera importancia.

Se dejó convencer y Anne lo acompañó a la terraza con columnas cuando el mayordomo les informó de que el carruaje se acercaba. Sin embargo, no lo hizo sólo por complacer a su hermana. Del mismo modo que Anne pensó que sería divertido ver la reacción de las damas al ver Westerby, él pensó que le proporcionaría cierta diversión ver la reacción de su hermana cuando descubriera que Cassandra no era precisamente una mujer común.

Les había contado a sus invitados la misma historia sobre Cassandra que le había contado a Alfred, y aunque los ojos de Anne se habían iluminado con interés cuando reveló que había conocido a la señorita Fenton en el camino, se habían apagado un poco cuando la había descrito en los términos más insulsos como una mujer bien parecida, y toda especulación había huido de ellos cuando al preguntar su edad, había revelado que rondaba los veintiséis años.

Iba a estar en lo cierto, pues cuando un lacayo abrió la puerta del carruaje y Cassandra y Louisa descendieron ágilmente, riéndose aún de la respuesta absurdamente discreta de Emma ante la construcción que tenían delante, ambas aparecieron con gran ventaja. Sólo Emma, siguiéndolas con más cuidado una vez hubo entregado al lacayo su cesta, se acercó a las expectativas de Anne.

—Qué astuto —murmuró—. ¿Es la señorita Fenton o la señorita Thorpe la que ha despertado tu interés?

Él la miró, con un brillo sardónico en los ojos.

—*Todos* nuestros invitados me parecen interesantes, y estoy seguro de que para ti también lo serán.

La natural indignación que sintió ante esta insatisfactoria respuesta no pudo expresarse, ya que Needham, tras darles la bienvenida a los visitantes, los conducía ahora escaleras arriba, de modo que escucharían cualquier cosa que ella pronunciara. Descubrió que los visitantes la irritaban aún más que su hermano. Sin ser nunca realmente consciente de ello, se sentía bastante orgullosa de su casa familiar, y aunque había presenciado diversas reacciones ante ella, nunca antes la risa había sido una de ellas.

Aunque Anne se mostró perfectamente educada, Louisa, quien era casi extraordinariamente sensible a los que la rodeaban, captó inmediatamente este hecho, y consciente de que Emma estaba aún a cierta distancia detrás de ella, le ofreció una sonrisa de disculpa.

—Estoy encantada de conocerla, lady Malmsy, y debo disculparme por nuestra indecorosa algarabía. No piense que hemos querido faltarle al respeto. No sé si su hermano ha mencionado que mi hermana, la señorita Emma Thorpe, es sorda.

—Sí, lo ha hecho, señorita Louisa —dijo Anne, sintiendo que su indignación empezaba a

remitir, y se desvaneció por completo cuando Louisa añadió con una sonrisa apenada:

—Bueno, la verdad es que está un poco alejada de la realidad, y cuando vio esta espléndida casa, el comentario que hizo nos superó por completo.

—Continúe.

—No debe pensar que pretendía lanzar eufemismos —dijo, con una mirada decidida—, pero le pareció *muy bonita*.

Anne sonrió y miró a la pulcra matrona, que en aquel momento forcejeaba por su cesta con el lacayo, quien no parecía creer que una menuda dama de tan avanzada edad pudiera subir semejante carga por los escalones.

—¿Qué demonios lleva ahí?

—Es su cesta de trabajo. Si mi hermana se fatiga demasiado intentando seguir una conversación, se entretiene cosiendo o tejiendo.

Anne asintió.

—Lo comprendo perfectamente. Es increíble que pueda seguir una conversación hablada —dijo con voz más penetrante—. No pasa nada, Peter. La señorita Thorpe no necesita tu ayuda con la cesta.

—Gracias —murmuró Louisa.

—No se preocupe —dijo, dándose cuenta de que había perdido la oportunidad de estudiar a su hermano mientras este saludaba a la señorita Fenton.

Al escuchar a su hermana dirigirse al lacayo, Laurence asimiló la situación, bajó corriendo los escalones y le ofreció el brazo a la dama.

—Bienvenida a mi casa, señorita Thorpe.

—Gracias —dijo, y manteniéndose firme en su opinión, añadió—. Es una casa muy bonita.

—Me alegro de que piense así —dijo con seriedad.

Fue recompensado con una sonrisa radiante antes de que Emma volviera a centrar su atención en los escalones. Al levantar la vista, sus ojos se encontraron con los de Cassandra e intercambiaron una mirada de cálida diversión. La señorita Fenton no era en absoluto la clase de dama por la que Anne hubiera esperado que su hermano se sintiera atraído. No había nada delicado en ella; su porte era propio de una reina y parecía ser inconscientemente orgullosa. Un aura de confianza la rodeaba y, si su carácter era tan fuerte como sus rasgos, sospechaba que sería una mujer a tener en cuenta. Pero no cabía duda de que le gustaba a Laurence. Se habían mirado como si fueran viejos amigos compartiendo una broma privada. No estaba segura de si lo aprobaba o no y menos aun cuando atravesaron las enormes puertas dobles que se habían abierto de par en par para recibirlos.

—¡Dios santo! —exclamó Cassandra.

—¿No le gusta lo que ve, señorita Fenton? —dijo Anne con frialdad, en un tono calculado para disimular las pretensiones.

Sin embargo, en lugar de mostrarse incómoda, Cassandra prosiguió con total franqueza:

—No estoy nada segura de que me guste.

Pero incluso cuando Ana levantó la barbilla y las cejas, logrando sin esfuerzo la mirada altiva que Louisa había fracasado tan abyectamente en representar, Cassandra le lanzó una mirada tanto divertida como consternada.

—Oh, por favor, no se ofenda, lady Malmsy. Nunca he aprendido a cuidar mi miserable lengua. Al no haber frecuentado mucho la sociedad, unido a la circunstancia de haber sido educada por mi abuelo, quien no tenía pelos en la lengua, no había mucha necesidad de hacerlo. Reconozco que soy totalmente culpable y le ruego que me disculpe. Estoy segura de que éste

debe de ser uno de los más grandiosos salones de entrada que ofrece Inglaterra y de que usted está justamente orgullosa de él.

Anne no pudo resistirse a estas palabras ni a la atractiva sonrisa que las acompañó.

—No hay nada de qué disculparse, señorita Fenton —dijo, con una sonrisa un poco apenada—. Lo tenía merecido. Mi hermano la habría hecho entrar por un camino más modesto, pero fui yo quien insistió en que viera Westerby en todo su esplendor.

—A mi hermana le gusta observar el grado de temor que este lugar debe inspirar en nuestros visitantes —dijo Laurence, con una extraña sonrisa en los labios.

—La tentación debe de ser irresistible —añadió Louisa—, y habría sido una lástima que no hubiéramos tenido la oportunidad de ver este espléndido espacio.

—Bueno, eso es lo que yo pensaba —dijo Anne, dirigiendo una mirada fascinada a Cassandra—. Acompáñeme, señorita Fenton. Estoy ansiosa por descubrir lo que pensará de las otras habitaciones en esta parte de la casa.

—Se lo diré ahora, señorita —dijo con prontitud—, antes de que mi indisciplinada lengua me meta en más problemas. Todas son extremadamente elegantes, están exquisitamente amuebladas y no dejan duda alguna a quien tiene la suerte de observarlas de que la persona que las diseñó debía de poseer un gusto exquisito.

Anne soltó una carcajada.

—Oh, usted deberá odiarme excesivamente, pues me ha hecho parecer una de esas criaturas estiradas que sólo desean que las personas digan lo que desean escuchar. No, no, no trate de negarlo, porque es verdad, así es como he soñado. ¡Qué odioso por mi parte! Le pido disculpas. Insisto en que sea extremadamente franca.

Las condujeron a través de una serie de salas en las que las paredes estaban cubiertas de terciopelo carmesí, cuyo patrón y color se reflejaban tanto en las fundas de las sillas como en las grandes alfombras que cubrían los suelos. Combinado con la efusión de dorado que cubría los marcos de los cuadros, las patas de las sillas, las mesas auxiliares e incluso los artesonados de los altos techos, no podían sino deslumbrar a la vista. Por alguna razón, a Cassandra le recordó a la madre de su joven admirador, quien en una ocasión había insistido en acompañar al señor Rutherford a Darley Manor para que viera por sí misma a la joven que había enamorado a su hijo. Había sido un tanto vulgar, ataviada de púrpura en lugar de carmesí, y había llevado un turbante en el que se había engastado un enorme rubí. Si aquella impresionante joya hubiera sido su único adorno, habría atraído todas las miradas, pero su efecto se había atenuado un poco por el enorme despliegue de otras joyas que colgaban de su cuello, pendían de sus orejas o pesaban sobre sus muñecas.

Cassandra no habría calificado de vulgares precisamente las habitaciones de Westerby, pero había tanta magnificencia que uno no sabía dónde mirar a continuación. Para colmo, había bustos sobre las repisas de las chimeneas o pedestales, y otras estatuas en nichos empotrados en las paredes, y su impresión inicial fue de confusión. Del mismo modo que la señora Rutherford se había sentido abrumada por la sencillez poco pretenciosa de Darley Manor, quien visitara Westerby por primera vez debía sentirse abrumado por una decoración que no tenía un punto focal claro y era tan suntuosa.

Anne, ajena a estos pensamientos, tuvo al fin la satisfacción de ver cómo Cassandra se quedaba sin palabras y, cuando llegaron a la última de las que ella llamaba habitaciones de estado, acertadamente bautizada como salón carmesí, dijo:

—¿Y bien, señorita Fenton?

Las primeras palabras incautas de Cassandra al entrar en la casa habían sido pronunciadas en

un momento de sorpresa. Realmente no deseaba disgustar a la hermana de Laurence, por lo que, aunque lady Malmsy le había pedido que hablara libremente, escogió sus palabras con más cuidado.

—Creo que las habitaciones están muy bien proporcionadas, señora, e imagino que el mismísimo príncipe regente debe estar impresionado por tan fastuoso despliegue.

—Me parece que lo estuvo —dijo con una sonrisa complaciente—. Aunque tan sólo era el Príncipe de Gales cuando vino aquí. Pero, ¿está *usted* impresionada, señorita Fenton?

—Desde luego, aunque la riqueza de la decoración quizá no sea del todo de mi gusto.

Laurence había permanecido en un segundo plano, dejando que Anne la guiara y señalara cualquier cosa que considerara digna de especial atención, pero ahora dijo secamente:

—Ni el mío.

Cassandra lo miró con cierta sorpresa.

—Entonces me extraña que no hayas hecho nada al respecto.

—No sabría por dónde empezar. Quizá usted pueda aconsejarme, señorita Fenton.

Ella lo miró atentamente, pero al no ver ningún signo de sátira en su expresión, sino sólo un educado interés, le obedeció—. Para empezar, yo no pondría terciopelo carmesí en todas las habitaciones. Tal vez le gustaría tenerlo en una de ellas, para poder recibir con la debida fastuosidad a cualquier visita especialmente importante, aunque podría celebrar cualquier evento de ese tipo en el gran salón, el cual estoy segura de que es lo bastante grande como para celebrar un baile. Yo estaría tentada a separarlo de las otras habitaciones y quizás pintar una de ellas de azul claro y otra de verde pálido. Los colores más neutros serían más relajantes para la vista.

—Señorita Fenton —dijo Anne, ahogando una carcajada incrédula—, ¿tiene usted idea de lo que cuesta cubrir una habitación de terciopelo?

—No, no la tengo —dijo ella con pesar—, ¿es muy caro?

—No hace falta que piense en el coste —interpoló Laurence—. Por favor, continúe. No piense más en el terciopelo.

—Muy bien. Yo quitaría algunos de los cuadros. Hay tantos que es como estar en una galería de arte, o al menos, lo que imagino que sería porque nunca he estado en una.

—¿Y qué sugiere que hagamos con los que quitemos? —dijo Anne, perpleja—. ¿Venderlas al mejor postor y así comenzar el rumor de que mi hermano ha perdido su fortuna?

—Oh, no —se apresuró a decir—. Pero tal vez podría guardarlos en el desván, y luego de vez en cuando rotarlos, para darle un aspecto fresco a la habitación.

—Una idea excelente —dijo Laurence, de manera alentadora—. ¿Hay alguna en particular que creas que debería ser la primera en ser recolocada?

—Pero todos están hechos por la mano de un maestro —protestó Anne con una voz inusualmente débil que apenas penetró en la concentración con que Cassandra contemplaba las numerosas obras maestras que estaban frente a ella.

—Son todas tan buenas —dijo finalmente— que sería una tarea realmente difícil, pero he observado que no hay ningún patrón en la manera en que están colocadas. Tal vez sería mejor que las de cada sala compartieran un tema común: temas mitológicos en una sala, bíblicos en otra, paisajes y así sucesivamente. Una vez organizados así, sería más fácil decidir.

—Esa idea tiene cierta lógica —reconoció Anne, aunque con un poco de reticencia.

—Tiene mucha lógica —dijo Laurence, mirando a Cassandra con una enigmática sonrisa—. ¿Algo más?

—Sí —dijo, pensativa, y justo entonces sus ojos se posaron en el busto de un caballero de aspecto serio. En la repisa sobre la que descansaba había una placa que proclamaba que se

trataba de Tucídides, un antiguo historiador griego. No tenía nada en contra de él, pero le parecía que había demasiados ejemplares de este tipo por las salas.

—No tema consignar también a Tucídides a los desvanes, se lo ruego —dijo Laurence amablemente—, después de todo, es tan sólo una copia romana de un original griego.

Cassandra se rio.

—¿Tan sólo? Está muy bien conservado teniendo en cuenta que tiene un linaje tan antiguo y desde luego no debería colocarse en los desvanes, pero quizá estaría más a gusto en la biblioteca. Sin embargo, hay muchas estatuas, y es un poco desconcertante tener tantos ojos invidentes siguiéndome. Estaría tentada de asignar unas cuantas al jardín, o si éste ya está plagado de ellas, diseñar una galería específicamente para su exhibición.

El sentido del humor de Anne se sobrepuso a su indignación.

—Qué opiniones tan decididas tiene usted, señorita Fenton —dijo, con una sonrisa reticente en su mirada.

Cassandra le dirigió una mirada de simpática comprensión.

—Ya lo sé. Pero, después de todo, sólo fue una discusión hipotética. No habría sido tan exhaustiva en mi valoración si no hubiera sido presionada a hacerlo, ¿sabe? y espero que mis sugerencias sean ignoradas sin más preámbulos. Está justo que así sea, porque, después de todo, ¿qué tengo yo que decir al respecto?

—No me lo imagino —dijo Anne, lanzando hacia su hermano una rápida mirada. Como de costumbre, su expresión no reveló nada—. Vamos, mi hermana se estará preguntando dónde nos hemos metido.

—Un momento, por favor —dijo Louisa—. Parece que hemos perdido a *mi* hermana.

Por acuerdo tácito, todos se dirigieron hacia la habitación anterior. Emma estaba sentada en una de las sillas de bordes dorados, su cesta de trabajo sobre la mesa de similar acabado y una aguja en la mano. Su pérdida de audición había agudizado sus otros sentidos, y a menudo se fijaba en los pequeños detalles que los demás podían pasar desapercibidos. Había descubierto una esquina de dobladillo deshilachado en las cortinas rojas de terciopelo, y se estaba encargado de corregirlo.

Levantó la vista, la leve vibración que se propagó por el suelo la alertó de su presencia.

—No tardaré nada. Son unas cortinas tan bonitas y sólo necesitan una puntada.

Fue demasiado para Laurence; se encontró con la mirada atónita de su hermana, y sus hombros empezaron a temblar, y tras un significativo silencio, las damas se unieron a su risa.

CAPÍTULO 12



Sólo Cecy y la señorita Reynolds les esperaban en el salón sur, también conocido como el salón amarillo.

—Qué salón tan encantador —exclamó Cassandra, observando las paredes color prímula y los techos con vigas de madera, el quimón floreado que cubría los cómodos sillones y sofás, y la absoluta falta de ostentación o despliegue.

—Oh, me alegro tanto de que piense así —dijo Cecy, avanzando para encontrarse con ella—. Mamá siempre ha tenido muy buen gusto. Esta habitación solía tener unas vistas preciosas al lago, pero papá pensó que no tenía nada de especial y añadió un jardín más formal para darle más interés.

Cassandra echó un vistazo a través de las ventanas y vio una amplia terraza con escalones que conducían a un jardín a la italiana. Se mordió el labio al ver la abundancia de estatuas colocadas a intervalos regulares a su alrededor, la más espléndida de las cuales era la pieza central de una fuente, que representaba a un hombre en reposo sobre un diván de piedra, con su larga barba ondulada preservando su pudor, y el agua brotando de su boca.

Laurence, quien estaba junto a ella, murmuró:

—El Dios del río. Hay muchas variaciones sobre el concepto, pero nunca he visto otra utilizada de forma tan original.

Cassandra ahogó una carcajada cuando Laurence hizo las presentaciones. Enseguida percibió la diferencia entre las dos hermanas. Sus rasgos podían ser tan parecidos como dos gotas de agua, pero sus gestos y expresiones eran muy diferentes. La señora Pellow revoloteaba como una paloma asustada, mientras que ella hubiera comparado a lady Malmsy con un búho, su mirada alerta y vigilante pero su comportamiento tranquilo a menos que alguien le erizara las plumas.

—¡Vaya, señorita Fenton, que alta es usted! Me siento como una enana —dijo Cecy, antes de llevarse brevemente una mano a la boca—. Oh, vaya. Espero que no piense que soy descortés, porque no era mi intención serlo. Sé que algunas damas lucen terriblemente torpes cuando son tan inusualmente altas, pero usted no eres una de ellas, se lo aseguro, de verdad que no lo es.

Cassandra se rio.

—Le tomó la palabra.

—Pero es muy cierto —dijo, sonriéndole agradecida—. Se conduce muy bien y no es nada torpe en sus movimientos. Lo noté especialmente cuando entró en la habitación.

—Es usted muy amable —murmuro Cassandra, mirando por encima de su cabeza cuando la joven que había estado sentada con ella se levantó y se acercó, ofreciendo a Laurence una tímida sonrisa al hacerlo. Sin duda alguna sí se conducía bien, pensó Cassandra, y se movía con una gracia que ella nunca podría esperar adquirir.

—Ah, aquí estás, Kitty —dijo Anne—. Señoritas Fenton, Louisa y Thorpe, ella es mi prima, la señorita Reynolds.

Ella hizo una delicada reverencia, murmurando:

—¿Cómo os encontráis?

—La querida Kitty estaba impaciente por conoceros —confió Cecy—. Pero comprendió perfectamente que no queríais apresurarnos por las habitaciones.

—No, en efecto, ¿cómo podría alguien querer hacerlo? —dijo ella—. No importa cuántas veces los visite, siempre veo algo en lo que no me había fijado antes.

—Eso es porque hay demasiado que ver —dijo Laurence—, pero no temas, la señorita Fenton ha ideado un excelente plan para hacerlos más agradables a la vista.

La señorita Reynolds soltó una carcajada.

—Oh, es usted tan divertido. Son perfectos tal como están.

—Sí, bueno —dijo Anne, quizá dándose cuenta de lo adulatora que sonaba la muchacha—, cada quien tiene sus gustos. Ahora, sugiero que almorcemos antes de dar un paseo hasta el lago, donde mi marido ha llevado a los chicos a pescar.

—Oh —dijo Cecy—, debo ir a buscar al señor Pellow. Él, por supuesto, tendrá la cabeza enterrada en un libro en la biblioteca, pero me pidió que le recordara que se uniera a nosotros.

—Le sugiero que acompañe a mi hermana, señorita Fenton —dijo Laurence, con un tono falsamente suave—, y entonces podrá juzgar por sí misma si la biblioteca sería más apropiada que el desván para nuestro historiador.

Cassandra se encontró con su mirada divertida y la correspondió, dándose cuenta de que la estaba tomando el pelo, pero no refutó su sugerencia. Había pasado muchos buenos momentos en la biblioteca de Darley, tanto con su abuelo como con Louisa, y su curiosidad natural se había despertado. Le sonrió a Cecy, quien parecía más que desconcertada.

—Me gustaría mucho ver la biblioteca. Lléveme con usted, señora Pellow.

—Por supuesto, por favor, venga por aquí.

En cuanto salieron de la habitación, miró a Cassandra un poco inquieta.

—¿Qué querrá decir mi hermano, señorita Fenton? ¿Quién es ese historiador del que habla y por qué querría meterlo en el desván?

—Creo que su hermano estaba haciendo una pequeña broma a mi costa —dijo suavemente.

—Oh, no —le aseguró—. Laurence no es un gran bromista, ¿sabe? Al contrario, su carácter es serio —una expresión de gran tristeza cruzó su rostro—. Demasiado serio. No siempre fue así, por supuesto.

—¿No lo fue? —dijo, estrechando el brazo de la señora Pellow entre los suyos—. Dígame qué ocurrió para que se volviera tan serio.

Cecy olvidó por completo su pregunta original y, aunque por su mente cruzó la vaga idea de que no debía confiar en una extraña, la mirada comprensiva que Cassandra le dirigió le pareció demasiado tentadora como para resistirse y comenzó a enumerar todas las tribulaciones de su hermano. Cassandra era lo bastante sabia como para darse cuenta de que una dama tan sensible como la señora Pellow podía tender a exagerar un poco, pero aun así se sintió un poco conmovida por su relato y triste por la culminación del mismo.

—Papá hizo muy mal en destruir todas sus obras, bueno, casi todas, porque mi hermana y yo tenemos un cuadro cada una, y yo también tengo una preciosa escultura tallada en madera de un niño apoyado sobre su cabeza. Le parecerá un diseño extraño, pero está muy bien hecho y capta muy bien la inocencia y la exuberancia de un niño pequeño.

—Suená encantador.

—Oh, sí. Es una pena que Laurie abandonara sus inquietudes artísticas después de la muerte de papá. Estaba convencido de que la rabia que le provocó cuando descubrió cómo había estado pasando el tiempo fue la causa de su infarto. Incluso le dijo a mamá que si papá no hubiera destruido sus obras, lo habría hecho él.

Cassandra estaba a punto de preguntar por qué un hombre que exhibía con orgullo tantos cuadros y estatuas se oponía tanto a que su hijo disfrutara de un pasatiempo tan inofensivo, pero al contemplar la suave mirada de la mujer que tenía a su lado decidió no hacerlo. Ya había insistido bastante. Aunque pensaba que era justo que supiera algo de la historia de Laurence después de haber revelado tanto de la suya propia, era una mujer directa y ya se estaba arrepintiendo del impulso de descubrirla a través de un tercero. Desde luego, no esperaba una respuesta tan completa. Además, ella misma podía hacer conjeturas; sus recientes interacciones con un hombre de temperamento autocrático le habían demostrado lo poco razonable que podía llegar a ser una persona así si frustrabas sus planes, y la forma en que se habían amontonado tantos artefactos sin pensar demasiado en su disposición hablaba de un hombre más interesado en exhibir su riqueza y su importancia que de una persona realmente interesada en sus posesiones.

—Aquí estamos —dijo Cecy, abriendo una puerta y precediendo a Cassandra al interior de la biblioteca—. Siento molestarte, querido, pero he traído a la señorita Fenton para que vea la biblioteca.

Era mucho más grande que la biblioteca de Darley Manor, y los muebles oscuros la proclamaban de dominio masculino, pero Cassandra pudo ver de inmediato que si las paredes por encima de las estanterías y el techo se pintaban de color crema, y se colocaban algunos cómodos sofás aquí y allá, sería una habitación muy confortable. Vio a un caballero de aspecto estudioso inclinado sobre un gran tomo. Él levantó la mirada, si no la cabeza, y miró por encima de unas gafas que llevaba en la nariz. Parpadeó y luego una sonrisa afectuosa suavizó su semblante al ver a su esposa. Se levantó y dijo con pesar:

—Querida, ¿he vuelto a perder la noción del tiempo?

—Sí, pero todo es culpa mía. Me pediste que te avisara a la hora acordada, pero estaba intentando distraer a Kitty, que parecía inusualmente... oh, ¿qué quiero decir? Estuve a punto de decir enfurruñada, pero eso sería poco amable, así que más bien diré malhumorada.

—Entonces estaba definitivamente enfurruñada —dijo el señor Pellow, quitándose las gafas, cerrando su cuaderno y poniéndose en pie—. Buenos días, señorita Fenton.

—Bueno, tal vez —concedió Cecy—, pero tiene una afición inexplicable por las habitaciones de estado y estaba muy disgustada por no tener otra oportunidad de explorarlas.

—¿Inexplicable? —dijo Cassandra, divertida—. ¿No me diga que usted tampoco los venera, señora Pellow?

Cecy parecía un poco cohibida.

—Bueno, estoy segura de que son dignos de admiración, todos lo dicen, pero nunca me siento cómoda estando en ellos. Todas esas miradas siguiéndome me dan escalofríos.

—Lo entiendo perfectamente. Es lo que yo misma dije.

—¿Ah, sí? —Cecy soltó una risita—. A Anne no le habría gustado nada.

—No, creo que le he dado una opinión muy extraña de mí.

—Sin duda —dijo el señor Pellow—, pero debe admitir, señorita Fenton, que hay mucho que admirar.

—Efectivamente —dijo Cassandra. Sus ojos escudriñaron la habitación hasta que divisó un nicho que albergaba un jarrón bastante feo—. Y sin embargo, señor, no puedo evitar sentir que Tucídides estaría mucho más a gusto aquí.

El señor Pellow parecía impresionado.

—Señorita Fenton, me ha sorprendido. Es raro que descubra a una mujer interesada en los antiguos historiadores griegos.

—Me temo que no tengo ese interés —dijo ella con una sonrisa compungida—. He leído la placa que hay debajo.

—Oh —exclamó Cecy—. ¡Era una estatua lo que quería poner en la biblioteca o en el desván!

—Un busto, para ser exactos —el señor Pellow miró a Cassandra con curiosidad—. ¿El desván, señorita Fenton?

—Fue lord Carteret quien sugirió el desván. Yo pensé que estaría más a gusto en la biblioteca, y veo que tenía razón.

El señor Pellow sonrió, desconcertado.

—Creo que debió de estar tomándole el pelo, señorita.

—Estoy casi segura.

Disfrutaron de un almuerzo muy agradable en el modesto comedor contiguo al salón principal y hablaron de temas no más controvertidos que la feria que se celebraría en Burnham Westgate la semana siguiente.

—Pero la feria del caballo se celebra siempre a principios de agosto —dijo Laurence.

—No es una feria de caballos —le informó Anne—, sino una feria ambulante con marionetas, magos, malabaristas y demás. Tendremos que llevar a los niños, por supuesto. Espero que nos acompañes, Laurie.

—Creo que tengo compromisos ese día —dijo con prontitud.

Anne le dirigió una mirada de indignación.

—¿Cómo puedes estarlo cuando aún no he mencionado los días en que se celebrará, querido hermano?

—No necesitaba que me lo comunicaras. Alfred ha insistido en que me dedique a los asuntos de la finca la próxima semana. Paso tan poco tiempo aquí, ¿sabes? que siempre hay mucho trabajo que hacer cuando estoy en la residencia.

—¡Tonterías! —protestó Anne—. Él es muy capaz de ocuparse de tus asuntos y no hay razón para que no puedas quedarte todo el tiempo que desees. Además, ves tan poco a tus sobrinos que creo que ellos también reclaman un poco de tu tiempo. Si *fuera* la feria del caballo, no dudo de que te darías un tiempo para ir.

—Pero *no* es la feria del caballo —dijo Laurence con suavidad, desairándola sin piedad.

Cassandra intercambió una mirada con Louisa. Parecía que él no era un hombre al que se pudiera coaccionar.

—Allí *habrá* caballos —dijo la señorita Reynolds—, porque habrá un circo con acróbatas montándolos. ¿No cree que podría disfrutarlo, lord Carteret? —lo miró con ojos grandes y esperanzados.

—Ven, Laurie —dijo Cecy—. No si no lo deseas, por supuesto, pero no puedo evitar recordar cuando eras niño y fuimos a una feria parecida en Fakenham. Lo pasaste muy bien, aunque nos pusiste a todos a temblar porque desapareciste y, después de media hora buscándote, te encontramos en la carpa del mago. Estaba muy disgustado porque habías descubierto cómo había hecho que un pañuelo de seda rojo se convirtiera en uno verde.

—Oh, cuéntamelo —suplicó la señorita Reynolds con voz agitada.

—Está fuera de mi poder hacerlo —dijo Laurence, sonriendo irónicamente—. Me hizo jurar que no traicionaría su secreto, y nunca faltó a mi palabra.

—Tienes toda la razón —dijo Cecy, mirándolo con afecto—, y si estas decidido a no venir, entonces no hay más que decir.

Laurence se rindió.

—Basta, aceptaré venir tan sólo porque todos ustedes deben estar aburriendo a nuestros invitados.

Cassandra modificó su pensamiento anterior. No era un hombre al que se pudiera coaccionar con tácticas agresivas. No estaba segura de si había sido la mirada suplicante de la señorita Reynolds o los recuerdos de la infancia de su hermana lo que lo había hecho cambiar de opinión, pero de lo que estaba segura era de que la señorita Reynolds sentía una clara atracción por él. Lo que Laurence sentía no estaba claro. Su trato con ella era meticulosamente cortés, su tono al hablarle amable, pero no mostraba ningún signo de enamoramiento. Sin embargo, era hombre bastante reservado, así que ella no podía sacar demasiadas conclusiones.

La señorita Reynolds era guapa, tímida y modesta, justo el tipo de chica que ella había imaginado que le iría muy bien. Sin embargo, no sentía ningún tipo de afecto hacia ella, y lo único que podía echarle en cara era su actitud evasiva hacia Emma. Cada vez que la dama hacía algún comentario, con su voz llana y a veces estridente, saltaba y la miraba nerviosamente.

Aunque Laurence había sugerido que se tratara sólo de una visita social, Cassandra deseaba captar discretamente la actitud de las hermanas mientras disfrutaban de la tarde. Cuando quedó claro que todos habían comido lo suficiente, le sonrió a Cecy, quien estaba sentada a su derecha.

—Ojalá hubiera traído mi cuaderno de bocetos, porque realmente me gustaría aprovechar esta oportunidad para hacer algunos bocetos preliminares, no de una manera formal, como comprenderá.

—Oh, ya veo. En ese caso, le traeré uno, y un lápiz, por supuesto —Y añadió de manera confiada—. Me temo que ni yo ni mi hermana demostramos gran destreza en el arte del dibujo y por eso hay muchos cuadernos de bocetos en blanco en el aula.

—No es necesario que te tomes tantas molestias, Cecy —dijo Laurence—. Pareces un poco cansada. Uno de los lacayos puede realizarlo fácilmente.

Miro a Needham, quien había vuelto a la habitación para preguntar si a alguien le apetecía algún otro refrigerio.

—Envía a alguien a buscar dos cuadernos de dibujo, ¿quieres? Creo que me gustaría dibujar el lago esta tarde.

El mayordomo miró atentamente a su amo y una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Tras una leve pausa, dijo:

—Desde luego, señor.

Needham aún no había llegado a la puerta cuando Cecy estalló en lágrimas.

—Oh, perdonadme —dijo, cogiendo su servilleta en un intento no del todo exitoso de contener el flujo—. Es que soy t-tan f-feliz.

—¡Cecy! —dijo Laurence, mientras reía—. ¿Qué demonios he dicho para que te eches a llorar?

—Oh, ¿cómo puedes preguntarlo? —dijo, entre sollozos—. Cuando hace años que no dibujas ni un escarabajo.

Él parecía sorprendido y un poco divertido.

—No, he perdido por completo el hábito de dibujar, pero te aseguro, Cecy, que no habría elegido un escarabajo como tema aunque no lo hubiera hecho.

Una fuerte patada que Anne le dio en la espinilla le recordó a Cecy que todas las damas de Westerby habían acordado no mencionar nunca a Laurence el hecho de que se habían dado

cuenta de ese cambio. Había sido su madre quien había insistido en ello, explicándoles que el hacerlo sólo podía abrir viejas heridas.

—No, por supuesto que no, no me hagas caso. No sé en dónde está mi cabeza.

Su marido la miraba con cierta preocupación.

—¿Querida? La única vez que te he visto tan emocional sin razón aparente es cuando un bebé viene en camino. ¿Es posible que después de todo este tiempo estés de nuevo embarazada?

Cecy volvió su mirada, esperanzada y ansiosa, hacia el señor Pellow.

—Oh, lo has adivinado. ¿Te molesta mucho?

—¿Molestarme? —dijo, poniéndose en pie—. Cecy, ¿cómo puedes pensar algo así? ¡Estoy encantado!

Cecy estalló en lágrimas de nuevo.

—Me alegro mucho. Es sólo que últimamente has estado tan absorto en tus estudios porque deseas escribir ese libro sobre la influencia de las ideas antiguas en el mundo moderno que pensé que no te gustaría que hubiera una interrupción en nuestras vidas.

El señor Pellow lucía afligido.

—Qué egoísta soy. Perdóname, mi amor.

Esto sólo hizo que Cecy llorara aún más.

—C-cómo puedes d-decir semejantes t-tonterías —sollozó—. N-nunca hubo un m-mejor marido.

—Te llevaré a tu habitación para que descanses, mi amor —dijo, rodeando rápidamente la mesa para cogerla del brazo y sacarla de la habitación.

Louisa, dándose cuenta de que su hermana parecía preocupada, cogió la cesta que estaba a los pies de Emma y rebuscó en ella la pizarra y la tiza que sabía que encontraría allí. Escribió rápidamente un mensaje y se lo entregó a Emma.

—¡Maravilloso! —dijo, mirando a Laurence.

—Gracias. Es una buena noticia. Mi hermana siempre deseó tener otro hijo.

—¿Pero la señora Pellow no es demasiado vieja? —dijo la señorita Reynolds, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y una expresión de disgusto muy poco disimulada.

Era una ingenuidad y una falta de tacto decir eso en presencia de la hermana de la señora Pellow, quien, como su gemela, debía de estar también, implícitamente, tan afectada por los años que ya no disfrutaría de esas relaciones íntimas con su marido que podrían conducir a una condición tan interesante.

—Es evidente que no —dijo Anne secamente—. ¿No prometiste traer a Phoebe para que nos acompañara cuando estuviéramos listos para dar nuestro paseo por los jardines, Kitty?

Un rubor se apoderó de las mejillas de la joven.

—Sí, por supuesto. Iré a buscarla inmediatamente.

—Entonces, ¿quizás nos traigas los cuadernos cuando la hayas cogido de la guardería? Siento la necesidad de un poco de aire.

El pequeño grupo recorrió los sinuosos senderos del jardín italiano.

—¿Nos acompañará el señor Westerby esta tarde? —preguntó Louisa con indiferencia.

—Me temo que no —dijo Laurence—. El tejado de una de las granjas de mis inquilinos tiene goteras y ha ido a ver qué reparaciones hay que hacer.

—Tienes suerte de tener un administrador tan asiduo.

Laurence sonrió

—Lo sé. No sólo es un excelente administrador, sino el mejor de los compañeros.

Atravesaron un arco en el alto seto que rodeaba el jardín y ante ellos se abrió una pintoresca

vista. Amplios prados intercalados con grupos de árboles, artísticamente plantados de modo que la vista se dirigía hacia un largo lago curvo que desaparecía en un bosque, y a lo lejos se vislumbraba el mar.

Cassandra lo prefería mucho más que al jardín que acababan de dejar.

—Es una vista muy bonita.

—Me alegro de que le guste —dijo Anne—. Como hemos estado hablando de hacer cambios radicales en Westerby, yo cambiaría de sitio el jardín italiano y así abriría de nuevo la vista a la casa. ¿No está de acuerdo, señorita Fenton?

Laurence soltó una risa seca.

—Si no supiera que ustedes dos no se habían visto antes de hoy, podría sospechar que estaban confabuladas para mantenerme aquí durante un año supervisando todas estas obras.

Anne lo miró de reojo.

—¿Sería eso tan malo, Laurie?

Él meditó la pregunta un momento antes de decir:

—Quizá no.

Anne le dedicó una rápida sonrisa, pero fue lo bastante prudente como para dar por terminada la conversación, y se retiró para caminar junto a las señoritas Thorpe.

—Me alegro de tener esta oportunidad de hablar con usted —dijo Cassandra—, pues por fin tengo noticias del señor Penwith. También han llegado mis baúles y mi caballo llegará en los próximos días.

—Me había dado cuenta de lo muy elegante que lucías —murmuró él.

Ella se rio.

—No buscaba cumplidos.

—Yo no te he hecho ninguno —dijo, en voz baja—. Si hubiera querido hacerlo, habría dicho encantadora en lugar de elegante.

Sus ojos se encontraron con los de él y un leve rubor apareció en sus mejillas. Ella vio en ellos un atisbo de curiosidad y se rio.

—Empiezo a pensar que es un ligón consumado. Guárdese esas tonterías para la señorita Reynolds, quien se merece ese elogio mucho más que yo.

—Sin duda ella lo valoraría más, Cassandra —dijo con una sonrisa irónica.

—No debe llamarme así —reprendió con suavidad—. Su hermana ya tiene una opinión muy extraña de mí, estoy segura, y Dios sabe a qué conclusión llegará si nos escucha.

—Dudo que nada de lo que diga pueda sorprenderla. Sin embargo, no me gustaría que se sintiera incómoda, así que accederé a su petición. ¿Cómo reaccionó su abogado a sus noticias, señorita Fenton?

—Se quedó muy sorprendido y va a venir a verme a finales de la semana que viene. Eso me recuerda que me pidió que le reservara unas habitaciones en una posada, tal vez usted podría aconsejarme sobre un establecimiento adecuado. Hay tres posadas en el pueblo...

—Yo diría más bien tabernas. Y no hace mucho más de treinta años, eran lugares de reunión de contrabandistas. Thornham era famoso, o mejor dicho, tristemente famoso por esa práctica.

Los ojos de Cassandra se abrieron de par en par.

—No, ¿lo era? Qué emocionante.

—No creo que lo hubiera encontrado así —dijo, con gravedad—. Había poderosos barones contrabandistas que podían mandar a la mayoría de la población a participar en el comercio, y eran bastante despiadados cuando se enfrentaban a los agentes de aduanas o incluso a los dragones.

—¡Santo Dios! Suena como el mismísimo infierno. Tiene razón, no me habría gustado nada.

—Me temo que por aquí había y sigue habiendo muchos trabajadores pobres que podrían ganarse el sueldo de una semana en una noche ayudando a los contrabandistas. Debe haber sido una gran tentación.

—Bueno, si ahora no están mejor, hay que hacer algo por ellos. ¿No puede usar su influencia para aprobar un proyecto de ley que les asegure una mejor paga? O tal vez se podrían ofrecer incentivos a los granjeros u otras empresas para que los contraten todo el año.

Él la miró con un extraño brillo en los ojos que ella no pudo interpretar fácilmente.

—¿Qué he dicho para que me mire así?

—Lo que a la mayoría de las damas de mi entorno nunca se les ocurriría. Sería imposible regular la remuneración, ya que las distintas granjas, así como las distintas zonas del país, producen rendimientos muy diferentes y los precios que pueden conseguir por sus cosechas o su ganado varían mucho. Pero el plan tiene cierto potencial.

El rostro de Cassandra se iluminó.

—Gracias.

Él se rio.

—Ahora debo preguntar, ¿qué he dicho para que ponga esa cara? Sólo he reconocido que su idea era buena.

—Eso es lo que le estoy agradeciendo. No tiene una idea de lo frustrante que es que no te tomen en serio por el mero hecho de ser mujer. Siempre he tenido muchas ideas... —se interrumpió cuando se le ocurrió algo—. ¡Laurence!

Él enarcó una ceja.

Ella sonrió con pesar.

—Nunca debí insistir en que usáramos nuestros nombres de pila en nuestro primer encuentro. Es un hábito difícil de romper, y ahora no puedo imaginar qué me llevó a hacerlo.

—Querías seguir siendo una dama misteriosa —le recordó.

—¿Yo dije eso? Todo eran tonterías, por supuesto. Debí de haber estado sufriendo un ataque de nervios.

—No creo que usted sufra de eso.

—No, creo que tienes razón —convino—. Lo que iba a decir es que Louisa mencionó que los criados del señor Tremlow se marcharon después de su muerte, diciendo que era un lugar espeluznante y que ruidos extraños y luces flotaban por la marisma. Pensó que tal vez algunas personas del pueblo les habían estado tomando el pelo, pero ahora me pregunto si podrían haber sido contrabandistas, aunque Louisa nunca ha visto ni escuchado nada anormal.

—Imagino que ella estaba en lo cierto. Hay muchas historias sobre Thornham en relación con el comercio, y aunque la verdad era bastante mala, puede estar segura de que se han exagerado con el tiempo. No me sorprendería en absoluto que aún se produjera algo de contrabando, pero puede estar segura de que es a pequeña escala y nada de lo que deba preocuparse. Si ve luces en el pantano, le sugiero que las ignore. Ahora, como de costumbre, nos hemos alejado bastante del tema inicial de nuestra conversación. La posada decente más cercana a Thornham está en Burnham Westgate, pero como la feria se celebrará allí, me atrevo a decir que no habrá habitaciones disponibles. Será mejor que el señor Penwith se quede conmigo.

—¿Con usted? —dijo, frunciendo el ceño—. Estoy segura de que no querrá causarle tantas molestias. ¿Y por qué se expondría de esa manera?

—He descubierto que disfruto jactándome de mi importancia —dijo con prontitud.

Cuando ella no se rio, sino que lo miró, claramente un poco preocupada, él dijo:

—No sea tan tonta. No me molestará en absoluto. Me atrevería a decir que no se quedara más de una o dos noches, y no creo que espere que yo lo entretenga. Mis sirvientes lo cuidarán muy bien.

No parecía haber nada más que decir. Se acercaban al lago y a Cassandra le llamó la atención una vieja cabaña situada en una isla en el centro de este. Estaba parcialmente oculta por las enredaderas y la hierba demasiado larga que, evidentemente, no había sido segada desde hacía bastante tiempo.

—¿Quién vive en esa vieja cabaña?

—Nadie —dijo Laurence secamente—. Su único propósito es añadir un aspecto romántico a la escena. Mi padre pensó que ya había una plétora de grutas, ermitas y de más tonterías adornando otros jardines a lo largo y ancho del país, y por eso decidió de construirla.

—¿Solía jugar allí de niño?

—No. El lugar no es antiguo en absoluto, sólo lo aparenta. Lo construyeron cuando yo estaba en mi primer año en Oxford y ya había superado esos caprichos infantiles. Además, por dentro es un cascarón vacío. Mi padre al menos tuvo el suficiente sentido común como para no construir una serie de habitaciones en su interior que nadie vería jamás.

Los ojos de Cassandra se posaron en un pequeño grupo junto a la orilla del lago. Lord Malmsy estaba sentado en un banquillo y cuatro muchachos se alineaban a lo largo de la orilla, con cañas de pescar en la mano.

—Pero seguro que sus sobrinos la han explorado.

—No, la isla nunca fue pensada para ser visitada sino dejada a la naturaleza, además, mis hermanas temen que después de once años de abandono intencionado, el tejado pueda venirse abajo. Eso, por supuesto, sólo aumentaría su aspecto romántico.

Ella captó la ironía de sus palabras y se rio.

—Bueno, es una pena que no tengan el placer de explorarla. Sé que yo lo habría deseado cuando era niña, pero al menos añadirá interés a la composición de su boceto.

Una pequeña y enigmática sonrisa curvó sus labios.

—Cierto. Es una pena que sólo tenga un sujeto para sus dibujos ahora que Cecy se ha ido.

Ella se encogió de hombros.

—No tiene importancia. Quizá la señora Pellow venga a visitarme cuando se sienta mejor. Me gusta hacer bocetos al principio, y luego pintar varios rasgos y expresiones en un lienzo más grande antes de empezar la tarea más delicada de una miniatura.

—Estoy segura de que mis dos hermanas estarán encantadas de visitarla.

El resto de la tarde transcurrió rápidamente. Phoebe demostró ser una chica encantadora y se interesó mucho por Emma. Cuando se le explicó que debía mirar a la señora Thorpe cuando le hablaba para que pudiera leerle los labios o escribir en su pizarra, ya que no podía escuchar sus palabras, se sintió intrigada. Entablaron una relación inmediata y en poco tiempo la niña estaba siendo instruida en el arte de tejer. Louisa y Anne también congeniaron muy bien, y Cassandra pudo hacer varios bocetos que captaban su imagen de forma natural y no en una pose consciente.

Laurence, una vez hubo pasado un rato hablando con sus sobrinos, se retiró a un árbol situado a poca distancia del resto del grupo. Se sentó bajo él, con la espalda apoyada en el tronco, y empezó a hacer bocetos. Ambos artistas estaban completamente absortos en sus tareas, aunque sus miradas se desviaban de vez en cuando hacia el otro, a menudo en el mismo momento. La única persona que parecía descontenta era la señorita Reynolds. Algo parecido a un mohín desfiguró el perfecto arco de sus labios cuando Anne se negó a permitirle que se acercara a Laurence para echar un vistazo a su dibujo.

—No debes molestarlo. Nunca le ha gustado que nadie vea su trabajo antes de que esté terminado.

La veracidad de esta afirmación quedó demostrada al final de la tarde, cuando Cassandra pidió ver su boceto.

—Como su trabajo, señorita Fenton, es sólo un primer boceto. Se lo mostraré cuando esté terminado y yo esté satisfecho.

CAPÍTULO 13



Lady Malmsy y la señora Pellow visitaron Tremlow House unos días más tarde, y pronto surgió una agradable relación entre las damas. La señorita Reynolds y Phoebe las acompañaron; la joven se inclinó naturalmente hacia Emma, quien se alegró igualmente de ver a la niña. La señorita Reynolds estaba sentada en la periferia, más bien callada, aparentemente absorta en sus pensamientos. Cassandra completó una serie de bocetos de la señora Pellow mientras tomaban el té y charlaban, y acordaron que las hermanas volverían al día siguiente por la tarde para una última sesión más formal en la casa de verano situada en lo alto de una leve pendiente en el jardín. Tenía delante una serie de grandes ventanales que permitían la entrada de mucha luz y ofrecían a sus ocupantes una amplia vista del pantano y el mar.

Cuando los visitantes se marcharon, Cassandra se dirigió allí y, a partir de sus bocetos de las gemelas, completó dos acuarelas rudimentarias, con ambas damas, una al lado de la otra en el lienzo. Mediante un sutil cambio en las expresiones, esperaba haber captado algo de sus diferentes personalidades. Mañana mezclaría un poco de goma en sus pinturas para reforzar los colores y esperaba igualar con precisión el tono de sus ojos, cabello y tez. El minucioso y delicado trabajo de las miniaturas le llevaría mucho más tiempo.

La hora de la cena pasó desapercibida, al igual que Louisa cuando entró silenciosamente en la habitación y dejó una copa de vino y un plato de carne fría y pan con mantequilla para su refrigerio. Se dio cuenta de lo tarde que era por un rugido de protesta de su estómago y una sonrisa de gratitud curvó sus labios al ver el banquete dispuesto sobre una pequeña mesa. Estaba colocada junto a una silla de mimbre acolchada, posicionada de manera que le permitía disfrutar de las amplias vistas que ofrecía la ventana. El clima había refrescado y empezaba a anochecer. Una niebla baja se deslizaba sobre la marisma y las nubes reflejaban la puesta de sol, sonrojándose de un color rojo apagado.

Cassandra se hundió en la silla y frotó suavemente sus cansados ojos, antes de coger el vino y beber un pequeño sorbo. Miró por la ventana, y su mirada se sintió aliviada por la creciente oscuridad, y mordisqueó distraídamente una rebanada de pan con mantequilla. Las luces en el mar marcaban el avance del oscuro casco de un barco que se dirigía hacia la entrada del puerto. Probablemente traía carbón con la marea alta para descargarlo por la mañana en el granero construido allí para almacenarlo.

Otra luz captó su atención, una más cercana, que se movía por la marisma. Probablemente pertenecía a un pastor solitario que regresaba a casa después de vigilar a sus ovejas. A menudo había visto personajes así en sus paseos solitarios. Le dio un sorbo a su vino, observando distraídamente su avance. De vez en cuando, la luz desaparecía y ella reformulaba su primera hipótesis. La marisma estaba surcada por numerosos canales que, con la marea alta, eran

navegables para pequeñas embarcaciones y, a juzgar por la altura de la lámpara y su visibilidad intermitente, probablemente se trataba de un pescador.

Sonrió irónicamente. Si hubiera tenido más sensibilidad, después de su conversación con Laurence podría haber interpretado de otra manera la escena que se desarrollaba ante ella. Sin embargo, no era tan tonta como para suponer automáticamente que la aparición de una única luz en el pantano tenía connotaciones nefastas, y muy pronto tuvo la satisfacción de descubrir que su segunda conclusión había sido correcta. La barca se detuvo en medio del estuario que conducía al puerto y, mientras la luna se abría paso entre las nubes y arrojaba un haz de luz sobre el agua, observó la silueta de un caballero que lanzaba un sedal.

Se levantó, cogió su plato y regresó a la casa. Se detuvo, sobresaltada, al escuchar el susurro de un arbusto cercano.

—¿Hay alguien ahí?

Alguien murmuró algo en voz baja y entonces apareció el cabello rizado del señor Cooper.

—No pretendía asustarla, señorita.

—Y no lo hiciste. No me asusto tan fácilmente. Sin embargo, logró sobresaltarme.

—Lo siento, señora —se agachó y cogió una regadera—, sólo estoy regando un poco.

Cassandra pensó en que había llovido lo suficiente en los últimos días como para que eso fuera necesario, pero se limitó a decir:

—Muy bien, buenas noches, señor Cooper.

Cuando entró en la casa por la cocina, una señora bastante adusta estaba quitándose el delantal.

—Gracias, señora Larkin —dijo, dejando el plato y la copa junto al fregadero.

—Debería cuidarse más, señorita Fenton —dijo la dama mientras resoplaba con desaprobación—. Aparte del hecho de que se ha perdido de una buena cena, si me permite decirlo, una chica robusta como usted necesita algo más que un poco de pan con mantequilla y una loncha de jamón para mantenerse.

—No se preocupe, señora Larkin —dijo, sin ofenderse lo más mínimo por aquella descripción, aunque por alguna razón le vino de pronto a la mente la tan delicada complexión de la señorita Reynolds—. No me vendría mal ser un poco menos fornida.

—No estoy de acuerdo con que las damas se maten de hambre. Y lo que es más, no hay necesidad de que lo haga. No le sobra nada de carne, señorita, y su complexión se ajusta perfectamente a su estatura, y *no* puede hacer nada al respecto.

—Muy cierto —reconoció, divertida ante la insinuación implícita en el tono tosco pero compasivo del ama de llaves de que ser alta debía ser una gran tribulación para ella—. Es un pensamiento desalentador. Me atrevería a decir que no hay caballero vivo que pudiera cargarme si me torciera el tobillo o me cayera del caballo. Tendré mucho cuidado de que no me ocurra ninguna de estas desgracias.

—Hágalo —dijo, muy impresionada por estas sensatas observaciones—. Conozco a uno o dos que podrían hacerlo, pero no son caballeros y no son dignos de tocar ni el dobladillo de su vestido.

Los pocos madrugadores que a la mañana siguiente tuvieron el privilegio de ver a Cassandra galopando con su yegua alazana por la llanura que se extendía al sur de Brancaster podrían haber fruncido el ceño si hubieran estado al tanto de esta conversación. En lugar de cabalgar con cuidado, volaba por el suelo como si corriera un peligro mortal. Su caballo y su mozo de cuadra, Plackett, habían llegado dos días antes, pero Blaze necesitaba descansar después de un viaje tan largo. La yegua y su dueña, encantadas de reunirse de nuevo, estaban tan ansiosas como la otra

por disfrutar de una forma de ejercicio que tanto tiempo les había sido negada.

Cassandra acababa de tomar las riendas en el extremo más alejado de la explanada cuando su mozo de cuadra le advirtió:

—Tenemos compañía, señorita.

Miró en la dirección indicada por Plackett y vio a dos caballeros a caballo que se dirigían hacia ella a un galope más moderado. Una amplia sonrisa cruzó su rostro al reconocer a Laurence y al señor Westerby.

Hizo girar su caballo y salió a su encuentro, con las mejillas sonrojadas y un brillo en los ojos por el ejercicio.

—Conozco a ambos caballeros.

Los dos montaban bien, pero pensó que Laurence tenía mejor postura. Sonrió cuando se acercaron a ella.

—Buenos días, lord Carteret, señor Westerby.

—Señorita Fenton —dijo Laurence, quitándose brevemente el sombrero—. Volveremos con usted. Estamos de camino a Tremlow House. Pido disculpas por la hora tan temprana, pero nuestros deberes de hoy nos llevarán bastante lejos, así que era ahora o nunca.

—Entonces debe romper el ayuno con nosotras —dijo Cassandra, resistiendo el impulso de preguntar inmediatamente qué era tan urgente que no podía esperar hasta mañana. En su lugar, dijo—. Bien, lord Carteret, ¿no cree que Blaze es un buen caballo?

—Creo que tanto el caballo como el jinete lucían de maravilla cuando iban a toda velocidad —dijo con una pequeña sonrisa ladeada.

—Por Dios, señorita Fenton —dijo Alfred, admirado—, ¿es usted una excelente jinete!

—Pero no, tal vez, una muy sabia —dijo Laurence en voz baja—. La explanada está plagada de madrigueras de conejo.

—Sí, y así se lo dije —dijo Plackett, con tono resignado.

Cassandra simplemente se rio.

—¡Bah! Tengo suficiente habilidad, espero, para evitarlos.

Laurence le dirigió una mirada penetrante y bastante severa. Ella le devolvió la mirada, pero al cabo de un momento bajó los ojos.

—Muy bien, admito que mi alegría por estar de nuevo a caballo puede haber superado mi juicio.

Ella sintió que una tensión indefinible se formaba entre ellos y después de un momento volvió a levantar la vista. La mirada de Laurence se había suavizado.

—La aplaudo por admitir una falta, señorita Fenton.

—Espero hacerlo siempre que esté equivocada —dijo, a regañadientes.

Los labios de Laurence se curvaron en una sonrisa.

—Sin embargo, le costó admitirlo, ¿no es así?

—En absoluto —dijo, con un poco de ironía.

Él se limitó a enarcar una ceja y al cabo de un momento ella soltó una risita.

—¡Pero qué odioso!

Él tenía toda la razón, por supuesto, y ella no estaba del todo segura de cómo la había hecho admitirlo, salvo que cuando él la había mirado tan severamente, ella había sentido como si de alguna manera lo hubiera decepcionado y descubierto que no le había gustado hacerlo. Habían llegado al camino que conducía a Thornham y el señor Westerby retrocedió junto al mozo para que no bloquearan por completo la estrecha vía.

Cassandra pensó que Laurence lucía un poco pensativo y dijo de manera enérgica:

—Haré que vuelva a tener una buena opinión acerca de mí dándole un ejemplo de mi sensatez. Le complacerá saber, señor, que seguí su consejo y que anoche, cuando noté una luz que se abría paso a través del pantano, no me preocupé ni me dejé llevar por pensamientos descabellados. Lo primero que pensé fue que debía de ser un pastor que volvía a casa, pero luego me di cuenta de que estaba unido a una barca y, por lo tanto, lo más probable era que se tratara de un pescador, lo que resultó ser cierto, ya que cuando la luna se asomó entre las nubes, lo vi lanzar el sedal.

—Qué feliz debió de hacerla el tener razón —murmuró.

Ella se rio.

—En efecto, siempre debe ser una experiencia satisfactoria, ¿no?

—Ya veremos —dijo, de manera un poco sombría.

—Dios mío, Laurence. ¿Qué ha ocurrido para que estés de un humor tan solemne?

La casa estaba a la vista, y giraron por un camino que llevaba directamente a los establos.

—Perdóneme —dijo irónicamente—. Me atrevo a decir que estoy reflexionando demasiado sobre algo.

Una mirada de perplejidad apareció en los ojos de Cassandra, pero no dijo nada más ya que el señor Cooper salió en ese momento de los establos. Pensó que parecía haberse quedado dormido, pues tenía una expresión ligeramente aturdida y el cabello bastante revuelto.

Laurence desmontó rápidamente y se acercó para ayudarla a bajar de la silla. Ella se agachó para ponerle las manos sobre los hombros con la intención de bajar de un salto, pero él la sorprendió cogiéndola por la cintura con firmeza y levantándola sin, al parecer, gran esfuerzo. Fue una experiencia agradable y la hizo sentirse ridículamente femenina. Se alejó rápidamente de él, con las mejillas un poco sonrojadas.

—Se va a hacer un daño, señor. No soy una mujer pequeña.

—Y yo no soy un enclenque —respondió rápidamente.

—Desgraciado —dijo, indignada—. Estaba completamente engañada cuando pensé que usted era un verdadero caballero, alguien así habría dicho que yo era tan ligera como una pluma.

Los ojos de Laurence brillaron con diversión.

—Entonces habría exagerado mucho.

Como el señor Westerby se les unió en ese momento, ella no se dignó a responder, sino que se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa. Miro por encima de su hombro al escuchar a Plackett reprender al señor Cooper por no haber barrido todavía los establos y entrecerró los ojos al vislumbrar una capota ligeramente torcida que ocultaba una cabellera rubia que se asomaba justo encima de una de las puertas de los establos.

Disimulando su consternación, hizo pasar a los hombres al recibidor e indicó a William que acompañara al caballero al salón, diciendo que se reuniría con ellos cuando se hubiera cambiado de vestido. Luego se sentó a esperar a Grace en el recibidor. La criada no tardó en entrar en la casa, alisándose la capota con una mano y sacudiéndose un poco de paja de la falda. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a su ama y se quedó con la boca abierta.

—No te quedes ahí boquiabierta, Grace —dijo Cassandra con severidad—, sube a mi habitación.

La criada se apresuró a seguirla y Cassandra subió rápidamente las escaleras sin volver a hablar hasta que cerró la puerta tras ellas. Arrojó el látigo, siguió con el sombrero y empezó a quitarse los guantes. Estaba muy alterada. Sentía afecto por la criada y, al haber sido tan bien tratada por sus tíos, también sentía que tenía una obligación con los señores Blinksop. No le agradecerían que permitiera que su sobrina se metiera en problemas.

—¿Me explicarías, por favor, Grace, qué estabas haciendo en los establos?

La muchacha se sentía entre avergonzada y desafiante, pues aunque el color de sus mejillas se había exaltado, su mandíbula tenía un aspecto decididamente malhumorada.

—No es lo que usted piensa, señorita.

—¿No? Entonces estoy segura de que debe de haber una explicación perfectamente razonable para que tu capota esté torcida y para la paja que sigue pegada a tu vestido.

La muchacha, aparentemente alterada, estalló en llanto.

—¿Cómo ha podido pensar semejante cosa de mí? Sólo fue un beso, señorita Cassandra, y era la primera vez que las cosas llegaban tan lejos.

—Y la última vez, espero. Si la señorita Louisa supiera que su criado intentaba seducir a las criadas, lo despediría, estoy segura.

—No fue culpa suya —dijo Grace, enjugándose los ojos—. Fui yo quien lo besó.

Cassandra recordó de pronto la cara de asombro del señor Cooper y, a su pesar, sus labios se crisparon.

—Y no estaba siendo una libertina, diga lo que diga Plackett —continuó, de manera desafiante—. Estamos enamorados, sólo que Matthew, quiero decir, el señor Cooper, no paraba de decir que era mejor que yo fuera una criada porque él apenas podría permitirse mantenerme y a mí no me gustaría vivir sobre los establos. Como si eso me importara. En fin, pensé que era hora de alentarlos un poco.

Cassandra sabía que su criada estaba llena de coraje, pero aun así se sintió un poco aturdida por sus maquinaciones.

—Supongo que se ha declarado.

La muchacha asintió con la cabeza y Cassandra sintió cierto alivio.

—Es muy repentino.

Grace suspiró.

—Fue amor a primera vista.

—¿Para él o para ti? —dijo, secamente.

—Para los dos —dijo, con convicción.

El impulso de Cassandra fue cuestionar la probabilidad de esto pero, por alguna razón, controló su lengua. Había estado luchando por desabrocharse los botones de su traje de montar, pero ahora Grace se apresuró a ayudarla.

—Permítame, señorita Cassandra.

—Gracias —dijo ella, dándole vueltas a lo que debía hacer a continuación. Conocía bien el carácter testarudo de su criada y, si estaba en sus manos, se aseguraría de que Grace fuera feliz—. Sólo tienes veinte años, Grace, y creo que la persona adecuada a quien solicitar permiso para esta unión sería tu tío.

—El señor Cooper va a pedir permiso a la señorita Louisa para visitarlo.

—Muy apropiado. Como mi mozo de cuadra está ahora en la residencia y la hierba ha sido recientemente segada, no veo ningún impedimento para una breve ausencia.

Se quitó el traje.

—Te echaré de menos, Grace —la criada parecía un poco consternada—. Debes saber que deberás dejar de trabajar para mí.

Grace asintió y comenzó a sollozar de nuevo.

—Ven —dijo Cassandra suavemente—. ¿No habíamos acordado que una vez que yo estuviera instalada, reconsideraríamos tu futuro? Difícilmente podrás seguir siendo mi criada una vez que te hayas casado. Sin embargo, puede que el señor Blinksop aprecie la ayuda de un

hombre joven y fuerte.

Grace parecía más esperanzada.

—Lo que más me gustaría es que ambos pudiéramos instalarnos en casa de mis tíos.

—Entonces esperemos que queden impresionados con el señor Cooper. Pero mientras tanto, debo insistir en que no haya más encuentros clandestinos entre vosotros. Discutiré el asunto con la señorita Louisa y hablaré yo misma con el señor Cooper sobre el asunto.

—Gracias, señorita —dijo seriamente—. Usted siempre ha sido la mejor ama que cualquier criada podría desear tener.

—Si fuera tan buena ama, me habría dado cuenta de que mientras yo estaba paseando o montando a caballo, tú perseguías despiadadamente al señor Cooper —dijo secamente—. Y supongo que también estabas detrás de ese arbusto, la noche pasada.

Grace soltó una risita.

—Sé lo que quiero, eso es todo.

—Aparentemente sí, pero estuvo muy mal por parte del señor Cooper reunirse contigo, por no hablar de mentirme. Ahora date prisa y tráeme mi muselina rosa pálido, ¿quieres? Mis visitas se preguntarán qué ha sido de mí.

—Enseguida, señorita —dijo la criada, desapareciendo en el vestidor.

Reapareció instantes después con una actitud expectante y mostró el vestido con orgullo.

—Lo arreglé un poco ayer.

Grace había colocado una cinta naranja brillante bajo el busto y dos hileras de la misma cinta en el dobladillo del vestido, ninguna de las cuales estaba recta y, por supuesto, los colores desentonaban horriblemente. Cassandra pensó que el efecto era horrible, pero sabía que los caballeros disponían de poco tiempo y no se atrevía a borrar el orgulloso brillo del rostro de Grace.

—Qué original —dijo, dejando que la ayudara a ponérselo—. Empiezo a pensar que el señor Cooper te merece.

La sutileza de esta afirmación pasó bastante desapercibida para la criada. La única nube oscura en su rosado horizonte había sido la desaprobación de su señora. Ahora había desaparecido y la felicidad de Grace estaba completa.

CAPÍTULO 14



Los ocupantes del salón levantaron la vista cuando se abrió la puerta, y Louisa abrió los ojos con asombro. Emma se llevó la mano a la boca y no consiguió reprimir una carcajada.

Laurence miró a Cassandra con curiosidad.

—¿Detecto una intervención de lo más original a manos de su criada, señorita Fenton?

—Sí —dijo, levantando un poco la barbilla—, pero no tiene importancia.

—No —dijo, con suavidad—, no si pretende quedarse hoy en casa.

Alfred miró a su primo con cierta sorpresa y abrió la boca para protestar por esta grosería, pero justo entonces se encontró con los ojos de Louisa y no pudo confundir el brillo en ellos ni ignorar el ligero movimiento de negación que hizo con su cabeza. Volvió a cerrar la boca.

—Estoy segura de que Grace ha hecho todo lo que ha podido —dijo ella, poniéndose en pie—. Y la señorita Fenton es perfectamente capaz de hacer ella misma los arreglos oportunos si así lo desea, lord Carteret. Estoy segura de que ha sido su amabilidad la que le ha hecho llevar el vestido. Ahora, ¿vamos a la sala del desayuno?

Una vez que el lacayo hubo colocado los platos y servido el café o ale, se retiró y la charla banal que había prevalecido tomo un cariz más serio.

Laurence dejó su tenedor en la mesa.

—Tal vez recuerde, señorita Fenton, que hace un rato discutimos sobre la satisfacción de tener razón en nuestras suposiciones.

El tono sombrío había vuelto y Cassandra lo miró interrogante.

—Antes de continuar, quizá debería explicarle que he considerado oportuno confiar en mi primo en cuanto a la naturaleza de nuestro primer encuentro. No debe alarmarse, Alfred es extremadamente discreto.

—Le tomo la palabra, señor, pero me interesaría saber qué pudo haber ocurrido para que lo hiciera.

Como él había esperado, escuchó tanto sorpresa como desaprobación en su voz.

—Por supuesto. Puede estar seguro de que no me habría atrevido a discutir el asunto sin su consentimiento si las circunstancias no hubieran hecho que me pareciera prudente hacerlo —sonrió irónicamente—. Sentí que podría beneficiarme de una segunda opinión.

—Me sorprende, señor —dijo, todavía irritada—. Me parece que es a usted a quien siempre le gusta que le den la razón.

—Suelo tenerla —dijo en voz baja. Negó ligeramente con la cabeza al ver el destello de exasperación que iluminó sus ojos—. No fue una afirmación basada en la arrogancia, sino en los hechos, señora. En este caso, sin embargo, es usted quien ha demostrado tener razón. Le pedí al señor Blinksop que me escribiera cuando tuviera noticias de Grace de que usted había llegado

sana y salva a su destino. Yo, por fin, recibí esta mañana esa ya extinta seguridad. También recibí algunas noticias que fueron menos bienvenidas.

—Continúe —dijo, inclinándose hacia él.

—Puede que Grace no destaque ni en la costura ni en la escritura de cartas, pero parece que tiene bastante talento para la descripción. Un hombre vino a The Red Lion preguntando si una señorita Fenton había visitado la posada sólo dos días después de su estancia allí. Parece que el señor Chubb está desarrollando un poco más de sutileza; no dio su nombre, pero por el retrato que Grace hizo de él para su tío, al señor Blinksop no le quedó ninguna duda de que se trataba del señor Chubb.

—Oh, ¿eso es todo? —dijo, relajándose en su silla—. ¿Por qué me molestaría eso? Los Blinksops nunca me traicionarían, estoy segura.

—Y no lo han hecho —dijo, con suavidad—. Más bien soy yo quien parece haberla traicionado, tal como profetizó en la carta que me dejó.

—¿Quiere decir que alguien me vio salir de Stamford en su carruaje?

—No tengo información segura al respecto —admitió—, pero creo probable que alguien nos viera girar hacia Deeping road. El señor Chubb debió descubrirlo de alguna manera para haber llegado tan pronto en la posada. Lo siento, Cassandra.

No pareció darse cuenta de que había pronunciado su nombre y tampoco percibió, mientras sus ojos se clavaban en los de ella, que Alfred y Louisa intercambiaban una mirada; él sorprendido, ella complacida. Parecía que Cassandra también se había olvidado momentáneamente de su presencia.

—No fue culpa tuya, Laurence —dijo rápidamente—. Después de todo, tomaste todas las precauciones.

En sus labios se dibujó una media sonrisa.

—Te he dado la oportunidad perfecta para jactarte y no la has aprovechado. Eres una criatura extraordinaria.

Parecía un poco dolida.

—No soy tal cosa. Qué opinión tan extraña tienes de mí. No he olvidado que tengo todos los motivos para estar agradecida contigo, además, tú mismo dijiste que no pudiste descubrir ningún rastro mío en el camino, así que ¿por qué iba a poder hacerlo el señor Chubb?

Laurence frunció el ceño.

—Llevarte en un carruaje abierto a West Deeping fue solo la primera de mis locuras. La segunda fue conducir hasta allí a la mañana siguiente. El señor Blinksop no dijo nada de ninguno de los dos, pero no era probable que el mozo de cuadra se olvidara ni de mi equipaje ni de mí, lo que tal vez le ayudó a recordar mi título, el cual debidamente comunicó al señor Chubb por la principesca suma de un chelín. Puede que él no sea capaz de descubrir inmediatamente tu paradero, pero no haría falta mucho ingenio para descubrir el mío. Soy muy conocido en Market Deeping, que es donde él habría buscado, después, estoy seguro.

—¿Crees que aún puede encontrarme a través de ti? —dijo, pensativa.

—Debo admitir que es una posibilidad. Es otra de las razones por las que confié en Alfred. Estará pendiente de él y avisará a algunos de nuestros inquilinos para que le avisen si ven a alguien merodeando de manera sospechosa. Mientras tanto, lamento decir que, tras la visita de mis hermanas esta tarde, no debe haber contacto directo entre nosotros hasta que tenga la certeza de que es seguro. Alfred y yo hemos venido hoy por una ruta enrevesada campo a través que desafiaría a cualquiera a seguir.

—¿Es eso realmente necesario? El señor Penwith estaba seguro de que ahora que era

plenamente consciente de mis circunstancias y había hecho que Francis se diera cuenta de lo... inapropiado de su comportamiento, no tendría nada más que temer de él.

—No estoy *seguro* de que sea necesario, y espero de verdad que no lo sea, pero creo que será mejor que seamos precavidos. Debo admitir que no tengo mucha fe en la comprensión de tu primo sobre lo que es apropiado. No habría permitido que mis hermanas te visitaran hoy si hubiera podido impedirlo sin compartir tu historia, y no lo haría sin tu aprobación. Mi mozo de cuadra las acompañará, y se mantendrá alerta por si alguien pudiera seguir las y encontrará alguna excusa para que retrocedan si lo sospecha. También te sugiero que limites sus paseos solitarios por el momento —la miró, con cierta aprobación en los ojos—. Me ha parecido muy sensato que te acompañara tu mozo esta mañana y te aconsejo que no vayas a ningún sitio sin compañía.

Los ojos de Cassandra se dirigieron al señor Westerby.

—¿Está de acuerdo, señor?

—Sí —dijo con una sonrisa compungida.

Cassandra parecía consternada.

—Pero, ¿durante cuánto tiempo debo ser tan precavida?

—Al menos hasta que llegue el señor Penwith y pueda discutir el asunto con él. Te sugiero que confíe plenamente en tu mozo. Si se parece en algo al mío, te protegerá con fiereza.

—Lo es —admitió con una mueca de disgusto—. Me dio una rara reprimenda por irme sin decirle ni una palabra. Pero no le daría a Francis ninguna excusa para deshacerse de él. Él no trabajaba para mí. Mientras estuve bajo el techo de mi abuelo no me pareció necesario dirigir por mi cuenta. Sólo mi caballo era mío, ya que él me lo había regalado.

—Entonces debe ser tu perro guardián, y no debes dudar en enviar una carta a Westerby si hay algún problema.

—Muy bien —dijo, aparentemente resignada a sus restricciones.

Louisa la miró, con simpatía y comprensión.

—Falta menos de una semana para que el señor Penwith esté con nosotras y, después de todo, no será gran cosa si debemos ir acompañadas cuando salgamos. Aunque debe ser Plackett quien ocupe el asiento del mozo detrás de nosotras si salimos en el carruaje; tanto el señor Cooper como William son demasiado corpulentos. Y tal vez podrías seguir disfrutando de tus paseos si permitieras que William caminara detrás de ti.

Cassandra soltó una carcajada.

—Eso podría pasar si fuera al pueblo y quisiera que él llevara mi cesta, aunque incluso entonces creo que levantaría algunas cejas y llamaría más la atención de lo que desearíamos, pero tener a un lacayo caminando detrás de mí por el pantano o por la playa sería ridículo además de molesto.

—Muy cierto —dijo Louisa, sus ojos se iluminaron con diversión ante la imagen que esto presentaba—. Qué tonta fui al sugerirlo.

—Al menos tendrás los cuadros de mis hermanas para mantenerte ocupada —dijo Laurence con dulzura.

Cassandra suspiró y se puso de pie.

—Sí, por supuesto. Ya os hemos entretenido bastante, caballeros.

—Antes de irnos —dijo Alfred—, ¿puedo echar un vistazo a sus libros de cuentas y a cualquier copia de contratos o correspondencia que haya recibido del señor Rythorne, señorita Louisa? No deseo entrometerme innecesariamente en sus asuntos, pero tengo la intención de poner en marcha hoy algunas investigaciones en Lynn y me interesaría ver si puedo discernir alguna anomalía en sus negocios con usted o con su hermana.

—Desde luego —dijo ella, posando brevemente una mano en su brazo, y diciendo con una sonrisa de gratitud—. Es usted muy amable, y me siento afortunada de contar con la ayuda de un caballero en el que estoy segura de poder confiar.

Mientras lo conducía hacia la puerta, Emma se puso de pie como si tuviera la intención de seguirlos.

—Quédate con Cassandra, querida —dijo Louisa—, ella necesita tu compañía más que yo.

Los ojos de la pequeña dama se volvieron hacia Cassandra.

—Tonterías. Dale a Grace su lección habitual, Emma, si lo deseas, ¡Dios sabe que la necesita! Yo daré una vuelta por el jardín con lord Carteret.

—Me pregunto cuánto de nuestra conversación ha entendido la señorita Thorpe —dijo él mientras cruzaban el césped.

—Nunca se sabe —dijo Cassandra, dirigiéndose hacia la puerta que daba al arroyo—. A veces pienso que no ha prestado atención en absoluto y luego dice algo que desmiente mi suposición. ¿Tú también irás a King's Lynn? Supongo que a eso se refería el señor Westerby cuando dijo Lynn.

—Sí, a ambas preguntas. Lynn es como generalmente nos referimos al lugar y también tengo algunos asuntos que atender. ¿Hay algo que pueda hacer por ti allí?

—Es una oferta muy caballerosa, pero por fin he logrado comprender algo —dijo con cierto humor—. Sabes muy bien que es poco probable que te pida llevar a cabo cualquier comisión cuando no serás capaz de traerme mis compras.

Sus labios se crisparon.

—Subestima usted mi ingenio, señorita. Estoy seguro de que podría encontrar a otra persona que te las entregara, o podría dejarlas en algún lugar a tu alcance donde pudieras recogerlas tú misma.

Ella se rio.

—¿No podrías dejar que te venciera, por una vez?

—Creo que lo hiciste en nuestro primer encuentro —dijo en voz baja.

—¿Lo hice? A mí no me lo pareció. Puede que te sacara de tus casillas durante un breve instante, pero fue una victoria insignificante. No deseaba contarte mi historia ni aceptar tu escolta, y sin embargo hice ambas cosas.

Él se limitó a sonreír enigmáticamente, y caminaron hasta el arroyo y el puente, donde se quedaron apoyados en la barandilla. La marea había bajado y podían verse algunas barcas, con la pintura descascarillada, varadas en el fango.

—El arroyo no es tan bonito cuando baja la marea, pero creo que tiene su encanto en este estado. Cierra los ojos y dime qué escuchas.

Cassandra hizo lo que se le pedía y una lenta sonrisa cruzó su rostro.

—¿Cómo he podido ser tan inconsciente de la cacofonía de los cantos de los pájaros? ¿Puedes distinguirlos?

Él señaló un pájaro de plumaje moteado de marrón y pico largo y ligeramente curvado.

—Es un zarapito, y tiene un canto largo que sube de tono al final. Vuelve a cerrar los ojos a ver si lo distingues.

Vio cómo ella cerraba los párpados y cómo sus largas pestañas negras parecían enredarse al hacerlo. Una pequeña arruga de concentración marcó su frente, y él sintió el impulso de alisarla.

De repente, ella soltó una risita de felicidad.

—Sí que puedo. ¿Y qué hay de éste?

Señaló un pájaro característico de plumaje negro, pico rojo anaranjado y patas rosas.

—Es un ostrero. Tiene un canto más corto y estridente.

Sin que él se lo pidiera, volvió a cerrar los ojos.

—Sí, oigo la diferencia.

Él observó su rostro inclinado, la sonrisa de placer que un logro tan sencillo había dibujado en sus labios y, al abrir los ojos, la cálida luz de su mirada. Por un momento se deleitó en ella y alargó la mano como si quisiera tocar su rostro, pero luego la desvió hacia arriba y se mesó unos mechones de cabello que le habían caído sobre la frente. Luego dijo de manera un tanto abrupta:

—Lo más probable es que Alfred ya haya terminado y debemos ponernos en marcha. Esta noche cenaré con el señor Lapworth; es un vecino y el magistrado de este distrito. Le he hecho saber que podría llegar tarde y ya ha aplazado la cena hasta las siete, lo cual le aseguro que es un gran sacrificio por su parte.

Alfred había terminado, en efecto, y se marcharon. Durante unos minutos Laurence no habló, su mente estaba ocupada.

Recientemente había pasado varias semanas en la residencia de lord y lady Bassington, en Northumberland. Lady Bassington no se había preocupado por las convenciones y había sido muy franca, y él la había encontrado encantadora. Ahora le vinieron a la mente sus palabras sobre contraer matrimonio. *Confía en la serendipia. Cuando llegue el momento, la dama correcta aparecerá.*

Cassandra había aparecido de la nada y el momento de su encuentro había sido de lo más oportuno, ya que momentos antes había estado pensando en su futuro y preguntándose cuándo conocería a una dama capaz de traspasar su reserva. Desde luego, ella lo había hecho y seguía haciéndolo. Después de la lección a manos de Diana cuando aún era un jovencito, había creído entenderlo todo, pero empezaba a darse cuenta de que estaba tan ciego como cualquier otro hombre en lo que al amor se refería.

La seguridad que tenía en sí misma, sus comentarios burlones y su franqueza al hablar, por no mencionar sus extraordinarias acciones al llevar a un hombre, quien había sido corredor de Bow Street, a una búsqueda inútil sin gran esfuerzo, le habían hecho creer que era una joven testaruda que constantemente perturbaría su paz.

Y así era, y no le cabía duda de que era testaruda. Sin embargo, había descubierto que una mirada o una palabra suya podía atenuar esta característica. Descubrió que disfrutaba molestándola tanto como ella a él. Era una criatura vital y expresiva que abrazaba el mundo que la rodeaba en lugar de flotar a través de él en un susurro de satén o seda. Sonrió al recordar aquel ridículo vestido. Ninguna otra mujer que él conociera habría soportado ir en compañía con él, y sin embargo ella había preferido hacerlo en lugar de ofender a su criada. A veces hablaba sin pensar, pero tenía un corazón bondadoso. También tenía un gran sentido del humor y un ingenio rápido. Tal vez la vida con ella nunca sería cómoda, pero tampoco aburrida.

Había habido un momento en el puente en el que había sentido el impulso de proponerle matrimonio, pero sabía que era demasiado pronto, así que se apresuró a poner fin a su vis a vis. No dudaba de que ella sintiera cierta afinidad por él. Había visto el brillo en sus ojos cuando la había bajado de la silla, el tímido rubor y, aunque ella no solía apreciar los cumplidos, el enfado cuando él no había negado que no era una mujer ligera. También había visto sorpresa y confusión.

A pesar de toda su confianza, Cassandra era inocente en lo que se refería a asuntos del corazón. Casi se había convencido a sí misma de que no estaba hecha para el matrimonio, y él sería un tonto si la presionaba antes de que ella comprendiera sus propios sentimientos. Además, él no se declararía mientras las cosas estuvieran tan inciertas; tanto los asuntos de ella como los

de la señorita Thorpe debían estar completamente resueltos antes de que lo hiciera. Habiendo llegado a esta conclusión no del todo satisfactoria, volvió su mente a asuntos más apremiantes.

Miró a su compañero, esperando que Alfred hiciera algún comentario sobre su abstracción, pero su primo también parecía perdido en sus propios pensamientos.

—¿Encontraste algo problemático en las cuentas de la señorita Thorpe, Alfred?

—Perdóneme, estaba soñando despierto —dijo el caballero con una sonrisa irónica—. Aparte de la anomalía del alquiler de la granja, no. El dinero de la venta del negocio del señor Tremlow se ha invertido sensatamente en los fondos junto con el resto de su modesta fortuna. Me parece interesante que el contrato relativo a la tenencia de la granja revela que se alquila en un plazo muy corto, renovable cada año. No es raro que los agricultores que tienen un contrato de arrendamiento tan corto sean reacios a invertir una gran cantidad de dinero en la tierra; la falta de seguridad plantea el riesgo de que nunca tengan la oportunidad de recuperar su inversión. El contrato del señor Moore, sin embargo, ha sido renovado durante los últimos ocho años, lo que elimina esta excusa para su negligente gestión.

—¿Irás a ver al señor Rythorne?

—Sí, después de haber seguido algunas otras líneas de investigación. La señorita Louisa me ha entregado una carta en la que le informa a su agente de que desea que él responda a cualquier pregunta que yo pueda tener sobre el asunto.

—Dudo que le guste tal intromisión. ¿Te gustaría a ti?

—No, pero entonces nunca habría hecho un trato tan pobre. Tengo otra carta que debo entregarle si no me satisface lo que descubra, poniendo fin a su empleo y pidiéndole que entregue en mis manos todos los documentos que tenga en su poder relacionados con ella.

—¿Fue idea tuya o de la señorita Thorpe?

Alfred esbozó una sonrisa apenada.

—Mía. Pero no tienes por qué preocuparte; no descuidaré tus asuntos.

—Estoy seguro de que no lo harás, pero ¿entiendo que tienes intención de supervisar tú mismo los asuntos de la señorita Thorpe?

Sacudió la cabeza.

—No, no son tan complejos como para que ella no pueda supervisarlos por sí misma si se le muestra el camino.

—¿Y eres tú el hombre que va a mostrarle el camino?

—Tal vez.

—Pareces estarte tomando muchas molestias por una dama que acabas de conocer.

Los penetrantes ojos azules que Alfred le dirigió a Laurence mostraban más bien diversión.

—Al igual que tú, mi querido amigo.

—Touché —dijo, cogiendo las riendas con una mano y metiendo la otra en su bolsillo—. ¿Descubriste a través de la señorita Thorpe la fecha exacta del asesinato del señor Tremlow?

—Efectivamente. El quince de agosto de 1812.

Laurence le echó un vistazo a la hoja que tenía en la mano y la volvió a colocar en su sitio.

—Interesante.

—¿Lo es? ¿Vas a aclararme el contenido de esa carta y por qué de repente estás tan interesado en la muerte del señor Tremlow?

—Enseguida, querido amigo —dijo, guardando el papel—. Primero debes permitirme completar mis asuntos en Lynn.

—Muy bien —dijo, con tono resignado—. Quizá te interese saber que tengo en mi poder recortes de los periódicos que mencionan su muerte y las circunstancias que la rodearon. La

señora Tremlow los guardaba todos. Parece algo bastante macabro; son bastante gráficos en sus descripciones, pero quizá sea una muestra de su devoción por su marido.

Laurence consideró esto, recordando algo que la señorita Louisa Thorpe le había dicho cuando había necesitado pedir prestado uno de los abrigos del señor Tremlow. *Está de suerte, señor. Mi hermana dejó su habitación tal como estaba, y todavía no he decidido qué hacer con sus cosas. Su sugerencia de que las quemara me pareció un desperdicio.*

Esto no le sugirió ninguna gran devoción hacia su cónyuge, sino al contrario, que ella había albergado un gran rencor hacia él.

—¿Encontraste alguna correspondencia del señor Rythorne para la señora Tremlow anterior a la muerte de su marido?

Alfred frunció el ceño.

—No, ninguna. ¿Qué tienes en mente?

—Nada, un pensamiento fugaz y no del todo grato, pero estoy seguro de que debo estar equivocado.

CAPÍTULO 15



Cuando la puerta se cerró tras los visitantes que se marchaban, Cassandra y Louisa permanecieron unos instantes sumidas en sus propios pensamientos. Al parecer, los de Cassandra no eran del todo felices, pues una leve arruga marcó su frente, pero pronto los apartó y dijo con una alegría un tanto forzada:

—¿Y bien, Louisa? ¿Has descubierto algo interesante en el estudio?

—Oh, sí —dijo, con una sonrisa algo melancólica—. Descubrí la persuasión de un par de ojos claros y azules.

Cassandra se rio.

—Te has enamorado de un rostro apuesto, después de todo.

—No —dijo, pensativa—, el señor Westerby es mucho más que un rostro apuesto, y no estoy enamorada, pero desde luego me gusta.

Cassandra sonrió con indulgencia.

—¿Y lo ha descubierto en menos de media hora?

—Es la segunda media hora que paso en su compañía. ¿Cuánto tardaste en saber que te gustaba lord Carteret?

Cassandra se lo pensó, pero no respondió más que con una sonrisa apenada.

—¿Y qué fue lo que el señor Westerby te convenció de hacer? ¿Debería haber insistido en que Emma fuera contigo, después de todo?

—Por supuesto que no —dijo Louisa con un suspiro—. El señor Westerby solo habló de negocios, tan eficiente, y bastante, bastante despiadado.

Algo en el tono de Louisa indicó que admiraba especialmente esta última cualidad.

—¿En qué sentido fue despiadado?

—Me ordenó que le escribiera dos cartas al señor Rythorne; una diciendo que deseaba que respondiera a todas las preguntas del señor Westerby sobre mis asuntos, y la otra poniendo fin a su empleo si no quedaba satisfecho con las respuestas.

—Eso es ciertamente despiadado y quizás un poco prematuro. Sería mejor que primero te diera tiempo para encontrar un nuevo agente.

—El señor Westerby considera que mis asuntos son lo bastante sencillos como para que, en caso de que sea necesario, pueda gestionarlos yo misma —dijo con indiferencia.

—Pero has admitido que no sabes nada de negocios. Yo te ayudaría, por supuesto...

—Es usted muy amable —dijo con firmeza—, pero si el señor Rythorne no responde a las preguntas del señor Westerby de manera satisfactoria, lo cual creo que es el resultado más probable teniendo en cuenta todos los fallos que percibiste inmediatamente en su gestión, entonces me enseñará él mismo lo que hay que hacer.

—Ya veo. Entonces retiro inmediatamente mi oferta.

—Gracias —dijo, con un brillo en los ojos—, creo que sería lo mejor.

—Empiezo a pensar que eres tú la despiadada, querida. Lo que me recuerda que hay algo que debo discutir contigo. Grace, quien no tiene tu sutileza, ha besado al señor Cooper esta misma mañana y lo ha persuadido para que le proponga matrimonio. Irá a ver al señor Blinksop para pedirle permiso para casarse con ella.

—Ella es muy feliz —interpoló Emma—. Y va a bordar pañuelos para que todos la recordéis.

—Al menos yo no dudaré en usarlos —dijo Cassandra secamente.

Emma soltó una carcajada que hizo sonreír a ambas damas.

—Debería haberme dado cuenta de algo, desde luego —dijo Cassandra con pesar.

—Pero bueno, últimamente has estado un poco distraída —murmuró Louisa.

—¡Louisa! —dijo, a manera de reproche—. ¿Me estás diciendo que ambas sabíais lo que estaba ocurriendo pero ninguna me lo hizo saber ni hablasteis con Grace al respecto?

—Sólo noté que había descubierto una predilección hasta entonces insospechada por el aire fresco —dijo inocentemente aquella dama.

—¿Y si se hubiera aprovechado de ella?

—Me habría sorprendido enormemente. ¿No te has dado cuenta de que el carácter del señor Cooper es tímido? Es demasiado gentil. Además, no lo hizo —dijo, sin mostrar arrepentimiento—. Parece que fue Grace quien lo hizo.

—Tal vez, pero le he dicho que no organice más encuentros clandestinos hasta que conozcamos el sentir del señor Blinksop al respecto.

—Cassandra, mi amor, empiezo a pensar que lord Carteret ha ejercido una muy buena influencia sobre ti. Nunca te había visto tan preocupada por las convenciones.

—Alguien en esta casa tiene que estarlo —dijo ácidamente, poniéndose de pie—. Ahora, debo cambiarme de vestido antes de que lleguen nuestros próximos visitantes.

—¿Pero qué le dirás a Grace?

Cassandra cogió una taza de la mesa de al lado y untó con cuidado unos posos de té frío en la cinta naranja.

—Ya está.

Parecía que ningún extraño sospechoso seguía el rastro de la calesa de los Westerby, pues lady Malmsy y la señora Pellow llegaron puntualmente aquella tarde, trayendo de nuevo a Phoebe con ellas. La señorita Reynolds no las acompañó. Phoebe se acercó inmediatamente a Emma, se sentó a su lado y comenzó a escribir en su pizarra.

Al ver a su hija felizmente entretenida, la señora Pellow dijo:

—La pobre señorita Reynolds está tumbada en la cama con dolor de cabeza. Debería ir al médico; parece que cada vez le ocurre con más frecuencia.

Lady Malmsy soltó una carcajada.

—Es bastante notable cómo generalmente coinciden con la ausencia de mi hermano, pero desaparecen milagrosamente cuando él regresa a casa. La chica se está volviendo bastante fastidiosa.

—Estoy segura de que no es sorprendente que ella haya desarrollado cierto cariño por Laurie —dijo su hermana gentilmente—. Su actitud generalmente suele agradar. Pero creo que empieza a entender que sus sentimientos no son correspondidos. Parecía muy decepcionada cuando él no se unió a nosotras en el salón después de la cena de anoche, sino que sugirió que los caballeros jugaran al billar.

Cassandra se sintió aliviada de que Laurence no sintiera especial afecto por la señorita

Reynolds; estaba segura de que no congeniarían. Tenía muy poco que decir en su favor, y Cassandra sólo podía imaginar que un hombre con la inteligencia de Laurence pronto se cansaría de ella, sobre todo si se iba a la cama cada vez que la decepcionaban.

—Creo que irritable sería el epíteto más acertado —dijo lady Malmsy—. No culpo a Laurie por no unirse a nosotras; Kitty es demasiado expresiva con sus emociones y estás parecen depender de lo que diga o haga Laurence, pero empiezo a pensar que su corazón no tiene nada que ver con ello. De cualquier modo, él no es el hombre indicado para crear falsas esperanzas en su pecho.

—O en el pecho de cualquier dama —dijo la señora Pellow con un suspiro—. Siempre es tan difícil saber lo que está pensando.

Cassandra no pudo evitar estar de acuerdo. Él la había mirado de un modo muy inquietante en el puente y ella había sentido que se le aceleraba el pulso de la manera más extraña, pero luego se había apartado de ella abruptamente y casi con brusquedad le había dicho que tenía que irse. ¿Habría hecho algo involuntariamente para disgustarlo? No se le ocurría qué podía ser.

—¿Señorita Fenton? ¿Se encuentra bien? Luce bastante distraída. Siempre podemos volver otro día si no se siente bien.

Cassandra levantó rápidamente la mirada y dejó de jugar con sus manos, las cuales parecían estar ocupadas plisando la muselina de su vestido.

—Estoy bastante bien, se lo agradezco, lady Malmsy...

—Oh, llámeme Anne y a mi hermana Cecy. Ahora somos todas amigas, y siempre pienso que uno está más a gusto y es más natural cuando se llama por el nombre de pila.

—Muy bien, Anne. Estaba pensando en la mejor manera de proceder. Pensándolo bien, creo que será mejor si te llevo primero a la casa de verano mientras Louisa entretiene a Cecy.

—Por supuesto —dijo, poniéndose de pie—. ¿Puedo esperar ver el resultado de tu trabajo de la tarde o eres como Laurie y no puedes soportar que nadie vea el resultado de tus esfuerzos hasta que hayas terminado?

—Me temo que sí. Pero espero tener las miniaturas terminadas antes de que te vayas de Westerby.

—Muy bien. Adelante.

Cassandra descubrió que Anne podía ser tan sutil como su hermano cuando quería, y se encontró desviando un montón de preguntas aparentemente inocuas que se interponían entre la charla general y que estaban destinadas a revelar sus sentimientos sobre Laurence. Respondía de un modo anodino que más de una vez provocó cierta irritación en la mirada de Anne. Pero tal vez no tuvo tanto éxito como esperaba, porque cuando Ana por fin se levantó de la silla y Cassandra la condujo al jardín, fue más directa.

—Laurence suele ser reservado, Cassandra, pero sus sentimientos, una vez comprometidos, son profundos. Tienes mucha presencia, querida, demasiada para un lugar tan modesto como éste, por agradable que sea —no fue tan sutil, pero tampoco tan indiscreta—. Creo que es a ti a quien debemos agradecer que Laurie haya vuelto a coger el pincel, Cassandra. Ha desaparecido varias veces en los últimos días, aunque sabe Dios adonde, porque cuando envié a uno de los lacayos a buscarlo, no pudo encontrarlo ni en la casa ni en el jardín. Cuando le pregunté qué había estado haciendo, admitió que había estado trabajando en su cuadro del lago. Tenemos mucho que agradecerle; le has hecho mucho bien. Se muestra más... Iba a decir alegre, pero eso sería muy inapropiado, más bien diría humorístico o relajado, de lo que lo recuerdo desde que era un niño. Realmente siento que estamos muy en deuda con usted.

—Tonterías —respondió, pensando que no se había mostrado muy relajado aquella mañana

—. Si se muestra más simpático, estoy segura de que es porque está disfrutando de la compañía de su familia.

—Oh, sí, eso también. Pero hay una diferencia en él, sólo que no puedo explicarla muy bien.

Cuando los visitantes se despidieron, Cassandra regresó a la casa de verano decidida a empezar a trabajar de inmediato en su primera miniatura. Acercó hacia ella una caja de caoba con asas de latón. Tenía tres delgados cajones y una tapa recubierta de batista que podía inclinarse para crear un caballete. Abrió un cajón, sacó un trozo rectangular de marfil y lo sujetó con alfileres a la tela, pero en lugar de coger el pincel, se quedó mirando fijamente los rudimentarios retratos de las hermanas que había terminado.

Sus palabras la habían afectado más de lo que había querido demostrar. Parecía que aprobarían una unión entre ella y su hermano, pero no habían dicho nada acerca de sospechar que Laurence sintiera gran aprecio por ella. Anne había dicho que sus sentimientos una vez comprometidos eran profundos, pero no había dicho que Cassandra los hubiera comprometido. Tal vez estaba sugiriendo que debería hacer un esfuerzo para conseguirlo.

Este pensamiento la inquietó. Laurence era un hombre de contradicciones y sutilezas; no mandaba, sugería o persuadía suavemente, pero se salía con la suya; podía mostrarse serio en un momento y bromista al siguiente, o viceversa; en general era caballeroso, pero otras veces provocador, y desde luego *no* expresaba sus emociones abiertamente. En resumen, era difícil saber a qué atenerse con él.

Existía un vínculo de amistad entre ellos; ella lo había sentido desde su primer encuentro, y había veces en que creía ver un brillo en sus ojos que sugería sentimientos más cálidos hacia ella, pero siempre era tan fugaz que no podía estar segura, y sus palabras o acciones posteriores demostraban lo contrario. Y tal vez fuera mejor así, porque ella no estaba segura de sus propios sentimientos.

Ya no sentía que su instinto caballeroso de protección la molestara. Él la había protegido desde el principio, y sólo cuando ella había continuado su viaje sin él se había dado cuenta de lo reconfortante que había sido. Puede que le molestara la cautela que le había sugerido que adoptara durante los días siguientes, pero lo que le molestaba no era él, sino la restricción de su libertad. Y ése era el quid de la cuestión. Estaba acostumbrada a tomar sus propias decisiones, a hacer lo que quería, pero si se casaba, le pertenecería a su marido y dejaría de ser una persona con derechos propios.

Sabía que no sería capaz de pisotear a Laurence; percibía el acero que se ocultaba bajo sus dulces maneras de hablar, y eso era un punto a su favor. Nunca sería capaz de respetar a un hombre al que podía superar tan fácilmente. Él tampoco intentaría dominarla de un modo tan obvio como lo había hecho su primo. No creía que él tratara de dominarla en absoluto, y sin embargo, esta misma mañana, su mirada había quedado clavada bajo la expresión severa de él, la consternación por disgustarlo le había obligado a admitir su impetuosidad. Pensó que podría perderse tan fácilmente intentando complacer a otro como cediendo a las exigencias de un tirano.

¿O era natural tal compromiso cuando uno se enamoraba? Aquel pensamiento la inquietó. Estaba intrigada por Laurence, disfrutaba de su compañía, y cuando él había tirado de ella hacia sí en el pantano para evitar que se cayera, había sentido que le faltaba el aire, y su corazón había acelerado sus latidos haciéndola sentir mareada. Hoy le había vuelto a ocurrir cuando la había levantado del caballo y en el puente cuando la había mirado con una extraña luz en los ojos. ¿Era esto amor?

De pronto envidió a Grace. *Sé lo que quiero, eso es todo.* Louisa también parecía saberlo, o al menos estaba dispuesta a explorar la posibilidad de que pudiera saberlo. Su amiga había

despreciado la propuesta de un hombre que sabía que no podía gustarle, prefiriendo ganarse la vida por sí misma, pero si encontraba al hombre a quien podía amar, Cassandra sabía que renunciaría sin remordimientos a la independencia que su fortuna le había concedido. Pero Louisa tenía una vena romántica de la que ella carecía.

Sin embargo, había asuntos más prácticos que considerar. Anne la había hecho reflexionar, como era su intención. Había dicho que tenía demasiada presencia para un lugar tan modesto como Tremlow House, dando a entender con ello que Westerby le sentaría mejor. Cassandra no era una mujer que estuviera tentada a casarse solo por tener una buena casa, pero tenía que reconocer que estaba acostumbrada a dirigir un establecimiento mucho más grande que aquel en el que residía. No habían pasado muchos días desde su llegada cuando supo que seguía deseando tener su propio hogar, pero el tipo de casa que podría permitirse dirigir no sería muy diferente en tamaño a Tremlow House y ¿cómo pasaría sus días?

Louisa no la necesitaba y por eso no tendría reparos en mudarse a un lugar un poco más animado, Bath o Brighton tal vez. Pero allí no tendría conocidos y no era la vida a la que estaba acostumbrada. Podría ser divertido durante un tiempo, pero no le gustaría vivir en ninguna ciudad todo el año. Sin embargo, sus recursos no le permitirían mantener dos establecimientos. Laurence podía, si lo deseaba, ofrecerle una vida que no sólo le abriera nuevas perspectivas, sino que le permitiera tener un hogar en el campo, y uno que estuviera cerca de su amiga más querida.

Cassandra sintió que el nudo de su estómago se relajaba un poco. Era demasiado pronto para hablar de amor, pero quizá no lo fuera para explorar la posibilidad del amor y todo lo que eso podía significar. Sus ojos recuperaron el enfoque, cogió el pincel y empezó a pintar.

CAPÍTULO 16



Laurence y Alfred tomaron caminos separados en Lynn, acordando encontrarse en la posada Duke's Head antes de regresar a casa. Laurence llegó primero y se sentó en un escritorio en un rincón del salón privado que había alquilado. Los recortes de periódico estaban junto a la carta que había ojeado antes. Los consultó de vez en cuando e hizo una lista de puntos en el papel que tenía delante.

Levantó la vista y dejó la pluma sobre el escritorio cuando se abrió la puerta y su primo entró en la habitación.

—¿Por qué frunces el ceño, Alfred? ¿Te ha salido contraproducente tu afán de jugar al caballero blanco?

El más leve atisbo de sonrisa se dibujó en los labios del señor Westerby. Pronunció cuatro palabras, cada una de ellas nítidamente:

—Mira quién lo dice.

Laurence hizo una mueca de dolor y dijo con un suave tono de reprimenda:

—Empiezo a pensar que mi padre tenía razón al mantenerte en tu sitio, primo. Muestras una sorprendente falta de respeto. No sólo soy tu patrón, recuerda, sino también el cabeza de familia.

—Cuánto le agradecería a Anne que me lo recordaras —dijo, sonriendo.

—Alivias mi mente. Complacer a Anne debe ser, por supuesto, un objetivo conmigo.

Alfred se acercó a una mesa en la que había un almuerzo frío y sirvió dos copas de vino de la jarra que había allí.

—Lo sea o no, tengo la sensación de que vas a complacerla, aunque no del modo que ella pretendía en un principio.

Laurence recogió los papeles que tenía delante y cruzó la habitación sin prisa, dejándolos sobre la mesa y acercándose a una silla.

—Nos hemos desviado bastante del tema. ¿Cómo encontraste al señor Rythorne?

—No lo encontré en absoluto —dijo Alfred, aceptando que su primo no se dejaría convencer. Cogió una loncha de pollo y la colocó sobre una gruesa rebanada de pan—. Ha salido de la ciudad para asistir a alguna carrera y no volverá hasta mañana. Sin embargo, he descubierto algunos datos interesantes.

Mordió el pan y mastico apresuradamente, pero cuando volvió a abrir la boca para hablar, Laurence dijo:

—Termina tu comida antes de decirme nada más, te lo ruego. No quiero que tus sin duda fascinantes reflexiones sobre el carácter del señor Rythorne se vean constantemente interrumpidas por tu necesidad de masticar.

Alfred cogió un huevo cocido.

—Un hombre debe comer, viejo amigo. He recorrido esta ciudad de punta a punta y estoy extremadamente hambriento.

Laurence no parecía tener mucho apetito, pero jugueteaba distraídamente con una rebanada de pastel de jamón y ternera mientras su mente vagaba por otra posada a cierta distancia en la que había compartido una comida con un compañero muy diferente que también lo había tratado sin ningún grado marcado de respeto.

—¿Quieres compartir qué es lo que te ha hecho sonreír? —dijo, apartando por fin su plato.

—Oh, sólo un recuerdo.

—Parecía muy agradable.

—Lo fue, pero debemos, por desgracia, volver a asuntos menos agradables. ¿Qué has descubierto del señor Rythorne?

—El hombre que compró el negocio del señor Tremlow no está demasiado interesado en él. Él no lo acusa de ninguna práctica empresarial imprudente, pero la lista de clientes que heredó con el negocio resultó no ser tan lucrativa como sugerían los libros. Varios de ellos no siguieron comprando al por mayor como antes. Me dio los nombres de dos caballeros que habían utilizado los servicios del señor Rythorne y a los que visité. Ambos lo describieron como un caballero tranquilo y respetuoso, diligente en su trabajo. Hace unos seis años, sin embargo, se hizo conocido por apostar. Nunca se le acusó de utilizar el dinero de sus clientes para ello, no hay indicios de ello, y siempre pagaba sus deudas, pero cuando empezó a jugar con apuestas altas, empezó a perder clientes. Después de todo, ningún hombre sensato querría poner sus intereses en manos de alguien que no sabe gestionar los suyos propios. Por lo que he podido averiguar, la señorita Thorpe es ahora su única clienta —le dio un sorbo a su bebida—. Lo que me lleva a preguntarme: ¿cómo se permite mantener la pulcra cabaña en la que reside o hacer frente a sus obligaciones?

—¿Arrendó tierras para alguno de estos caballeros?

—Sí, una granja cerca de Great Massingham por la que obtuvo una buena renta. No veo, por lo tanto, por qué habría hecho tan mal negocio con la granja Willow Tree.

—Debes aplicar un poco de imaginación, querido amigo, mezclada con una dosis de lógica.

—Supongo —dijo, pensativo—, que el señor Moore podría tener algún poder sobre él.

—Me parece mucho más probable que sea al revés —dijo Laurence en voz baja—. Empiezo a pensar que el señor Rythorne es un hombre muy peligroso.

Alfred respetaba mucho la inteligencia de su primo y lo miró atentamente.

—Continúa.

Laurence echó la silla hacia atrás, cruzó las piernas y le dio golpecitos a la mesa con sus dedos.

—Consideremos primero los hechos tal como los conocemos. El señor Rythorne, un caballero en otro tiempo muy respetable, se ha vuelto adicto a apostar y parece tener una fuente de ingresos desconocida que financia su estilo de vida. Ha mantenido a propósito el alquiler de la granja Willow Tree a un nivel ridículamente bajo pero, sin embargo, en todos los demás aspectos ha actuado de manera responsable en su gestión de los asuntos de la señorita Thorpe.

—Crees que la granja es la clave.

—Así es. Añadamos ahora otro hecho. El hombre que compró el negocio de vinos y licores del señor Tremlow descubrió que varios de los clientes de su lista compraban menos que antes. ¿Por qué crees que puede ser así?

Alfred se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en la mesa, con una mirada llena de interés.

—Porque podían comprar parte de su vino y brandy en otro sitio por un precio menor.

—Muy bien —murmuró—. Sobre todo si el vendedor de estas mercancías no había pagado derechos en ningún puerto.

—Contrabando —dijo Alfred en voz baja—. Crees que el señor Rythorne está trayendo mercancías ilegalmente y vendiéndolas a algunos de los clientes del señor Tremlow para financiar su vicio, utilizando la granja como lugar para almacenar las mercancías antes de trasladarlas a los mercados de Londres.

—Creo que es una posibilidad, ciertamente. No olvides que un río atraviesa la granja y desciende hasta el mar en Heacham, lo que la convierte en una propiedad muy bien situada para tal actividad.

Alfred dijo en voz baja:

—El señor Tremlow arrendó primero la granja por el alquiler actual, por lo que se deduciría que él también se dedicaba al contrabando de mercancías, utilizando su negocio legítimo para encubrir sus actividades —frunció el ceño—. Sin embargo, no pude encontrar pruebas en las cuentas de la señorita Thorpe de ninguna gran suma de dinero en paradero desconocido.

—Sin embargo, eso no significa que no exista. El señor Tremlow, imagino, tenía un acuerdo con algunos de sus clientes para que compraran una cierta cantidad de sus productos al precio estándar y luego él les proporcionaría una cierta cantidad de los productos de contrabando a un precio reducido. Es sensato que estos clientes sigan comprando a su sucesor; al fin y al cabo, deben mantener una fachada respetable, pero no existiría tal acuerdo entre ellos y el nuevo propietario, por lo que podrían comprar menos al precio estándar y más al señor Rythorne al precio menor.

Alfred se pasó una mano por el cabello y silbó suavemente.

—Todo son conjeturas y, sin embargo, tienen mucho sentido. Si es cierto que se ha hecho cargo de la operación de contrabando, no le agradará la perspectiva de perder el negocio de la señorita Thorpe y, por tanto, el control de la granja. ¿Por eso dices que es peligroso? ¿Tal acción la pondrá en peligro?

—Eso no lo sé; él no puede ganar nada perjudicándola. Sin embargo, si estamos en lo cierto en nuestras suposiciones, la muerte del señor Tremlow fue sin duda una ventaja para él, ya que pudo hacerse cargo de la empresa.

Extendió una mano y le lanzó la carta a Alfred.

—Por fin puedes satisfacer tu curiosidad. Encontré esta interesante misiva en el bolsillo del abrigo que cogí prestado del guardarropa del señor Tremlow.

15 de agosto de 1812

Mi querido señor,

Lamento molestarle al saber que tiene intención de pasar otros días en Tremlow House con su buena esposa, pero me ha llamado la atención un asunto muy urgente, por lo que le he enviado estas noticias por correo urgente. Como se trata de un asunto muy delicado, no pondré por escrito los detalles del mismo, sino que le ruego que se apresure a regresar a la ciudad.

Puede estar seguro de que, como siempre, actúo en su mejor interés cuando le insto a que no se retrase. Como dudo que reciba mi carta mucho antes de las cuatro, no le espero antes de las ocho y le tendré preparada una cena tardía en mi casa.

Respetuosamente

El señor James Rythorne

Alfred levantó la vista.

—Esto fue enviado el mismo día en que el señor Tremlow fue asesinado.

Un brillo de aprecio iluminó los ojos de Laurence.

—Sabía que había una razón para soportarte.

Alfred se inclinó hacia delante y cogió la pila de recortes de periódico. Pasó unos minutos escaneándolos.

—En ninguno de ellos se menciona que el señor Tremlow se dirigiera o regresara de la casa de su agente cuando ocurrió el asesinato.

—Circunstancia que me persuadió a visitar al señor Hadley, a quien se menciona como el forense implicado en el caso —dijo, tomando un sorbo de vino—. Afortunadamente, mantiene registros meticulosos. Se le preguntó al señor Rythorne si sabía de alguien que pudiera guardarle rencor al señor Tremlow, a lo que respondió que no, y se le preguntó cuándo lo había visto por última vez, a lo que respondió que unos días antes, pero nunca mencionó que lo hubiera citado en la ciudad.

—¿Le enseñó la carta al señor Hadley? —preguntó Alfred.

—Lo hice. Estuvo de acuerdo en que la omisión era peculiar, pero opinó que ni ella ni el contenido de la carta bastarían para justificar que se levantaran sospechas sobre un caballero que no tenía nada que ganar con su muerte.

—¿No le mencionaste entonces tus sospechas sobre la operación de contrabando?

—No, pues como has señalado, todo son conjeturas —empezó a girar su copa de vino por el tallo, con una expresión pensativa en el rostro—. ¿Se te ha ocurrido, Alfred, que si mis sospechas resultan ciertas y las actividades del señor Tremlow y del señor Rythorne salen a la luz, causarán una sensación pública? La señorita Thorpe se verá en la incómoda situación de tener a su cuñado expuesto como un contrabandista, su agente también, así como tal vez un asesino, y ella misma puede ser escudriñada por permitir que la granja sea utilizada para tales fines por su agente.

—¡Por Dios! —exclamó Alfred, frunciendo el ceño—. No podrían probar tal cosa, por supuesto, y su deseo de que investiguemos por qué el señor Rythorne alquilaba la granja a tan bajo precio debe librarla de toda sospecha, pero sería totalmente horrible para ella.

—Lo sería —dijo Laurence—. Los rumores nunca han necesitado ser verdad para sostenerse y abundarían, si no en las inmediaciones desde luego más allá, alimentados por el hecho de que ella viviera en un lugar que fue en otro tiempo un hervidero de contrabandistas.

—Sí, y cada vez que venía a Lynn a hacer unas compras, la gente la miraba y murmuraba. Primo, ¿qué debemos hacer?

Antes de que Laurence pudiera responder, entró un camarero. No hizo ademán de recoger la mesa, sino que se quedó junto a ella, con la mirada fija en Laurence.

—¿Es cierto, señor, que ofrece cinco guineas por cualquier información relativa a un hombre que responde al nombre de Chubb?

Alfred miró rápidamente a su primo.

—Has estado ocupado.

Laurence no respondió, sino que miró al camarero, con una expresión seria en sus fríos ojos.

—Para ser exacto, he ofrecido cinco guineas por información precisa que pueda ser probada.

—Oh, se puede probar sin duda. Está disfrutando de una jarra de ale abajo mientras hablamos. Varias jarras, de hecho.

—Describemelo.

—Es un tío gordo con una barba marrón grasienta y un chaleco amarillo.

Laurence sacó una bolsa de dinero y vertió cinco monedas de oro en su palma.

—Si le informas al señor Chubb de que un caballero desea hablar con él y lo traes a este salón, sin duda serán tuyas.

—Enseguida, señor, pero le advierto que parece estar fuera de sí.

—No te preocupes por eso.

El camarero salió corriendo de la habitación sin más preámbulos.

—Sé tan amable, Alfred, de quedarte en la puerta, ¿quieres? —le entregó las monedas—. Dáselas al camarero y luego cierra la puerta detrás de nuestro invitado.

Laurence estiró los dedos mientras hablaba, los cerró en un puño y los volvió a estirar.

Alfred enarcó una ceja.

—¿Tienes intención de molerlo a palos?

—Me temo que no será necesario —dijo con pesar.

Alfred apoyó el hombro en la pared junto a la puerta, cruzó los brazos y sonrió.

—¿Tendré que impedirle que salga si intenta huir?

—Dudo que lo haga. Pero no dejaremos nada al azar.

La puerta se abrió y el señor Chubb entró en la habitación. Podía haber bebido varias jarras de ale, pero era un hombre corpulento y sus ojos tenían una mirada penetrante y calculadora que no sugería embriaguez. Dio unos pasos hacia la sala y sus ojos se entrecerraron al ver quién lo había convocado. El ruido de la puerta al cerrarse lo hizo mirar por encima del hombro. Observando la postura y la severa mirada de Alfred, dijo rápidamente:

—No hay necesidad de causar ningún problema —se volvió hacia Laurence y se quitó el sombrero—. De hecho, estoy encantado de verle, señor. Podría decirse que su presencia aquí hoy es providencial, porque había estado pensando en hacerle una visita.

—Ah —dijo Laurence suavemente—, ¿debo entender que cierto caballero ha prescindido de sus servicios?

El señor Chubb resopló.

—Yo no lo llamaría un caballero.

—¿Supongo entonces, que no apreció que usted estropeará su intento de secuestro de la señorita Fenton?

—No lo hizo —murmuró sombríamente—. Nunca creí escuchar semejante lenguaje de labios de un caballero; cualquiera podría haber pensado que había nacido en una barriada. Pero no puedo decir que lamente que la señorita Fenton se me escapara, porque hacer semejante cosa iba en contra de mi naturaleza, y no habría aceptado semejante trabajo si Sir Francis no me hubiera asegurado de que ella era un peligro tanto para sí misma como para el público en general, y cuando huyó de aquella manera tan disparatada, sabiendo que yo tenía una pistola, pude creerlo. Pero después de que Sir Francis me despidiera, y lo que es más, ni siquiera dándome el dinero para cubrir mis gastos, sino diciendo que no vería nada hasta que al menos pudiera proporcionarle su paradero, descubrí que podía haberme equivocado con la dama.

Laurence se llevó su copa de vino a los labios.

—¿Y cómo lo hizo, mi buen hombre?

—Me detuve a comer algo en una posada cercana a Darley Manor y escuché muchas habladurías. De alguna manera se había corrido la voz de que la señorita Fenton había abandonado su casa de manera precipitada, y el consenso parecía ser que Sir Francis la había echado, al igual que lo había hecho con una gran cantidad de sirvientes de la casa. Decían que era un ultraje y que ella era una dama tan buena como cualquiera, que su carácter era tan apuesto como su aspecto y que, a pesar de que no soportaba a los tontos, era más que justa con la gente honrada —negó con la cabeza y dijo con pesar—. No me gusta que me tomen por tonto, señor, y se me ocurrió que usted tenía más de caballero en el dedo meñique de lo que jamás poseerá Sir Francis. Ya había descubierto que lo habían visto doblando por la carretera de Deeping con una

dama en su carruaje...

—¿Cómo lo descubrió? —preguntó, con un educado interés.

—Su escudo está en su carruaje, señor, y es muy conocido en Stamford. Un mozo de cuadra de The George regresaba casualmente de una cita con una joven y lo vio justo antes de que se desviara.

—Yo no lo vi —dijo, frunciendo el ceño.

—Tal vez estaba distraído, milord. Estoy seguro de que no es de extrañar. Sea como fuere, lo vieron y el mozo de cuadra se cruzó en mi camino y así lo descubrí.

—Y entonces descubrió que yo había estado en The Red Lion y me había marchado sin la señorita Fenton, y me imagino que alguien que no era usted había estado preguntando por ella en Market Deeping.

El señor Chubb parecía complacido de que alguien, por fin, apreciara sus obstinados pero a menudo exitosos métodos.

—Sabía que era usted un hombre brillante al que he tenido el placer de conocer —dijo, con un aire cada vez más jovial—. No crea que le guardo rencor por haberme toreado en nuestro primer encuentro, pues ¿no le he dicho ya que es todo un caballero? Como tal, es natural que le ofrezca su ayuda a una dama.

—Debo aplaudir su indulgencia —dijo con una suave ironía que pasó desapercibida para su invitado.

—Y así debe ser. Hay muchos otros que no verían el asunto desde la misma perspectiva, pero me atrevo a sugerir que yo tengo una visión más amplia que el hombre promedio.

—¿Y esta visión incluye que usted me ofrezca sus servicios?

El señor Chubb sonrió.

—Es usted un entendido, señor, y es un placer hacer negocios con un hombre de su inteligencia.

—¿Estamos haciendo negocios?

—Vamos, señor —dijo con un tono benévolo—, no nos andemos por las ramas. Admitiré que mi pensamiento inicial fue que como usted fue la última persona que vio a la señorita Fenton, podría ser quien me llevara hasta ella. Pero luego me di cuenta de que difícilmente habría estado tratando de encontrarla en Market Deeping si supiera adónde había ido. Estoy seguro de que es natural que desee saberlo, y será un placer proporcionarle esa información.

—¿La tiene entonces? —dijo, con voz engañosamente suave.

—Puede estar seguro de que la tengo.

Laurence se levantó de la silla en un instante y, antes de que el señor Chubb se diera cuenta de lo que ocurría, se encontró con que una mano sorprendentemente fuerte le agarraba firmemente la garganta, ejerciendo con los dedos la presión suficiente para que no le quedara ninguna duda de que el caballero que tenía delante podía estrangularlo si así lo deseaba.

—¿Le ha proporcionado esta información a Sir Francis?

Los ojos del señor Chubb se desorbitaron y su voz fue más un chillido.

—No, lo juro, y además puedo demostrarlo.

Los dedos de Laurence se relajaron un poco.

—¿Cómo?

—Una carta. En el bolsillo de mi abrigo.

Laurence levantó la mirada.

—Alfred.

Su primo se acercó y sacó una pistola y una carta del bolsillo del señor Chubb. Laurence

soltó a su víctima.

—Dame la carta, Alfred, y usa esa pistola si nuestro invitado hace algún intento de moverse de su silla.

El señor Chubb tosió un poco y se frotó la garganta.

—No había necesidad de que usted hiciera eso, señor —dijo con reproche.

—Ya lo veremos.

Laurence desdobló la carta y examinó su contenido.

5 de septiembre de 1815

El señor Chubb,

Debo pedirle que cese su investigación inmediatamente. Ya no tengo ningún interés en el paradero de la señorita Fenton y le he adjuntado veinte libras en reconocimiento por el tiempo y los gastos que le ha ocasionado.

Sir Francis Fenton

Laurence levanto la vista.

—¿Cómo supo encontrarlo aquí?

—Le escribí para informarle de que había descubierto el paradero de la dama y le dije que permanecería en Lynn hasta recibir sus instrucciones. No fui tan tonto como para darle la información antes de haber visto algún pago.

La apretada línea de los labios de Laurence se suavizó. Parecía que el conocimiento que el señor Penwith tenía de la situación de Cassandra había influido realmente en su primo.

—Alfred, puedes devolverle la pistola al señor Chubb, y te ruego que bajes y pidas que suban un poco de brandy para aliviar cualquier molestia que le pueda haber causado a nuestro amigo.

Alfred no se vio obligado a molestarse, ya que, tras llamar tímidamente a la puerta, entró una sirvienta. Entró con una gran bandeja en las manos, la cargó de platos y prometió traer el brandy de inmediato.

Laurence le entregó la carta a su primo.

—Parece que Sir Francis ha cambiado de opinión.

Alfred leyó rápidamente las líneas.

—Sin duda son buenas noticias.

—¿Eso crees? —dijo el señor Chubb amargamente—. Me prometieron doscientas libras y veinte apenas cubrirán el coste de mi viaje, manutención y alojamiento.

Los labios de Laurence se torcieron en una sonrisa.

—Estoy seguro de que eso debió haber sido un shock para usted, justo cuando había descubierto aparentemente el paradero de la señorita Fenton.

La mirada astuta volvió a los ojos del señor Chubb.

—No hay nada aparente, milord, y ese conocimiento será suyo una vez que hayamos discutido los términos.

—Antes de que lo hagamos —dijo, aparentemente resignado a esta eventualidad—, tal vez usted me aclare como consiguió encontrar a su presa.

La criada volvió a entrar en la habitación, colocó el brandy junto con tres copas sobre la mesa y se retiró. El señor Chubb aprovechó el paréntesis para considerar esta petición, con el ceño fruncido en señal de concentración, como si estuviera sopesando las posibilidades de que su información pudiera ser utilizada en su contra, pero al parecer llegó a la conclusión de que no era probable, ya que una sonrisa bastante satisfecha cruzó su redonda cara.

—Soy muy meticuloso. Se me ocurrió que la señorita Fenton, quien pensándolo bien debo admitir que es una dama de lo más ingeniosa, atributo que debo admirar, le aseguro, bueno, que

podría haber tenido el ingenio de no usar su verdadero nombre en Market Deeping.

—Muy astuto de su parte.

El señor Chubb cogió la jarra, llenó su copa y bebió un sorbo de brandy.

—Gracias, milord, se me tenía por tal, lo admito, antes de que un desafortunado malentendido acabara con mi carrera en Bow Street.

Los labios de Laurence se crisparon; ahora que sabía que Cassandra no corría ningún peligro a manos de su primo, estaba desarrollando una reacia admiración por el granuja que se sentaba frente a él.

—Estoy seguro de que ellos se lo perdieron.

—Vuelve a hablar como un hombre sensato, señor, y me siento aliviado, muy aliviado. Volví a Market Deeping y en su lugar describí su aspecto, pues debo decir que nunca he visto otra dama con rasgos tan llamativos. Esas cejas son particularmente extraordinarias, y estaba seguro de que cualquiera que la hubiera visto una vez no la olvidaría fácilmente —parecía complacido—. Y así resultó. Descubrí que una dama de su descripción, que respondía al nombre de señorita Tatler, había efectivamente alquilado un carruaje, y una vez que tuve un nombre, el resto no fue tan difícil de descubrir —dejó la copa y se frotó las manos—. Ahora, señor, ¿hablamos de términos?

—Usted, señor, es un granuja y un oportunista —dijo, pero sin enfadarse—. Si no hubiera recibido usted esa carta de sir Francis Fenton, estoy seguro de que nos habría exprimido a ambos para obtener el beneficio de recibir la misma información.

—Y así podría ser —admitió, sin pensarlo dos veces—. Los tiempos han sido duros últimamente, y me vendría bien el dinero. Le aseguro que me duele encontrarme en esta situación, pero cualquier reparo que pudiera haber sentido se habría visto aliviado al saber que, una vez bajo su cuidado, la señorita Fenton debía estar a salvo. Este es su condado, después de todo, y su influencia no puede, estoy seguro, ser insignificante.

—En eso, al menos, tiene razón —dijo, con un tono serio—. Y le ruego que lo recuerde. Estoy a punto de hacer un trato con usted, señor Chubb, pero no el que usted pensaba hacer.

Una mirada de confusión apareció en los ojos del señor Chubb.

—¿He confundido su interés por la dama?

—Oh, no —dijo, con suavidad—, pero ya conozco la dirección de la señorita Fenton y, por lo tanto, en ese asunto, usted no puede serme útil.

El señor Chubb parecía abatido, y no podía ser de otra manera. Había dedicado mucho tiempo y esfuerzo a descubrir el paradero de la dama, pero eso no había sido un problema ya que había pensado que dos caballeros le pagarían generosamente por sus molestias. Los rudos tratos que Sir Francis había tenido con él no lo habían hecho dudar de su decisión, pero ahora parecía que sus esfuerzos habían sido en vano. Además, el caballero que tenía enfrente era, en su opinión, un hombre peligroso. Puede que Sir Francis se hubiera ensañado con él y le hubiera llamado todo tipo de cosas difíciles de tolerar, pero nunca le había rodeado la garganta con los dedos y amenazado con estrangularle.

—Adelante —dijo con cautela.

—Antes de hacerlo, debe entender que trabajará para mí y sólo para mí. A cambio recibirá sus doscientas libras y doscientas más, pero sólo si estoy completamente satisfecho de que ha sido diligente y honesto.

Alfred miró con recelo a su pariente.

—No pretenderás confiar en este granuja, ¿cierto?

Laurence esbozó una sonrisa comprensiva.

—Comprendo tus reparos, querido amigo, pero estoy seguro de que podemos confiar en el señor Chubb en este caso.

Los ojos del señor Chubb se iluminaron ante la perspectiva de semejante generosidad, pero no podía imaginar que servicio podría prestar al vizconde que mereciera semejante pago. Aunque siempre había torcido la ley para adaptarla a sus propósitos, nunca se había arriesgado a la soga del verdugo, y cuatrocientas libras no le servirían de nada si se encontraría colgando del extremo de una soga.

—Estoy seguro de que me complace servir a su señoría, pero no cometeré un asesinato.

Laurence se rio.

—Me alegra saberlo. No le pediré que lo haga, y le complacerá saber que en este caso *actuará* en interés público.

—Entonces estoy a sus órdenes —dijo, sonriendo—. ¿Sería posible recibir un pequeño adelanto?

Laurence le arrojó su monedero.

—Use algo de eso para comprar una muda de ropa. Deseo que presente un aspecto respetable pero poco llamativo; el chaleco amarillo y el sombrero deben desaparecer. Visite la tienda de High Street que vende ropa usada y vístase como un respetable granjero.

CAPÍTULO 17



Cassandra se sentó erguida, con la lupa en una mano y el pincel en la otra, y con delicadas pinceladas añadió un toque de color a los tonos de piel de las mejillas de Cecy. Llevaba varias horas trabajando en el retrato y notaba un dolor creciente en la parte baja del cuello. Cuando el dolor se convirtió en una sensación de quemazón, dejó la lupa y el pincel y enderezó los hombros, frotándose distraídamente la zona afectada. La interesante condición de Cecy había dotado a su piel de una luminosidad que había sido difícil de captar, pero al apartarse de su trabajo, Cassandra se dio cuenta de que por fin lo había conseguido.

Tras limpiar los pinceles y la paleta, los metió en uno de los cajones de su caja y regresó a la casa para cambiarse para la cena. Emma se cruzó con ella en el pasillo. No habló, pero le dio unas palmaditas en el brazo y le sonrió con aire de manera cómplice. Cassandra la vio desaparecer por la puerta de la cocina y se preguntó en qué estaría conspirando precisamente.

La puerta del salón estaba ligeramente entreabierta y Cassandra se detuvo, con un pie en el escalón inferior, al escuchar la voz de un hombre procedente de la habitación seguida rápidamente por la risa de Louisa. Intrigada, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, empujándola suavemente justo cuando Louisa dijo con un tono de fingida severidad:

—Le hago saber, señor, que soy la hija de un vicario y que he sido educada según los más estrictos preceptos, y que no hay nada impropio en invitar a un cansado viajero a cenar con tres solteronas. Es, después de todo, lo que debe hacer un cristiano.

Como no estaban sentados, parecía que el visitante acababa de llegar. El señor Westerby miró a Louisa, con una sonrisa divertida en los labios.

—Y yo, señora, soy el hijo de un vicario, y me permito decirle que si me dieran un chelín por cada vez que he escuchado a alguien tergiversar las enseñanzas del Señor para adaptarlas a sus intereses, sería un hombre rico.

—¡Señor Westerby! —dijo, como si estuviera sorprendida—. No le creía tan engreído. ¿Qué ventaja podría suponer para mí invitarle a cenar?

—No soy en absoluto engreído —dijo, sin avergonzarse—. Sé, por desgracia, que es la información que poseo lo que usted desea más que el placer de mi compañía.

—Se equivoca, señor —dijo, con un hoyuelo asomando en su mejilla—, deseo ambas cosas.

A Cassandra se le escapó un jadeo suave pero audible. Sabía que su amiga era divertida, ingeniosa e inteligente. Sabía que podía ser sutilmente persuasiva. Pero nunca la había visto flirtear tan atrevidamente. Nunca la había visto flirtear en absoluto. Su posición, junto con su restringida sociedad en Darley, lo habrían hecho imposible, por supuesto.

Louisa no mostró vergüenza al ser descubierta.

—Llegas a tiempo, mi amor. Une tu voz a la mía y persuade al señor Westerby para que se

quede a cenar.

—Sí, por supuesto. Pero, señor, ¿qué puede haber pasado? Pensé que no habría contacto entre nosotros durante algunos días.

—No tienes que preocuparte más por el señor Chubb, querida —dijo Louisa—. El señor Westerby vino a decírnoslo, pero hasta ahora no sé nada más.

—Entonces sin duda debe quedarse a cenar —dijo Cassandra con firmeza—. Intuyo que ha tenido un día interesante e insisto en que su relato no debe precipitarse.

—Pienso exactamente lo mismo —coincidió Louisa.

—Pero si estoy hecho un asco —protestó Alfred.

—Eso no tiene importancia —le aseguró Louisa—. Tampoco nos cambiaremos para la cena, así puede estar más cómodo.

Cassandra pensó que estaba lejos de sentirse cómodo y al parecer Louisa también, porque dijo:

—Empiezo a sospechar, señor Westerby, que se resiste a compartir sus noticias.

—Así es —admitió—. Temo que os escandalicéis.

Cassandra soltó una risita.

—Louisa nunca se escandaliza por nada, señor, y yo rara vez lo hago, así que no tiene nada que temer.

Emma entró entonces en la habitación.

—Le he dicho a la señora Larkin que habrá uno más para cenar, y William está preparando otro sitio.

Eso pareció sellar la disputa y Alfred capituló.

—Es cierto que lo que tengo que decir puede llevar algún tiempo, así que me quedaré antes que obligaros a sentaros a una cena solitaria.

Las damas de Tremlow House no necesitaban que su lacayo las atendiera, por lo que, una vez que William hubo llevado los diversos platos a la mesa, se retiró a la cocina para comer su propia cena. En cuanto la puerta se cerró tras él, Cassandra dijo:

—Ahora, señor Westerby, explíqueme, si es tan amable, por qué ya no debo temer al señor Chubb.

Alfred arrugó el ceño, pensativo, como si estuviera considerando cuánto contarles.

—Lo descubrimos en Lynn y...

—Eso no es suficiente —protestó Louisa—. No debes ser tan parco en los hechos. ¿Cómo lo descubrieron?

Alfred la miró con tolerante diversión.

—Sabía que si me quedaba a cenar me lo sacaría todo, señora.

Louisa extendió una mano y se la puso en el brazo, con una risa teñida de una pizca de pesar en los ojos.

—Por favor, no nos oculte nada, señor Westerby. Es muy raro que aquí ocurra algo remotamente emocionante y prometo no volver a interrumpirle si nos lo cuenta todo desde el principio.

Él no se mostró reacio a tal apelación y así lo hizo. Emma frunció el ceño y le observó atentamente, y al ver esto, él ralentizó un poco su discurso. Cassandra y Louisa intercambiaban miradas con frecuencia. Un toque de color tiñó las mejillas de la primera cuando mencionó el soborno de cinco guineas, cómo Laurence había cogido al señor Chubb por el cuello, y de nuevo cuando mencionó la enorme suma que pensaba pagarle por sus servicios. Louisa palideció un poco al mencionar este último punto.

Alfred había estado observando atentamente las reacciones de todas las damas ante su relato, pero en particular la de Louisa, totalmente dispuesto a modificarlo si parecían angustiadas de algún modo. Se rio suavemente.

—Es usted una mujer extraordinaria, señorita Louisa. Veo que el hecho de que mi primo ofreciera una suma tan elevada por los servicios del señor Chubb la ha escandalizado, sentimiento que comprendo perfectamente; yo mismo me escandalicé. Pero cuando mencioné nuestras sospechas de que el señor Rythorne podría haber asesinado a su cuñado y estaba utilizando su granja para ocultar y distribuir mercancías de contrabando, pareció sorprendida, intrigada e incluso emocionada...

—Lo estaba, pero sólo porque se me ocurrió algo que le explicaré cuando haya terminado su relato, y usted no está para saberlo, pero el señor Tremlow fue bastante cruel con mi hermana y si trató así a otros de sus conocidos, no me sorprende que alguien lo asesinara.

Alfred negó con la cabeza.

—Y usted es la hija de un vicario.

—No he dicho que deseara que alguien lo asesinara. Y si parecía escandalizada hace un momento, era porque se trata de una gran cantidad de dinero que esperaba utilizar para otro fin. No es que lo envidie, se lo aseguro.

—Pero no le pediremos que lo pague —dijo, frunciendo el ceño.

—Pero debo hacerlo. Lord Carteret está actuando en mi nombre.

—Sí, pero no sólo en el tuyo. Como importante terrateniente y par, se espera que se interese por este asunto. No beneficia a nadie que volvamos a los días de anarquía que solía haber por estos lares. Las violentas bandas que dirigían el contrabando entonces no le temían a nadie. No digo que esta operación sea de esa índole; que haya pasado tanto tiempo desapercibida o no se haya denunciado sugiere que no lo es, pero hay que acabar con ella, no obstante.

—Oh, ya veo —dijo Louisa, muy aliviada.

—¿Pero qué va a hacer el señor Chubb por semejante suma? —preguntó Cassandra.

—Poco más que mantener los oídos y los ojos abiertos. Podría llamarse trabajo de vigilancia —miró a Louisa—. Ahora, ¿qué es eso que se le ha ocurrido, señorita?

Ella se inclinó hacia delante con impaciencia.

—El señor Rythorne vino aquí poco después de la muerte del señor Tremlow para ofrecer sus condolencias y asegurar a mi hermana que seguiría ocupándose de sus asuntos. Pasó algún tiempo en el estudio revisando los papeles de mi cuñado, poniéndolos en orden, y se me ocurrió, cuando usted mencionó la carta, que podría haber estado buscándola y quizá eliminando cualquier prueba de los asuntos más secretos del señor Tremlow.

—Es muy probable. Debemos estar agradecidos de que no buscara también en los bolsillos de sus abrigos.

—Supongo que no se le ocurrió una excusa razonable para hacerlo —dijo Louisa pensativamente—. Pero creo que mañana empezaré a empacar sus cosas. He decidido llevarlas a esa tienda de Lynn High Street que vende ropa usada de buena calidad, pero puede estar seguro de que revisaré los bolsillos de cada uno de sus abrigos con mucho cuidado. Tal vez encuentre algo más que pueda ser útil.

—Una idea excelente —dijo Alfred distraídamente, con la mirada perdida como si le diera vueltas a un recuerdo—. Dígame, ¿su hermana parecía estar en buenos términos con el señor Rythorne?

Louisa consideró esto por un momento.

—Yo estaba con ella, por supuesto, cuando él llegó; al principio no quería quedarse sola ni

un momento y estoy segura de que no era de extrañar después de recibir semejante conmoción. No tenía motivos para amar a su marido, pero la naturaleza de su asesinato la trastornó enormemente. Habló muy poco con el señor Rythorne y desde entonces sólo se comunicaron por carta. Pero era yo quien respondía por ella ya que cayó en una profunda depresión en pocas semanas. ¿Qué tiene en mente, señor Westerby?

—Sólo intento descubrir todo lo posible sobre ese hombre —dijo con ligereza.

Louisa lo miró fijamente.

—No estoy segura de por qué, pero creo que eso no es del todo cierto, aunque no lo presionaré para que me diga nada que no desee.

—Gracias. Mi primo considera que sería mejor que no informáramos todavía a su agente de que está bajo sospecha de algún modo, así que si se comunica con usted por cualquier asunto, le ruego que responda como de costumbre.

Las damas se retiraron al salón cuando su invitado se marchó.

—Bueno, querida —dijo Cassandra—, parece que estás envuelta en una aventura que eclipsa la mía.

Louisa no respondió de inmediato, y tenía la mirada perdida. Cuando levantó la vista, sus ojos verdes, habitualmente claros, estaban nublados.

—Está preocupado por mi hermana. O, para ser más precisos, por lo que mi hermana pudiera haber hecho.

Emma dijo de repente:

—¡No! ¡Ella no lo habría hecho!

Cassandra parecía confundida.

—¿Haber hecho qué?

Louisa intercambió una mirada con su hermana y cuando Emma asintió dijo:

—Clara, por muy difícil que hubiera sido su matrimonio, no se confabularía con el señor Rythorne en el asesinato de su marido. Por muy desagradable que Clara pudiera ser, no habría cometido un pecado tan imperdonable.

Cassandra jadeó.

—¡Santo cielo! ¿Por qué pensaría eso?

—Porque el señor Rythorne no era el único que podía beneficiarse de la muerte del señor Tremlow. Clara fue miserable gracias a él, pero puedo asegurarte que hubiera preferido vivir como una mártir antes que ser partícipe de semejante hazaña.

—Estoy segura de que tienes razón, pero ahora que lo has explicado, puedo ver por qué la idea pudo haber cruzado la mente del señor Westerby.

—Oh, sí, y no lo culpo por ello en absoluto —sin embargo, aún parecía preocupada.

—Quítate esa idea de la cabeza. Puedes convencer de lo contrario al señor Westerby la próxima vez que lo veas.

—Sí, por supuesto. Pero ya sabes que una vez que se te mete una idea en la cabeza, por ridícula que sea, de repente empiezas a ver cosas que podrían apoyarla.

—¿Por ejemplo?

Louisa cogió su taza de té y se sentó a remover los posos durante unos instantes.

—Bueno, insistió en adquirir tanto los periódicos locales como los de Londres para descubrir cualquier mención del asesinato, y recortó todos y los guardó. No lo hacía porque se alegrara de su muerte, sin embargo, casi parecían darle miedo. Y cuando caía la noche, saltaba al menor ruido, aunque sólo fuera el silbido del viento.

—¿Crees que su conciencia podría haber estado preocupándola?

—No lo sé; eso o tal vez sospechaba que el señor Rythorne podía haber tenido algo que ver —de pronto se incorporó rápidamente—. ¡Oh! Acabo de recordar algo que me dijo. No le presté mucha atención en aquel momento, porque hacia el final del día deliraba. Pero, pensándolo bien, no creo que delirara en aquel momento; sus ojos se iluminaron, me cogió la mano y me dijo: *Si vienen, finge que no te das cuenta. Vete a tu habitación y quédate allí*. Por supuesto, le pregunté a quién se refería, pero se limitó a negar con la cabeza y se sumió en un sueño intranquilo.

Los ojos de Cassandra se abrieron de par en par al ocurrírsele una idea.

—¡Louisa! El señor Westerby dijo que el río hacía de la granja un lugar conveniente para descargar mercancías de contrabando, pero esta casa también sería un lugar muy conveniente, tan cerca del mar como está y tan alejada del pueblo. Tal vez en algún momento también se trajeran aquí mercancías de contrabando y se almacenaran en el sótano hasta que fuera oportuno trasladarlas. O puede que simplemente se descargaran aquí. El camino que lleva de los establos a la carretera facilitaría su traslado sin tener que pasar por el pueblo. Tal vez a Clara le habían dicho que no viera ni escuchara nada. Y después de la muerte del señor Tremlow, puede que temiera que los contrabandistas siguieran viniendo.

—¡Pobre Clara! No le habría gustado que algo así ocurriera delante de sus narices, pero creo que tienes razón, y eso podría explicar por qué los criados se marcharon después de su muerte. Debieron de estar implicados de algún modo, ya sea directamente, o bien porque les pagaron generosamente para que no dijeran nada. Dijeron la verdad sobre los ruidos y las luces del pantano, pero no fue eso lo que los alejó de aquí, sino la falta de oportunidad de seguir recibiendo una paga extra por su silencio.

Emma se levantó y cogió una vela.

—¿Te vas a la cama, querida? —preguntó Louisa.

Emma negó con la cabeza.

—Voy a mirar en el sótano.

Louisa se rio.

—No hay prisa. Espera hasta mañana, por lo menos. Ya es hora de que haga un inventario de lo que hay, lo admito. Quise hacerlo cuando me hice cargo de las cuentas de la casa al poco tiempo de llegar, pero Clara se empeñó en que no lo hiciera. Pensé que era otro de sus caprichos y no me pareció tan importante como para ir en contra de sus deseos —sonrió con pesar—. Además, mencionó a las ratas y debo admitir que le tengo un miedo irracional a esas criaturas. Por eso he aplazado la tarea estos tres últimos meses. No puedo imaginar que vayamos a encontrar nada muy interesante porque William nunca ha mencionado nada fuera de lo común.

—¿No podría haberlo hecho por ti? —preguntó Cassandra.

—Desgraciadamente no —dijo, sonriendo irónicamente—. No lo contraté porque fuera inteligente, sino porque era fuerte, apto y digno de confianza. Me lo sugirió la señora Larkin; es su sobrino. Me dijo desde el principio que era un simplón, pero que era perfectamente capaz de llevar mensajes, hacer recados y, como remate, que podía conducir el carruaje si era necesario; también que era muy hábil con los puños, lo cual, creo, significa que sabe boxear. Sin embargo, no sabe leer y escribe poco más que su nombre —suspiró—. Y no tiene remedio con los números. Intenté enseñarle al principio, pero confundía las letras y escribía los números al revés y pronto me di cuenta de que lo estaba avergonzando en lugar de ayudarlo.

—Entonces haremos el inventario juntos mañana —dijo Cassandra, sonriendo—. No me dan miedo las ratas y procuraré protegerte.

—No, debes trabajar en tus cuadros si quieres terminarlos antes de que Cecy y Anne se marchen de Westerby. Se sentirán muy decepcionadas si no tienen la oportunidad de verlos.

Además, me he vuelto escandalosamente perezosa, y me vendrá bien —se volvió hacia su hermana—. Emma, ¿me ayudarás a empaquetar las cosas del señor Tremlow por la mañana y luego a empezar un inventario de la bodega por la tarde?

Acordadas las actividades del día siguiente, las damas se retiraron a la cama.

CAPÍTULO 18



La finca del señor Lapworth estaba a unos kilómetros de Sedgford. Había sido uno de los pocos conocidos del padre de Laurence que le habían caído bien. No había sido un amigo cercano del difunto vizconde, pero su posición como terrateniente y magistrado le había asegurado una invitación a cenar en Westerby en varias ocasiones. A diferencia de su padre, Laurence no tenía la costumbre de dar grandes y formales cenas para impresionar a la alta burguesía local cuando residía en la ciudad, aunque generalmente hacía al menos una visita matutina a algunos de ellos cuando estaba en casa.

Se alegró de haber aceptado la invitación del señor Lapworth; no sólo le aliviaría la necesidad de tener que rebatir las estratagemas cada vez más evidentes y, debía admitirlo, maleducadas de la señorita Reynold para obtener y mantener su atención, sino que necesitaría su ayuda en los próximos días si quería llevar a cabo con éxito el plan que poco a poco se había ido formando en su mente.

El señor Lapworth era un anfitrión agradable, más interesado en su comodidad estos días que en ocuparse de los asaltos y pequeños hurtos que constituían gran parte de su trabajo, y había declarado la última vez que Laurence lo visitó que tenía intención de retirarse y permitir que un hombre más joven y enérgico asumiera el cargo. Laurence estaba agradecido de que todavía no lo hubiera hecho, pues no deseaba que el caso en cuestión fuera asumido por un joven tan empeñado en demostrar su valía que pasara por alto las delicadezas del caso. Alguien así usaría un mazo para romper una nuez en lugar de cincelar los aspectos más importantes del asunto. Puede que al señor Lapworth no le gustara que le obligaran a cambiar su letargo, pero Laurence estaba seguro de que podría hacerle comprender que le interesaba hacer las cosas a su manera.

El señor Lapworth, un hombre más bien corpulento, de cabello ralo y canoso y mejillas rojas como manzanas, dio una calurosa bienvenida a su visitante.

—Mi querido Carteret, cuánto me alegro de verte. Entra y siéntate junto al fuego, pues no dudo de que tengas un poco de frío. ¿O es que estás extremadamente hambriento? La cena puede prepararse en un santiamén si es así, pero como he tomado algo distraer mi hambre, estoy encantado de tomar antes una copa o dos de vino contigo.

—¿Cómo está, señor? —dijo, estrechando su mano y tomando una silla un poco apartada del ardiente fuego que crepitaba en la chimenea—. Una copa sería muy bienvenida.

—Muy bien, muy bien. No creo que uno deba comer inmediatamente después de hacer ejercicio, ya sabes, y si has ido y vuelto hoy a Lynn y luego has cabalgado desde Westerby, habrás hecho mucho.

Una vez que el mayordomo hubo dado una copa a Laurence y rellenado la de su amo, se retiró discretamente. Laurence no tenía intención de abordar el tema del contrabando hasta

después de la cena, pero el señor Lapworth le proporciono inesperadamente una oportunidad.

—Es el mejor Borgoña que he probado —dijo con cierta satisfacción—. En los últimos tiempos ha sido difícil encontrarlo, pero ¿puedes creer que lo encontré en la orilla del río cuando fui a pescar? —soltó una risita—. Me sorprendió, te lo aseguro. Hubo un tiempo en que la mayoría de los terratenientes encontrábamos una ofrenda en algún lugar de nuestras tierras de vez en cuando, pero eso fue antes de que el negocio se nos fuera de las manos. Por supuesto, cuando se trataba de asesinar a recaudadores de impuestos y dragones y de que los contrabandistas se esforzaran poco o nada por ser discretos, ya no podíamos mirar hacia otro lado.

Cualquier duda que Laurence pudiera tener, desapareció. El río que serpenteaba por las tierras del señor Lapworth era el mismo que dividía la granja Willow Tree.

—¿Pero cree que ahora pueda volver a mirar hacia otro lado, señor?

—Bueno, no ha habido problemas que yo sepa, después de todo. Mientras sólo se haga a pequeña escala y todo se mantenga en paz, yo diría que vivas y dejes vivir.

Laurence frunció el ceño y el señor Lapworth empezó a mostrarse inquieto.

—Vamos, muchacho, debes saber tan bien como yo que hay docenas de lugares por donde se podrían introducir mercancías a lo largo de esta costa. Se necesitaría un ejército de funcionarios de aduanas para vigilarlos todos, y afortunadamente ya no es necesario, en general. Sería un despilfarro de dinero y recursos para unos pocos barcos que han tenido la suerte de escapar de los cúteres aduaneros. No son muchos los que lo consiguen. Hace sólo unos días un barco fue capturado cerca de Hunstanton. Los días de las bandas de contrabandistas han quedado atrás, pero, por desgracia, la suerte del trabajador común apenas ha mejorado. De hecho, ha empeorado, ya que se han cercado tantas tierras que tienen suerte si disponen de otro lugar que no sea la marisma o un trozo de terreno común para que pasten sus animales. ¿Los llevarías a la horca sólo porque quieren alimentar a sus familias?

—No, señor, no lo haría. Por eso le he planteado mi problema. Sabía que podía confiar en su sensatez.

El señor Lapworth se relajó en su silla y bebió un sorbo del buen vino.

—Y así es, así es. A ti también te han dejado una ofrenda, ¿eh? Si sigues mi consejo, la disfrutarás y mirarás para otro lado.

—Podría hacerlo —dijo Laurence con suavidad—, si se tratara de unos pocos hombres del lugar que se unieran para pagar unos cuantos litros de ginebra y barriles de vino para venderlos y obtener un beneficio. Pero no lo creo. Si alguno de los nuestros está implicado, pienso que es en un papel menor para recoger la mercancía y llevarla tierra adentro un poco antes de que los contrabandistas terrestres más fuertes tomen el relevo y lleven el producto a su destino. Dudo mucho que sea una operación tan pequeña como usted cree, ni creo que le hayan ofrecido mirar hacia otro lado. Me parece mucho más probable que el vino que encontró hubiera caído al agua y hubiera sido arrastrado por el río. Un descuido que confirma todas mis sospechas. Encima, hay un posible asesinato de por medio.

El señor Lapworth se atragantó con su vino, y su tez, ya sonrosada, se tornó bastante morada.

—¡Carteret! —balbuceó—. Tengo que retirarme de mi cargo dentro de exactamente tres semanas y vienes a perturbar toda mi paz.

—No se preocupe, señor. Lo tengo todo bajo control. Todo lo que tiene que hacer es estar listo para convocar a la milicia cuando yo le dé el visto bueno y capturar a los culpables con las manos en la masa. Puede retirarse con honores, y no veo necesidad de que mencione que han estado traficando audazmente con la mercancía a lo largo del río que atraviesa sus tierras.

El magistrado gruñó.

—Será mejor que me lo cuentes todo. Es suficiente para que un hombre pierda el apetito.



Cassandra permaneció despierta durante algún tiempo, mientras su mente vagaba por todo lo que habían descubierto esa noche. Las preocupaciones de Laurence por su seguridad habían sido infundadas, después de todo. Pero se había preocupado. También había puesto las manos en la garganta del señor Chubb para descubrir si le había dicho a su primo dónde se encontraba. Se mordió el labio inferior y sintió una innegable oleada de placer ante eso. No porque hubiera ejercido violencia sobre el hombre, sino porque hablaba de lo fuertes que eran sus sentimientos. Puede que no fuera el hombre que dijera floridas tonterías como el señor Rutherford, su único otro admirador, pero sus acciones hablaban por él.

También hablaban de la fuerza de su carácter. Aunque el señor Westerby había dicho que, como par y terrateniente, era natural que su primo se interesara por cualquier acto ilegal que se cometiera en la localidad, estos no habían ocurrido en las tierras de Laurence. Podría haber informado con la misma facilidad a los aduaneros de sus sospechas, o al magistrado con el que cenaba esa noche, pero el hecho de que contratara al señor Chubb daba a entender que no se conformaba con eso. Se alegró de ello, pues aunque no le había mencionado nada a Louisa, había pensado que cualquier investigación oficial podría resultar bastante incómoda para ella.

Cuando, por fin, se quedó dormida, sus sueños eran un revoltijo de imágenes vívidas, que mezclaban realidad y fantasía de manera indiscriminada. Al parecer, su primo había renunciado a cualquier esperanza de someterla a su voluntad y, sin embargo, forcejeaba con una figura sombría que ella, de algún modo, sabía que era el señor Rythorne en el puente bajo la casa, mientras las luces de los contrabandistas se movían sigilosamente por el pantano. Una capa de sudor cubrió su cuerpo cuando, aún inmersa en su sueño, se despertó con un acre olor a humo y las cortinas de su cama en llamas. Antes de que pudiera reaccionar ante estas alarmantes circunstancias, Laurence ya estaba allí, cogiéndola en brazos y saliendo a toda prisa de la habitación. El descansillo estaba lleno de humo. Le escocían los ojos, pero secó las lágrimas de sus ojos llorosos y vio al señor Westerby sacando a Louisa de otra habitación. William bajó del desván y Louisa le rogó que fuera a buscar a su hermana, pero Emma no aparecía por ninguna parte. Bajaron corriendo las escaleras y vieron a Emma sosteniendo abierta la puerta que conducía al sótano. Su huida estaba bloqueada por cientos de ratas que se precipitaban por el pasillo y salían por la puerta principal.

Cassandra se despertó sobresaltada y empapada. Se incorporó y se secó el agua que le caía por la cara y la barbilla. Grace estaba junto a la cama, con una jarra en la mano.

—Parecía que estaba teniendo una pesadilla, señorita Cassandra —dijo, a modo de disculpa—. No pude despertarla y una vez escuché de una señora que murió de un shock mientras dormía cuando tenía un sueño desagradable.

—Grace —balbuceó—, ¿podría haber muerto fácilmente por el shock de un despertar tan brusco!

—Lo siento, señorita. Lo hice por su bien.

Cassandra apartó las mantas y abandonó la cama empapada. De pronto se echó a reír.

—No importa. De todas maneras hoy quería levantarme temprano; tengo mucho que hacer —miró por la ventana y vio que el cielo se aclaraba hasta adquirir un tono gris apagado. Aún no había luz suficiente para pintar—. Mi traje de montar, por favor, niña absurda.

—No soy una niña —dijo, repentinamente con mucha dignidad—. Estoy a punto de casarme, ¿recuerda?

—Por supuesto. Esperemos que el señor Cooper le haya causado una impresión favorable a tu tío.

Cassandra condujo a Plackett por el camino que salía de los establos y giró hacia la carretera de Brancaster con la intención de dirigirse de nuevo al camino principal, pero se detuvo junto a una pequeña carretera señalizada que conducía al pueblo de Summerfield, a unas cuatro millas de distancia. Sabía que la granja Willow Tree estaba a sólo uno o dos kilómetros y, por impulso, se desvió por el camino. Plackett la siguió obedientemente, pero cuando atravesaron el pueblo sin detenerse, acercó su caballo al de ella.

—¿Le importaría decirme adónde nos dirigimos, señorita Cassandra?

Ella dijo despreocupadamente:

—La señorita Louisa posee una granja cerca de aquí. Hay un río que la atraviesa donde podemos dejar que los caballos beban antes de dar la vuelta.

—Si nos hubiéramos detenido en el pueblo de allá atrás, todos podríamos haber disfrutado de un trago —dijo secamente—. Lord Carteret me pidió que la vigilara de cerca, señorita, y me sentiría un poco más cómodo si estuviéramos más cerca de casa. No conozco este territorio y no sabría por dónde llevarla si hubiera problemas.

—¡Plackett, no seas tan aguafiestas! —dijo, suavizando sus palabras con una sonrisa—. El señor Chubb trabaja ahora para lord Carteret y no para mi primo. No tenemos nada que temer.

—Ya lo veremos —dijo, poco convencido, y añadió mientras miraba al cielo—. Lo que sí es probable es que nos empapemos.

Eso era cierto, el cielo estaba nublado y plomizo, haciendo que una tenue penumbra cubriera el campo.

—Creo que en Derbyshire ha llovido bastante —dijo ella con ligereza.

Su única respuesta fue un ceño fruncido. En otras circunstancias, habría intentado convencer al mozo para que se le pasara el mal humor, pero le convenía que permaneciera tan hosco y silencioso como el cielo. Si Plackett supiera que estaban visitando una posible guarida de contrabandistas, se sentiría aún más infeliz.

Ella no había querido venir, pero el impulso había sido irresistible. Deseaba volver a contemplar la granja con su nuevo propósito en mente. Se quedaría de este lado del río para que los sauces la protegieran de la vista de la casa. Después de todo, ¿qué daño podía hacer? Los contrabandistas difícilmente llevarían a cabo su trabajo a la luz del día, la poca que había. En cierto modo, parecía bastante aburrido estar pintando en la casa de verano con semejantes artimañas en marcha. Satisfaría su curiosidad y regresaría a casa.

Sabiendo que no podría acceder fácilmente al prado por el camino excavado, siguió la carretera hacia Docking con la esperanza de encontrar una puerta. No la encontró y estaba a punto de saltar el seto cuando vio un sombrero que se movía entre la hierba. Su portador se agachaba y avanzaba hacia ellos.

Sintiéndose un poco alarmada, estaba a punto de sugerir que siguieran adelante cuando el sombrero se detuvo y la cabeza sobre la que estaba posado se levantó. Sus ojos se encontraron con los del señor Chubb. La cabeza volvió a desaparecer y avanzó más deprisa. Plackett no lo había notado, sus ojos escudriñaban la granja, con el ceño fruncido.

—Este es el montaje más extraño que he...

Se interrumpió cuando el seto empezó a crujir y a temblar. Los dos caballos se echaron hacia atrás y el mozo alcanzó su tobillo y sacó una pistola de una funda que tenía escondida allí.

—O es el zorro más grande que he visto o estamos a punto de tener compañía, señorita. Y si puede decirme qué es lo que haría un hombre honrado escondiéndose entre los setos, me interesaría escuchar su explicación.

—No será necesario —dijo rápidamente—. Es el señor Chubb.

Sus ojos se posaron en el seto y una sección de la parte inferior saltó a la carretera dejando al descubierto un agujero. El señor Chubb salió por él, colocó las ramas y las hojas en su sitio y se puso en pie, quitándose los detritus que cubrían sus pantalones y su abrigo. Se enderezó y levantó su sombrero, como si normalmente se arrastrara por los setos para saludar a sus conocidos.

—Buenos días, señorita Fenton. Espero que no haya resentimientos por nuestro pequeño malentendido.

—Ninguno en absoluto —dijo con prontitud—. Si mi primo no lo hubiera enviado tras de mí, nunca me habría dado cuenta de lo despreciable que puede llegar a ser.

—Así es, señorita, así es. Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta del servicio que le he prestado, señorita Fenton. No sólo ha descubierto lo canalla que es su pariente, sino que, sin mi persecución, quizá nunca hubiera conocido a cierto caballero con título que conocemos.

Cassandra rio, divertida por su atrevimiento, pero Plackett emitió un suave gruñido. El señor Chubb miró al mozo de cuadra y sus ojos se abrieron de par en par al ver la pistola apuntándole.

—Señor, no haga nada precipitado.

—Oh, guárdala —dijo Cassandra—. ¿No te he dicho que trabaja para lord Carteret?

El mozo obedeció de mala gana, con los ojos aún fijos en el señor Chubb.

—No veo qué podría estar haciendo para él que necesite estar arrastrándose por los setos.

—Eso es entre su señoría y yo.

—Me alegro de que haya aprendido tal discreción —dijo Cassandra—. Hubiera deseado que lo hubiera aprendido antes para no haber dejado mi nombre y sin duda un montón de especulaciones en varios establos entre Derbyshire y Norfolk.

—Lo lamento —dijo el señor Chubb, negando con la cabeza—. Nunca me he dejado embaucar tanto por nadie como por Sir Francis. Ahora, debo seguir mi camino. Tengo cierta información que su señoría deseará conocer.

La lluvia estalló repentinamente, seguida de un trueno. El señor Chubb parecía desanimado.

—Me ahogaré antes de llegar a la mitad del camino.

Cassandra tiró de la capucha de su capa de lana sobre su capota.

—Señor Chubb, lo siento por usted. Ya conozco la investigación de lord Carteret y supongo que habrá descubierto algo relacionado con la práctica del contrabando. ¿Puedo sugerirle que me permita llevar la información por usted? Llegaré a Westerby mucho antes, después de todo. Entonces podrá retirarse a la posada más cercana y esperar a que pase la tormenta.

Al señor Chubb se le iluminaron los ojos.

—Bueno, si ya lo sabe todo, no veo el inconveniente. Además, tengo una idea de dónde puedo encontrar algo más importante aún. Dígale a su señoría que, escondidos entre toda esa hierba crecida, debe de haber más de cuarenta barriles. Tengo la idea de que no estarán allí mucho tiempo, ya que anoche escuché hablar de un barco que había sido apresado no lejos de aquí y que los aduaneros no tardarían en rondar por el lugar. Espero poder enviar más información al respecto más tarde. Si atraviesa Docking y entra en la carretera de Stanhoe, verá un par de puertas que dan a un camino que atraviesa unos bosques, y estará en tierras de Westerby. Siga el camino hasta que llegue a una calzada; la llevará a los establos. Así es como me lo describió su señoría.

Y después de decir eso, se echó a correr por el sendero tan rápido como era capaz de hacerlo un hombre de su tamaño. Cassandra impulsó a su caballo al trote y luego al galope. Sintió la misma emoción que había sentido al escapar de las manos del señor Chubb. Qué estrechos habían sido sus horizontes antes de abandonar Derbyshire.



Puede que el señor Chubb no fuera un jinete consumado ni especialmente sigiloso, pero era observador, tenía un oído excelente y toleraba el alcohol mejor que la mayoría. Volvió a la posada de Heacham, donde la noche anterior no sólo había escuchado por casualidad, mientras estaba aparentemente borracho y roncaba en un rincón, murmuraciones sobre los aduaneros, sino también a un caballero comentar que era una suerte que ya hubieran hecho su parte en el negocio. Fue esa información la que lo había llevado a la granja esa mañana.

Estaba seguro de que hoy se hablaría más, y de que el mal tiempo aseguraría que varios aldeanos estarían disfrutando de una jarra de ale en lugar de trabajando en el campo. Cuando entró en la posada, aparentemente de mal humor, un aspecto que no era difícil de asumir después de haber recorrido unas seis millas bajo una lluvia torrencial, por no hablar de los truenos y relámpagos que habían acompañado a parte de ella, se sintió más tranquilo que consternado cuando la habitación se quedó en silencio.

—Supongo que el negocio no prosperó —dijo el casero, con cierta simpatía.

—No —dijo el señor Chubb, negando con la cabeza—. Sin duda es culpa mía; sólo me detuve aquí para beber algo, sin esperar que tendría uno de los mejores brandys que jamás he tenido el placer de probar. Bueno, admito que me dejé llevar, y el resultado fue que el señor Westerby me informó sin rodeos de que un hombre que llegaba tarde a una reunión tan importante sin duda se retrasaría en el pago de su alquiler. Dijo que el señor King había sido el mejor inquilino que podía esperar encontrar, y que no sería reemplazado por un hombre que no fuese como él, por mucho que tuviera que invertir.

—Tenga —dijo el casero, acercándole una copa de brandy—. Invita la casa, ya que de alguna manera soy responsable de su situación.

El señor Chubb levantó la copa.

—Es usted un caballero, señor.

Se bebió el ardiente líquido, metió la mano en el bolsillo y arrojó descuidadamente algunas monedas a la barra.

—Pero será mejor que me dé la botella, porque tengo mi corazón puesto en esa granja.

Se dirigió al mismo rincón oscuro de la noche anterior, que la mujer del propietario había intentado alegrar con un arreglo floral, y procedió a disfrutar de su brandy, aunque más de la mitad fue alimento para las flores. Nadie se sorprendió cuando su cabeza se desplomó sobre su pecho, aunque negaron con la cabeza al ver a un respetable caballero bebiendo tal cantidad de licor a una hora tan temprana.

El bullicio de la conversación se reanudó y el señor Chubb se enteró de que el cargamento se llevaría por un viejo camino de pastores que pasaba por la granja Willow Tree y unas veinte millas más allá. También descubrió que, aunque a los caballeros del lugar siempre les había molestado que sólo se les pagara por llevar la mercancía a la granja y no por llevarla por etapas hasta Lunnon, estaban contentos de no tener que hacerlo esta noche. Muchos de ellos también expresaron la idea de que tal vez había llegado el momento de poner fin a esta fuente de ingresos adicionales, sólo que no sabían cómo salir de ella.

La entrada de dos oficiales a caballo, exigiendo ver las bodegas del propietario, vació un poco la taberna permitiendo que el señor Chubb partiera en medio de la confusión.

Las instrucciones de lord Carteret habían sido que llevara su información al señor Lapworth, un juez cuya residencia estaba cerca de Sedgford, y que dicho caballero lo enviaría a Lynn con un mensaje que entregar. A continuación, debería esperarle en la posada Duke's Head, donde a su debido tiempo recibiría el pago íntegro por sus servicios.

Después de haber recibido muchos golpes en su carrera, el señor Chubb no podía creer que no ocurriría algo que estropeará este plan, y no fue hasta que iba en el carruaje privado del señor Lapworth que se permitió sonreír debido a su buena suerte. Las calas de Heacham le habían dado algo en qué pensar, y empezó a pensar que tal vez había llegado el momento de cambiar de profesión. No cabía duda de que el tipo de persona que solía desear sus servicios no siempre era tan respetable como él desearía, y aunque el sentido de la autoconservación le había impedido hacer algo que le llevara a la horca, estaba seguro de que sólo era cuestión de tiempo para que lo asesinaran o se encontrara en Newgate. Una pequeña posada en algún lugar tranquilo le vendría muy bien.



—Si cree que lord Carteret le agradecerá por el trabajo de esta mañana, creo que se llevará una sorpresa —dijo Plackett cuando cruzaron la puerta y entraron en el bosque.

—Tonterías —dijo Cassandra alegremente—. ¿Por qué no iba a agradecerérmelo?

—Porque no estará más contento que yo de que fuera a esa granja sabiendo el uso que probablemente se le daba.

—No, probablemente no lo estará. Debo esperar que las noticias que le traiga lo compensen.

—Yo no apostaré una gran suma por esa posibilidad —murmuró sombríamente—. La conozco desde que era una niña, señorita Cassandra. Siempre ha sido intrépida, y debo admitir que cuando asumió el mando después de que Sir Thomas enfermara, hizo un gran trabajo. Ninguno de los criados o inquilinos pudo engañarla, y pronto aprendieron a no intentarlo. Entiendo por qué tuvo que dejar Darley; creo que Sir Francis está mal de la cabeza, pero no tenía necesidad de ir hoy a la granja de la señorita Louisa. Sabía lo que probablemente estaba pasando y se puso en peligro por nada. Me parece que lord Carteret sabe lo que hace, y lo que usted pensó que podía hacer me tiene desconcertado.

—¡Basta! —Cassandra estalló de repente—. No pensé que pudiera hacer nada, sino que simplemente deseaba echar un vistazo. No puedo quedarme de brazos cruzados cosiendo, trabajando en el jardín o pintando eternamente. Estoy acostumbrada a hacer algo, Plackett, no a sentarme y quedarme de brazos cruzados mientras los acontecimientos pasan de largo. Fui yo quien notó por primera vez que algo andaba mal en la granja y por mucho que lord Carteret se haya hecho cargo, Louisa es mi amiga, y haré todo lo que esté en mis manos para ayudarla a salir de este embrollo. Quizá no debería haber ido a la granja, pero al menos puedo llevar el mensaje del señor Chubb y ser así de alguna utilidad.

Una sonrisa más bien triste curvó los labios de Plackett.

—Siempre ha tenido más energía de la que le conviene, señorita, y siempre se ha esforzado por ayudar a los demás a su costa. Es usted una buena chica y sólo espero que esta vez no haya metido la pata.

Abandonaron el refugio que les brindaba los árboles mientras él hablaba, y una fría lluvia cayó sobre ellos cuando se incorporaron a la calzada. Cassandra golpeó con los talones los ijares

de su caballo y aceleró, con repentinas lágrimas de frustración ardiendo en sus ojos. Sabía que probablemente su mozo tenía razón. Con toda seguridad, Laurence se pondría furioso con ella. Si desaprobaba que galopara por el parque porque su caballo podría meterse en una madriguera de conejos, no podía imaginarse lo que diría del paseo de esta mañana. Apretó los dientes y empujó al caballo con más fuerza. Que así fuera. Había actuado de acuerdo con su naturaleza, y si Laurence no la quería por lo que era, entonces estaba mejor sin él.

CAPÍTULO 19



Laurence había trasnochado. El señor Lapworth estaba tan alterado por las revelaciones que le habían hecho, que solo había logrado consumir de su cena tanto como un hombre normal. La había bajado con varias copas de vino, aunque había rechazado el Borgoña como si se sintiera ofendido y había pedido que le trajeran en su lugar un poco de Madeira. Por cortesía, Laurence se había visto obligado a beber mucho más de lo habitual. Rara vez bebía en exceso, pues odiaba sentir que podía perder el control que tan cuidadosamente había cultivado a lo largo de los años y hacer el ridículo. No había bebido lo suficiente para eso, pero cuando convenció al juez de que se sumara a sus planes, no estaba completamente sobrio.

Era madrugador, pero el vino y la noche habían hecho su efecto. Su sueño sólo se vio perturbado cuando su ayuda de cámara descorrió las cortinas, aunque fue su discreta tos y no la tenue luz lo que lo despertó. Abrió los ojos sombríos y observó el cielo nublado.

—Es un día aburrido —murmuró.

—Sí y no —respondió el ayuda de cámara con voz inexpresiva.

No era propio de Salop hacer afirmaciones ambiguas, y si se hubiera sentido mejor, habría preguntado qué quería decir. Pero al incorporarse, la cabeza empezó a dolerle de un modo muy desagradable, y se le quitaron las ganas de hablar. Cerró los ojos brevemente cuando un trueno resonó en lo alto.

Salop le acercó una jarra de metal.

—Beba esto, milord. Sólo es cerveza con unas cucharadas de miel, pero le hará sentirse mucho mejor, se lo aseguro.

Laurence se llevó la jarra a los labios y, al descubrir que su sabor era bastante agradable, no tardó en bebérsela. Cuando el dolor disminuyó, le sonrió amablemente a su criado.

—Gracias.

Salop le quitó la jarra de las manos y cruzó la habitación hasta una mesa pequeña. Volvió con una bandeja que puso sobre el regazo de Laurence. Levantó de ella una tapa abovedada, muy al estilo de un mago a punto de realizar alguna maravilla, dejando al descubierto un plato de huevos y pan tostado.

—Sé que no suele desayunar en la cama, señor, pero no hay nada como los huevos para animar a un hombre que se ha excedido.

Laurence desayunó sumisamente y descubrió que su ayuda de cámara tenía razón. Sonrió con ironía.

—O tienes una percepción que no había notado antes, Salop, o me temo que debo haber estado en peor estado de lo que supuse anoche.

El ayuda de cámara retiró la bandeja y, mientras se la llevaba, dijo:

—No estaba más que un poco alegre, milord, y nadie que no lo conociera íntimamente se habría dado cuenta de ello. Pero como es raro verlo tan afectado, pensé que era probable que sufriera por ello esta mañana.

Se acercó al lavabo, cogió un aguamanil y lo vertió en la palangana.

—El agua está fría, milord. Bañe su cabeza con esto y verá que recupera la lucidez.

Esto también resultó ser cierto, y ni un relámpago brillante ni el siguiente trueno tuvieron el poder de perturbarlo. Laurence se acercó a la ventana, todavía secándose el cabello con la toalla.

—Es una tormenta impresionante.

Se deshizo de la toalla, se puso la camisa que le había entregado Salop y buscó sus pantalones, recordando de pronto las primeras palabras del ayuda de cámara.

—¿A qué te referías cuando, en respuesta a mi afirmación de que era un día aburrido, dijiste sí y no?

El ayuda de cámara miró hacia la ventana.

—Cuando dije que sí, me refería al tiempo, señor. Sin embargo, se ha despejado considerablemente desde que hice esa afirmación, aunque creo que la tormenta pasará pronto.

Laurence terminó de abrocharse los pantalones y cogió el pañuelo que le ofreció.

—¿Y el no?

—Bueno, señor —dijo, con voz sosa—, no todos los días viene una dama a llamar a la puerta a las ocho de la mañana.

Laurence se había vuelto hacia el espejo para arreglarse el pañuelo, pero sus dedos se detuvieron y sus ojos, repentinamente atentos, buscaron los de Salop.

—¿Qué dama?

—La señorita Fenton, señor. Llegó hace media hora. Estaba disfrutando de un paseo matutino cuando empezó a llover, y como se encontraba cerca pensó en buscar refugio en Westerby. Sin duda fue la inclemencia del tiempo lo que la hizo cabalgar tan rápidamente por el camino del este a lo que Peter, el lacayo, llamó un ritmo frenético —al ver que el repentino movimiento de los dedos de su amo había producido un desafortunado pliegue en su pañuelo, le tendió otro—. Por eso lo he despertado, señor —dijo, sin expresión alguna en el rostro—. Pensé que querría saberlo.

Laurence se quitó el arruinado pañuelo y lo tiro a un lado.

—No hay necesidad de apresurarse, señor. Lady Malmsy ha llevado a la señorita Fenton a su habitación para que se seque un poco. Creo que su capa la protegió de la lluvia, pero aun así estaba un poco húmeda.

Laurence murmuró una maldición en voz baja, pero cogió el pañuelo y se lo acomodó con bastante calma.

Mientras el ayuda de cámara le ayudaba a ponerse el abrigo, dijo en voz baja:

—Gracias por ayudarme a despejar mi mente, Salop.

El ayuda de cámara tiró un poco del frac de su abrigo, recogió los pañuelos del suelo y comenzó a guardarlos en un cajón.

—No hay necesidad de agradecerme, señor. Mi trabajo es hacerlo sentir tan cómodo como me sea posible.

Aunque Laurence no se sentía nada divertido, una sonrisa ladeada curvó sus labios mientras salía de la habitación. Había pensado que el ayuda de cámara que había contratado hacía poco más de un año se desinteresaba bastante por todo lo que no fuera la apariencia que presentaba y eso le había sentado muy bien. Pero parecía que se había equivocado, y Salop había notado mucho más de lo que le había atribuido. Sin duda había percibido su interés por Cassandra. Al

pensar en ella, sus labios se fruncieron. Sólo se le ocurría una razón por la que pudiera haber venido por el camino del este; su ejercicio matutino debía de haberla llevado cerca, si no directamente, a la granja Willow Tree Laurence era conocido por mantener la cabeza fría, pero fue consciente de un extraño arrebató de repentina ira.

Al acercarse a la cabecera de la escalera, vio que Cassandra y su hermana venían en dirección contraria. Hizo una rígida reverencia.

—Buenos días, Anne, señorita Fenton —sus ojos recorrieron su hábito de montar gris azulado. Su cuerpo parecía seco, pero podía distinguir manchas de humedad en la voluminosa falda—. Ha sido muy imprudente por su parte venir tan lejos en un día como hoy.

Cassandra levantó un poco la barbilla.

—No llovía cuando salí, señor.

Anne miró de un lado a otro con incertidumbre, percibiendo la extraña tensión que había entre ellos.

—No debes reprenderla, Laurence. Ya se lo he dicho a Cassandra. Le habría dado uno de mis vestidos si no fuera tan alta. Habría hecho el ridículo con un vestido que apenas le llegaba por debajo de las rodillas, además, habría sido muy impropio por su parte hacer tal cosa.

Los ojos de Laurence no se apartaron de los de Cassandra cuando dijo en tono cortante:

—Que la señorita Fenton pueda sentirse disuadida por la primera de tus afirmaciones puedo creerlo, pero que se preocupe demasiado por la segunda, no puedo aceptarlo.

La mirada de Cassandra lo fulminó y Anne jadeó.

—Laurence, no es propio de ti ser tan grosero. Debo pedirte que te disculpes con nuestra invitada.

Él enarcó una ceja.

—¿Cree que le debo una disculpa, señorita Fenton?

—No la aceptaría aunque usted me ofreciera una —espetó.

—Vamos —dijo Anne—, no sé qué ha provocado este altercado, pero aconsejo que bajemos todos a desayunar. Todo parece siempre mejor con el estómago lleno.

—Ya he comido —dijo Laurence, con la mirada aún fija en Cassandra.

Ella no se dejó intimidar por esto.

—Y yo no tengo hambre.

—Entonces, ¿puedo sugerirle que venga conmigo a mi estudio, señorita? Hay algo que deseo decirle.

—Desde luego, señor —respondió con fría dignidad—, porque tengo un mensaje que darle de parte de un conocido común.

Los ojos de Laurence se entrecerraron y adquirieron el brillo del acero bruñido, pero se limitó a darse la vuelta y bajar rápidamente por el descansillo en dirección a su estudio, dejando que Cassandra lo siguiera y Anne los contemplara, atónita.

No llegaron hasta el estudio. En cuanto la puerta del salón se cerró tras ellos, Laurence dijo secamente:

—Supongo que el conocido común del que hablaba era el señor Chubb.

—Supone correctamente, señor.

—Y que se encontró con él en algún lugar cercano a la granja.

Tenía una mirada desafiante cuando dijo:

—De nuevo tiene razón. Pensé que era mejor ir en esa dirección que en cualquier otra. Mi encuentro con el señor Chubb fue una coincidencia, por supuesto, pero fortuita, ya que pude ahorrarle el tener que recorrer todo este camino bajo la lluvia torrencial para traer sus noticias.

La descripción de su encuentro y de la entrega de la información del señor Chubb no hizo más que avivar la ira de Laurence.

—¿Espera que le dé las gracias por ahorrarle a un hombre, al cual le pago muy bien, un paseo de unos kilómetros bajo la lluvia? Dije que era usted imprudente cuando nos conocimos, señorita Fenton, pero en aquella ocasión tuvo usted, al menos, alguna excusa para su imprudente comportamiento. ¿Qué la impulsó a ir allí cuando sabía de mis sospechas?

—Curiosidad. Quería volver a ver la granja teniendo en cuenta sus sospechas. No creo, señor, que corriera ningún peligro a plena luz del día con mi mozo de cuadra a mi lado.

—¿No corría peligro? Un cargamento de contrabando recién llegado está escondido en esos prados, muy probablemente con alguien vigilándolo hasta que pueda ser trasladado. Si lo hubiera descubierto y la hubieran visto, no creo que tu mozo hubiera sido protección suficiente. ¿Ha olvidado que sospechamos que el señor Rythorne ya ha cometido un asesinato? Bien podría volver a hacerlo para proteger sus intereses.

Ella palideció un poco al escuchar esto y aunque protestó, fue con menos vehemencia.

—No sabía que estaba ahí. Todo eran conjeturas; no se había demostrado nada. Y nunca hubiera pensado que los barriles estuvieran a la intemperie. Hubiera pensado que estarían guardados en un granero o en la casa.

—Al igual que podría pensar cualquier entusiasta oficial de aduana, señora. Su ignorancia no excusa una intromisión tan insensata. No sólo se ha puesto en peligro de manera innecesaria, sino que también podría haber alterado mis planes.

Su tono mordaz hizo que ella levantara de nuevo la barbilla.

—No sufrí ningún daño y me mantuve fuera de la vista de la casa, puede estar seguro de ello.

Él no se tranquilizó lo más mínimo.

—No estoy seguro de nada, señorita Fenton. Pensaba que era usted demasiado sensata para actuar así, pero me equivoqué. Es usted voluntariosa, testaruda e imprevisible. He intentado protegerla desde el momento en que la conocí y había empezado a esperar que podría ganarme el derecho a seguir haciéndolo como su marido, ¡pero es una tarea imposible si usted no toma ninguna medida para protegerse!

Cassandra se volvió hacia la puerta, la abrió de un tirón y dijo en voz baja y temblorosa:

—Y yo, señor, había empezado a pensar que usted sería un marido tolerable, pero veo que estaba equivocada. No hay nada más que decirnos así que me retiraré.

Laurence permaneció de pie durante unos minutos, clavado en el sitio, sintiendo como si ella se hubiera llevado todo el aire de la habitación con ella. Finalmente, caminó como si estuviera en un trance hasta la ventana, la empujó y se sentó en la silla, respirando tranquilamente. Hacía muchos años que no sentía una rabia tan indomable, y lo dejó aturdido. La tormenta del exterior había pasado, y cuando la de su interior se disipó, gruñó. ¿Qué había hecho? Sus palabras habían sido ciertas, pero nunca le había hablado así a una mujer. *Nunca se había preocupado por una mujer de tal manera.* Mientras estas palabras susurraban en su mente, escuchó el ruido de cascos esparciendo gravilla y, al levantar la cabeza, vio a Cassandra cabalgando por el camino, su capa volando tras ella y su mozo de cuadra siguiéndole la estela.



La lluvia había cesado, pero por el rostro de Cassandra corrían lágrimas ardientes. ¡Maldito sea su orgullo! Justo cuando sabía que debería haber capitulado, no porque la voluntad de Laurence fuera más fuerte que la suya, sino porque él había dicho la verdad, ella había pronunciado

palabras que no podían deshacerse, palabras que habían acabado con cualquier posibilidad de unión entre ella y el hombre al que había llegado a amar. Ya no podía tener ninguna duda, pues con cada metro que su caballo ponía entre ella y Laurence, sentía crecer su desolación.

Si él le hubiera hablado con más delicadeza, el resultado podría haber sido diferente. Pero la manera mordaz en que la había regañado no le había dado una oportunidad para disculparse o admitir su error, y la había incitado a hablar de la misma manera. Y tal vez fuera lo mejor; ella era todo aquello de lo que él la acusaba, y si esas características le disgustaban tanto, no habría más felicidad en un matrimonio entre ellos de la que habría habido si ella se hubiera casado con su primo.

Sabía que la culpa era suya. Sus sospechas de que no estaba hecha para ser una esposa se confirmaron. Este pensamiento solo hizo que sus lágrimas cayeran más rápido hasta casi ahogarla. Apenas era capaz de ver por dónde iba, y su nariz moqueaba de una manera muy poco femenina, así que se vio obligada a detenerse en el bosque. Agradeció que Plackett permaneciera a cierta distancia detrás de ella mientras se limpiaba la cara y la nariz. Esta prosaica acción la tranquilizó un poco y continuó su camino a un ritmo más decente, abriéndose paso con cuidado entre las roderas llenas de agua.

La lluvia comenzó a caer de nuevo cuando llegaron a Tremlow House. Cassandra entregó las riendas de su caballo a Plackett, quien la miró con cierta compasión y le dijo repentinamente:

—Sin duda ha sufrido un inusual desaire, señorita, pero no se lo tome demasiado a pecho. Lo que se dice con ira suele lamentarse poco después. Todo pasará, recuerde lo que le digo.

Cassandra no pudo estar de acuerdo y se limitó a sonreír con desgana. Incapaz aun de encarar a Louisa, se dirigió a la casa de verano. Su amistad con Laurence podía haber llegado a su fin, pero terminaría el encargo de la mejor manera posible. Tal vez cuando él viera las miniaturas de sus hermanas, pensaría en ella con más simpatía.

Dio los últimos retoques al cuadro de Cecy y pronto quedó absorta en el retrato de Anne. De este modo evadió durante unas horas la sensación tan pesada que sentía en su interior. Louisa acudió a ella a primera hora de la tarde, trayendo consigo un delgado cuaderno encuadernado en piel y un ambiente de entusiasmo. Éste disminuyó un poco cuando miró de cerca a su amiga. Dejó el cuaderno sobre una mesa convenientemente colocada y echó un vistazo a la capa empapada que estaba tirada sobre una de las sillas de caña junto a la ventana, con un charco de agua debajo.

—Querida, no te has quitado el traje de montar y estás muy pálida.

Cassandra dejó el pincel y se levantó, llevándose las manos a la parte baja de la espalda y arqueando la columna para aliviar su rigidez.

—Me he alejado un poco más de lo que pretendía cuando fui de paseo y he pensado que era mejor no perder más tiempo. Sólo me quedan unos días si quiero terminar las miniaturas antes de que Anne y Cecy se marchen de Westerby.

La voz se le quebró un poco al pronunciar la última palabra.

Louisa le dijo con dulzura:

—Seguramente te habrá sorprendido la lluvia y probablemente tengas un poco de frío. Entra enseguida y cámbiate; la falda de tu traje de montar aún está húmeda. Te ayudaré a vestirme y me dirás qué te preocupa.

Para cuando Louisa la hubo ayudado a quitarse el traje y a ponerse un vestido de manga larga de muselina de color junquillo, Cassandra había contado su historia con una voz llana e inexpresiva que no ocultaba en absoluto su angustia.

Louisa se sentó en el borde de la cama y atrajo a Cassandra hacia sí. Le rodeó la cintura con

un brazo.

—No me sorprende que le hayas hablado así, querida. Quizá no fue muy inteligente por tu parte, pero fue culpa de lord Carteret. Hasta ahora ha sabido tratarte muy bien. Sin embargo, no creo que debas desilusionarte. Su hábil manejo de la situación es de lo más prometedor.

A su pesar, Cassandra se echó a reír.

—Oh, Louisa. Has permitido que tu naturaleza romántica se apodere de ti. Él percibe casi tantos defectos en mi carácter como Sir Francis, y tiene razón.

—Pero él no es Sir Francis. No desea, estoy segura, cambiar tu naturaleza. Se ha enamorado de ti a pesar de lo que llamas tus defectos, y quizás incluso a causa de ellos. Es fácil atribuir connotaciones negativas a lo que en otras circunstancias podrían considerarse atributos positivos. Por imprudente, testaruda e imprevisible, sustitúyelo por valiente, decidida e interesante.

—Pero estaba tan enfadado, Louisa, tan disgustado...

—Enfadado, desde luego —la interrumpió—. Pero si está disgustado, sospecho que sólo será consigo mismo. Es un hombre que no muestra fácilmente sus emociones, mi amor, y que dejara que su ira se apoderara de él es muy revelador. Fue impulsado por el conocimiento de que pudiste haberte puesto en peligro, no por disgusto hacia tu carácter, y eso revela la intensidad de sus sentimientos por ti. Deja que las cosas se calmen durante unos días. Me sorprendería mucho que no recibieras algún tipo de disculpa.

—Quizá yo debería enviarle una.

Louisa sonrió con complicidad.

—Tiene mucho mérito que se te haya pasado por la cabeza, pero si te dejas guiar por mí, no lo hagas. Deja que se acerque a ti y, cuando hayas aceptado amablemente sus disculpas, podrás ofrecer las tuyas libremente.

Se levantó y cogió el cuaderno forrado de cuero que había traído consigo.

—¿Qué es eso? —preguntó Cassandra.

Los ojos de Louisa se iluminaron y se lo tendió.

—Echa un vistazo y dime qué te parece.

Cassandra abrió el delgado tomo y vio que cada página tenía la fecha en la parte superior y estaba dividida en cinco columnas. En la primera figuraban los nombres de varios vinos y licores, junto a cada artículo estaba la cantidad, el precio al que se compró, el precio al que se vendió con unas iniciales inscritas al lado y, por último, la ganancia.

Cassandra frunció el ceño.

—Es uno de los libros de cuentas del señor Tremlow, pero no puedo entender qué es lo que ha captado tu interés, Louisa.

—Ah, pero quizá resulte más interesante cuando te diga que lo descubrí en una caja cerrada con llave en el fondo del armario del señor Tremlow. No pude encontrar la llave y William tuvo que abrirla por mí. ¿Qué te sugiere eso?

—¿Que no deseaba que nadie más que él lo supiera?

—Eso es justo lo que pensé, y posiblemente ni siquiera el señor Rythorne. Empiezo a pensar que es tanto el libro de cuentas como la carta inculpativa que buscaba cuando vino aquí. Fíjate en las fechas, mi amor.

Cassandra volvió a echar un vistazo al libro y pasó varias páginas.

—Las anotaciones se hacen sólo cada dos meses.

—Precisamente. Si ese libro hubiera estado relacionado con sus negocios habituales, las anotaciones habrían sido mucho más frecuentes y habrían escrito quién había comprado qué, imagino, en lugar de sólo iniciales, y no habría habido necesidad de ocultarlo.

Cassandra volvió a mirar la primera página y luego la última.

—La primera entrada se hizo hace unos once años, y la última un mes antes de la muerte del señor Tremlow.

—Empiezan —dijo con énfasis—, poco después de que se construyera esta casa.

Cassandra volvió a mirar el libro.

—Louisa, ¿cuándo compró el señor Tremlow la granja Willow Tree?

—En abril de 1806, dos años después.

Cassandra avanzó unas páginas.

—Las cantidades que se vendían se duplicaron poco después. Esta casa *sí* se utilizaba para el contrabando de mercancías y, una vez que el señor Tremlow se hubo establecido, amplió su negocio.

—Así parece. No he hecho ningún cálculo preciso, sólo una rápida estimación mental, pero en ocho años debió de ganar alrededor de veinte mil libras, y sin embargo no encuentro pruebas de dicha cantidad. ¿Qué hizo con ese dinero, Cassandra?

Cassandra sonrió.

—No tengo ni idea, pero sospecho que estás a punto de superar tu miedo a las ratas.

Louisa se rio.

—Me vendría muy bien que estuviera guardado en el sótano, pero creo que es una posibilidad remota.

—Vamos, comamos un almuerzo ligero antes de explorar. Hoy no he comido nada y estoy famélica.

—¿Vamos?

—Me aseguraré de que no hay cofres de oro en el sótano y luego seguiré pintando.

Grace llamó tímidamente a la puerta y luego asomó la cabeza.

—¿Puedo entrar ahora, señorita Cassandra?

—Sí, Grace. Mi traje de montar está un poco húmedo, busca algún sitio donde colgarlo para que se seque, ¿quieres?

—Por supuesto, señorita. ¿Es por eso que no se sentía bien cuando entró? ¿Se ha resfriado?

—No, estoy perfectamente bien, pero el tiempo sombrío me puso de mal humor.

Grace parecía un poco avergonzada.

—No me sorprende, son dos remojones que se ha dado en un día.

—Cuanto menos hablemos de eso, mejor —dijo con firmeza.

—¿Dos remojones? —preguntó Louisa.

—Grace pensó que estaba teniendo una pesadilla y me echó una jarra de agua por encima —explicó secamente.

—Oh, cielos —dijo Louisa, con voz temblorosa.

Grace sonrió de repente.

—Bueno, no tendrá que aguantarme mucho más, señorita Cassandra. William ha tardado hoy en traer el correo a causa de la lluvia, pero acaba de darme una carta de mi tío. Se ha caído por las escaleras y se ha roto una pierna. Por suerte, Matthew, es decir, el señor Cooper, todavía estaba allí y consiguió subirlo por las escaleras y acostarlo antes de enviar al mozo de cuadra a buscar al médico. El caso es que mi tío quiere que Matthew se quede con él hasta que pueda volver a moverse —le tendió una carta a Louisa.

—Adjuntó esto a su carta. Es de Matthew.

Louisa escaneó rápidamente las pocas líneas.

—Por supuesto que puede quedarse con tu tío.

Grace se volvió hacia Cassandra.

—No me gusta abandonarla con tan poca antelación, pero él sugiere que coja el carruaje de King's Lynn a Market Deeping tan pronto como sea conveniente. Dice que Matthew será un buen marido para mí y que cuanto antes se lean las amonestaciones, mejor. Está feliz de que vivamos con él. ¿Puedo ir, señorita?

Cassandra sonrió.

—Por supuesto. Estoy segura de que la señora Blinksop estará encantada de contar con tu apoyo. Yo misma te dejaré en el carruaje.

—Iremos todas —dijo Louisa—. De todos modos, tenía intención de ir mañana a Lynn para llevarme todas las cosas del señor Tremlow.

CAPÍTULO 20



A penas se habían sentado a almorzar cuando William le llevó una carta a Cassandra. Ella la abrió rápidamente, con manos repentinamente temblorosas y la garganta seca. Una fuerte sensación de decepción la golpeó cuando reconoció que la escritura era la del señor Penwith. La dejó un momento en la mesa, incapaz de concentrarse en las palabras que parecían saltar por la página, mareándola. Levantó la vista para ver la mirada interrogante de Louisa y negó con la cabeza.

—Es del señor Penwith —dijo, cogiendo un panecillo.

Lo desmenuzó entre los dedos durante unos instantes y volvió a coger la carta. Esta vez las palabras se quedaron en su sitio, y la leyó despacio, parafraseándola para Louisa y Emma.

—El señor Penwith está en Lynn, en la posada Duke's Head, y espera que lo visite allí mañana al mediodía. Dice que, como no está solo, no puede abusar de nuestra hospitalidad ni de la de lord Carteret. Una parte de la posada está destinada a un banco llamado Massey & Co, regentado por Benjamin Massey y su esposa Mary Massey. Él considera que el banco es digno de confianza y me recomienda que lo haga con ellos si decido quedarme en esta zona. Me presentará a la señora Massey si así lo decido, sin embargo, tiene muchas esperanzas de que reconsidere mi futuro después de haber conocido la información que trae consigo y de haber conocido a sus compañeros de viaje.

—Qué intrigante —dijo Louisa—, pero debo admitir que desearía que no hubiera sido tan parco en los hechos.

—Yo también —coincidió Cassandra—. Mencionó en su última carta algo sobre haber persuadido a mi abuelo de que al menos considerara que a mí podría no gustarme Sir Francis, así que tal vez se hicieron más conjeturas sobre mí en ese asunto —se encogió de hombros y dejó la carta—. Pronto lo sabremos.

William entró en la habitación y anunció que el señor Westerby había llegado.

—Oh —dijo Louisa, secándose los labios con la servilleta—, iré enseguida.

Se levantó y cogió el cuaderno que había llevado consigo al comedor.

—No, no —le dijo a su hermana, quien también se había levantado—. Hazle compañía a Cassandra y termina tu comida, querida.

Encontró al señor Westerby de pie junto a la chimenea, con un pie calzado con botas en el parachispas y el brazo apoyado en la repisa. Miraba los leños apagados y fruncía ligeramente el ceño, pero su expresión cambió y se enderezó al verla de pie junto a la puerta. Se inclinó y sonrió.

—Buenas tardes, señorita Louisa. A juzgar por el brillo de sus ojos, sospecho que tiene noticias. ¿Debo entender que ha encontrado algo interesante en los bolsillos del señor Tremlow?

Louisa se rio y se acercó, blandiendo el cuaderno.

—No en sus bolsillos, sino en una caja cerrada al fondo de su armario.

Él lo cogió y lo hojeó.

—Parece que el contrabando es un negocio rentable.

—En efecto. Es muy inquietante, desde luego, pero si se fija en las fechas, queda claro que tanto la casa Tremlow como la granja Willow Tree se han utilizado para ese fin. Cuando lo descubrí, me emocioné al pensar que había demostrado sus sospechas, pero entonces Cassandra me informó de que el señor Chubb se me había adelantado, lo cual me desanimó bastante.

Él no sonrió ante sus palabras desenfadadas, sino que volvió a fruncir el ceño.

—Señorita Louisa, usted no está angustiada en absoluto, pero quizá debería estarlo. Si se hiciera público que esta casa y la granja han sido utilizadas de ese modo, no sería bueno ni para usted, ni su difunta hermana, ni su marido. Y si se demuestra que el señor Tremlow fue asesinado, más preguntas incómodas podrían surgir.

—Por favor, siéntate, Alfred.

Él parecía sorprendido, pero no de manera desagradable.

—¿Te importa?

—No —dijo con una sonrisa ladeada.

—Bien. Me parece ridículo ser tan formal cuando compartimos tantos secretos —se puso seria por un momento—. Sin embargo, no creo que el hecho de que mi hermana se confabulara con el señor Rythorne para asesinar a su marido sea uno de esos secretos. Puedo asegurarle que no era capaz de hacerlo. Creo que sabía lo del contrabando y que estaba bastante asustada. También creo que estaba avergonzada, ya que nunca me dijo ni una palabra al respecto, salvo en una ocasión, cuando tenía fiebre, y me dijo que fingiera no darme cuenta si ellos venían. En cuanto al hecho de que se haga público que esta casa se utilizaba para ese fin, sospecho que no somos los únicos que lo sabemos; en una comunidad como ésta, algo se debe haber sospechado al menos.

—Tal vez. La gente del campo es conocida por ser muy reservada, y no quieren a los aduaneros. Tienen una larga historia y es probable que más de uno de los suyos fuera ahorcado o trasladado por tal actividad en tiempos pasados, lo que me lleva al motivo de mi visita —le dirigió una mirada firme y una sonrisa encantadora—. Bueno, uno de los motivos de mi visita.

Louisa bajó la mirada un momento y un leve rubor apareció en sus mejillas.

—No estoy segura de entender lo que quieres decir.

Se sentó hacia delante y comenzó a acercar su mano a la de Louisa, pero la puerta se abrió antes de que pudiera hacer algo y la dejó caer. William entró, entregándole una tarjeta.

—Hay un tal señor Gill que desea verla, señorita Thorpe.

Louisa le echó un vistazo y se le escapó un pequeño jadeo.

—Un oficial de equitación. Qué inesperado. Lleva al señor Gill al salón trasero, por favor, William, y dile que estaré con él en un momento.

—De eso vine a advertirte —dijo Alfred—. Se sospecha que una embarcación de contrabando que fue capturada frente a Hunstanton ya se ha deshecho de parte de su cargamento, y han enviado a varios oficiales de equitación para que inspeccionen los lugares registrados como implicados en el comercio en el pasado. Como sabes, Thornham fue uno de ellos. No quería que te alarmaras de ninguna manera ni que pensaras que estabas bajo sospecha si recibía una visita —vio que ella estaba un poco pálida—No tienes nada que temer, Louisa. Deja que busque. Sospecho que querrá mirar en el sótano y luego seguirá su camino.

—Estoy segura de que tienes razón, pero no sé qué hay exactamente en el sótano. Mi

hermana no quería que hiciera un inventario cuando vivía; tal vez temía lo que pudiera encontrar. Emma y yo íbamos a empezar a hacerlo esta tarde.

—Pero seguramente tu lacayo sabría si hay algo inusual ahí abajo.

—Sí, estoy segura de que tienes razón —convino, poniéndose en pie—. Aunque como la leña se guarda en un cobertizo junto a los establos, rara vez tiene necesidad de bajar allí, y no es demasiado curioso. Como no hay caballeros en la casa, no consumimos mucho vino —sonrió con pesar—. No sé cuál sea la razón, pero aunque no he hecho nada malo, la presencia de un oficial de equitación en mi casa me hace sentir bastante culpable.

—No hay necesidad de ello, te lo aseguro. Laurence lo tiene todo bajo control. Tan pronto como los barriles sean trasladados, lo que sospecho que ocurrirá esta noche, antes de que los oficiales de equitación dirijan su atención a lugares menos obvios, se enviará la orden y se interceptará a los transportistas terrestres una vez que estén lejos de tu casa.

Ella extendió una mano.

—¿Quieres bajar con nosotras? Mi hermana mencionó algo sobre ratas.

Él cogió su mano y se la llevó a los labios.

—Es un honor servirte en lo que pueda.

Encontraron al señor Gill mirando hacia el pantano por la ventana del salón trasero. Tenía un semblante agradable y el porte de un soldado. Cuando Louisa mencionó esto, él sonrió.

—Sí, señora. Serví, pero ahora que la guerra ha terminado, he tenido que buscar una nueva profesión y como el gobierno está decidido a reforzar las medidas preventivas para evitar que el contrabando vuelva a arraigar, he pensado en probar suerte como oficial de equitación.

—Me alegro de que haya encontrado empleo.

Louisa pensó que era una lástima no poder facilitarle un hombre tan agradable una información que le sería muy útil en su nueva profesión. Tal vez intuyendo esto, Alfred se acercó, le estrechó la mano y se presentó como primo y mayordomo de lord Carteret, añadiendo que el vizconde era un buen amigo tanto de la señorita Thorpe como de la señorita Fenton, quien residía en ese momento con ella.

El hombre parecía impresionado y un poco avergonzado. No podía, después de todo, favorecer su nueva carrera el que molestara a uno de los mayores terratenientes de la zona importunando a sus amigos de esta manera. Louisa supuso que debía de ser la intención de Alfred comunicarle esta idea al oficial y que seguramente se lo pensaría mejor antes de permitirle registrar la bodega.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Gill? —preguntó Louisa.

—Lamento incomodarla, señora, pero tengo órdenes, y son inspeccionar cualquier lugar de esta vecindad que pueda ser un lugar conveniente para almacenar mercancías de contrabando.

Ella lo miró con interés.

—Ya veo. Y usted pensó que tal vez una casa compuesta por tres solteronas sería el lugar adecuado.

Él empezó a moverse un tanto inquieto, y ella le sonrió amablemente.

—No se sienta avergonzado, se lo ruego. Después de todo, sólo está cumpliendo con su deber.

Emma entró en ese momento en la habitación, con un plato de galletas y una copa de vino.

—Qué considerada eres, querida —dijo Louisa—. Por favor, siéntese, señor Gill.

Así lo hizo y Emma colocó sus ofrendas en la mesa junto a él. Él le dio las gracias y cuando ella no respondió sino que se sentó en la silla de al lado y sacó su tejido de la cesta que tenía a sus pies, Louisa dijo:

—Mi hermana no está siendo descortés, señor Gill, es sorda y no lo ha escuchado. Suele sentarse aquí por la tarde a tejer. Está haciendo calcetines para los niños pobres de la parroquia.

El señor Gill miró a Emma, quien era el retrato de la domesticidad inofensiva, y se sonrojó aún más.

—Yo, por desgracia —continuó Louisa—, no soy muy buena tejiendo, pero hago lo que puedo ayudando de vez en cuando en la escuela dominical del pueblo. ¿Dónde le gustaría buscar primero? El sótano sería el lugar más obvio o tal vez la casa de verano. Estoy segura de que a mi amiga, la señorita Fenton, no le importará que la molestemos. Está pintando miniaturas de las hermanas de lord Carteret, lady Malmsy y la señora Pellow, quienes han tenido la amabilidad de visitarnos varias veces.

El señor Gill ya había escuchado suficiente y se puso de pie.

—Siento haberla molestado, señorita Thorpe. Me pidieron que buscara en lugares probables, y ya no soy de la opinión de que éste sea uno de ellos.

—Veo que es usted un hombre sensato, señor Gill —dijo Alfred—. Iré con usted a los establos y le haré algunas preguntas, si me lo permite.

—Por supuesto, señor —dijo, mientras cruzaba la habitación—. Aunque no tengo mucho tiempo. Tengo que volver a Lynn esta tarde. Han enviado a otro oficial para sustituirme. Al parecer, se están gestando algunos problemas y quieren a alguien con mi experiencia para brindar apoyo a los rangos de la milicia.

—¡Espera! —dijo Emma de repente.

Él se volvió y ella se acercó con las galletas envueltas en un pañuelo y una sonrisa amable en el rostro.

—Debe recobrar sus fuerzas.

El señor Gill hizo una reverencia y salió precipitadamente de la habitación. Cassandra entró en ella unos instantes después.

—William nos habló del visitante. Veo que te has librado de él. Debo admitir que me pareció acertado. ¿Hizo Emma el truco? Pensé que os iría mejor sin mi presencia.

—Todos nos deshicimos de él —dijo Louisa—. Entre la mención del nombre y nuestras obras de caridad hicimos que el pobre hombre repensara bastante las cosas, aunque fue Alfred quien sembró la primera semilla de duda.

—¿Alfred? —dijo Cassandra con una sonrisa de complicidad—. Has estado ocupada. Ahora, ¿vamos a descubrir si era necesario deshacerse de él?

—Pienso exactamente lo mismo —dijo Alfred, volviendo a la habitación—. Hay un verdadero ejército de reclutas que han sido contratados. Hoy están concentrando su búsqueda alrededor de Thornham, Heacham y Snettisham, y mañana se trasladarán hacia el interior. Puede que hayamos disuadido al señor Gill, pero nada nos asegura que otro oficial más ferviente no vendrá después.

Cogieron unas cuantas velas y todos bajaron al sótano, o más bien a los sótanos, ya que había cuatro habitaciones diferentes. Se accedía a ellas desde una puerta al fondo del pasillo. En la primera había filas y filas de botellas de vino y brandy, muchas de ellas cubiertas por una fina capa de polvo. En la segunda, barriles de vino, brandy y cerveza, algunos estantes con botellas vacías y una larga mesa.

—Esto podría haber despertado cierto interés —dijo Alfred—, aunque todo podría explicarse fácilmente, ya que el antiguo propietario era comerciante de vinos y licores. La cantidad no es excesiva.

—¿No lo es? —preguntó Louisa—. Me llevaría toda una vida bebérmelo todo.

La tercera habitación tenía dos puertas en lo alto de la pared y un conducto. Estaba vacía, aparte de unas cuantas cajas de madera colocadas contra las paredes.

—Éste habría sido un lugar práctico para recibir mercancías ilícitas —dijo Alfred. De pronto se echó a reír. Las damas miraban dentro de las cajas—. ¿Qué esperáis encontrar?

—Las ganancias del señor Tremlow —dijo Louisa—. Sería fantástico que *estuvieran* aquí para que cualquiera las encontrara, por supuesto.

—Ah, estamos buscando tesoros —dijo él, sonriendo—. ¿Qué harías con las ganancias mal habidas?

Louisa se puso de pie y se sacudió el polvo del vestido.

—Construir una escuela y proporcionar una educación decente para que la próxima generación no se vea tentada a delinquir por la pobreza, sino que se dedique a un oficio decente.

—Parece apropiado —dijo Alfred en voz baja, con un brillo de admiración en sus ojos.

—Esta puerta está cerrada —dijo Cassandra con un tono de creciente emoción—. ¿Tienes una llave para ella, Louisa?

—No lo sé. Iré a buscar todas las que tengo.

Volvió enseguida con un gran manojo de llaves, pero ninguna de ellas encajó en la cerradura.

—¡Qué frustrante! —exclamó ella.

—Hay humedad en esta parte del sótano y la puerta ha empezado a pudrirse —dijo Alfred, señalando con su bota un agujero en la esquina inferior de la puerta—. Apártense, damas, no quiero que se hagan daño con una astilla perdida.

Ellas se retiraron obedientemente al otro lado de la habitación y Alfred levantó la rodilla y dio una fuerte patada a la puerta. La madera tembló pero no cedió. Retrocedió unos pasos y corrió hacia la puerta, golpeándola con el hombro. La puerta se abrió de golpe y él la atravesó a trompicones.

Louisa corrió hacia él.

—¿Te has hecho daño?

Él le sonrió, mientras frotaba su hombro maltratado.

—En absoluto.

En contraste con el orden que reinaba en los otros sótanos, éste estaba lleno de una desconcertante variedad de cachivaches, desde cofres colocados unos encima de otros hasta sillas, sombrereras, portamaletas e incluso un enorme y pesado armario.

—Cualquiera diría que el señor Tremlow se mudó aquí hace cincuenta años y no once —dijo Cassandra secamente.

—¿Y por qué demonios iba a cerrar la puerta con llave para resguardar semejante batiburrillo de objetos sin valor? —dijo Alfred, perplejo.

—¡Tesoros! —dijo Emma, riendo.

—Por supuesto, debe haber algo de valor aquí —dijo Louisa—. Iré a buscar a William para que nos ayude a buscar o estaremos aquí todo el día.

Entre los dos, Alfred y William abrieron los cofres, pero no encontraron nada importante en ninguno de ellos.

—¿Qué es eso que escucho? —dijo Alfred al abrir el último, sólo para encontrar un montón de ropa de cama en el fondo—. Apenas es audible, pero suena como si corriese agua.

—Será la alcantarilla —dijo Cassandra—. Debe de pasar por debajo de la casa en este punto. Quizá por eso esta habitación está más húmeda que las demás.

—Es lo más probable —dijo Alfred, cerrando la caja—. Después de la tormenta ha subido la marea.

—Siento haberte hecho perder el tiempo —dijo Louisa, con una sonrisa de pesar.

—En absoluto. Me ha recordado a cuando era niño y buscaba tesoros en los desvanes de casa. Pero ahora debo irme.

—Por supuesto.

Louisa empezó a sortear los obstáculos que se interponían en su camino. Alfred le tendió una mano para ayudarla, pero ella gritó y saltó sobre uno de los cofres. Una rata saltó a su lado y ella se lanzó sobre Alfred. Él la atrapó, tambaleándose un poco, y la sacó rápidamente de la habitación, mientras finas arrugas marcaban las comisuras de sus ojos debido a su sonrisa.

—Así que realmente te asustan las ratas —le murmuró al oído—. Qué afortunada circunstancia.

—No es en absoluto una circunstancia afortunada —jadeó, mientras su corazón latía de una manera muy errática.

—Te aseguro que lo es —dijo en voz baja—, y si no tuviéramos compañía, te lo demostraría.

CAPÍTULO 21



Cuando Cassandra desapareció de su vista, Laurence recobró lentamente la compostura. Dejo a un lado sus emociones y considero las últimas palabras que ella le había dicho. *Y yo, señor, había empezado a pensar que usted sería un marido tolerable, pero veo que estaba equivocada. No hay nada más que decirnos así que me retiraré.* Sintió que su ánimo se aliviaba un poco. Había herido su orgullo, pero tal vez la situación no era irremediable.

Aunque una parte de él deseaba ir inmediatamente a pedirle perdón, era lo bastante astuto como para no ceder a tal impulso. Ya había sido testigo de lo rápido que podía cambiar el humor de Cassandra, y era muy probable que ella ya se estuviera arrepintiendo de sus palabras tanto como él de las suyas, pero no podía confiar en ello. Unos días de reflexión no le harían ningún daño, y para entonces los problemas de la señorita Thorpe habrían llegado, o al menos eso esperaba, a una conclusión satisfactoria en más de un sentido, y tal vez Cassandra podría verlo con mejores ojos. Si es que no había confundido sus sentimientos.

Él no podía dudar de los suyos. Su encuentro con Cassandra había sido muy poco convencional, pero había eliminado todas las limitaciones que habría impuesto uno más habitual. Ella no sabía quién era él, ni le había importado. No se había mostrado halagadora, coqueta ni estupefacta, sino que lo había tratado como a un igual, juzgándolo por lo que veía y no por lo que sabía. Esto no había cambiado en sus siguientes encuentros y, aunque a él le gustaría frenar parte de su impetuosidad, no la cambiaría en gran medida, sino que más bien canalizaría su energía. Como dueña tanto de Westerby como de su casa de Londres, actuaría como anfitriona de la flor y nata de la sociedad, de sus amigos e incluso de políticos. Tuvo el presentimiento de que ella no se sentiría intimidada, sino que prosperaría en ese ambiente.

Sus sentimientos por ella lo habían vuelto inusualmente torpe; ella necesitaba orientación, no recriminaciones, sugerencias en lugar de órdenes, pero sobre todo, necesitaba que la quisieran por lo que era. Él lo sabía perfectamente, pues deseaba lo mismo. Dios sabía que tenía bastantes defectos. Podía ser reservado, orgulloso e intransigente, pero Cassandra lo desafiaría, discutiría con él y se reiría tanto de él como con él, y no había nada que deseara más. No le satisfaría en absoluto tener una esposa que no fuera más que un adorno o que estuviera allí sólo para proporcionarle comodidad. ¿Qué tendrían que decirse el uno al otro?

Tras un breve encuentro con Alfred, pasó la mañana terminando su pintura en lo que se había convertido en su lugar secreto, aplicándose a la tarea con un fervor propio de un trance. Cuando regresó a la casa eran casi las tres de la tarde y le esperaba una carta del señor Lapworth.

Carteret,

Algunos hombres de la milicia con base en Lynn estarán esperando en Grimston, a unas nueve millas al este de la ciudad tan pronto como anochezca con uno o dos oficiales de

equitación. He sido informado por su hombre de que seguirán el viejo camino de pastores que pasa por ese lugar y sólo espero que sea tan fiable como tú crees, de lo contrario, quedaré en ridículo. He pedido que se me informe del resultado de inmediato y deseo que vengas a cenar y te quedes a pasar la noche para que puedas estar conmigo cuando se tengan noticias. Así tendré el placer de estrechar su mano o... bueno... simplemente de estrecharte. Trae a Westerby contigo, ya que tienes intención de llevarlo contigo a Lynn por la mañana para tratar el otro asunto.

Te ruego, sin embargo, que no llegues aquí más tarde de las cuatro, para que tengas tiempo de cambiarte para la cena, que se servirá puntualmente a las cinco.

Lapworth

Laurence no pudo evitar sonreír ante su convocatoria. El señor Lapworth, aunque resignado, estaba claro que seguía disgustado. Se metió la nota en el bolsillo y subió corriendo las escaleras para pedirle a Salop que le preparara una maleta para pasar la noche.

—¿Y lo acompañaré, milord?

—No, puedes disfrutar de unas breves vacaciones.

—Como desee.

Laurence se dio cuenta de que sabía muy poco de su criado y preguntó:

—¿A qué vas a dedicar tu tiempo libre, Salop?

—Cuando no me dedico a mantener su guardarropa en orden, me gusta leer, señor. Actualmente, estoy leyendo las obras de Shakespeare.

—¿Ah, sí? —dijo, sorprendido—. ¿Cuál te entretiene en este momento?

—*Mucho ruido y pocas nueces*, milord. Ya veo por dónde va, pero disfrutaré viendo cómo se resuelve todo.

Laurence se quedó mirando al hombre mientras desaparecía en su vestidor y se le escapó una suave risa. Estaba rumiando los parecidos entre Beatrice y Cassandra mientras bajaba las escaleras y no notó en qué momento la señorita Reynolds se puso a su lado.

—Me alegra verlo sonreír, lord Carteret. He escuchado que esta mañana estaba muy disgustado.

—¿De verdad? Mi hermana habla demasiado.

—Oh, no, ¿cómo puede decir eso? Fue sólo su preocupación de que estuviera actuando de una manera tan poco común lo que la hizo confiar en la señora Pellow, y como yo también estaba participando en el desayuno, no pude evitar escuchar. Ninguna de sus hermanas pudo entenderlo en absoluto, pero yo lo hice en un santiamén. Siempre pensé que la señorita Fenton era un poco atrevida, pero que utilizara una excusa tan endeble para molestarlo a una hora tan temprana muestra una falta de conducta tan grave que hace que no me sorprenda su disgusto.

Laurence se puso rígido.

—Se equivoca, señorita Reynolds. La visita de la señorita Fenton estuvo motivada por razones totalmente desinteresadas. Cualquier disgusto que yo pudiera haber sentido no fue consecuencia de su visita; ella siempre será bienvenida en mi casa, fue más bien la circunstancia de que fuera tan insensata como para salir a caballo en una mañana tan inclemente.

—Oh —bajó la cabeza tímidamente antes de mirarle con una expresión de pesar—. Ya veo. Qué considerado es. Me temo que yo también he sido tonta, pero le ruego que no piense mal de mí. Me desanimaría mucho, se lo aseguro.

Habían llegado al pie de la escalera y Laurence se volvió hacia ella.

—No entiendo por qué, señorita Reynolds, pero consuélase sabiendo que no pensaré mal de usted.

—Es usted demasiado bueno —murmuró ella.

Laurence reprimió una ligera risa al ver sus tácticas infantiles y decidió poner fin al tedioso juego que estaba jugando. Reconcilió su conciencia ante la brutalidad que estaba a punto de cometer sabiendo que un castigo cruel podría darle una lección muy necesaria y evitar que se convirtiera en una muchachita descarada.

—De ninguna manera, no pensaré en usted en absoluto.

Ella jadeó, y él vio en sus ojos tanta rabia como humillación.

—Sí, fue muy descortés por mi parte decirlo, lo sé. Permítame darle un consejo, señorita Reynolds. La próxima vez que se fije en un caballero, quizá debería considerar lo que usted puede ofrecerle a él y lo que él puede ofrecerle a usted. Hay algunos que pueden estar satisfechos con una cara bonita, pero la belleza se desvanece. Haría mejor en desarrollar su carácter, formar sus propias opiniones, y entonces podría encontrar una pareja y asegurar tanto su futuro como su felicidad.

Ella no pareció calmarse en absoluto, sino que subió rápidamente las escaleras, sin duda para tumbarse en su cama con dolor de cabeza. Pasó corriendo junto a lord Malmsy y no le devolvió el saludo. Él continuó bajando las escaleras, enarcando una ceja mientras veía a Laurence, pero había humor e inteligencia en la mirada que le dirigió.

—Finalmente la pusiste en su lugar, ¿verdad?

Laurence hizo una mueca.

—No fue, tal vez, muy bueno por mi parte.

Lord Malmsy le dio una palmada en el hombro.

—Tonterías, muchacho. Le sugerí a Anne que la enviáramos a casa antes de venir aquí, pero ella quería que Kitty fuera justo el tipo de chica que tú admirabas.

—Tal vez estaba pensando en mi primer amor.

Lord Malmsy soltó una risita.

—Anne cree que lo sabe todo, pero está muy lejos de eso. El último amor de un hombre rara vez se parece al primero. Sería un idiota si así fuera, y te diré esto, Carteret, tú no eres eso.

Laurence condujo a Alfred en su carruaje hasta la residencia del señor Lapworth y escuchó atentamente su colorido el relato de su tarde.

—Louisa es inusualmente perspicaz. Inmediatamente se dio cuenta de que me había pensado mejor permitir que el señor Gill registrara la bodega y lo manejó con una destreza que sólo pude admirar.

—¿Debo desearte que seas feliz, Alfred?

Él sonrió.

—Te estás adelantando. Pero espero que pronto puedas felicitarme.

—¿Debería empezar a buscar un nuevo mayordomo?

Alfred parecía sorprendido.

—En absoluto. Todavía necesito mantenerme. No soy el tipo de hombre que vive a costa de su esposa.

Laurence sonrió.

—Sin duda es muy egoísta por mi parte, pero me alegra mucho escucharlo.

El señor Lapworth parecía un poco nervioso, pero les saludó con bastante simpatía y se mostró cada vez más filosófico durante la cena.

—Ah, bueno, si todo se va al traste, diré que actué de buena fe. Todo el mundo pensará que fui engañado por mi informador anónimo, por supuesto, y que mientras nuestros hombres estaban al acecho, los bribones tomaron otro camino y escaparon, pero lo superaré.

Sin embargo, sólo una pequeña parte de esta pesimista predicción se cumplió. Poco antes de medianoche, el mayordomo entró en la biblioteca, donde se habían retirado después de cenar, y le entregó una carta al señor Lapworth.

—La ha traído un mozo de cuadra de la posada de Grimston, señor. No esperó una respuesta.

—Muy bien. Eso es todo —lo leyó rápidamente—. ¡Ja! ¡La han liado! ¡Debería haber sabido que lo harían! Ese es el problema de usar voluntarios de medio tiempo. Lo que necesitábamos eran dragones; ellos habrían sabido lo que hacían.

Laurence se inclinó hacia delante, frunciendo el ceño.

—¿Quiere decir que se escaparon?

—Tienen la carga, pero la mayoría de los hombres escaparon. Uno de los granujas disparó e hirió a uno de los oficiales de equitación, aunque no de gravedad. Cundió el pánico, pero atraparon al culpable, o al menos lo hizo el otro oficial de equitación, un tal señor Gill. Fue él quien me escribió esta carta mientras vendaban tanto las heridas de su colega como las del prisionero en la posada. Al parecer, el señor Gill devolvió el disparó e hirió la mano que sostenía el arma, un muy buen trabajo si lo hizo a propósito, pero sin duda fue un tiro de suerte.

—Bien por él —murmuró Alfred.

—Entonces no todo está perdido y su reputación está a salvo —dijo Laurence.

El señor Lapworth se puso en pie y ahogó un bostezo, acercándose para estrechar la mano de Laurence.

—Muy cierto. No sé qué pensáis vosotros, caballeros, pero ya es suficiente emoción por hoy, y yo me voy a la cama.

Alfred miró a su primo, pensativo.

—¿Crees que hablará para asegurar su libertad?

—Poco probable, creo—. Sospecho que su vida no valdría un chelín al ser liberado. ¿Cuántos contrabandistas se han comprometido realmente a lo largo de los años?

—Pocos —admitió—. Sospecho que el asalto será el cargo más fácil de procesar.

—Al igual que yo. Por lo que he escuchado, los jurados han tenido históricamente una extraña susceptibilidad a las historias más inverosímiles que cuentan los contrabandistas. Como el prisionero no ha matado ni herido gravemente a su hombre, puede esperar ser trasladado. Sin duda alegrará que su arma se disparó accidentalmente. Por lo tanto, lo más sensato sería callarse y aceptar su castigo.

A primera hora de la tarde siguiente visitaron al señor Rythorne. Parecía que sus fondos no llegaban a un mayordomo, ya que una criada abrió la puerta y los hizo pasar al recibidor. Cogió la tarjeta de Laurence y fue a ver si su amo estaba en casa. Ninguno de los dos se sorprendió cuando ella volvió unos momentos después y dijo que no estaba. Sin embargo, no se dejaron disuadir por esta información, sino que simplemente pasaron junto a ella por el pasillo y entraron en la habitación de la que había salido.

Llegaron a un estudio. Un hombre pelirrojo, delgado y de piel pálida estaba sentado detrás de un escritorio, con un libro de contabilidad abierto, pero no estaba trabajando en él, sino que miraba al vacío. Se sobresaltó cuando entraron en la habitación, cerró el libro y se levantó.

—No recibo visitas —dijo, con voz temblorosa.

—Odio decepcionarlo —dijo Laurence en voz baja—, pero se equivoca. Creo que ya conoció al señor Westerby una vez.

Los ojos del señor Rythorne se posaron en Alfred por un momento y un destello de reconocimiento apareció en ellos.

—Sí, he conocido a su administrador antes, milord, y le dije entonces que la granja Willow

Tree no estaba en venta ni era probable que lo estuviera.

—Una circunstancia que la señorita Thorpe desconocía hasta hace poco —dijo Alfred, lanzando al hombre una mirada fulminante.

El señor Rythorne palideció aún más.

—No me gustaría molestar a la señorita Thorpe con asuntos de negocios que sé que no comprenderá.

—Sin duda es inconveniente para usted —dijo Alfred—, pero yo no soy tan ignorante y he visto una copia del contrato de arrendamiento.

En el labio superior del hombre brillaba una tenue capa de sudor.

—Es un alquiler mísero, ¿no? —añadió.

Laurence se sentó y cruzó una pierna sobre la otra, cediéndole la palabra a su primo. Con su nariz aguileña y su mirada afilada y concentrada, Alfred le recordaba a un halcón jugueteando con su presa.

—Era el deseo del señor Tremlow que le permitiera al señor Moore alquilar la granja a un precio tan bajo.

—Pero usted ya no trabaja para el señor Tremlow —señaló Alfred con suavidad.

—Hay circunstancias que no podría explicar fácilmente a damas de tan delicada sensibilidad como la señora Tremlow y la señorita Thorpe en cuanto a por qué lo hizo, pero estaba seguro de que, como buenas cristianas, desearían que continuara allí en los mismos términos si supieran la verdad.

Alfred señaló una silla.

—¿Me permite?

—Por supuesto —dijo el señor Rythorne hundiéndose en la suya.

—Me interesaría mucho conocer esas circunstancias. Por supuesto, puede estar seguro de mi discreción. No quisiera escandalizar a la señorita Thorpe, por supuesto.

—El señor Moore es uno de los bastardos del padre del señor Tremlow.

—Ah, su medio hermano de hecho. Espero que no le importe que se lo diga, pero no es muy buen granjero.

—No, antes sólo tenía una pequeña propiedad, pero el señor Tremlow dijo que lo dejáramos a su aire, que aprendería pronto.

Alfred apoyó los codos en los brazos de su silla y entrelazó los dedos.

—Me parece interesante que un hombre de negocios tan astuto ofrezca tanta caridad, pues no puedo llamarla otra cosa, a su hermanastro, sobre todo cuando, por lo que he podido averiguar, este no fue nada amable con su esposa —le dedicó una mirada y sonrisa un tanto lobuna—. Casi se podría pensar que tuvo otra razón para su aparente benevolencia.

Los ojos del señor Rythorne se entrecerraron con recelo.

—No puedo imaginarme cuál era.

—¿No? Permítame decirle, entonces, que el señor Tremlow tenía una visión un tanto más amplia y se dio cuenta de que sus propiedades, situadas como están, podían reportarle un flujo de ingresos adicional y extremadamente rentable. No sirve de nada tergiversar la información, señor Rythorne, he visto el libro en el que registró estos beneficios. En resumen, los usaba para traer licor sin pagar impuestos en ningún puerto. Y usted, señor, se ha hecho cargo de esa parte de su negocio.

El señor Rythorne cogió la copa de vino que estaba frente a él, pero su mano temblaba y la volcó. Se derramó sobre la mesa y un riachuelo corrió hacia el libro de contabilidad. Mientras sacaba un pañuelo y empezaba a limpiar el desastre, Alfred se levantó, dio una zancada rápida y

lo cogió de la mesa. El señor Rythorne levantó la mirada, pero no dijo nada. Alfred volvió a sentarse y empezó a leer tranquilamente las columnas de cifras. De pronto levantó la mirada.

—Su ganancia parece considerablemente menor que el del señor Tremlow.

El señor Rythorne hizo una mueca.

—No hay nada registrado en ese libro que no pueda explicar. No hay nombres, nada que diga de dónde vino el dinero.

—Como usted diga —dijo, mientras pasaba otra página. Chasqueó la lengua—. Ah, esto, me parece, es un registro de sus apuestas. Es algo deprimente; tantas pérdidas.

El señor Rythorne se sirvió otra copa de vino y se la bebió.

—Parece usted singularmente desafortunado —continuó Alfred—. Imagino que ya sabrá que el cargamento de anoche se encuentra actualmente en la aduana.

Parecía que el hombre ya se esforzaba por luchar y asintió.

—Y que uno de los hombres fue capturado.

—No dirá nada. E incluso si lo hace, no hay pruebas. Nunca he puesto mi nombre en nada.

—Eso no es del todo cierto —dijo Laurence, considerando que era el momento de intervenir. Sacó una carta del bolsillo interior de su abrigo—. Puso su nombre en esto. Es una lectura interesante. Usted le dijo al señor Tremlow para que volviera a Lynn la misma noche en que fue asesinado y, sin embargo, no dijo nada de ello al forense.

—¿Dónde encontró eso? —dijo el señor Rythorne, su palidez era ahora bastante evidente.

—No donde usted lo buscó, obviamente —dijo Laurence.

—¡Yo no lo hice! —dijo el señor Rythorne. Soltó una carcajada amarga—. Si pudiera volver atrás en el tiempo, nunca habría tenido nada que ver con el señor Tremlow. Fue él quien me introdujo en un club privado donde abundaban las apuestas. Durante algunos años no supe nada del contrabando y sólo me ocupé de sus negocios legítimos, pero entonces empecé a perder clientes y perdí una gran suma en manos del propio señor Tremlow. Era el tercer año que se renovaba el contrato de arrendamiento de la granja y, como todos los años, le dije que estaba perdiendo dinero a manos llenas alquilándola a un precio tan bajo y que no me parecía que el señor Moore hubiera aprendido nada. Fue entonces cuando me involucró. Quería que me hiciera cargo de la explotación; a cambio, condonaría mi deuda y yo recibiría un porcentaje de los beneficios. Las apuestas ya me habían atrapado, es una enfermedad vil, y acepté. Sin embargo, el señor Tremlow se ocupó del dinero. Jacob Turner, el capitán del barco que trae la mercancía, vino a verme un día. Creía que el señor Tremlow se estaba llevando una parte excesiva de las ganancias. Me sugirió que lo llevara a Lynn antes de que zarpara en la siguiente marea y que entre los dos tratáramos de persuadirlo para que nos diera una parte más justa. El señor Tremlow fue asesinado por uno de los hombres de Turner antes de llegar aquí —apoyó la cabeza entre las manos—. No sabía lo que había planeado. Me hacía sentir enfermo, pero no podía hacer nada. No había ninguna prueba que condujera a él, sólo esa carta que condujo hacia mí. Afirmó que la tenía él y dijo que, como era él quien corría el mayor riesgo, era él quien debía llevarse la mayor parte de las ganancias. Me tenía, o eso creía yo, en la palma de su mano —soltó una carcajada histérica—. Se creía muy listo, pero con su perfidia redujo los beneficios a la mitad. Tenía la idea de asustar a la señora Tremlow para que nos permitiera seguir utilizando Tremlow House, pero yo me opuse. Esa pobre mujer ya había soportado bastante, y yo todavía tenía un poco de sentido del honor como para tomar parte en semejante ardid, y así se lo dije.

—Me sorprende que no lo asesinara a usted también —dijo Laurence.

—Estoy seguro de que lo pensó, pero le dije que le había entregado una carta a un amigo, con todos los detalles de la empresa y los implicados en ella, con instrucciones para que la abriera en

caso de mi muerte o desaparición.

—¿Lo hiciste? —preguntó Alfred.

El señor Rythorne negó con la cabeza.

—No. No hay nadie en quien confíe lo suficiente como para que no le invada la curiosidad y la abra. Además, lo dije sólo por precaución. Soy yo quien tiene todos los contactos y hace todos los preparativos. Soy demasiado valioso para él como para ser reemplazado fácilmente.

—¿Fue su barco el que capturaron frente a Hunstanton? —preguntó Alfred.

—Sí, pero él y su tripulación principal escaparon en un bote de remos. No tardará mucho en tener otro, podéis estar seguros.

—Creo que será mejor que desaparezca antes de que eso ocurra, señor Rythorne —dijo Alfred—. El contrato de arrendamiento de la granja Willow Tree no será renovado, y he decidido hacerme cargo de los asuntos de la señorita Thorpe.

Le entregó al hombre la carta de Louisa informándole de ello. El señor Rythorne la leyó y abrió un cajón. Sacó una carpeta y la deslizó por el escritorio.

—Todo está ahí. Quizá debería saber que el señor Moore es, en efecto, hermanastro del señor Tremlow. Su único papel ha sido hacer la vista gorda, esconder las carretas en uno de sus graneros y cuidar de los caballos —miró especulativamente a Alfred—. Ha dicho que encontró el libro de cuentas del señor Tremlow, ¿encontró también el dinero? Nunca pude descubrir dónde lo escondió.

—No, una búsqueda exhaustiva en los sótanos no reveló nada, aparte de algo de humedad y una rata.

—No me sorprende que encontrara humedad. Nunca sabré por qué insistió en construir la casa sobre ese arroyo. Añadió un gasto considerable a la construcción de la casa. A veces me he preguntado... —se interrumpió y negó con la cabeza—, no importa. *Desapareceré*. Empezaré de cero en algún sitio. Sólo esa carta me ha retenido aquí tanto tiempo. Eso y mi falta de fondos.

Laurence rompió la carta y arrojó los trozos al fuego.

—La carta ya no existe, y quizá, si se abstiene de apostar, pronto pueda reunir fondos y abrir otro negocio en algún lugar lejos de aquí. Ha sido usted un insensato, señor Rythorne, pero creo que ya ha sido castigado lo suficiente. No es un asesino, y al menos ha cuidado bien de los otros asuntos de la señorita Thorpe. Le deseo un buen día, señor, y buena suerte.

CAPÍTULO 22



William condujo a las damas a Lynn a un ritmo un tanto lento, con cuatro pasajeros en el interior y una gran cantidad de equipaje atado a la parte trasera y al techo, en su mayor parte cosas del señor Tremlow. Grace, liberada de su papel de criada, parloteó emocionada durante casi todo el trayecto. Cuando llegaron a la ciudad, los oídos de Emma eran los únicos que no zumbaban, y todos los ocupantes del carruaje podrían haber recitado en sueños tanto los puntos fuertes como los defectos del señor Cooper. Tampoco les quedaba ninguna duda de que esos pocos defectos pronto serían erradicados.

El señor Cooper no era de los que proponían matrimonio, pero como Grace ya había demostrado, sólo necesitaba un empujoncito. Tenía más fuerza muscular que inteligencia, pero estaba segura de que alguien tan educado como su tío pronto le enseñaría un par de cosas. Le gustaría que tuviera más que decir, pero estaba segura de que el trato con los clientes de la posada pronto le daría más confianza. Tal vez no era el hombre más atractivo pero sólo necesitaba arreglarse un poco y cortarse el cabello y sería la envidia de todas las criadas en kilómetros a la redonda.

—Y sé que no tengo que preocuparme más por usted, señorita Cassandra —le dijo, cogiéndole la mano y mirándola con los ojos llorosos mientras se detenían frente a The Globe Inn, donde iba a coger su carruaje—, porque usted, la señorita Louisa y la señorita Thorpe se llevan muy bien.

Todos la despidieron con un suspiro de alivio pero con una sonrisa afectuosa en los labios. Habían acordado que Duke's Head sería su siguiente parada y que Emma y Louisa tomarían un refrigerio muy necesario en la cafetería antes de visitar la tienda de ropa de segunda mano de High Street, mientras Cassandra tenía su reunión con el señor Penwith.

Fueron recibidas por un camarero muy educado, que al escuchar el nombre de aquel caballero, condujo inmediatamente a Cassandra al salón privado que había alquilado.

—¿Quiere que la anuncie, señorita? —dijo el joven mientras le indicaba la puerta correcta.

—No, te lo agradezco —dijo, entregándole una moneda en la mano.

Por alguna razón, se sentía reacia a entrar en la habitación, y era consciente de una ligera sensación de nerviosismo. Era ridículo, ya que el señor Penwith era un viejo amigo y confiaba plenamente en él y, sin embargo, tenía la sensación de que cualquier noticia que tuviera para ella podría poner su mundo de cabeza. Él había dicho que podría hacerla reconsiderar su futuro, pero sólo había un futuro que ella deseaba contemplar. Diciéndose a sí misma que estaba siendo tonta, enderezó los hombros, abrió la puerta y entró en la habitación.

Un hombre delgado de unos cincuenta años, cuyo cabello seguía siendo negro como el ala de un cuervo, se levantó y, con una sonrisa acogedora que se reflejaba en sus ojos grises, se dirigió

hacia ella con una rapidez que no correspondía su edad.

—Mi querida señorita Fenton —dijo, cogiendo una de sus manos y sosteniéndola por un momento entre las suyas—. Cuánto me alegro de verla con tan buena salud —la condujo a una silla y la ayudó a quitarse la pelliza—. ¿Quiere sentarse, señorita? Me tomé la libertad de pedirle una copa de ratafía. Estaba seguro de que necesitaría algo después de su viaje. Los caminos por aquí son bastante espantosos.

Cassandra se sentó y lo observó mientras colocaba cuidadosamente su pelliza sobre el respaldo de otra silla. Era un hombre inteligente y eficiente, que poseía una seriedad acorde con su profesión e inspiraba confianza a sus clientes, pero no carecía de humor. Cassandra percibió en él una cierta expectación. Aceptó la copa que le ofreció con una sonrisa.

—Señor Penwith, estoy intrigada. Hay algo muy misterioso en usted hoy.

Los ojos del hombre brillaron.

—Siempre ha sido astuta, señorita, muy astuta. Espero que no le importe que añada que también es conocida, en ocasiones, por ser impulsiva —se le escapó una suave risita—. ¿Recuerda cuando sólo tenía dieciocho años y los corpulentos hijos del señor Green no repararon la valla y el toro se escapó? Estaba usted furiosa.

—Por supuesto que lo estaba. Ya había enviado los materiales para arreglar la valla y les había pagado para que lo hicieran. Y ese toro corrió hacia la carretera y casi derriba a mi caballo. ¡Podría haberla matado!

—Cómo le encanta preocuparse más por su caballo que por sí misma. En fin, de alguna manera se las arregló para cabalgar hasta la granja del señor Green. Y luego, el caballo, sin duda enloquecido por el miedo, persiguió a los muchachos por todo el patio hasta que el señor Green vino en su rescate y se las arregló para poner una soga alrededor de su cuello, para que después usted lo desmontara y cogiera la escoba para intimidarlos, diciéndoles que eran unos idiotas inútiles, buenos para nada.

—Me parece que así lo hice —dijo, riendo—. Pero, ¿cómo es que recuerda tan bien la historia?

—Todavía se habla de ella, junto con otros muchos incidentes.

—Vaya —dijo, sonriendo con pesar.

—Le aseguro que todos hablan de usted con cariño —se puso más serio—. Pero lo importante de este recuerdo es asegurarle que no sólo será bienvenida de nuevo por casi todos en el distrito, sino que realmente no había necesidad de que huyera como lo hizo. Si tan solo hubiera acudido a mí, o a otra docena de hogares, habría encontrado socorro, se lo aseguro.

—Habría sido una infamia ponerlos a vosotros, a mis inquilinos o a mi primo en semejante situación —protestó—, por no mencionar a la señora Fenton. Ella no habría podido ir a ninguna parte y mantener la cabeza en alto. Y debe recordar que cuando me marché por primera vez, cosa que admito que hice por impulso, no sabía hasta dónde llegaría mi primo. Lo último que esperaba era que enviara al señor Chubb tras de mí. ¿Sabe por qué lo hizo, señor Penwith? Sé que en su carta lo atribuyó a su carácter autocrático, pero eso no parece explicarlo del todo. También mencionó que al menos había logrado que mi abuelo considerara que tal vez no seríamos un buen matrimonio. ¿Hizo acaso alguna otra conjetura sobre mí además de la que ya conozco?

El señor Penwith cruzó las piernas y entrelazó las manos sobre su regazo.

—Responderé primero a su última pregunta. Lo hizo. Pero me ordenó que no se lo dijera hasta que fuera necesario. Estaba tan seguro de que Sir Francis sería un hombre razonable y añadió una cláusula adicional al testamento. Si se casaba dentro de un año, él recibiría diez mil

libras extra. Si no, el dinero sería suyo para que hiciera lo que quisiera.

—¿Cómo pudo ser tan tonto? No me extraña que mi primo me presionara cada vez más — soltó una carcajada exasperada—. Y qué poco halagador. ¿Creía que yo no era digna de casarme sin un soborno?

—En absoluto —dijo el señor Penwith de manera reconfortante—. Usted era la única alegría de su vida, y él deseaba que se estableciera en Darley. Sabía cuánto le gustaba. En cuanto a su primo, sus actos no estaban motivados por la codicia, sino por los celos —la expresión del señor Penwith se tornó severa—. Estoy a punto de contarle una historia que parecerá sacada de una novela gótica, pero le aseguro que cada palabra que diga será la verdad.

—Le aseguro que después de todo lo que me ha pasado últimamente, no hay nada que pueda contarme que me sorprenda —dijo secamente.

—Ya lo veremos. Si no hubiera estado implicado en ello, ni yo mismo lo creería. ¿Qué sabe usted de gemelos idénticos, señorita Fenton?

—Que pueden ser parecidos en rasgos pero muy diferentes en carácter —dijo con prontitud—. Y que una vez que los conoces, sus expresiones y manierismos dejan claro quién es quién. Al menos eso es cierto en el caso de la única pareja de gemelos idénticos que he conocido. No sé si es la regla general.

—¿Hay rivalidad entre estos gemelos que conoces? ¿Tiene uno celos del otro?

—No, sus personalidades son tan diferentes que eso no surge.

—Bueno, en la historia que voy a contarle, los gemelos idénticos tienes personalidades similares, pero no siempre.

—Habla con acertijos, señor Penwith. Por favor, hable claro.

—Muy bien. Francis Fenton y su hermano Lucius Fenton eran grandes amigos, inseparables de hecho, en sus primeros años. Tenían un temperamento muy parecido y fueron a la escuela en Winchester, donde vivía la familia. Su padre era profesor y daba clases allí. Ambos eran brillantes y se convirtieron en abogados practicantes. Francis completó su aprendizaje, pero Lucius empezó a tener dificultades. No podía dormir y su comportamiento se volvió errático. Empezó a pensar que lo vigilaban y que hablaban de él a sus espaldas. Volvió a la casa familiar y se volvió resentido con su hermano y sus padres. Se convenció de que su hermano había tenido todas las ventajas, que él era el hijo más querido. Cuando su padre enfermó, Lucius lo cuidó y apoyó a su madre. Comenzaba a ser el mismo de antes. Con el tiempo, Francis se convirtió en agente de lord Finchwick, que tenía una gran propiedad en Jamaica y alcanzó el cargo de supervisor poco después de la muerte de su padre. Se llevó a su madre y a su hermano con él y le dio empleo a Lucius. Todo parecía ir bien, pero Lucius pronto empezó a resentirse de nuevo con Francis. Si su gemelo no estaba de acuerdo con alguna de sus acciones, se ponía furioso y, durante uno de esos ataques, intentó estrangularlo. Había habido otros incidentes de menor gravedad, pero para Francis ésta fue la gota que colmó el vaso, y le dijo a su hermano que tendría que regresar a Inglaterra. Lucio le pidió perdón y se volvió cada vez más retraído, y quedó claro que no estaba en condiciones de viajar solo. Francis y su madre trajeron a Lucius a Inglaterra y lo internaron en un asilo privado que conocían a no muchos kilómetros de Winchester. Es una pequeña mansión situada en un terreno amplio pero seguro. Fue creado por una familia adinerada cuyo hijo sufría un desequilibrio mental. Le enviaban informes periódicos a Francis, y justo antes de que regresara a Inglaterra para reclamar su herencia, recibió una carta en la que le decían que Lucius había mejorado mucho. No sólo se había hecho cargo del programa de ejercicios para los pocos residentes, sino que también estaba escribiendo obras de teatro para que las representaran y se había convertido en un brillante ejemplo de trato humano y liberal para los que sufrían un

desequilibrio mental. Francis estaba encantado, y al llegar a Inglaterra fue junto con su madre a esta institución privada, con la esperanza de poder llevar a su hermano con él a Darley.

El señor Penwith hizo una pausa y bebió un sorbo de su vino. Cassandra, quien estaba pendiente de cada una de sus palabras como si estuviera siendo partícipe del relato, le rogó que continuara.

—Lucius parecía feliz de ver a su familia, felicitó a su hermano por la herencia y mostró mucho interés por todos los detalles. Sin embargo, parecía reacio a marcharse. Se había convertido en una figura importante y tanto el personal como los pacientes le tenían en gran estima. Le dijo a su hermano que volviera solo al día siguiente, cuando hubiera tenido tiempo de reflexionar. Francis regresó y fue conducido a la habitación de Lucius. Él aceptó irse y le pidió a su hermano que le ayudara a empacar, pero mientras estaba inclinado sobre un cajón, Lucius golpeó a Francis en la cabeza y lo dejó inconsciente. Lo despojó de sus ropas y se las puso él mismo, vistiendo a su hermano con las suyas y luego empezó a pedir ayuda.

Cassandra jadeó y se llevó una mano a la boca. El señor Penwith esbozó una sonrisa irónica.

—Creo que ya habrá adivinado el resto.

—Sí. El hombre que creíamos que era Francis era Lucius. Al principio era amable, pero nuestras discusiones, mi oposición a sus deseos, hicieron que se traicionara a sí mismo. Oh, pobre señora Fenton. Creo que ni siquiera ella sospechó al principio, pues sólo con el paso de las semanas se volvió tan nerviosa.

—Lo tiene en pocas palabras, señorita Fenton —se aclaró la garganta—. No quiero ser descortés, pero también sospecho que su atracción real por usted puede haber contribuido a su comportamiento cada vez más errático. No la quería por el dinero, sino porque deseaba poseerla a usted y todo lo que hubiera sido de su hermano. Pero con el paso de las semanas, afloraron sus inseguridades y empezó a sospechar que los criados lo engañaban o le eran leales a usted y por eso los sustituyó. Necesitaba sentir que controlaba todo y a todos a su alrededor.

—¿Pero por qué la señora Fenton no dijo nada?

—¿A quién? —dijo suavemente—. No podía decírselo a usted porque eso habría sido ponerlos a las dos en peligro. Sin duda se habría enfrentado a Lucius, señorita Fenton, y me temo que eso habría sido desastroso, como bien sabía la señora Fenton. Y también debe tener en cuenta el instinto maternal. La señora Fenton aún deseaba proteger a sus dos hijos.

—Sí, ya lo veo.

—La señora Fenton estaba tan cuidadosamente vigilada como usted. El día que usted se escapó, su primo había llevado a su madre de compras. Le pregunto, señorita Fenton, ¿es natural que cuando hay dos mujeres en la casa, un hijo con una nueva propiedad que administrar, asuma semejante tarea?

—¡Oh! —exclamó—. ¡He sido tan ciega!

—En absoluto ¿Cómo iba a sospechar la verdad?

—¡El retrato! —dijo de pronto—. La miniatura que el verdadero Francis adjuntó a su carta. Cuando conocí mejor a mi primo, pensé que era una representación muy poco acertada de él. Aunque el parecido estaba ahí, sentí que el artista lo había hecho parecer más amable. ¡Lo achaqué a la adulación o a una mala ejecución! Señor Penwith, no me deje más en suspenso. ¿Cómo descubrió todo esto?

El señor Penwith sonrió.

—Una de las cosas que siempre he admirado de usted, señorita Fenton, es que no se pone histérica a la menor provocación, sino que afronta un problema de frente.

—No conozco otra manera de hacerlo.

—Es sin duda la nieta de Sir Thomas —bebió otro sorbo de vino—. Usted, creo, recibió una carta de la señora Fenton, que fue entregada con su equipaje.

—Sí, unas pocas líneas garabateadas apresuradamente y me inquietaron mucho; parecía que había muchas cosas sin decir. Decía que había hecho bien en irme, que lamentaba no haberme conocido en circunstancias más felices y que lamentaba no haber tenido el valor de protegerme como hubiera debido. Pero yo me quedé con la sensación de que era yo quien no la había protegido como debía. Por supuesto, ahora la entiendo.

—Escribió la carta apresuradamente porque me había redactado una carta mucho más larga, explicándome lo mejor que podía lo que temía que había sucedido. El mensajero la llevó inmediatamente a mi oficina y la dejó allí, pero yo estaba fuera y no la recibí hasta la tarde siguiente. Fui inmediatamente al manicomio. Creyeron que Lucius había tenido una recaída repentina, y la atribuyeron a que estaba abrumado por la visita de su hermano y su madre. Pensaron que sufría delirios y lo mantuvieron sedado durante varias semanas. Al final, Francis dejó de intentar convencerlos y asumió el papel de su hermano, con la esperanza de que su madre acabara dándose cuenta de la verdad.

—¿Pero cómo los convenció?

—No fue difícil. Les expliqué que yo era el abogado de la familia y les enseñé la carta de la señora Fenton. Después, presenté copias de las cartas que había escrito al señor Francis Fenton y sus respuestas. También tenía las cartas que él había escrito a su padre. Sólo Francis podía conocer en detalle su contenido. Dos hombres del manicomio nos acompañaron de vuelta a Darley y la escena que siguió no fue tan dolorosa como usted podría haber imaginado. Lucius estaba luchando con su nuevo papel, la había perdido a usted y sentía que su madre le temía. Cuando todos entramos en la biblioteca, miró a Francis y sonrió con dulzura. Se levantó, le estrechó la mano y le dijo que, después de todo, no podía hacerlo y que su hermano era un mejor hombre. La señora Fenton, quien nos había seguido, abrazó a Lucius y le dijo que le amaba. Se derramaron algunas lágrimas, sobre todo por parte de Lucius. Volvió al manicomio casi por voluntad propia y sospecho que permanecerá allí el resto de su vida.

Cassandra se sorprendió al descubrir una lágrima cayendo por su mejilla. Se la secó diciendo:

—Pobre Lucius. Vivir una vida encerrado.

—Es lamentable, por supuesto, pero se le permitirá ayudar a sus compañeros residentes cuando pueda, sabrá que no podrá hacer nada que no deba cuando se encuentre mal, y no será olvidado.

—No, no debe serlo. ¿Cree que debería escribirle? Ahora veo que no pudo evitarlo y no me gustaría que se sintiera muy culpable por su comportamiento hacia mí.

—Conociéndola tan bien como la conozco, le hice esa pregunta a sus cuidadores. Pero ellos opinan que no sería prudente. No desean exponerlo a nada que pueda causarle tristeza o sobreestimularlo.

—No, por supuesto que no. No todo tiene arreglo, ¿cierto?

El señor Penwith se puso en pie y sonrió.

—La mayoría de las cosas pueden arreglarse, señorita Fenton, si hay voluntad, pero no todas. Ahora, ¿está lista para conocer al verdadero Sir Francis y reencontrarse en circunstancias más felices con la señora Fenton?

Cassandra se puso en pie de un salto.

—Por supuesto. De inmediato, por favor.

El señor Penwith cruzó la habitación y ella se dio cuenta de que había una puerta que daba a otra habitación. La abrió y dijo:

—La señorita Fenton está lista para recibirla.



Laurence dejó a Alfred en su sastrería, ya que había decidido que necesitaba un abrigo nuevo, y se dirigió solo al Duke's Head. Mientras conducía en el patio de la posada, vio un carruaje con el equipaje amontonado y al lacayo de Tremlow House sentado en la caja disfrutando de una jarra de ale.

Frunció el ceño y dijo:

—William, ¿cierto?

—Sí, señor.

—¿Está la señorita Fenton adentro?

—Sí. Tiene una reunión con alguien.

—¿Puedo preguntar con quién?

—No sabría decirle.

Laurence bajó de un salto y entró en la posada. Encontró al señor Chubb esperándolo al pie de la escalera.

—¿Ha visto a la señorita Fenton? —le dijo secamente.

—Sí, la he visto —respondió, añadiendo con tono portentoso—, y no es la única persona que he visto que podría interesarle. Por eso estoy vigilando las escaleras.

—¡Sé claro, hombre! —dijo, mientras el mal presentimiento que había sentido al ver el equipaje atado al carruaje aumentaba.

—Vi a Sir Francis Fenton subir estas escaleras unos minutos después de la señorita Fenton. Altura media, cabello castaño corto, ojos castaños claros. Suba por el descansillo de la derecha y es la tercera puerta a la izquierda.

—Continúe vigilando las escaleras —dijo mientras apretaba los dientes y subía los escalones de dos en dos.

Empujó la puerta y se consternó al ver la habitación vacía. Pero entonces escuchó un murmullo de voces y vio que había otra puerta ligeramente entreabierta. Se apresuró a cruzar la habitación y empujó la puerta con tanta fuerza que se estrelló contra la pared. Sus ojos encontraron inmediatamente a Cassandra. Estaba de pie junto a una mesa, con las manos entre las de un caballero de mediana estatura.

—Suéltala —espetó, atravesando la habitación y golpeando la mandíbula del hombre. Este cayó, y Laurence se puso encima de él, con los puños cerrados—. Quédate ahí si sabes lo que te conviene.

Un débil grito a sus espaldas lo hizo girar la cabeza, y vio a una señora de mediana edad con capota ponerse de pie.

—¡Cómo se atreve, señor!

Un hombre esbelto vestido de negro que estaba sentado con ella también se puso de pie, con semblante grave, pero con un leve atisbo de diversión en los ojos.

—Lord Carteret, supongo.

Sintió una mano en su brazo y escuchó la voz baja y meliflua que había llegado a amar, decir:

—Basta, Laurence. No es lo que piensas.

CAPÍTULO 23



El hombre en el suelo se frotó la mandíbula.

—Menudo derechazo tiene ahí —levantó una mano—. Sea bueno y ayúdeme a levantarme, ¿quiere?

Aquel hombre de carácter apacible y graciosos ojos marrones no era el ogro que él esperaba. Lo cogió de la mano y tiró de él.

—Le pido disculpas, señor —dijo, su vergüenza lo hizo sonar tenso—. Me habían hecho creer que era usted Sir Francis Fenton.

El hombre sonrió con pesar.

—Soy Sir Francis Fenton. Fue mi hermano gemelo Lucius, haciéndose pasar por mí, quien persiguió a mi prima. Pero no piense tan mal de él; no pudo evitarlo.

—Es muy cierto —dijo Cassandra.

—Debo darle las gracias, lord Carteret —dijo Sir Francis—, por cuidar tan bien de Cassandra.

La señora Fenton se adelantó.

—Yo también. Usted ha sido tan caballeroso por todo lo que Cassandra me ha contado, que pasaré por alto lo que acaba de hacerle a mi hijo. Sin embargo, debería aprender a no ser tan impetuoso.

Laurence hizo una breve reverencia ante la señora Fenton, pero fue a Cassandra a quien miró. Los ojos de ella brillaban de felicidad, y él pensó que nunca la había visto lucir tan hermosa.

—Sin duda estoy actuando como un idiota, pero debo admitir que estoy un poco confundido.

—Es una larga historia —dijo Cassandra—. Y te mereces una explicación, pero si no tienes inconveniente, Laurence, pasado mañana iré a verte para entregarte con las miniaturas y te lo explicaré todo. Mi primo y yo tenemos mucho que discutir.

A Laurence no le quedó más remedio que hacer una reverencia y retirarse. Su descenso por las escaleras fue mucho más lento de lo que había sido su ascenso, y un ceño muy fruncido marcó su frente.

—No esperaba verlo tan pronto —dijo el señor Chubb—. ¿Dónde está la señorita Fenton?

—Retírese, señor Chubb. Sir Francis Fenton ya no es asunto suyo ni mío.

El señor Chubb perdió rápidamente el interés por Sir Francis cuando Laurence metió la mano en el bolsillo de su gabán. Aceptó su pago, diciendo:

—Ha sido un placer hacer negocios con un caballero como usted, lord Carteret. Utilizaré esto para ayudarme a establecerme como un respetable terrateniente en algún lugar tranquilo.

—Me alegra escucharlo. Pero espero que no sea en Norfolk.

Cuando salió de nuevo al patio, vio a Alfred llevando a Louisa a su carruaje.

—Buenos días, señorita Thorpe. ¿Va a hacer un viaje largo?

—Oh, no. Sólo llevo las cosas viejas del señor Tremlow a la tienda de ropa de High Street mientras Cassandra se reúne con el señor Penwith —le sonrió—. Estoy impaciente por escuchar sus noticias, pues él pensó que podría hacerla reconsiderar su futuro. No puedo imaginarme lo que podría ser.

—Seguramente la echaras de menos.

—Lo haría, por supuesto. Pero nunca habría sido feliz quedándose conmigo para siempre, ¿sabes?

Laurence permitió que Alfred los llevara de vuelta a Westerby, pues no confiaba en que pudiera concentrarse. Cuando le contó a su primo lo que había ocurrido en el salón de la posada, Alfred dijo:

—Me extraña que este Lucius pudiera hacer algo así, pero si Sir Francis dijo que no pudo evitarlo, debemos suponer que no está del todo bien de la cabeza. No hay necesidad de que estés tan cabizbajo, viejo amigo. No me digas que el hecho de que la señorita Fenton tenga esa relación ha cambiado tus sentimientos hacia ella.

—No seas tan torpe —dijo, irritado.

Alfred no era el hombre que se enfadaba por el temperamento irregular de un hombre enamorado.

—Entonces supongo que ella aún está enfadada.

—No está enfadada, al contrario, parecía radiante de felicidad.

Alfred reprimió una sonrisa.

—Pero eso son buenas noticias, ¿no? La señorita Fenton no puede haberse sentido cómoda estando alejada de su familia.

—¿Escuchaste lo que dijo la señorita Thorpe, Alfred? ¿O estabas demasiado ocupado mirando sus ojos verdes?

Alfred se rio.

—Soy muy capaz de hacer ambas cosas, te lo aseguro.

—Lo siento, primo —dijo con ironía—. Estoy inmerso en un estado de incertidumbre que encuentro exasperante, por no decir otra cosa. Si el señor Penwith considera que las noticias que trae pueden hacer que Cassandra se replantee su futuro, sólo puedo darle una interpretación.

—¡Oh, aquí tenemos una ilusión, desde luego! —dijo alegremente—. No sabía que fueras capaz de ello.

—No lo soy —dijo secamente—. Conoces una parte de la historia de Cassandra, pero no toda.

—No la necesito para adivinar lo que hay en tu mente. La viste cogida de la mano de Sir Francis, viste una expresión de radiante felicidad en su rostro, y se te ocurrió la idea de que podría haberse enamorado a primera vista.

—Sir Francis —dijo con frialdad—, es el hombre con quien su abuelo deseaba que se casara. Ella me confesó en nuestro primer encuentro que podría haber considerado casarse con él si hubiera sido un hombre íntegro. Además, casarse con él le permitiría volver al hogar y a la finca en los que había puesto todas sus energías durante años.

—Cómo puede el amor entorpecer el cerebro de un hombre. El señor Penwith puede haber considerado que estos hechos podrían haber hecho que la señorita Fenton se replantea su futuro, pero él no te había conocido antes y no podía saber que sus sentimientos ya habían sido comprometidos por otro. ¿Te reprendió por haber derribado a su primo?

—No. Simplemente me puso una mano suave en el brazo y me dijo que no todo era lo que

parecía.

—Ahí lo tienes, entonces. Ahora bien, si, y es un si muy grande, lo admito, pues dudo que muchos sean capaces de ello, pero si alguien te derribara, imagino que la señorita Fenton se opondría, probablemente de manera bastante violenta.

Los labios de Laurence se curvaron hacia arriba y sus mirada se volvió distante como si estuviera imaginando este improbable evento y disfrutándolo completamente.

—¿Y no se te ha ocurrido, primo, que ella bien podría haber estado radiante de felicidad *porque* tú lo habías derribado? Sin duda es sanguinario de su parte, y lo siento mucho por Sir Francis, sin embargo, creo que hay algunas damas que podrían tomar una acción tan salvaje como una declaración de afecto. Después de una discusión tan intensa como creo que habéis tenido, estoy seguro de que es bastante comprensible.

Laurence soltó una carcajada seca.

—¿Cómo es, Alfred, que yo era capaz de ver claramente el camino al cual se dirigían los romances de mis amigos, pero el mío es mucho más difícil de leer?

—Creo que a menudo es así.

—Sin embargo, no creo que sea cierto en tu caso.

—Ah, pero yo soy mayor y más sabio que tú.

—Te han llevado de las narices desde el principio —se burló.

Alfred sonrió.

—Tal vez, pero fui de manera voluntaria.



Cassandra envolvió cada una de las miniaturas enmarcadas en un pañuelo y las colocó cuidadosamente en su reticule. Bajó corriendo las escaleras y entró en el salón para despedirse de Louisa, encontrándose a su amiga envuelta en un apasionado abrazo, sonrojada y con los ojos brillantes.

—Me alegro mucho por los dos —dijo sonriendo.

—Gracias —dijo Alfred mientras se arreglaba la corbata.

Louisa se acercó y abrazó a su amiga.

—Estoy delirantemente feliz —murmuró.

—¿Viviréis los dos aquí?

—Alfred le ha ofrecido a los Moore una cabaña con unos cuantos acres de tierra en la finca de lord Carteret, y hemos pensado que podríamos vivir en la granja Willow Tree. Está más cerca de Westerby. Iremos a ver la casa dentro de un momento y a hacer planes.

—Estaré deseando escuchar las noticias cuando vuelva de Westerby. ¿Le has dado la noticia a Emma?

—No, pero debo hacerlo inmediatamente. Vivirá con nosotros, por supuesto. Cómo disfrutará ayudándonos a poner algo de orden. Sólo espero que no esté demasiado destrozada por dentro.

Cassandra se volvió y entró en el pasillo, Louisa la seguía de cerca. Le llamó la atención la pizarra que había sobre la mesa. Había seis palabras escritas en mayúsculas con tiza blanca. ESTOY EN EL SÓTANO. ¡BAJA!

La cogió y se volvió para enseñársela a Louisa y Alfred.

—Ella bajó hace unos veinte minutos, después de ayudarme a vestirme —dijo Cassandra—. Quería coger la ropa de cama que había visto en uno de los cofres.

—Debió de volver a subir pero decidió no interrumpirnos —dijo Louisa.

Cassandra dejó su reticule sobre la mesa.

—Dudo que te hubieras dado cuenta si hubiera entrado en la habitación.

Cogió una de las velas que siempre se guardaban allí para iluminarles el camino a la cama. Alfred la encendió junto con otras dos y se dirigieron tan rápido como pudieron hacia el sótano. Pero cuando llegaron a la última habitación, no había ni rastro de Emma. Uno de los cofres estaba abierto y la ropa de cama en el suelo junto a él.

Alfred fue el primero en acercarse.

—¡Santo Dios!

—¿Qué pasa? —preguntó Louisa.

—Venid a verlo vosotras mismas.

Louisa y Cassandra no tardaron en llegar a su lado y se quedaron mirando con los ojos muy abiertos el enorme agujero en el fondo del cofre. Apenas podían distinguir unos escalones que conducían hacia la oscuridad.

—Tenía un fondo falso —dijo Alfred, indicando la pieza rectangular de madera que se levantaba sobre una bisagra y ahora descansaba contra la tapa.

Al cabo de unos instantes, la oscuridad se aclaró y vieron a Emma con una lámpara de aceite en la mano. Ella se rio y dijo:

—¡He encontrado el tesoro!

Louisa se recogió las faldas y Alfred la cogió firmemente del brazo mientras se introducía en el cofre y pisaba el primer escalón. Después ayudó a Cassandra y pronto estuvieron todos de pie en una gran caverna con un techo arqueado. Un profundo canal corría por el centro, pero como la marea estaba baja, sólo corría por él un benigno hilo de agua.

Emma levantó su lámpara y vieron cuatro cofres más pequeños colocados junto a la pared. La tapa de uno de ellos estaba abierta y, al acercarse, vieron que estaba lleno de bolsas de cuero con cordones. Emma cogió las manos de Louisa y las juntó, luego cogió una de las bolsas y depositó unas cuantas guineas doradas en sus palmas.

—¡Hay cien guineas en cada bolsa!

Alfred le sonrió a Louisa.

—Después de todo, puedes construir tu escuela.



Cassandra conducía ella misma el carruaje, con Plackett como acompañante, sentado a su lado en vez de en el asiento del mozo. Había puesto especial cuidado en su aspecto. Emma se había rizado el cabello y, aunque lo llevaba recogido detrás de la cabeza con una fina cinta blanca entretejida, había dejado que varios mechones le cayeran por los hombros y la espalda. Su sencillo vestido de muselina blanca iba acompañado de un spencer verde, color que se reflejaba en la alta corona de su capota, y un juego de perlas le rodeaba el cuello.

—Luce usted preciosa, señorita Cassandra —dijo Plackett.

—Gracias.

—Supongo que no tiene intención de volver pronto a casa.

—Espero visitarlo, por supuesto, pero no tengo planes definitivos, como entenderá.

Plackett se limitó a sonreír y saltó para ayudarla a bajar del carruaje.

El mayordomo de Laurence bajó los escalones para recibirla.

—Buenas tardes, Needham. ¿Están lady Malmsy y la señora Pellow en casa?

—Me temo que no, señorita Fenton. Todos se han ido a la feria de Burnham Westgate, aparte de su señoría, claro.

—Lo había olvidado por completo —dijo con pesar—. Sé que deseaban especialmente que lord Carteret los acompañara, pero ¿has dicho que no ha ido?

—No, señorita. La está esperando en el salón sur.

Se quitó la capota y, al pasar junto a un espejo del salón carmesí, se detuvo para colocar en su sitio algunos rizos sueltos. Needham pareció no haberse dado cuenta, pero esperó pacientemente con la mirada perdida. Al girarse, ella se dio cuenta de que uno de los nichos estaba vacío. Se le escapó una suave risita.

—¿Está Tucídides vigilando la biblioteca?

—Me parece que sí, señorita—dijo el mayordomo—. Luce muy bien allí.

Mientras se acercaban al salón, ella dijo:

—¿Te importaría mucho no anunciarme, Needham?

Él inclinó la cabeza.

—Como desee, señorita Fenton.

Se detuvo con los dedos en el picaporte y respiró hondo, con una pequeña sonrisa de expectación temblando en sus labios. Empujando suavemente la puerta, entró. Laurence estaba junto a una ventana, contemplando el jardín italiano, pero se volvió cuando ella entró. No se inclinó, sino que se quedó mirándola unos instantes, relajando la rigidez de su mandíbula mientras sonreía suavemente. No pronunció ninguna palabra, sino que caminó lentamente hacia ella.

Ella se quedó sin aliento cuando él se acercó más de lo debido y le cogió un mechón de cabello entre los dedos. Se lo llevó a los labios.

—Quise hacer esto la primera vez que te vi.

—Estamos siendo tan impropios ahora como lo fuimos entonces —dijo suavemente.

—Estoy a punto de ser aún más impropio —murmuró, y sus labios encontraron el punto en la base de su cuello donde su pulso latía con fuerza.

Ella levantó una mano, de manera insegura, hacia el hombro de él.

—Te exasperaré —susurró—. Me burlaré de ti, discutiré contigo, tal vez te avergüence.

—Lo espero con ansias —dijo, levantando la cabeza y mirándola profundamente a los ojos. Sus dedos recorrieron la alta línea que marcaba su pómulo antes de que la palma de su mano se curvara a su alrededor—. He estado durmiendo, Cassandra, pero tú me has despertado de ese sueño. Nunca me siento tan vivo como cuando estás cerca.

—A mí me pasa lo mismo —dijo ella y acercó sus labios a los de él.

Laurence le rodeó la cintura con los brazos y tiró de ella, rozando sus labios hasta que ella gimió suavemente, y sólo entonces profundizaron el beso. Fue ella la primera en apartarse, mientras reía nerviosamente.

—Basta. No puedo pensar. No puedo respirar, y tenemos tanto que decirnos, Laurence.

La soltó con reticencia y la llevó a un sofá. Se sentaron juntos, él con el brazo alrededor de su cintura, ella con la cabeza en su hombro.

—Primero, dime que te casarás conmigo.

Ella soltó una risita

—No he perdido el sentido del decoro como para besarte si no tuviera la intención de casarme contigo.

—Aún deseo escucharte decirlo.

Ella echó la cabeza hacia atrás.

—Si, Laurence, me casare contigo. No era mi intención decir esas palabras que dije la última vez que estuve aquí. Me arrepentí de ellas casi al instante.

Él sonrió y le robó otro rápido beso.

—Yo también. Aún tenía esperanzas, pero entonces te vi con tu primo y pensé que tal vez los deseos de tu abuelo podrían tener prioridad sobre los míos.

Ella levantó la mano y le apartó el cabello de la frente.

—Cuando entraste en aquella habitación con una mirada furiosa y derribaste al pobre Francis, supe que aún te preocupabas por mí y me sentí tremendamente exultante. Es horrible, lo sé. Debería haberme preocupado más bien por mi primo.

La abrazó con más fuerza.

—No encuentro nada que objetar a tu respuesta. Ojalá hubiera estado tan seguro de tus sentimientos. No lo supe hasta que entraste en esta habitación. Me miraste con tal mezcla de amor y esperanza que no pude dudar.

No se dijeron nada más durante algún tiempo, pero finalmente ella le explicó cómo había llegado Lucius a ocupar el lugar de Francis.

—El pobre hombre —dijo Laurence—. Sin embargo, me doy cuenta de que le estoy agradecido. Si su hermano hubiera llegado primero, nunca te habría conocido y bien podrías haberte casado con él.

—No, no lo habría hecho. Me agrada Francis y me alegra saber que Darley estará en buenas manos y que la señora Fenton podrá estar tranquila una vez más, pero los deseos de mi abuelo no me habrían obligado a contraer un matrimonio indiferente. Él sólo quería mi felicidad, y nunca me he sentido más feliz que en este momento.

Laurence bajó la cabeza con la intención de besarla de nuevo, pero escucharon la voz de Needham, inusualmente alta al otro lado de la puerta.

—¿Puedo traerle algún refrigerio, lady Malmsy?

—No estoy sorda, Needham. ¿Por qué gritas? Un refrigerio sería muy bien recibido, trae lo que consideres apropiado. Ya deberías saber lo que nos gusta.

Para cuando se abrió la puerta, Laurence se había sentado en una silla a cierta distancia del sofá. Ambos se pusieron de pie mientras entraban Anne, Cecy, lord Malmsy y el señor Pellow.

—Hiciste muy bien en no venir, Laurence —dijo Anne, quitándose los guantes—. Fue todo un caos y la mitad de los actos prometidos no estuvieron allí. Al parecer, están atrapados en lodazales en algún lugar del país.

Dejó los guantes sobre la mesa y se inclinó para recoger el sombrero de Cassandra que yacía sobre la alfombra. Su mirada recorrió la habitación y se posó en Cassandra.

—Buenos días, querida. Es un sombrero muy bonito. Deberías cuidarlo más —miró de Laurence a Cassandra, se dio cuenta de la distancia que los separaba y dijo—. Espero que no hayáis vuelto a discutir. Los niños se han comportado muy mal y, aunque puedo entender su decepción, el mal humor de Kitty es más difícil de tolerar. Justo cuando podría haber sido útil divirtiéndolo a la querida Phoebe, su comportamiento fue inaceptable. Nunca me he equivocado tanto con una chica.

Cuando todos se hubieron saludado, Cecy dijo:

—¿Has terminado las miniaturas, Cassie? Es tan solo que mañana nos vamos a casa y tenía muchas ganas de verlas.

—Al igual que yo —dijo el señor Pellow.

—¿Crees que serás capaz de distinguirlas? —dijo lord Malmsy—. En persona, por supuesto, es fácil distinguir a las chicas, pero en un retrato, y además en miniatura, creo que será

imposible.

—Tonterías —dijo el señor Pellow—. Reconocería a mi esposa con un simple vistazo.

Cecy se sonrojó.

—Te apuesto 500 libras a que no podrás —dijo lord Malmsy.

El señor Pellow extendió la mano.

—¡Hecho!

—Por favor, no —dijo Cassandra, perturbada—. No quisiera que nadie perdiera una suma tan grande por mi falta de habilidad.

—No te moleste —dijo Anne—. Es de lamentar, por supuesto, pero no pueden evitarlo.

Cassandra se encogió de hombros, desató las cuerdas de su reticule y sacó los retratos. Los depositó sobre la mesa, aún envueltos en sus pañuelos.

—Muy bien. Pase usted primero, señor Pellow, y elija uno, pero no lo abra. Lord Malmsy cogerá el que queda.

Cuando lo hubieron hecho, ella dijo:

—Ya pueden quitar los pañuelos.

—Esto es mucho mejor que todo lo que vimos en la feria —dijo Cecy con voz jadeante.

Ambos caballeros examinaron atentamente sus respectivas miniaturas y luego hablaron al mismo tiempo.

—Creo que ésta es la tuya.

Intercambiaron los retratos.

Lord Malmsy examinó el suyo y esbozó una amplia sonrisa.

—Sí, es mi Anne. Es usted muy hábil, señorita Fenton. Qué detalles tan nítidos, y los ojos, tan expresivos.

—En efecto —dijo pensativo el señor Pellow, sin mostrar gran satisfacción por ganar una suma tan grande de su cuñado.

Como era de esperar, sus esposas pidieron ver los retratos, pero el señor Pellow dijo:

—Esperad un momento, por favor. Nosotros, quienes tenemos el placer de ver sus hermosos rostros todos los días, debemos haberlas sabido identificar. Pero aunque Carteret es vuestro hermano, rara vez le vemos más de dos o tres veces al año. Malmsy, te apuesto otras 500 libras a que no será capaz de notar la diferencia.

—Hecho —dijo Laurence inmediatamente—. Date la vuelta, Carteret, mientras las ponemos sobre la mesa.

—Por supuesto.

—Ya puedes mirar —dijo el señor Pellow.

Laurence se acercó, cogió una, la volvió a colocar en su sitio y cogió la otra. Cassandra sintió un cosquilleo de nervios. Su opinión era mucho más importante para ella. De pronto se volvió, le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Mis respetos, señorita.

Mientras ella sonrojaba, él mostró una de las miniaturas.

—Esta eres tú, Anne —luego levantó el otro brazo—. Y ésta tú, Cecy.

Las dos damas se abalanzaron sobre él y casi se las arrebataron de las manos. Los caballeros se acercaron y miraron por encima de los hombros de sus esposas. El señor Pellow plantó un beso sobre la cabeza de su esposa y dijo:

—Estamos a mano, Malmsy.

—Así es —dijo él alegremente.

Cassandra comenzó a sentirse avergonzada al verse bombardeada de cumplidos y se sintió

aliviada al ver a Needham entrar en la habitación con una bandeja que contenía copas y una botella de vino.

—Needham —dijo Anne—, ¿te encuentras bien? Primero gritas y ahora traes las mejores copas y, si no me equivoco, un Madeira muy fino. ¿Dónde está el té?

El mayordomo se limitó a sonreír y salió de la habitación.

—¿Crees que se está volviendo senil, Laurie?

—En absoluto —dijo su hermano—. Está tan espabilado como siempre.

—No importa, por dónde iba, oh sí, como iba diciendo, Cassandra, realmente creo que tu talento es notable...

—Lord Carteret —dijo ella rápidamente, buscando en su mente alguna forma de desviar la atención de sí misma—, ¿no dijo que me enseñaría su cuadro del lago cuando estuviera terminado?

—Así es —dijo él. Se dirigió a un rincón de la habitación y retiró un biombo que había colocado allí. Apareció un caballete y el reverso de un lienzo de unos cincuenta por cuarenta centímetros.

—¿Dónde te has escondido mientras lo pintabas? —preguntó Cecy—. Varias veces he enviado a alguien a buscarte, pero no aparecías por ninguna parte.

Laurence sonrió.

—En algún sitio donde sabía que no me molestarían. La cabaña del lago.

—¿Pero cómo pudiste pintar el lago desde la perspectiva en la que lo esbozaste por primera vez cuando estabas dentro de la cabaña? —preguntó Anne.

—Porque no pinté el lago, sino un tema totalmente distinto. Uno que llenaba mis pensamientos por completo que no tenía necesidad de tenerlo ante mí.

Giró el caballete y la habitación se quedó en silencio. Era un retrato nacido de su imaginación. Representaba a Cassandra tal y como él la había soñado a menudo, y ahora tenía la satisfacción de saber que era precisamente el aspecto que tenía después de haber sido besada. Sus ojos brillaban suavemente, sus labios estaban ligeramente entreabiertos y su cabello caía alrededor de su rostro y sobre sus hombros completamente suelto.

—Magnífico —murmuró lord Malmsy—. Deja sin aliento a cualquiera.

—En efecto —coincidió el señor Pellow.

—Oh —gritó Cecy—. Es el retrato más bonito que he visto nunca.

Anne parpadeó y dijo:

—Dios mío. Veo que Needham sabía lo que hacía después de todo.

Cassandra secó las repentinas lágrimas que brotaron de sus ojos y se echó a reír.

—Incluso en esto tenías que superarme. Tú, que sólo pintas paisajes, debes opacarme en tu primer intento de retrato.

Laurence le sonrió cariñosamente.

—No te desanimes, Cassandra, porque tú siempre serás el único tema que retrate.

OTRAS OBRAS DE JENNY HAMBLY

¡Gracias por vuestro apoyo! Espero que hayáis disfrutado de la lectura de Carteret. Os agradecería mucho que dejarais una breve reseña en Amazon.

Me encanta recibir mensajes de mis lectores y podéis escribirme a: jenny@jennyhambly.com

[Marianne - Las damas de la señorita Wolfraston Libro 1](#)

[Señorita Hayes - Las damas de la señorita Wolfraston Libro 2](#)

[Georgianna - Las damas de la señorita Wolfraston Libro 3](#)

[Allerdale - Solteros Libro 1](#)

[Bassington - Solteros Libro 2](#)

ACERCA DEL AUTOR

Me encanta la historia y, en particular, el periodo de la Regencia. Crecí leyendo a Jane Austen, Charlotte y Emily Bronte, y Georgette Heyer.

Me gusta pensar que mis personajes, aunque imperfectos, son agradables, fuertes y fieles a la época.

Vivo junto al mar en Plymouth, Inglaterra, con mi pareja Dave. Me gusta leer, navegar, el vino, madrugar para ver la salida del sol en verano y pasar largas y tranquilas veladas junto a la estufa de leña de nuestra cabaña en los acantilados de Cornualles en invierno.

